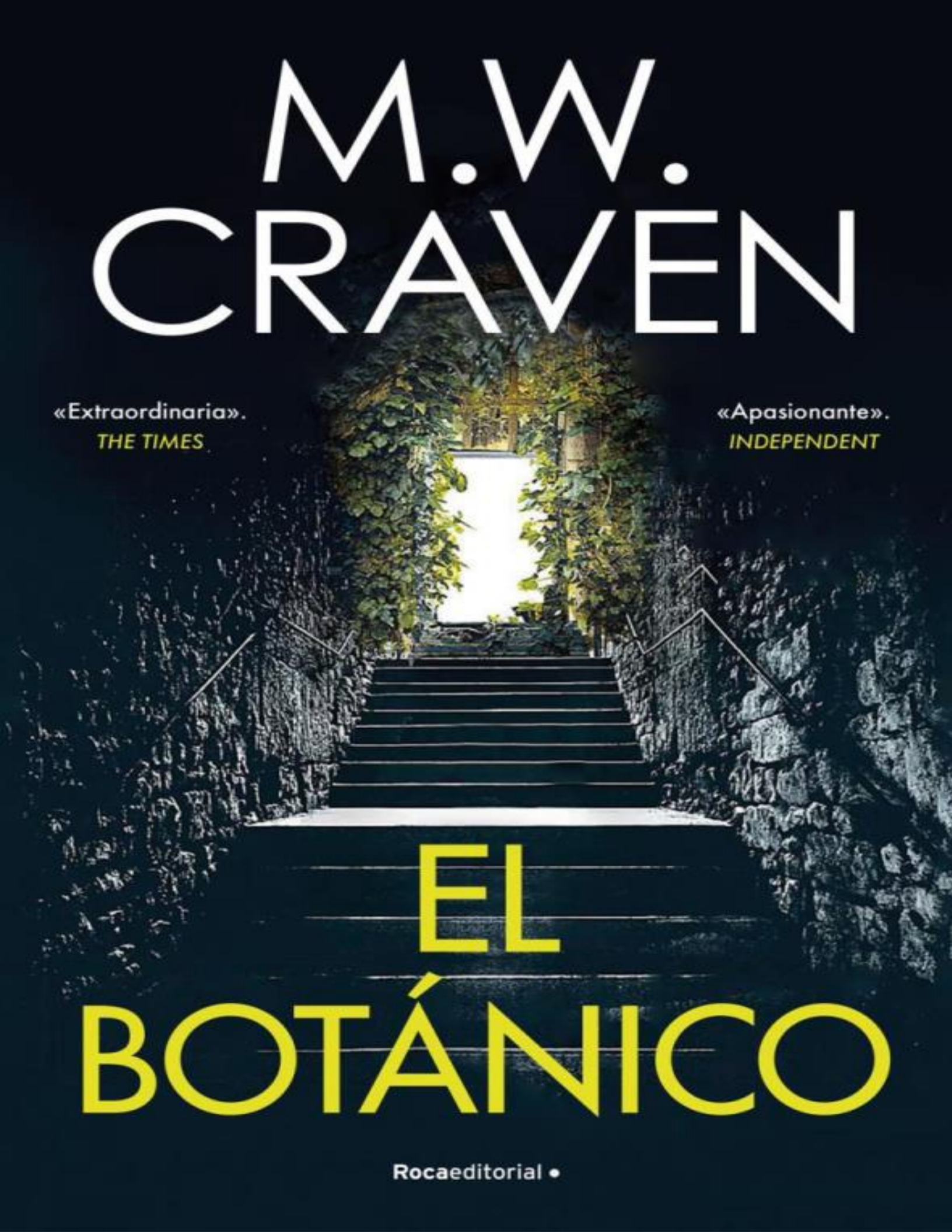
M.W. CRAVEN

«Extraordinaria».
THE TIMES

«Apasionante».
INDEPENDENT



EL BOTÁNICO

Rocaeditorial •

M. W. CRAVEN

EL BOTÁNICO

Traducción de
Ana Momplet Chico

Rocaeditorial

Para Bracken

¿Qué hay que no sea veneno?
Todo es veneno y nada es veneno, solo la dosis hace el veneno.

PARACELSO (1493-1541)

1

Isla de Iriomote, Japón

Había palmas de escoba, carrizos y un edificio cuya existencia no se conocía.

Las palmas de escoba tenían el tronco protegido por pinchos de quince centímetros. Por poco que tocaras uno, te llevabas una dolorosa lección. Los carrizos eran menos punzantes, pero igual de molestos. Sus finas enredaderas con puntas en forma de gancho colgaban de las ramas, agarrando, enredando e inmovilizando a los más incautos.

Pero lo que llamó la atención de todo el mundo no fueron los afilados pinchos, sino el edificio. Era una construcción baja de color gris y la naturaleza se había apropiado de ella. Gruesas raíces se habían abierto paso entre la piedra hasta derribar uno de sus muros y el guano de murciélagos de la fruta que se posaban en la copa de los árboles había pintado el tejado de blanco.

El grupo lo observaba fascinado.

—¿Qué es eso? —preguntó Dora, una mujer de veintipocos años. Estaba en pleno año sabático. Seis meses más tarde acataría los deseos de su padre y empezaría a trabajar en la ciudad, luego se casaría con el gestor de carteras con el que estaba prometida y empezaría a procrear una prole de niños insulsos.

—No estoy seguro —contestó el guía. Se llamaba Andrew Trescothic y había aprendido las artes oscuras de moverse por la jungla con el ejército británico en Belice—. Probablemente restos de la guerra. Dicen que hay edificios de la operación Ketsu-Go en algunos lugares de la isla.

—¿Ketsu-Go?

—La estrategia defensiva suicida que diseñó el emperador cuando se dio cuenta de que era imposible ganar. Apeló a todo el pueblo japonés a levantarse contra la invasión bajo el lema de «La gloriosa muerte de cien millones de personas». Pensaba que si los americanos anticipaban una catástrofe de tales dimensiones, no tendrían tantas ganas de luchar por una rendición incondicional. Que tal vez optarían por un armisticio que no supusiera la ocupación de la gran isla de Japón. Como parte de la estrategia, construyeron fortificaciones en tierra para almacenar combustible y munición. Aquí no podrían venir a por gasolina, así que supongo que lo usaban para guardar munición. Los aliados las vaciaron después de rendirse los japoneses, pero la mayoría de los edificios quedaron intactos.

—Uau… —dijo Dora—. O sea, que… ¿nadie ha visto esto desde la guerra?

—Es posible.

Era imposible. Trescothic era un astuto guía que llevaba cinco años enseñando la selva a grupos de turistas. Sabía perfectamente dónde estaban todas las fortificaciones de Ketsu-Go y se aseguraba de que todos los grupos «descubrieran» una en cada viaje. Después de que sacaran fotos y husmearan un poco por el lugar, dejaba descansar la edificación cerca de un año. En un entorno tan salvaje como aquel, no tardaba en semejar que llevaba décadas intacto. Le parecía una mentirijilla inofensiva y, desde luego, garantizaba unas buenas propinas cuando volvían al campamento base.

—¿Podemos entrar? —preguntó Dora.

Trescothic se encogió de hombros.

—Por qué no —contestó.

—¡Genial!

—Pero cuidado con las serpientes.

Lo único que quedaba de la puerta eran unas bisagras oxidadas. Dora y la mayoría del grupo entraron cautelosamente.

El último, un hombre que llevaba un sombrero absurdo, se volvió y dijo:

—¿Tú no entras, Andrew?

El guía sacudió la cabeza.

—Quizá más tarde. —Él sabía lo que había dentro. Una habitación cuadrada y un almacén grande bajo tierra. Carteles en japonés en las paredes y cacas de animales en el suelo. Como en todas las demás fortificaciones. Los turistas estarían dentro unos quince minutos: cinco en la planta superior, cinco en el sótano y otros cinco dedicados a sacarse fotos. Tiempo de sobra para prepararse un té.

Ni siquiera había tenido tiempo de meter la bolsita en el agua cuando oyó el grito de Dora. Suspiró. Probablemente se habían encontrado un animal muerto. Un par de años antes le pasó lo mismo en otro edificio. Un grupo descubrió el cuerpo descompuesto de un gato de Iriomote, una subespecie de leopardo que solo se encuentra en aquella isla. Se había caído por un agujero del tejado y había quedado allí atrapado. El pobre murió de hambre.

Trescothic se levantó y entró en la fortificación. Oía al grupo. Estaban en el sótano. Bajó corriendo las escaleras y se topó con Dora, que subía a toda prisa.

—¡Voy a vomitar! —dijo.

Andrew suspiró otra vez. «Estos urbanitas son unos blandos». En el viaje anterior pensó lo mismo. Los exploradores modernos no son tan resistentes como los soldados con los que se había formado hacía años. Se alteraban a la mínima. Un animal muerto, un comentario cruel en Twitter, una estatua sórdida…

Puso su cara de exsoldado serio que no se anda con tonterías que el grupo esperaba de él, y

entró en el almacén.

Medio minuto después estaba otra vez afuera, jadeando, buscando desesperadamente su teléfono satelital en la mochila.

Dora no había chillado por un animal muerto.

Era otra cosa.

Algo monstruoso.

Mientras Trescothic estaba al teléfono, un hombre de aspecto anodino con ropa común y corriente se bajó de una furgoneta blanca en el aparcamiento de un polígono industrial a las afueras de Glasgow. Entró en Suministros Químicos Banner y se acercó al mostrador.

—Quiero doscientos litros de acetona, por favor —le dijo a un hombre que lucía un polo con el logo de la compañía, una letra B estilizada sobre un tubo de ensayo.

—¿Tiene identificación? —contestó el vendedor—. La acetona es un precursor químico de categoría tres y puede usarse para fabricar explosivos. Tengo que pedirle identificación por política de empresa.

El hombre anodino sacó un carné de conducir con un nombre fácil de olvidar. El tipo del mostrador introdujo los datos en su ordenador. Una vez pagada la acetona, le preguntó:

—¿Ha aparcado fuera?

—Sí.

—Los chicos sacarán la acetona y le ayudarán a cargarla.

—Gracias.

—Una cosa más: hay que poner algo en la casilla de «motivo de la compra».

—Problemas con las alimañas —contestó el hombre anodino.

2

Dieciocho meses después.
Plató de La hora de Morgan Soames*, Londres*

La luz de los focos era intensa; la entrevista, más.

Demasiado.

Más de lo previsto.

—Es demasiado polémico —había dicho el propietario del estudio varias semanas antes.

—Yo prefiero la palabra «provocador» —fue la respuesta de la directora del programa, Justine Webb.

—Nos llegarán cientos de quejas, si no miles.

—Será un bombazo de audiencia.

—No sé yo…

—Puesto que yo tengo la última palabra en contenido editorial, yo decido. Lo vamos a hacer.

Por supuesto, aquel intercambio de opinión entre la directora y el dueño del estudio había estado precedido días antes por varias reuniones y comités. Era de esperar, tratándose de Kane Hunt. La polémica, siempre cuidadosamente planificada, le seguía adondequiera que fuese. Cada vez eran menos frecuentes sus apariciones en programas de televisión en directo.

Pero *La hora de Morgan Soames* nunca se achantaba ante la polémica.

Al final, la decisión se redujo a dos cuestiones: la primera, su compromiso con una información equilibrada. Y la segunda, si la presentadora, Morgan Soames, sería capaz de lidiar con Hunt.

El argumento a favor del equilibrio informativo era que estaba previsto que Saffron Phipps saliera en el programa una semana antes de la entrevista a Hunt, y sus opiniones, aunque completamente opuestas, eran igual de radicales. Phipps sostenía que Valerie Solanas, autora de la obra de 1967, *Manifiesto SCUM*, tenía razón. Ella no sugería, como Solanas, que se tuviera que eliminar al hombre, pero sí coincidía con ella cuando esta decía que, como los hombres solo tenían un cromosoma X, eran hembras genéticamente deficientes, incompletas. Esa deficiencia explicaba su limitación emocional, su egocentrismo, su falta de empatía y su incapacidad para

identificarse con cualquier cosa que no fueran sus propias sensaciones físicas. Kane Hunt era el anti-Phipps, la antítesis del *Manifiesto SCUM*. Él aportaría el equilibrio del que tanto se enorgullecía *La hora de Morgan Soames*.

Para aquellos que estaban en contra, el argumento era bastante más sencillo: Kane Hunt era un misógino que soltaba a destajo su filosofía infame, no porque creyera realmente que los hombres ostentaban un derecho fundamental a tener sexo, sino porque esa idea vendía mucho. Invitarlo al programa daría un impulso tremendo a las ventas de su libro.

En cuanto a la segunda cuestión, si Morgan Soames sería o no capaz de lidiar con él, no había discusión. Soames los tenía mejor puestos siempre.

Al final se decidió por votación, la primera a la que se sometía el equipo de producción por un invitado. Justine, la directora, al principio votó en contra. Era la responsable del programa y ella sería quien tendría que cargar con los inevitables efectos colaterales. El jefe de guionistas también votó que no. No quería meter a su equipo en la boca del lobo si Morgan acababa quedando como una idiota.

La jefa de redes sociales votó sí al instante, por supuesto. Ella reconocía una tormenta inminente en Twitter en cuanto la veía. La cadena de televisión también votó a favor. Los índices de audiencia se dispararían y ellos ganarían mucho dinero.

El resto del equipo de producción estaba bastante dividido. Al final, Allan, el productor del programa, tuvo el voto decisivo. En el fondo, él quería votar a favor. Fueran cuales fuesen las opiniones del imbécil de Hunt sobre las mujeres, Morgan era una depredadora. Se lo comería con patatas, y el noventa y nueve coma nueve por ciento del país disfrutaría viéndolo. Además sería importante: Hunt llevaba demasiado tiempo haciendo lo que quería. Su argumento sobre la censura de los medios era una estrategia calculada. Si se mostraba lo bastante ofensivo, jamás aparecería en televisión, y, en ese caso, nadie discutiría sus opiniones. La censura representaba un escudo para él. La deseaba porque la necesitaba.

Sin embargo, Morgan llevaba meses provocándolo. Cada monólogo que abría el programa empezaba con una pulla contra Hunt. Y cada discurso de despedida acababa con un chiste sobre él.

Le había retado a que acudiera al programa.

Y, para sorpresa de todos, Hunt aceptó. Públicamente. Aparecería en su programa siempre y cuando fuera una entrevista de tú a tú y supiera las preguntas de antemano. Si bien Morgan no jugaba así. Ella le daría tiempo para contestar, pero Hunt no iba a marcar el rumbo. Hunt aceptó a regañadientes. Si se echaba atrás a estas alturas, sabía que Morgan se pasaría años riéndose de ello.

Así que Allan quería ver a Hunt en el programa.

En cambio votó en contra. Allan se apellidaba Webb, igual que Justine, porque estaban

casados. Llevaban veinte años trabajando juntos y diez de matrimonio. Eran un equipo dentro y fuera del terreno de juego. Su trabajo consistía en guardarle las espaldas a su mujer, en lo profesional y en lo personal.

Le tocó a Justine contárselo a Morgan. Decidió hacerlo poco antes del programa de esa noche, con la esperanza de dejarle poco tiempo para improperios. Morgan había entrevistado a presidentes procesados judicialmente y a primeros ministros caídos en desgracia. Había pillado mentiras a miembros de la realeza y había hecho llorar a criminales de guerra. No era alguien con quien uno quisiera jugar.

Justine llamó a la puerta de su camerino y entró. Morgan estaba en plena sesión de maquillaje, con su estilista y confidente de muchos años dándole los últimos retoques a su pelo con un diminuto cepillo y un tubito de espray y pañuelos de papel metidos entre la piel y el cuello de su Oscar de la Renta azul marino de dos mil libras, para protegerlo del pesado maquillaje que exigía el plató. Fuera de cámara parecía una caricatura de la mala de la historia; delante de ellas estaría perfecta.

Morgan se volvió, clavó sus ojos de color gris acerado en Justine y asintió. Su pelo cobrizo, fuerte y brillante, no se movió ni lo más mínimo.

—¿Podemos hablar un momentito, Morgs? —preguntó Justine.

—Dispara —contestó—. Estaba ensayando el monólogo de esta noche. Quiero meter más bromas sobre la primera ministra y la mierda de perro que pisó ayer.

—No sé por qué te molestas, ya es bastante gracioso —dijo la maquilladora.

—Es sobre Kane Hunt —dijo Justine—. No va a funcionar.

—Ah… —dijo Morgan, con la voz cortante como una cuchilla.

—Producción está de acuerdo. Es demasiado arriesgado. Si te sirve de consuelo, la votación ha estado ajustada.

Morgan volvió la atención a su maquillaje y empezó a retocarse un ojo. Miró a Justine por el espejo.

—Que le den por el culo a vuestros votos —dijo.

Y así acabó la conversación. Cuando Justine salió del camerino, fue en busca del dueño del estudio para convencerlo de que debían hacer la entrevista.

—Lo veo muy acalorado —dijo Justine.

—¿Acalorado? —contestó Allan.

—No en sentido sexual, quiero decir que está sudando.

—No me extraña, está a un metro de una lámpara de cuarzo.

—¿De cuarzo? No sabía que nos quedara ninguna. ¿No estábamos usando led?

Las lámparas de cuarzo habían sido una herramienta básica de la industria durante años, pero emitían demasiado calor y gastaban demasiado combustible. Al final fueron sustituidas por las luces de led, que básicamente hacían el mismo trabajo sin dar tanto calor ni fundirse el presupuesto eléctrico.

—La pidió Morgan —dijo Allan—. Pero indicó que solo se pusiera en el lado de Hunt. Quiere que se le vea pálido y sudoroso.

Justine se quedó pensando.

—Jo, qué buena es —dijo.

Estaban en la galería, la sala de realización del programa de *La hora de Morgan Soames*. La «cabina de vidrio», una pared virtual de monitores con varias fuentes de información, presidía la habitación. Justine y Allan normalmente preferían quedarse en el plató, y dejar a uno de los ayudantes de dirección supervisando la galería, pero esta noche querían estar cerca del mezclador de imagen. Se llamaba Yosef y estaba sentado delante de su panel de control, eligiendo cámaras. Justine y Allan solían dejarlo trabajar y apenas le supervisaban. Morgan confiaba en Yosef porque lograba alternar perfectamente las imágenes de ella con las del invitado; sabía cuándo ella quería aparecer en pantalla al hacer una pregunta y cuándo primaba más la reacción del entrevistado.

Sin embargo, ese día era distinto. Justine era la única persona con autoridad para detener un programa en directo en plena emisión y tenía que estar allí para dar la orden a Yosef si fuera necesario. Y Allan quería estar con ella por si Justine necesitaba hablarlo. Detener un programa en directo era la decisión más importante que podía tomar un director.

Llevaban media hora de programa, y por el momento todo iba bien. Morgan tenía la entrevista controlada y Kane Hunt se había mostrado poco polémico.

Vieron que Morgan sacaba de debajo de la mesa el único objeto que tenía previsto utilizar. Era un libro. Publicado de forma independiente, pero con importantes gastos de producción.

—No tiene buen aspecto, ¿verdad? —dijo Justine.

Hunt iba repeinado y vestía demasiado informal. Llevaba una cazadora de piloto y vaqueros rotos, como si estuviera en un casting para una producción amateur de *Rebelde sin causa*, en lugar del programa de entrevistas más prestigioso de la televisión.

—No —contestó Allan—. Está bebiendo mucha agua y no para de frotarse los ojos.

—Mientras no se nos muera en la próxima media hora… —añadió Justine.

—Háblenos de su nuevo libro, Kane —dijo Morgan—. Se titula *El manifesto Chad*. Supongo que el término «chad» hace referencia a los hombres populares y atractivos que suelen tener éxito con las mujeres.

—Exacto —contestó Hunt—. Los Chads son tíos que ganan la lotería genética y según un estudio reciente, aunque solo representan un veinte por ciento de la población masculina, acaparan el ochenta por ciento del sexo. Eso supone un problema matemático para el resto de los hombres: porque no nos quedan suficientes mujeres. *El manifiesto Chad* intenta reparar esta partida amañada.

—Ya veo —dijo Morgan—. ¿Y esta teoría forma parte del movimiento *incel*?

—Sí. Involuntariamente célibes.

—¿La ideología de que el cuerpo de la mujer es un recurso natural?

—Exacto. —Hunt se inclinó hacia delante con gesto concentrado—. En este momento, los hombres, sin tener culpa alguna, se están viendo excluidos de un mercado sexual desregulado. *El manifiesto Chad* defiende un sistema de distribución más justo. Ningún hombre del siglo XXI debería tener carencias sexuales.

—¿Carencias sexuales?

—No la veo muy convencida.

—No lo estoy. En mi opinión, su postura de que las mujeres somos poco más que cuerpos con una sensibilidad inoportuna es simplemente ridícula.

—¿Lo es? —contraatacó Hunt—. Recuerde que en el noventa y nueve por ciento de la historia de la humanidad las mujeres no elegían su pareja sexual. No existían las citas. Las mujeres eran entregadas a los hombres en matrimonios concertados o tomadas como botín de guerra. Este cambio cultural reciente ha privado a algunos hombres de sus derechos.

Morgan cogió el libro y empezó a hojearlo.

—Y supongo que usted tiene una solución… —dijo.

Arriba, en la galería, Justine dijo:

—Se lo está poniendo más fácil de lo que esperaba.

—Sí —contestó su marido—. Eso es lo que me preocupa.

—A mí también.

—¿Y no te ha querido contar lo que tiene planeado?

Justine negó con la cabeza.

Alan se acercó un poco más al botón que interrumpía la emisión.

—Nuestra solución es sencilla —dijo Hunt—. Proponemos que se revoque por completo la ley de delitos sexuales, concretamente los artículos que hacen referencia a la prostitución.

—¿En serio? —preguntó Morgan—. ¿Quiere legalizar los burdeles?

—No, pero es necesario cambiar esa ley draconiana para lo que ha de venir. Para que nuestra propuesta funcione, necesitamos que se anulen por completo los artículos relativos al pago por servicios sexuales y su prestación, así como a la publicidad y el control de la prostitución con ánimo de lucro.

—O sea, que quiere legalizar los burdeles…

—En absoluto —contestó Hunt—. Pero sí queremos revolucionar el mercado sexual.

—Será mejor que se explique.

—Hoy en día, monetizar el mercado sexual tiene todo el sentido del mundo. Si todo lo demás se vende, ¿por qué no el sexo? Y, teniendo en cuenta la cantidad de dinero que se gasta cortejando a las mujeres, la administración también percibiría ingresos considerables y de forma constante.

—¿Está sugiriendo una prostitución gestionada por el gobierno?

—En absoluto. El gobierno la pifia siempre en las tareas más sencillas. Lo que necesitamos es la mano invisible del mercado libre. La fuerza de este país siempre ha radicado en sus empresarios y queremos que ellos dirijan el mercado sexual.

—¿Y cómo funcionaría, Kane? —preguntó Morgan—. ¿Megaburdeles? ¿Festivales legales de acera en acera?

—Con servicio sexual por suscripción —contestó Hunt—. Algo parecido a Netflix o Amazon Prime. Los hombres pagarían una mensualidad y las mujeres recibirían un estipendio. Igual que ahora uno elige una película o un programa de televisión, dependiendo del paquete al que esté suscrito, sencillamente elegiría a la mujer que quiere. Estarían clasificadas de una a cinco estrellas y las más valoradas costarían más crédito. Por ejemplo, un paquete básico podría ofrecer a un suscriptor tres horas de sexo al mes con una mujer de dos estrellas, o cinco horas con una de una estrella. No en un burdel, sino en su casa. El paquete premium evidentemente daría más horas con mujeres mejor valoradas.

—¿Y quién valoraría a esas mujeres? ¿Gente como usted?

—El mercado —explicó Hunt—. Y los suscriptores también serían valorados. Igual que los conductores y los clientes de Uber se valoran los unos a los otros. Cuanto peor valorado estés, más pagas. Las mujeres poco valoradas evidentemente ganarían menos que las mejor valoradas, así que a todo el mundo le interesaría a nivel económico que cada sesión sea lo más satisfactoria posible. —Hunt cogió su vaso de agua y se bebió la mitad—. Y una vez se involucre el sector privado, con su experiencia en marketing, no tardará en convertirse en algo progresivo y prevaleciente —continuó—. Y aunque en un principio está concebido para *incels*, en menos de dos años esperamos ver servicios sexuales por suscripción para todo el alfabeto LGTBXYZ.

—Muy encomiable…

—La noto escéptica, pero recuerde una cosa: la gente dijo lo mismo de las citas por internet.

Ahora ese mercado vale miles de millones. Y esto no solo reportará millones de libras en impuestos al gobierno, sino que es una cuestión de salud pública.

—¿En qué sentido?

—Las mujeres tienen que entender que si siguen tratando a patadas a los perros buenos, estos se volverán malos. Creemos que el haber privado a los hombres de sus derechos en el mercado sexual es la mayor causa de violaciones en el Reino Unido, y en Estados Unidos está relacionado con tiroteos masivos. Las políticas incluidas en este manifiesto abordan todo esto.

—¿Vamos a publicidad? —preguntó Allan—. Para que Morgan se recomponga. Hunt ha ganado este asalto. Ahora mismo, las citas por internet son lo más habitual. ¿Quién dice que no funcionaría?

—Yo lo digo —dijo Justine—. Lo dicen todas las mujeres. Cualquiera con un ápice de decencia lo diría.

—Totalmente de acuerdo —dijo Allan, reconociendo el campo de minas nada más pisarlo—. Es una idea infame.

Su mujer sonrió.

—No te preocupes —dijo ella—. Morgan lo tiene controlado.

—Ahora me gustaría hablar de usted, si es posible, Kane —dijo Morgan.

—Dispare.

—¿Es intolerante a la lactosa?

—¿Perdone?

—Es una pregunta sencilla. ¿Es capaz de digerir productos lácteos?

Hunt frunció el ceño.

—No sé dónde quiere ir a parar con eso, Morgan —dijo él.

—No es el único… —dijo Justine a su marido.

Allan se encogió de hombros.

—¿Qué coño está haciendo? —añadió ella.

—No, no soy intolerante a la lactosa —respondió Hunt—. ¿Qué le hace pensar que lo soy?

—Porque no paran de arrojarle batidos de leche, y me preguntaba si ese es el motivo de que haya necesitado guardaespaldas hoy.

—Soy un personaje mediático. He recibido amenazas de muerte.

—No lo sabía. ¿Ha denunciado alguna de ellas a la policía?

—La mitad de la policía son mujeres —contestó con una sonrisa de suficiencia—. ¿Cree que se tomarían en serio una amenaza contra mí?

—Supongo que igual que si nos amenazaran a cualquiera de nosotros.

Hunt se llevó la mano al bolsillo interior de su cazadora y sacó un papel doblado.

—Échele un vistazo —dijo—. Esta es la última, me llegó hace dos días.

Le pasó el papel. Morgan lo desdobló. Algo cayó en su regazo y lo cogió.

—Primer plano de eso —dijo Justine.

Yosef hizo lo propio y la pantalla principal acercó la mano de Morgan.

—¿Qué coño…? —dijo Allan.

Era una flor prensada. Una lila delicada, en forma de estrella, con pétalos de cinco puntas. Bonita. Ni mucho menos amenazante.

—Es una flor —dijo Morgan—. ¿Y qué?

—Lea la nota —contestó Morgan.

Morgan tenía demasiada experiencia como para leer en voz alta algo que acababa de recibir. Lo leyó para sí, por si había trampa, pero no la había. Era un poema.

—Es una octava —dijo—. Una estrofa de ocho versos, si no me equivoco.

Inclinó el papel para que la cámara pudiera enfocarlo:

Bajo la capa del ahorcado cruel,
gotea su sangre como la miel.
Bajo su fruto amarillo
la raíz lanza un aullido.
Cierra los oídos, arráncala del suelo.
Sécala y comienza a moler con anhelo.
Cuando tu sueño eterno empiece
nadie llorará al que fallece.

Cuando acabó de leerlo, Morgan le preguntó:

—No entiendo. ¿Por qué cree que es una amenaza?

—¿Usted cree que no lo es? Hace alusión a la muerte.

—Es una flor bonita con una poesía mediocre. No creo que haya que llamar a las fuerzas armadas.

Hunt no dijo nada. El sudor goteaba por su frente y le caía en la cara. Morgan esperaba que Yosef lo estuviera grabando. Tocaba pasar a publicidad, pero decidió seguir adelante.

—Aunque tampoco me sorprende que crea necesitar protección —dijo.

—No sé si la sigo.

—¿Le suena de algo el nombre de Anita Fowles?

—No sé…

—Es una estudiante de derecho que lo demandó sin éxito después de que apareciera una foto suya desnuda en su página web.

Hunt se encogió de hombros, con una leve sonrisa de satisfacción.

—Los tribunales ya dictaron sentencia al respecto.

—Sí que lo hicieron —confirmó Morgan. Esperó un segundo y luego añadió—: ¿Le dan miedo las mujeres, Kane?

Hunt soltó una carcajada. Una gota de sudor le cayó de la nariz y tosió.

—Claro que no. ¿Qué hay que temer?

—Dígamelo usted.

—Las mujeres no me dan miedo, Morgan. Ni siquiera usted. Pero no todo el mundo está en una posición tan afortunada como la mía; algunos hombres sí se sienten intimidados. Por eso mismo he escrito *El manifiesto Chad*.

—Pero, por lo que tengo entendido, cada vez que piensa en las mujeres, se le encoge el arma. Aunque se meta viagras como si fueran Conguitos, su soldadito ya no se pone firme.

—Ay, madre —dijo Justine—. Cámara sobre la cara de Hunt. ¡Ahora, Yosef!

—Estoy en ello.

Ni la intensa luz de las lámparas de cuarzo podía disfrazar el rubor que se extendió rápidamente por el cuello y la cara de Hunt. Apretó la mandíbula y una vena empezó a palpitarle en la frente.

—Maravilloso —dijo Justine.

—¡¿De qué demonios habla?! —exclamó Hunt—. ¡Yo jamás he usado Viagra! Todas las mujeres con las que me acuesto, y ya son cientos, pasan una noche inolvidable. Y es cien por cien natural.

—Creo que es la primera verdad que dice en toda la noche —dijo Morgan, en un tono peligrosamente dulce—. Las mujeres que se lleva a casa no olvidan esa noche, desde luego. Incluso después de someterse a terapia profesional.

—No sé de dónde ha sacado eso, pero yo que usted despediría a los documentalistas del programa. Puede que acabe enfrentándose a serios problemas…

Hunt dejó de hablar en cuanto vio que Morgan sacaba un objeto que hasta ese momento había ocultado a todos, incluso a Justine. Volcó una bolsa de tela y algo cayó sobre la mesa de vidrio.

Tenía forma de pene, era de silicona negra y estaba sujeto a un arnés. Resultaba sórdido y triste a partes iguales.

—¿Qué diantres es eso? —dijo Allan con los ojos pegados al monitor.

—¡Ay, Dios! ¡Es una funda para pene! —contestó Justine—. Los tíos impotentes se lo ponen sobre la polla y se fija con ese arnés. Así pueden tener sexo con penetración. Más o menos. ¿Qué hace sacándola en directo?

—Pero ¿tú cómo sabes…?

—Hace años hice un documental sobre disfunción eréctil, ¿no te acuerdas?

Allan se acordaba perfectamente. No era televisión vanguardista, pero tampoco estuvo mal.

—¿Pasamos a publicidad? —sugirió con los dedos suspendidos sobre el botón rojo.

—¿En serio? ¿Quieres cortarla ahora? Nos despellejaría y luego se haría un sombrero con nosotros.

—Ya.

—Espera, espera —dijo Justine—. Que Hunt parece a punto de tener un ataque al corazón.

Justine no exageraba. Hunt tenía mal aspecto. Morgan cogió un pañuelo de papel y deslizó la funda de pene sobre la mesa hacia él.

—Se dejó esto en casa de Anita Fowles —dijo—. Me ha pedido que se la devuelva.

—¡Eso… eso no es mío!

—Ah, ¿no?

—¡Claro que no!

—Pero parece suya.

—Parece… ¿qué demonios quiere decir con que parece mía?

—Ah, disculpe, ¿no se lo había dicho? Sin que usted lo supiera, Anita lo grabó metiendo su soldadito flácido en este chisme. Cuando le preguntó por qué se lo ponía, usted se echó a llorar.

—Firmó un acuerdo de confidencialidad —dijo Hunt—. Aunque hubiera un vídeo, que no lo hay, no podría enseñárselo a nadie.

—Tiene razón, por supuesto: Anita firmó un acuerdo de confidencialidad —contestó Morgan —. Todas firmaron acuerdos de confidencialidad. Por eso no se ha publicado nada hasta ahora en internet. Pero por desgracia para usted, Anita está estudiando derecho y en el vídeo que grabó

también aparece haciendo su numerito especial: encendiéndose un cigarrillo con una pistola táser. ¿Le suena, Kane?

Hunt no dijo nada. Empezó a hiperventilar.

—Bueno, puede que no lo sepa, pero, como cualquier contrato, un acuerdo de confidencialidad no se puede utilizar para ocultar actividades ilegales. Hemos pedido asesoramiento legal y la posesión y uso de un arma ilegal aparentemente anula el acuerdo.

—No me encuentro bien —dijo Hunt.

—¿No? —preguntó Morgan—. Bueno, tampoco creo que esto le haga sentirse mejor. Como usted ya compartió una foto de Anita en la red, a ella le pareció justo hacer lo propio. En el momento en que empezó esta emisión, envió ese vídeo a un montón de páginas web y editores de periódico y…

—No, en serio, no me encuentro bien…

Hunt se derrumbó en el asiento. Estuvo así unos instantes y luego cayó sobre el lustroso suelo del plató. Ya inconsciente, vomitó.

Justine contemplaba el monitor, horrorizada. Yosef había cambiado a la cámara que recogía el rostro consternado de Morgan, pero la número tres seguía sobre Hunt. Estaba rojo como una remolacha, y el vómito le salía por la comisura de la boca.

—¡A publicidad! —gritó Justine.

Allan golpeó el botón de corte y la emisión en directo se interrumpió.

Mientras tanto, en el suelo del plató, Kane Hunt seguía muriéndose…

3

Poe, ¿por qué iba a querer alguien comprarme las uñas de los pies?

Buena parte del té que estaba bebiendo el sargento Washington Poe le salió a chorro por la nariz. El resto lo escupió sobre su barbilla y su camiseta. A su lado, la inspectora jefa Stephanie Flynn sonreía, con sus ojos azules pegados a los prismáticos de alta tecnología.

No era el comentario más raro que le había hecho Matilda «Tilly» Bradshaw. De hecho, ni siquiera estaría incluido entre los cinco primeros, pero dicho así, sin avisar y sin contexto, probablemente se colaría entre los diez mejores. Tal vez, en el noveno puesto. Más raro que cuando le pidió que clasificara sus formaciones nubosas favoritas, pero desde luego menos que aquella vez que le pidió que echase un vistazo a un lunar que tenía en el trasero.

—¿Te encargas tú, jefa? —dijo Poe con un suspiro, mirándose la camiseta. Ya solo le quedaba una limpia.

Flynn sacudió la cabeza sin apartar los ojos de los prismáticos. Llevaba la melena rubia recogida en una coleta.

—Ni de coña —contestó—. Te ha preguntado a ti, y a mí acaba de soltarme una hora de discurso sobre por qué debería seguir dando el pecho.

—Es que debería seguir amamantando, inspectora Flynn —dijo Bradshaw—. La Organización Mundial de la Salud es muy explícita al respecto: dar el pecho durante dieciocho meses aporta al bebé alimento adicional y protección contra las enfermedades. Ayuda a combatirlas durante su segundo año de vida.

—Ah, ¿sí? Bueno, no son tus tetas las que mordisquea.

—¿Están agrietadas? ¿Ha intentado utilizar su propia leche para hidratarlas?

Esta vez, el que se rio fue Poe. Bradshaw no había encontrado todavía ni una situación social que no fuera capaz de volver incómoda.

—No, gracias, Tilly —contestó Flynn—. Y ya he hablado con mi médico. Le parece bien que empiece a destetarle.

Bradshaw frunció el ceño. En su opinión, los médicos solo estaban un escalón por encima de los dentistas. Imbéciles apenas funcionales.

—En fin —prosiguió Flynn—, ¿no estabas intentando venderle tus uñas a Poe…?

4

Era la operación de vigilancia más extraña en la que hubiera participado Poe.

Tres días metido en el cuarto pequeño del señor y la señora Emsley, la pareja de octogenarios que vivía enfrente de su objetivo.

Tres días que no habían servido de nada.

No habían visto a nadie, ni ningún indicio de que viviera alguien en la casa que vigilaban. Tan solo tres días de lluvia, viento y granizo, y alguna visita de Colin, el artrósico y flatulento schnauzer de los Emsley.

Con las Navidades ya casi olvidadas, el viento de enero soplaba con crudeza y las nubes oscuras estaban tan bajas que casi se podían tocar. La temperatura apenas superaba los cero grados. Suficiente frío como para que dolieran los huesos, pero no lo bastante como para que cuajara la nieve. Por mucho cuidado que tuviese Poe, cada vez que salía a la calle, acababa con el bajo de los pantalones manchado de agua sucia.

Hasta los Emsley, que en un principio estaban entusiasmados ante la idea de recibir en su casa a la Sección de Delitos Graves, la unidad de la Agencia Nacional del Crimen encargada de perseguir a asesinos y violadores en serie, estaban hartos ya. La señora Emsley llevaba toda la mañana soltando indirectas sobre un crucero Saga barato que les habían ofrecido a ella y su marido.

Flynn contestó que la operación no se alargaría mucho más. Y no mentía. Había casi una treintena de policías repartidos alrededor de la casa que vigilaban y su presupuesto tampoco era infinito.

Al menos estaban a cubierto, pensó Poe. El cuartito de los Emsley servía de centro de mando de la operación de vigilancia. Flynn necesitaba un sitio con buena cobertura y vistas ininterrumpidas de la casa del objetivo. También necesitaba un lugar seco e íntimo para sacarse leche. Bradshaw le había contado a Poe que, si no lo hacía a menudo, le dolían los pechos. Él no preguntó cómo lo sabía.

Poe ya había estado antes en operaciones de vigilancia. En cientos de ellas. Después de ser policía durante tantos años, ya eran algo natural para él. Y Flynn había estado en otras tantas.

Pero ninguno de los dos había participado en una como esta.

Uno de los motivos era el objetivo de la vigilancia. Los medios de comunicación lo llamaban Jack el Saltarín, y había tenido a las mujeres de Watford aterrorizadas durante tres semanas. Era

un violador despiadado que se ocultaba tras la máscara de Guy Fawkes, y había cometido una serie de agresiones sexuales brutales a plena luz del día. Durante seis de las ocho agresiones, varios transeúntes habían intentado detenerlo, y en una ocasión incluso una unidad de la policía con dos perros alsacianos que estaba en la zona.

Pero logró escapar.

Con facilidad.

Porque Jack el Saltarín era un *traceur*. Un aficionado al parkour, la disciplina deportiva que mezcla carrera, saltos, volteretas y escalada. Cada vez que lo perseguían, y Poe estaba seguro de que para él era un auténtico subidón, lo grababa alguna cámara de videovigilancia y algún móvil. Su manera de trepar por los edificios, de salvar distancias enormes con sus saltos y de brincar por encima de sus perseguidores desafiaba toda credibilidad.

Por eso contaban con muchos policías jóvenes y atléticos en la operación. Una de ellas había representado al Reino Unido en las olimpiadas. Y también explicaba que, a pesar de la falta de acción y del clima espantoso, cada vez que Poe comprobaba la situación no oía ni una sola queja. Querían mantener a Jack el Saltarín alejado de las calles y hacerle saber que ellos también tenían sus truquillos.

El otro motivo que enrarecía aquella vigilancia era la presencia de Bradshaw. Ella era analista, y los analistas no solían participar en ese tipo de operaciones. Poe nunca había estado en una vigilancia con alguien que no fuese policía. No era por esnobismo profesional: ellos podían unirse a un sindicato, los policías no.

En esta ocasión, Bradshaw había insistido.

Ella y su equipo, cariñosamente conocidos como la Gente Topo porque entornaban los ojos en cuanto salían a la calle, diseñaron un programa informático que analizaba y ponía valores numéricos a los movimientos que Jack el Saltarín había usado en las grabaciones de los móviles y las cámaras de videovigilancia. Los compararon con miles de vídeos de *freerunners* y *traceurs* en YouTube y otras páginas web. En su opinión, bastante razonable, alguien con las habilidades de parkour de Jack el Saltarín probablemente no las ocultaría. Si era un exhibicionista cuando cometía una violación, también debía serlo en otras situaciones.

Y funcionó.

Habían elaborado una lista de seis personas dentro con un margen de error mínimo. A base de buen trabajo policial, la lista siguió reduciéndose hasta quedar un solo sospechoso: Patrick Barnetson, «el Truco».

Flynn tomó la decisión de ir a buscarlo a su casa. Un equipo de cobertura de entrada confirmó que no estaba allí, pero varias muestras de ADN tomadas de su cepillo de dientes verificaron que Barnetson era Jack el Saltarín. En vez de hacerlo público, Flynn decidió esperar. Corrían el riesgo de que hubiera más víctimas, pero si se veía expuesto, intentaría huir. Y, teniendo en

cuenta sus contactos dentro del mundo del parkour en países sin acuerdo de extradición, cabía la posibilidad de que desapareciera para siempre.

Bradshaw cartografió la zona alrededor de la casa de Barnetson y la convirtió en una maqueta tridimensional. Luego hizo una serie de simulaciones para predecir adónde podría dirigirse durante su huida, y sus posibles movimientos en caso de lograr zafarse de los policías que intentasen detenerlo en su domicilio. Según ella, su presencia en el grupo de vigilancia era crucial para dirigir a los agentes que lo persiguieran.

La auténtica razón se hizo evidente en cuanto vieron que la cosa iba para largo. Horrorizada por las historias de Poe sobre las comidas en ese tipo de operaciones, Bradshaw se responsabilizó de que Flynn, que aún estaba dando el pecho, siguiera teniendo una dieta equilibrada. Y como no creía justo que Poe se atiborrara a empanadas, patatas fritas, kebabs y comida china para llevar mientras Flynn comía fruta, verdura, semillas y pescado azul, decidió encargarse de todo. Le dijo a Poe que Flynn organizaría el tema de las comidas, y a Flynn que lo haría Poe. Y, como Bradshaw no había engañado a nadie a propósito en toda su vida, a ninguno de los dos se le ocurrió preguntar al otro.

El primer indicio de que algo iba mal fue cuando Poe entró en la salita y notó que no olía a kebabs.

Flynn se quedó mirando sus manos vacías y le preguntó:

—¿Dónde coño está el curri, Poe?

En lugar de los snacks fritos, horneados y azucarados que tanto les gustaban, Bradshaw les llevaba barritas de dátil y bayas de goji, fruta fresca, hummus y palitos de zanahoria, frutos secos sin sal y pan que olía raro. También se llevó una nevera en miniatura para que no tuvieran que utilizar la de los Emsley.

—Hay yogures dentro, jefa —gimió Poe—. No se puede comer yogur en una vigilancia.

—Tiene bacterias activas, Poe —contestó Bradshaw.

—¿Por qué no te metes las bacterias por…?

—Ya basta, Poe —interrumpió Flynn—. Y, Tilly, deja de provocarle.

—¿Dónde están las patatas fritas? —preguntó Poe, en cuanto Bradshaw salió de la habitación —. ¿Y los hojaldres de salchicha?, ¿y la carne grasienta?, ¿y las gominolas que explotan en la boca?

—Cuando se duerma, salimos a comprar —contestó Flynn.

—Tilly nunca duerme y estamos en medio de una urbanización. Lo único que está cerca es un

quiosco y no podemos dejar un coche desconocido cerca por si asustamos a Barnetson.

Flynn suspiró.

—Ya nos las arreglaremos, Poe.

Bradshaw volvió con una bolsa de papel marrón. Poe se quedó mirándola con cara de odio: ni siquiera había tenido la decencia de procurar que estuviera manchada de grasa.

—¿Te apetecen unas judías mungo cubiertas de wasabi, Poe? —dijo—. Son orgánicas.

El sargento empezó a despotricar otra vez, mientras Flynn se decía entre dientes:

—Tiene que haber una manera más fácil de ganarse la vida.

5

Tilly Bradshaw era un caso aparte. Un genio de las matemáticas en un campo donde no se usa esa palabra. Y, aunque las matemáticas fueron su primer amor, era una auténtica polímata, una persona capaz de utilizar conocimientos complejos para resolver problemas polifacéticos. Lo hacía desde que la sacaron del colegio a los trece años para darle una beca de estudios en Oxford, donde su mente, única en su generación, podría florecer y alcanzar su verdadero potencial.

A nivel académico había superado las mejores expectativas de todo el mundo. Una vez terminados los estudios, se quedó en Oxford para investigar y empezaron a lloverle ofertas millonarias desde todos los rincones del planeta. Sus padres pensaban aliviados que su hija intelectualmente rara había encontrado uno de los pocos nichos poco convencionales donde podía encajar.

Y durante años bastó con eso.

Hasta que dejó de ser suficiente.

Sin decírselo a nadie, Bradshaw solicitó y consiguió un puesto como perfiladora en la Sección de Análisis de Delitos Graves. Entregó el examen de acceso con tres comentarios corrigiendo las preguntas, y sacó la nota más alta en toda la historia, una nota igualable, pero imposible de superar. En un examen donde la nota media era de sesenta y tres, ella sacó un cien sobre cien.

Empezó a trabajar para la SCAS.

Y, para sorpresa de todos, le costó.

Era brillante, capaz de hacer cosas que otros no podían. Cosas que a nadie se le ocurriría hacer. Podía generar soluciones a medida e identificar patrones en datos con más rapidez que ningún ordenador. Se convirtió en una experta destacada prácticamente en todas las especialidades criminológicas que había. Contabilidad forense, análisis digital y multimedia, análisis de huellas dactilares, patrones de manchas de sangre, examen de armas y marcas de herramientas, perfilación geográfica, análisis de la marcha. Incluso estudió astronomía forense para poder saber cuál era el aspecto del cielo en un momento concreto del pasado.

Debería ser el activo más preciado de las fuerzas del orden del Reino Unido.

Sin embargo, lo que no habían visto ni profesores ni académicos, ni siquiera sus padres, era que arrojar tan pronto a Bradshaw a una educación para adultos tendría sus consecuencias.

Le habían robado la infancia.

Y, lo que era más importante, le habían arrebatado la posibilidad de interactuar con gente distinta a ella. No desarrolló habilidades sociales, se creía todo lo que le decían y era incapaz de reconocer la ironía o el sarcasmo. Y, como lo que ella tenía en la cabeza no se trasladaba fácilmente a palabras que la gente pudiera entender, su cándida honestidad se malinterpretaba como grosería.

No era fácil tratar con ella.

Era diferente.

Y, esté donde esté, la gente diferente es maltratada.

Algunos empleados de la SCAS, celosos de sus habilidades, le robaban objetos personales. Se retaban a conseguir que hiciera cosas cada vez más indignantes. La insultaban.

Bradshaw se fue encerrando en sí misma. Era muy infeliz.

Y entonces apareció Poe. Él volvía a trabajar después de estar año y medio suspendido y necesitaba junto a él al mejor perfilador de la SCAS para trabajar sobre el terreno. Flynn, que había ascendido al antiguo puesto de inspector de Poe, mencionó a Bradshaw. Poe habló con ella y al instante comprendió dos cosas. La primera que, bajo tanta rareza y grosería bienintencionada, había una joven extremadamente buena y brillante.

La segunda era que estaba siendo maltratada.

Y Poe odiaba a los maltratadores.

Siempre los había odiado, y siempre lo haría.

Despertaban una respuesta primitiva en él: una reacción desmesurada impactante.

La SCAS comprendió enseguida que meterse con Bradshaw era meterse con Poe. De hecho, era incluso peor. Las consecuencias serían más graves.

En cuanto a experiencias vitales, eran polos opuestos: él había tenido bastantes, ella casi ninguna. A nivel intelectual, apenas se entendían. No deberían haber congeniado.

Pero lo hicieron.

Porque, debajo de toda su torpeza infantil, sus comentarios sin tacto y su falta de humildad, Bradshaw era la persona más amable que Poe había conocido. Leal hasta el punto de la terquedad, un rasgo que compartían, generosa hasta decir basta y, cuando había que defender a Poe, fiera como un tejón melero. Ella le había salvado la vida dos veces, había evitado que lo acusaran de homicidio y lo había ayudado a atrapar a un montón de delincuentes. También lo ayudaba a gestionar sus demonios, mostrándole que el camino oscuro y autodestructivo que había tomado no era la única opción. Que podía ir por el lado soleado de la calle.

Y, a cambio, Poe le había ayudado a abrirse camino por el complicado mundo de matices con el que ella aún lidiaba. Lo enseñó a comunicarse con sus compañeros sin molestarlos. Mejoró su comprensión del lenguaje corporal, del sarcasmo y la ironía.

Ahora bien, Bradshaw seguía siendo una bomba social deliciosamente inocente, la misma

persona que comentó al obispo de Carlisle que no bebía té de regaliz porque le provocaba diarrea. Siempre llevaba camiseta y pantalones cargo y, a pesar de que tenía dinero para comprarse unas más modernas, prefería llevar unas gafas estilo Harry Potter bajo cuyas gruesas lentes se le veían unos ojos enormes.

Por ello, cuando dijo que alguien quería los recortes de sus uñas del pie no bromeaba.

Alguien realmente quería comprarlos.

6

Cuéntame exactamente lo que pasó —le pidió Poe.

—Anoche estaba jugando a Dragonlore y Nedski42 se ofreció a comprármelas —explicó Bradshaw—. Que me daría más dinero si le mandaba las uñas de los dedos gordos.

—¿Y es un jugador?

—Sí, pero no muy bueno.

—¿Lo conoces en persona?

—Claro que no.

—Y supongo que tu identidad estará oculta, ¿no?

A Bradshaw se le escapó la risa por la nariz. Se tomaba muy en serio su seguridad en internet.

—¿Quién es él? —dijo Poe.

—No lo sé, Poe. ¿Debería averiguarlo? Antes quería asegurarme de que es algo raro.

—Pues sí, Tilly. Aunque no tiene por qué ser peligroso. Tú consígueme su nombre y haré algunas averiguaciones.

—Pero ¿para qué quiere mis uñas? No son más que proteína endurecida.

Poe no quería especular.

—Para nada bonito —contestó—. Solo por curiosidad, ¿cuánto te ha ofrecido?

—Cien libras, Poe.

—Caray. Dile que le doy las mías por cincuenta. Se las mando esta misma noche.

Flynn se levantó de un salto.

—Bueno, ya no aguanto más —dijo—. Poe, siéntate en el puesto de vigilancia, necesito estirar las piernas. Iré a la tienda de periódicos. No queda leche.

—Hay un poco de leche de almendras de Tilly en la neverita —dijo Poe—. Es bastante dulce, pero no está mal con el té.

—No, Poe, la leche de almendras me la he acabado con el muesli esta mañana.

Poe miró su taza.

—Entonces ¿qué me he echado en el té?

Bradshaw se encogió de hombros.

—No sé.

Flynn se quedó mirándolo, con los ojos cada vez más abiertos.

—No me jodas… —dijo.

Poe cayó en la cuenta.

—No me digas que…

—¡Joder! —saltó ella—. ¡He tardado cuarenta minutos en sacármela!

—¿Qué? —preguntó Bradshaw—. ¿Qué ha hecho Poe, inspectora Flynn?

—Se ha estado echando mi leche en el té, Tilly.

—¿Y por qué iba a hacer eso?

Flynn sacudió las manos en el aire.

—¿Hay alguna explicación para las cosas que hace? —contestó. Salió del cuarto dando fuertes pisotones y bajó las escaleras murmurando obscenidades.

—No te preocupes, Poe —le dijo Bradshaw—. Si es buena para el bebé de la inspectora Flynn, también lo será para ti, ¿no crees?

Poe torció el gesto.

—No, no lo es —contestó levantándose—. Ponte a mirar por estos prismáticos cinco minutillos, ¿vale?

—¿Dónde vas? La inspectora Flynn te ha encargado a ti que vigiles con los prismáticos.

Poe arrojó su taza al cubo de la basura.

—Voy a lavarme los dientes quince veces.

Poe volvió diez minutos más tarde, pálido. Flynn volvía a estar con los prismáticos.

—Deja de ser tan dramático, Poe —dijo—. Hay una tienda en Covent Garden que vende helado de leche materna.

—Qué asco —exclamó Bradshaw—. Aunque no fuera vegana, no querría probarlo.

El sargento no contestó.

—¿Qué te pasa, Poe? —preguntó Bradshaw, que últimamente estaba más acostumbrada a sus cambios de humor.

—Tengo que irme —dijo.

—¿Ahora? —preguntó Flynn.

—Sí, ahora.

—No puedes marcharte. Necesito tomarme descansos y Tilly no puede dirigir a los chicos sobre el terreno.

—Tengo que irme ahora mismo, jefa.

—¿Por qué, joder?

—Acaba de llamarme la policía de Northumbria.

—Si van a derivarnos un caso, tendrán que esperar.

—No era para derivarnos nada.

—Entonces ¿qué querían?

—Es Estelle Doyle —dijo Poe.

—¿Qué pasa con ella?

—La han acusado de asesinato.

Flynn se quedó muda una milésima de segundo y luego dijo:

—Vete.

Mientras Poe se dirigía hacia el norte a toda velocidad para averiguar qué había pasado con su amiga, el diputado de Sheffield East en el Parlamento recibió una flor prensada en su buzón…

7

Podía contar sus amigos con los dedos de una mano. Y le sobraría el pulgar.

Una era Bradshaw, por supuesto.

Y a Flynn la conocía desde hacía años.

A su vecina a tiempo completo y cuidadora de perros a tiempo parcial, Victoria Hume, también la consideraba una amiga.

Y luego estaba Estelle Doyle.

Igual que Bradshaw, Estelle era una mujer brillante. A diferencia de ella, que veía las cosas con optimismo, la personalidad de Doyle rondaba las sombras, a media luz. Estaba considerada como una de las patólogas forenses más importantes de Europa y era el referente de Poe cada vez que surgía alguna pregunta con algo húmedo y orgánico.

Normalmente trataba a los policías con desdén. Su legendaria lengua afilada hacía que algunos inspectores se negaran a trabajar con ella. Pero, por algún motivo, a Poe lo toleraba. Se tomaba su tiempo para asegurarse de que entendía las cosas. Dedicaba muchas horas al trabajo cuando Poe lo necesitaba. Hasta acudía a sus escenas del crimen, algo que ella jamás hacía. En cierta ocasión lo describió como un perenne aspirante con cualidades dignas de Capra. A Poe le dio demasiado miedo preguntar qué quería decir con eso.

Y coqueteaba descaradamente con él. Decía cosas que le hacían sonrojar. Llevaba ropa ajustada que le ponía nervioso. Sus tacones y sus pómulos eran altos; su carmín, de color escarlata. Sus cejas parecían haber sido talladas con escalpelo.

Doyle le aterraba y hechizaba a partes iguales.

Pero le caía bien. La consideraba una amiga. Y, en el fondo, sabía que ella estaría allí de verdad en los momentos importantes.

El policía con el que había hablado por teléfono no quiso entrar en detalles. Simplemente dijo que Doyle había sido detenida por asesinato y que, desde que estaba bajo custodia, solo había pronunciado cuatro palabras: informen a Washington Poe.

—Dese por informado —dijo el inspector.

—Estoy allí en cinco horas.

—Esto es una llamada de cortesía, sargento. El caso es de la policía de Northumbria: manténgase al margen.

—En cinco horas estoy ahí —repitió él.

Poe miró el reloj del salpicadero y decidió que quería llegar en cuatro. Pisó el acelerador.

8

Bradshaw llamó cuando el sargento estaba pasando cerca del *Ángel del Norte*, una escultura de acero de veinte metros de altura que preside la A1 a la altura de Gateshead.

—¿Has llegado ya, Poe?

—Aún no, Tilly. ¿Qué pasa?

—Han detenido a Jack el Saltarín.

—¿Lo habéis cogido? —dijo sorprendido.

—Sí. La inspectora Flynn lo vio saltando la valla de su jardín. Cree que había visto policía vigilando la casa, pero necesitaba su pasaporte. Lo llevaba en el bolsillo cuando lo detuvieron.

—¿Lo cogieron en su casa?

—¡Qué va! —contestó Bradshaw—. Saltó desde una ventana del piso de arriba y echó a correr por la ruta de simulación 17 que había trazado.

—Recuérdame cuál era…

—Esa casa a tres puertas de la suya en la que se coló, subió la escalera y salió por una ventana trasera para saltar a un manzano. De allí podía subirse al tejado de la tienda junto a la vía de tren.

—¿Quién lo cogió?

—La inspectora Flynn lo detuvo —dijo Bradshaw—. Yo la seguí por si se ponía a correr, claro. Vi cómo lo cogía.

—¿Se resistió? —«Ojalá», pensó. Flynn era cinturón negro de Krav Maga, y estaba más que a la altura de un experto en saltos.

—Sí.

—¿Está bien la jefa?

—Cojea.

—¿Se cayó?

—No, Poe. Le dio una patada tan fuerte en los testículos a Jack el Saltarín, que se ha hecho un cardenal en el pie.

—Ayyy.

—Y luego le dijo: «Intenta saltar ahora, hijo de pu… lo que sigue».

Poe se rio. Al menos ese día había pasado algo bueno.

—¿Sabes algo más de Estelle Doyle?

—La policía de Northumbria no me quiere decir nada. Puede que necesite tu ayuda en algún momento.

—Salgo ahora mismo para allí.

—No, primero pídele permiso a la jefa…

—Salgo ya, Poe. Tenemos que ayudar a Estelle Doyle. Ella nos ayudaría a nosotros.

—Cierto.

—Y te tiene mucho aprecio.

—Nos tiene aprecio a todos, Tilly. Y no sé por qué, porque no paramos de darle problemas.

—No, Poe —dijo Bradshaw—. Le caemos bien, pero a ti te tiene mucho aprecio.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Me lo dijo.

En cuanto Bradshaw colgó, Poe llamó a Flynn.

—Jefa, la he cagado —dijo—. Le he pedido a Tilly que me ayude.

—Deja que adivine… Ya está de camino, ¿verdad?

—Lo siento.

Flynn suspiró.

—Diré que los dos estáis de baja hasta que sepamos algo más —dijo.

9

Estelle Doyle se encontraba en la comisaría central de la ciudad de Newcastle. Estaba en Forth Banks, cerca del Centro para la Vida, el complejo científico de Times Square. Poe pasó por delante y se metió en el aparcamiento del hotel Copthorne, que estaba al lado. Sabía que habría sitios más cerca, pero tenía más posibilidades de encontrar una aguja en un pajar que de entender cómo usar el móvil para pagar por aparcar en la calle. Sacó el tíquet de la máquina de la barrera electrónica, aparcó y subió la calle.

—Vengo a ver a Estelle Doyle —le dijo a la mujer que se hallaba detrás del mostrador—. Creo que la tienen aquí.

—¿Me muestra alguna identificación, por favor?

Poe deslizó su placa de la Agencia Nacional del Crimen a través de la bandeja del separador. A pesar de que tenía triple garantía, es decir, que ostentaba la misma jurisdicción que la policía, aduanas e inmigración, sabía que allí no significaba nada. Estaba metiéndose en casa ajena, y no iban a darle una fiesta de bienvenida.

La mujer metió sus datos en el ordenador y descolgó el teléfono que tenía en el mostrador. Susurró algo al tiempo que le lanzaba miradas furtivas a Poe. Poco después apareció un sargento de cara rubicunda. Tenía orejas de jugador de rugby, nariz de cervecero y un lunar que parecía una pasa en la barbilla. Él también le pidió su identificación.

—Tengo entendido que ya le han dicho que no se molestara en venir.

—Pero aquí estoy —dijo Poe.

—Entonces será mejor que se lo cuente a alguien a quien no le importe una mierda —dijo. Lo condujo hasta la zona de detenidos y señaló unos asientos de plástico atornillados en el suelo—. Espere ahí. Puede que tarde.

Poe se quedó mirando el lugar. La zona de detenidos parecía una sala de facturación de un aeropuerto de vanguardia, quizá la más moderna que había visto. Las celdas estaban agrupadas en bloques de diez. A juzgar por el cartel que tenía encima, él se encontraba junto a las celdas del número cuarenta y uno al cincuenta. Se preguntó cuántas habría en total.

Aquello estaba tan concurrido y tan bien organizado como un hormiguero. Policías, unos de uniforme, otros de paisano, caminaban con determinación de un lado a otro. Nadie le prestaba atención. Comprobó su correo electrónico con la esperanza de encontrar algún email de Flynn contándole cómo había logrado volver a darle una patada en los huevos a un sospechoso. Ya

empezaba a ser una costumbre. Sin embargo, para su sorpresa, no tenía ningún correo suyo. Ni tampoco de Bradshaw. Cuando estaba a punto de escribirle un mensaje a Tilly para preguntarle dónde estaba, una mujer de origen asiático y aspecto atribulado se le acercó.

Vestía uno de esos trajes que él solía lucir cuando estaba en la policía de Cumbria. Elegante, pero lavable a máquina. Llevaba el pelo muy corto, fácil de peinar si la llamaban en plena noche. Probablemente era inspectora, o tal vez algún rango superior. Desde luego parecía lo bastante cansada como para serlo.

—¿Sargento Poe? —preguntó mientras se sentaba a su lado.

—Así es.

—Soy la inspectora jefa Tai-young Lee. Tengo entendido que quiere ver a la profesora Doyle.

—Correcto.

—¿Es usted su representante legal?

—Creo que ya sabe que no lo soy.

—Exacto, no lo es. Es de la Agencia Nacional del Crimen.

Poe asintió.

—Soy sargento en la Sección de Análisis de Delitos Graves.

—¿La unidad de los asesinos en serie?

—Más o menos.

—¿Puedo preguntarle qué interés tiene en todo esto la Agencia Nacional del Crimen?

—No lo sé.

—¿Perdone?

—Aún no he hablado con ella. La profesora Doyle pidió que se pusieran en contacto conmigo personalmente.

—Eso no es del todo exacto —contestó Tai-young Lee—. En realidad dijo «Informen a Washington Poe». Así que se lo vuelvo a preguntar, ¿a qué viene el interés de la Agencia Nacional del Crimen?

Poe decidió que la sinceridad era la mejor opción en ese momento. Alzó las manos y dijo:

—La agencia no está interesada en este caso, señora. Soy yo quien está interesado.

—¿Y por qué? Tengo entendido que, en cuanto uno de mis agentes le informó de la detención de la profesora Doyle, usted dejó la operación Jack el Saltarín y vino hacia aquí.

—Está bien informada.

—Es mi trabajo. Por cierto, enhorabuena por la detención. Espero que no haya habido heridos.

—Solo él.

—¿Al resistirse?

—Seguro que eso es lo que dice el informe.

Lee no dijo nada.

Poe llenó el silencio.

—Mire, señora, no tengo ni idea de qué ha pasado y tampoco sé por qué Estelle pidió que me informaran a mí. Lo único que sé es que es mi amiga y que me gustaría verla.

—Pues me temo que eso no va a ser posible.

—¿Por qué no?

—Por dos cosas: una, porque se trata de una investigación en curso y usted no forma parte de ella.

—¿Y la otra?

—Porque no sé nada de usted, sargento.

Poe se quedó callado, preguntándose por qué siempre andaba metiéndose en situaciones así. Al final decidió que podía esperar para analizar por qué vivía en un conflicto permanente.

—Pues tenemos un problema, señora —dijo.

10

Entiendo que usted pueda tener un problema, sargento —dijo Tai-young Lee—. Pero yo no.

—Lo tiene, señora, porque la mujer a la que han detenido es un activo importante para la Agencia Nacional del Crimen. Lleva tiempo trabajando con nosotros.

Lee frunció el ceño.

—No se me había informado —dijo.

—Le estoy informando yo. La SCAS paga un anticipo anual a la profesora Doyle por su colaboración. Técnicamente es una empleada, aunque yo que usted, no se lo mencionaría a ella.

—Está detenida por asesinato y, sin ánimo de parecerle parcial, las pruebas son abrumadoras. A no ser que esté a punto de decirme que la profesora Doyle tiene inmunidad diplomática, no va a librarse de…

—¿Es usted ambiciosa, inspectora? —interrumpió Poe.

Lee se encogió de hombros.

—Como cualquier coreana cuyos padres deseaban que fuera médico.

—Entonces déjeme verla.

—¿Me está amenazando, sargento?

—Por supuesto que no, inspectora. Pero tal vez debería tomarse cinco minutos para informarse sobre mí y decidir hasta qué punto me quiere en su vida, porque puedo asegurarle que no pienso dejar este tema.

Tai-young Lee se levantó murmurando:

—Lo que me faltaba… —Y se fue enfurecida.

Poe volvió a mirar su correo electrónico. Aún no tenía nada de Flynn ni de Bradshaw.

Tai-young Lee regresó un cuarto de hora más tarde. No parecía contenta.

Esta vez no se sentó. Poe tampoco se levantó. Si necesitaba ponerse por encima de él como estrategia de poder, adelante. Él había ido hasta allí por Doyle, no por su ego.

—Parece ser que mi comisario lo conoce, sargento —dijo—. Dice que tuvo un mano a mano en los servicios de seguridad el año pasado y que salió victorioso.

—Se ha exagerado bastante —dijo Poe.

—Él parecía impresionado.

—Pues no debería.

—Me alegro, porque yo no lo estoy. Lo único que veo es a alguien que está intentando interferir en una investigación en curso.

—Le prometo que no…

—Pero —dijo, cortando su protesta a medias—, por cortesía hacia la Agencia Nacional del Crimen, le vamos a permitir ver a la profesora Doyle. Como no es una reunión con privilegios legales, el equipo de grabación estará encendido y yo escucharé la conversación. Si en algún momento creo que va a revelar algo que no estamos preparados para divulgar, pararé la entrevista y le detendré por interferir en una investigación policial. Las condiciones no son negociables.

No había nada que pensar.

—Muy bien —dijo Poe.

Tai-young Lee suspiró.

—En serio, ¿de qué va todo esto, sargento? ¿Por qué quería que le informáramos a usted?

—No tengo ni idea —contestó—. Pero creo que será mejor que me cuente lo que ha pasado.

11

El aviso llegó anoche —empezó a explicar Tai-young Lee—. La escena del crimen está retirada, así que los agentes tardaron veinte minutos en llegar. La acordonaron y dieron parte. Yo estaba de guardia y llegué en menos de una hora. Los agentes habían retenido a los paramédicos en el cordón externo porque era evidente que las heridas eran incompatibles con la vida.

—¿Quién era la víctima?

—El padre de la profesora Doyle, Elcid.

—¿Cómo murió?

—Todavía no es oficial, claro, pero puedo decirle que tenía un agujero de bala en la cabeza y dos en el pecho. Seguía sentado en su silla.

—¿Testigos?

—Ninguno.

—¿Quién llamó al 112?

—Ella.

—¿Quién, Estelle?

Lee asintió.

—¿Estaba allí? —dijo Poe.

—Dice que le encontró ella.

—Siga.

—En realidad, eso es todo —contestó—. Hicimos algunas averiguaciones y detuvimos a la profesora Doyle por el asesinato de su padre.

Poe sacudió la cabeza.

—No pueden haber detenido a la mejor patóloga forense de toda Europa solo porque descubrió que habían matado a su padre —dijo—. Tiene que haber algo más. ¿Qué es lo que no me está contando?

Lee lo miró con perspicacia.

—Nos estamos metiendo en terreno de divulgación de información, sargento —dijo—. Algunas de estas cosas aún no las conoce la sospechosa.

—Señora, soy un policía de los pies a la cabeza. Si tiene pruebas, dígamelo. No las compartiré con nadie a no ser que me diga que puedo hacerlo.

Ella se quedó dudando y, por un momento, Poe pensó que no le diría nada. Pero finalmente arrancó:

—La primera investigación apunta a que Elcid Doyle descubrió a alguien robando en su domicilio. Es un hombre rico y la casa familiar está llena de antigüedades y artículos de valor. Las primeras pruebas apoyarían esa teoría.

—¿Qué tipo de pruebas?

—La entrada se produjo por una ventana rota.

—Pero…

—Si les cogió en pleno robo, ¿cómo es que estaba sentado?

—A mí se me ocurren más de treinta razones, así de primeras —dijo Poe—. Es posible que el asesino le obligara a sentarse. Tal vez no lo cogió robando; puede que el asesino esperara que la casa estuviera vacía y entrase en la habitación mientras él dormía la siesta.

—¿Qué sabe sobre análisis de vidrio?

—No mucho.

—Pero sabrá que la dirección del impacto se puede deducir por el ángulo de las fracturas, ¿no?

Poe asintió. No comprendía la parte física, pero sí sabía que para determinar si una ventana se había roto por fuera o por dentro, los técnicos de la científica se fijaban en las fracturas concoideas, las formas dentadas que quedan en los bordes de un cristal roto. Son las que predominan en el lado donde se aplica la fuerza.

—¿Y el cristal se rompió desde dentro? —preguntó Poe.

—La fractura es concluyente —contestó Lee—. También hay una discrepancia de tiempo. La profesora Doyle abandonó su sala de autopsias a las cuatro y media y llamó al 112 una hora y media después. Su padre vivía a las afueras de Corbridge. El trayecto apenas dura sesenta minutos, incluso en hora punta.

—¿Le han preguntado sobre ello?

—Todavía no.

—De acuerdo —dijo él—. Tienen una escena del crimen con vidrios rotos que no cuadran y una discrepancia temporal fácil de explicar. Nada de eso convierte a Estelle en la asesina. Pero la han detenido de todas formas. Me parece usted una policía lista. ¿Qué es lo que no me está contando?

—¿Sabe lo que es una prueba de FDR, sargento?

Eso sí lo sabía.

—Mierda —dijo.

12

El test de residuos de disparo de armas de fuego, o FDR por sus siglas en inglés, es una prueba sencilla con un hisopo que revela la presencia de partículas fundidas de bario, antimonio o plomo, invisibles a simple vista. Un resultado positivo indica que se ha producido un disparo.

Poe sabía que la FDR era una prueba limitada. No era infalible, como podía ser encontrar una pistola echando humo. Podía haber falsos positivos por muchas razones. Residuos de pastillas de freno, de fuegos artificiales, de soldadura por arco eléctrico, hasta de corte de llaves habían sido identificados erróneamente como residuos de disparo.

Pero no tenía buena pinta.

—¿Dónde? —preguntó.

—En sus manos —contestó Lee—. Los agentes que acudieron a la escena del crimen se las metieron en bolsas de pruebas y las cerraron a la altura de sus muñecas como medida de precaución. Hice que uno de la científica tomara muestras cuando empecé a revisar las pruebas. Un análisis posterior reveló que coincidía exactamente con el residuo que cogimos de la víctima.

—¿Le tomaron muestras de gel de los párpados? ¿Y muestras del pelo?

—Sí.

—¿Y?

—Negativo.

—Supongo que tampoco tenía en la ropa… —dijo Poe—. Si así fuera, ya lo habría mencionado.

—No. Pero parece ser que usaron un arma de calibre bajo. No habría mucho retroceso.

Poe hizo una pausa.

—Aún no tienen el arma, ¿verdad?

—No, aún no.

Poe tomó nota. Al jurado no suele gustarle que la acusación no pueda mostrarles el arma del crimen.

—¿Alguna cosa más? —preguntó.

—Me temo que sí. Y es lo más importante. Nada que se pueda explicar fácilmente.

—Adelante.

—Ayer empezó a nevar por la tarde, sobre las tres, una hora y media antes de que la profesora Doyle saliera del trabajo. La nieve no se ha deshecho hasta hoy.

—¿Y?

—La profesora Doyle llegó a casa de su padre a las seis.

Poe esperó.

—Cuando el forense llegó, la cara de la víctima todavía no tenía *rigor mortis*.

—¿Y?

—Y solo había unas huellas que condujeran hasta la casa. Las de la profesora. Iban desde su coche hasta la puerta de entrada. No había más huellas sobre la nieve en ningún lugar alrededor de la casa. Nadie salió por ninguna ventana ni por la puerta de atrás.

Poe suspiró. No tenía buena pinta.

El *rigor mortis*, o lividez *post mortem*, es la rigidez que adquiere un cadáver a causa de los cambios químicos que se producen en los músculos. Comienza en la cara y las manos, dos horas después de la muerte, y normalmente ya ha terminado a las seis horas de la misma. Elcid Doyle llevaba muerto menos de dos horas cuando lo descubrieron, lo cual significaba que lo asesinaron después de que empezara a nevar, no antes. Y eso era un serio problema si las únicas huellas que había fuera de la casa eran de Doyle.

—¿No es posible que la nieve cubriera otras huellas? —preguntó Poe.

Lee negó con la cabeza.

—Solo nevó una hora y no lo suficiente. Apenas un centímetro.

Poe no dijo nada.

—Como comprenderá, la profesora es una persona de interés.

—¿Tienen alguna teoría sobre el móvil? —dijo Poe, que no quería entrar al trapo.

—Solo llevamos un día.

Poe esperó. Alguien tan bueno como Tai-young Lee no dejaría mucho tiempo el motor al ralentí. Tenía pruebas físicas en los residuos de FDR, pruebas circunstanciales en los vidrios rotos y pruebas convincentes con la falta de huellas. Seguro que ya estaría sacando sus conclusiones sobre la gran pregunta: el móvil. Si la fiscalía no era capaz de dar un «porqué», el jurado no solía estar tan dispuesto a condenar al acusado.

—De acuerdo —dijo Lee—. ¿Usted sabe que no se llevaba bien con su padre?

—Señora, no entiende la relación que tengo con la profesora Doyle. Es estrictamente profesional. Nunca nos hemos visto fuera del trabajo y jamás he hablado con ella de su vida personal.

Eso no era del todo cierto, pensó Poe. Las últimas veces que la había visto tuvo la sensación de que Doyle iba a preguntarle algo. Algo personal. Y Bradshaw llevaba meses lanzándole indirectas al respecto. Él no le había hecho caso por un simple motivo: tenía miedo. No de Doyle, por muy aterradora que fuera, aunque de un modo atractivo. No, tenía miedo de abrirse a alguien. Dejar entrar la vulnerabilidad en su vida.

—Aparentemente, él quería que su hija se quedara en casa —explicó Lee—. Cuando ella decidió estudiar medicina, se pelearon. Él la excluyó de su testamento. No tenía pensado dejarle nada.

—¿Y habían vuelto a acercarse?

—Hace poco. Hemos visto su último testamento y había añadido una propiedad de mucho valor a lo que debía heredar su hija. Lo firmó ante testigos hace un año. La profesora Doyle estaba en el despacho del abogado cuando se formalizó, así que sabemos que ella estaba al corriente.

—¿Cree que lo mató por si cambiaba de idea?

—Es una teoría.

—No es que sea muy buena…

—Lo siento, sargento, pero a no ser que alguien entrara y saliera de la casa levitando, ella es la única que tenía los medios, el móvil y la oportunidad de hacerlo. Y aunque la investigación se encuentra en fase inicial, no creo que haya otros sospechosos destacables.

Poe ya tenía bastante.

—Me gustaría verla —dijo.

Lee se sentó a su lado y apretó un botón en un aparato. Era algo más grande que el iPhone enorme que tenía Bradshaw.

—Voy a hacer que la lleven a la sala de interrogatorios número 4.

La sala número 4 se encontraba en la zona de detenidos. Debajo ponía C116. Poe supuso que era para beneficio de la empresa que gestionaba las instalaciones.

Abrió la puerta y entró.

Doyle ya estaba sentada, con los ojos clavados en su regazo. Poe sabía que odiaba que la viera así. Tomó asiento enfrente de ella y puso las manos sobre la mesa.

—Estelle —dijo. Nada. No movió ni un solo músculo—. Mírame, Estelle.

Ella alzó la cabeza despacio y lo miró fijamente. Tenía los ojos hinchados y en ellos solo se veía dolor. Su maquillaje estaba corrido. Llevaba el traje de papel informe que les daban a los detenidos. Parecía pequeña y aterrada, nada que ver con la fría lógica y el desapego fingido al que estaba acostumbrado. Ahora bien, también vio resistencia en ella. Doyle seguía ahí. Aún no estaba derrotada.

Estiró los brazos y cogió sus manos.

—Todo va a ir bien —dijo.

13

Cuéntame qué pasó, Estelle —dijo Poe—. No intentes adivinar qué es lo que quiero oír. Necesito saberlo todo.

—¿Qué quieres saber? —contestó Doyle.

—No puedo decírtelo. Si lo hago, me echarán de aquí.

—Pues no podemos permitirlo… —dijo insolente, compadeciéndose.

—¡No, no podemos! —saltó Poe—. Porque no podré hacer lo que necesitas que haga si me meten en la celda de al lado.

Doyle se quedó mirándolo, sorprendida. Jamás le había levantado la voz.

—Perdona —dijo ella.

—No tienes por qué disculparte, pero lo tenemos crudo. La inspectora Tai-young Lee no es tonta y tiene argumentos sólidos. Necesito algo de lo que tirar.

—¿En serio creen que yo maté a mi padre?

Poe se quedó pensando en la pregunta y decidió que podía contestar. Al fin y al cabo la habían detenido por su asesinato.

—Esto no es una simple detención, va en serio —dijo—. Me han explicado las pruebas y son convincentes. No están buscando a nadie más.

Ella no apartó la mirada.

—Pues venga, pregúntame —dijo.

—Que te pregunte, ¿qué?

—Ya lo sabes.

—No, la verdad es que no.

—Pregúntame si lo hice.

—¿Por qué iba a hacerlo? —dijo Poe—. Sé que no lo hiciste.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? Si apenas me conoces.

Lo miraba con tal intensidad que Poe empezó a sonrojarse. Pero no apartó la vista; sabía que ella necesitaba saber por qué.

—Porque pediste que me llamaran —contestó.

La expresión de Doyle se suavizó.

—Gracias, Poe —dijo.

—Cuéntame lo que pasó, Estelle. —Sacó su cuaderno y se quedó mirándola, expectante.

—Es una historia breve, ni siquiera llega a novela corta —dijo ella—. A la hora de la comida recibí un mensaje de papá invitándome a cenar. Le contesté diciendo que terminaba el trabajo pronto y que iría a su casa en cuanto pudiera.

—¿Te invitaba a cenar a menudo?

—Últimamente, sí.

—¿Por?

—Por ti.

Poe esperó a que se explicara. Aun estando detenida por asesinato, no podía resistirse a jugar con él.

—¿No vas a picar, Poe? —preguntó sonriendo.

—Hoy no.

—Es por mi implicación en tus últimos casos. Mi nombre ha salido en los periódicos nacionales unas cuantas veces y eso le ha hecho popular entre su círculo de cazadores. Creo que se dio cuenta de que al final no le había defraudado.

—¿Eso era lo que pensaba hasta entonces?

Doyle se encogió de hombros.

—Mi padre siempre había querido un hijo —dijo—. No se andaba con rodeos. Y justo cuando empezaba a acostumbrarse a la idea de tener una hija como heredera, voy y le vuelvo a decepcionar.

—¿Estudiando medicina? —dijo Poe—. ¿Convirtiéndote en médico y especializándote como patóloga? ¿Convirtiéndote en una pionera en tu campo?

—Él es de otra época, Poe. No se le puede juzgar con los estándares actuales. Yo lo intenté, y solo conseguí que nos distanciáramos más.

—Pero ahora estaba viendo que tenía un portento de hija…

—Poco a poco. Es un hombre orgulloso y yo puedo ser… testaruda. Pero sí, habíamos arreglado las cosas. Vino a varias de mis conferencias, fue bonito. A veces quedábamos para cenar en Newcastle. Íbamos a ver algún espectáculo en el Teatro Real. Le encantaba que la sede de la Royal Shakespeare Company en el norte estuviera aquí. El año pasado fuimos a ver *La fierecilla domada* y teníamos entradas para *Medida por medida* en marzo.

Poe anotó el nombre Shakespeare y lo tachó. No creía que el bardo tuviera nada que ver.

—¿Dijo por qué quería verte? —continuó.

—No, pero tampoco era raro. Está chapado a la antigua y no le gusta utilizar el móvil.

—De acuerdo. ¿Qué pasó entonces?

—Está todo en mi declaración.

—Aún no la he visto.

—Fui a su casa en coche. Para entonces ya había algo de tráfico, así que la nieve estaba

prácticamente derretida.

Poe quería preguntar si se detuvo a poner gasolina o si entró en alguna tienda a comprar una botella de whisky para su padre, cualquier cosa que pudiera justificar la media hora aún por explicar. Sin embargo, en cuanto lo hiciera, Tai-young Lee lo echaría de allí por revelar pruebas y dar indicios de una posible explicación a Doyle. Podía preguntarle sobre los hechos, pero no sugerirle cosas.

—¿Qué hiciste luego? —preguntó.

—Aparqué delante de la casa y abrí la puerta con mi llave.

—¿Delante de la casa? Quieres decir… ¿en la entrada para coches o en la calle?

Doyle sonrió con tristeza.

—En la entrada para coches, Poe.

—¿Y fuiste andando desde el coche hasta la puerta?

—Sí.

—¿No te asomaste por ninguna ventana antes?

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Cierto. ¿Llamaste al timbre o golpeaste la puerta?

—Tengo llave.

—¿Estaba cerrada?

—Sí.

—¿Qué hiciste después de entrar?

—Colgué mi abrigo y fui a ver a mi padre al despacho.

—¿Cómo sabías que estaría allí?

—Siempre está en su despacho. Allí tiene sus libros y sus cuadros.

—Sigue.

—Abrí la puerta y le saludé.

—¿No lo veías?

—La silla de su escritorio estaba mirando hacia la ventana. Se encontraba de espaldas a mí.

—¿Qué pensaste cuando no contestó?

—Supuse que se había quedado dormido. La chimenea estaba encendida y hacía calor en el despacho.

—¿Qué tipo de chimenea?

—De leña.

—¿Había llamas o solo ascuas?

Doyle hizo una pausa y contestó:

—La leña aún brillaba, pero no había llamas.

Poe tomó nota, lo subrayó tres veces y se preguntó si había hecho bien. Lee no había

mencionado el fuego. ¿Acababa de darles otra prueba circunstancial? Los fuegos de leña se apagan cuando no estás encima de ellos.

—Continúa —dijo.

—Estaba desplomado en el sillón. Al principio pensé que se había desmayado o que tal vez había tenido un ictus, pero entonces vi la sangre colgando de su barbilla. Me agaché para verle la cara. Vi el agujero de bala en su frente. Sabía que estaba muerto, pero comprobé si tenía pulso.

—¿Por qué?

—Era mi padre.

—¿Qué arteria comprobaste?

—La carótida.

—¿Cuello?

—Sí.

—¿Qué mano usaste? —dijo Poe.

—¿Cómo?

—¿Qué mano usaste para comprobar si tenía pulso?

Si hubiera usado ambas manos, podría explicar la transferencia de los residuos de disparo. Tenía que derribar el muro de pruebas, ladrillo a ladrillo.

—La izquierda —dijo.

—¿Solo la izquierda?

—Sí. He acudido a suficientes escenas del crimen como para saber que no hay que tocar nada. Confirmé que estaba muerto y llamé al 112 con mi móvil. Me quedé junto a su cuerpo hasta que llegaron los primeros agentes.

—¿Cuánto tiempo pasó desde que encontraste a tu padre hasta que llamaste al 112?

—Menos de un minuto.

—¿Segura?

—Comprobé que no tenía pulso y llamé a la policía, Poe.

—¿Y no saliste del despacho?

—No.

—¿Y tampoco habías entrado en ninguna otra habitación antes de ir al despacho?

—Ya me lo has preguntado. No.

—¿Qué pasó cuando llegó la policía?

—Grité que la puerta estaba abierta y les dije que pasaran. En cuanto entraron en el despacho les expliqué que mi padre estaba muerto, que se trataba de un homicidio y que tenían que asegurar la escena.

—¿Y lo hicieron?

—Sabían lo que hacían.

—¿Cuándo te metieron las manos en bolsas?

—Una hora después, más o menos.

—Y, aparte de tocarle el cuello a tu padre con la mano izquierda para ver si tenía pulso, ¿no habías tocado nada?

—Sabía que no debía —contestó. Luego murmuró algo que Poe no llegó a entender.

—Repite esto último, Estelle.

—He dicho que no quería tocar nada para no defraudarte. No soy tonta, sabía perfectamente lo que parecía. Y que en algún momento querrías ver qué había pasado. No quería que pensaras que me había dejado llevar por el pánico. No quería decepcionarte.

Poe se quedó sin palabras.

—¿Por qué ibas a decepcionarme? —dijo finalmente—. Acababas de encontrar el cadáver de tu padre. Tenía una bala en la cabeza. Si no te entra el pánico en ese momento, ¿cuándo?

Doyle no contestó. Poe notó que tenía roja la base del cuello. Decidió seguir adelante.

—Ya volveremos a este punto —dijo—. ¿Cuándo te detuvieron?

—Sobre las ocho. Esa inspectora jefa que has mencionado antes me leyó mis derechos. Los agentes me pusieron los grilletes y me trajeron en un furgón.

—¿Estuviste todo el tiempo dentro de la casa?

—No, esperé en un coche de la policía.

—¿Te trajeron aquí y te tomaron muestras? ¿Te cogieron la ropa?

Doyle asintió.

—Y cuando te preguntaron a quién querías que se informara de tu detención, no les mandaste a tu abogado, sino a mí…

Asintió.

—¿Por qué? —preguntó Poe.

—Estoy metida en un lío, Poe. Y el hecho de que me hayas preguntado dónde aparqué y cómo estaba el fuego significa que la cosa es peor de lo que imaginaba. Te llamé porque eres la única persona en quien puedo confiar.

—¿No confías en la policía de Northumbria?

—No confío en que no se queden con la primera explicación que les surja.

Poe se metió el cuaderno en el bolsillo y se levantó.

—Hablaré con la inspectora Tai-young Lee —dijo—. A ver si consigo que se planteen la libertad bajo fianza. Me pondré a trabajar con lo que tienen. —Miró su teléfono. Aún no tenía ningún mensaje de Bradshaw ni de Flynn—. Tilly viene de camino para ayudar. Volveré a verte en cuanto se presenten los cargos. Entonces podremos estudiar las pruebas una por una. ¿Quieres que llame a alguien?

—No, gracias, Poe.

Ella también se levantó. No parecía saber qué hacer. Poe sabía que no debía abrazarla, que Tai-young Lee se pondría furiosa, pero era evidente que Doyle lo necesitaba. Necesitaba contacto humano.

Además quería igualar un poco las cosas.

Se acercó a su lado de la mesa y la abrazó. Les estaban grabando, así que acercó su cara a la de ella y le puso una mano en la parte posterior de la cabeza.

—No digas nada del fuego —le susurró—. Ni de por dónde anduviste, lo que tocaste ni en qué habitaciones entraste. Si te preguntan sobre el trayecto del hospital a casa de tu padre, ¿qué les dirás?

—Nada —contestó ella en un susurro.

—Te voy a sacar de este lío —dijo, apartándose para que le viera la cara.

Le guiñó un ojo y esperó a que irrumpieran en la sala.

—¿Y a qué viene eso de «por qué pediste que me llamaran»? —dijo Tai-young Lee después de soltarle el discurso.

—Pues recurrió a mí porque no cree que la policía de Northumbria vaya a llegar hasta el fondo de todo esto —contestó—. Y quiere a alguien que no coja el camino más fácil.

—No me lo tomaré como algo personal.

—Me da igual si lo hace. Usted ya lo tiene decidido.

—Me va a aguar la fiesta, ¿verdad? —dijo ella.

—Intentaré no hacerlo, aunque suele acabar siendo así. Además sé que se equivocan de persona.

—Ya he oído que es bastante testarudo, sargento, pero parece estar más seguro de lo que debería. ¿Por qué? ¿Qué es lo que ve que a mí se me está escapando?

—Las pruebas son demasiado convincentes.

—¿Qué quiere decir? —dijo frunciendo el ceño—. Que las pruebas sean convincentes es bueno.

—¡Pues eso! —saltó él—. Que las pruebas son demasiado convincentes. Estelle Doyle es una de las personas más inteligentes que conozco y, si quisiera matar a alguien e irse de rositas, ni usted ni yo seríamos capaces de detenerla. De hecho, yo… —Su móvil empezó a pitar—. Disculpe —dijo—. Suelo tenerlo en silencio, pero estoy esperando a alguien y llega tarde. —Miró la pantalla. Era Flynn. Contestó—. Jefa, ¿dónde estabas? No sé nada de ti desde que salí de Watford.

—Ya te lo explicaré…

—¿Y dónde está Tilly? La esperaba hace una hora o así, estoy empezando a preocuparme.

—Tilly está conmigo —dijo.

—No entiendo. Creía que venía hacia aquí.

—Poe, tenemos un problema.

14

Te necesito aquí, Poe —dijo Flynn.

—No puedo irme ahora. Estelle está metida en un lío y estos idiotas de Northumberland se han obsesionado con la primera solución que les ha surgido.

—Estoy aquí —señaló Tai-young Lee.

—Lo siento —murmuró Poe.

—Ya me han informado —indicó Flynn—. La escena del crimen no se desprecinta hasta dentro de un par de días, al menos, y Doyle va a seguir bajo custodia. No eres su abogado, así que no podrás visitarla hasta que no hayan presentado los cargos. Y eso no será hasta pasado mañana probablemente. Ahora mismo no puedes hacer nada y, si te quedas ahí, solo acabarás metiéndote en un lío.

Poe no contestó. Flynn se equivocaba. Ahora mismo sí que podía hacer cosas. Podía comprobar el viaje de Doyle hasta casa de su padre. Averiguar quién más sabía que Elcid Doyle había vuelto a incluir a su hija en su testamento. Y si eso perjudicaba a alguien.

—Pero, bueno —prosiguió Flynn—, no es que te lo pida yo: son órdenes directas del director de inteligencia, Van Zyl.

—¿Van Zyl? No suele inmiscuirse en decisiones operativas. ¿Qué está pasando?

—Te lo contaré cuando llegues.

—¿Adónde?

—Al sur de Yorkshire —contestó—. Al domicilio del diputado de Sheffield East.

El viaje en coche desde Newcastle hasta Sheffield duraba dos horas. Poe llamó a Bradshaw en cuanto se incorporó a la A1, pero no contestaba. Intentó llamar a Flynn, pero ella también le ignoraba.

Era todo un poco extraño, pero decidió no preocuparse.

Encendió el navegador, metió el código postal que Flynn le había dado y se puso a pensar en Doyle. La media hora que faltaba quizá no fuera nada, algo fácil de explicar que nadie había comprobado. Pero empezaría por ahí. Como cualquier caso donde las pruebas parecen convincentes, en cuanto quitas el primer ladrillo del muro, el resto empieza a tambalearse. Tendría que explicar los residuos de disparo de un arma de fuego en sus manos, pero eso no le

preocupaba demasiado. En la actualidad, una acusación no suele fundamentarse sobre pruebas de FDR. Lo único que tenía que hacer era descubrir qué había tocado que provocó el falso positivo.

Tampoco le preocupaba que hubieran roto la ventana por dentro en vez de por fuera. El caso es que se trataba de un asesinato, y Tai-young Lee tenía razón al decir que quienquiera que lo hiciera, había intentado que pareciese una chapuza de robo. Ahí es donde empezaría y acabaría la defensa de Doyle.

Lo único que no era capaz de explicar, y lo que más le preocupaba, era la nieve sin hollar. Lee decía que solo había unas huellas y estas iban del coche de Doyle hasta la puerta de entrada. No había ninguna más alrededor de la casa. Poe no se lo podía explicar.

Si el asunto acababa llegando a juicio, el abogado de Doyle preguntaría al jurado dónde estaba el arma del crimen si ella no salió de la casa. Poe estaba seguro de que Lee y la fiscalía ya estarían pensando en la respuesta. Suponía que argumentarían que la escondió demasiado bien. Y, desde luego, eso era más lógico que la posibilidad de que un asesino desconocido saliera de la casa levitando.

Tal y como estaban las cosas ahora, un jurado la declararía culpable a la media hora de juicio. Su labor consistía en asegurarse de que no llegara a ese punto.

Porque no dudaba ni por un instante de la inocencia de Doyle.

Poe puso rumbo a Halfway, un distrito en la zona este de Sheffield. Estuvo unos minutos atascado en una calle de un solo sentido, pero acabó aparcando al final de una hilera de coches patrulla en la calle Beaumont.

Nada más bajarse del coche, se le acercó un agente uniformado.

—¿Puedo ayudarle, caballero?

—Lo dudo —contestó mostrándole su placa.

El agente asintió y dijo:

—El equipo de la Agencia Nacional del Crimen está aquí. Lo acompaño.

Flynn estaba en la parte trasera de un camión policial de control de incidentes.

—Ah, aquí está —dijo al hombre que tenía a su lado—. Poe, este es el comisario Stewart. Es el jefe de mando de la comisaría de South Yorkshire que se encarga de Sheffield.

—Llega tarde, sargento —dijo Stewart—. Debería haber llegado hace una hora.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—¿Perdone?

Poe miró a Flynn.

—¿Y Tilly?

—Está ocupada.

—Bueno, ¿qué es lo que corre tanta prisa que me sacan de una investigación en curso por asesinato?

—¿Una investigación en la que oficialmente no participas?

Poe se quedó callado.

—No verías *La hora de Morgan Soames* esta semana, ¿verdad? —continuó Flynn.

—¿Qué es eso?

—Un programa semanal de entrevistas.

—No tengo televisión.

—Ojalá mostraras algo de interés por la cultura popular, Poe.

—La cultura popular es una mierda.

—¿Veías *Parkinson* cuando lo emitían?

—Sí.

—Pues se parece un poco a *Parkinson*. Aunque Rod Hull no se habría atrevido a atacar a Morgan Soames con un muñeco de emú.

Poe asintió. Las carcajadas de la casa de Parkinson debieron ser ensordecedoras el día que Rod Hull se cayó de su propio tejado y se mató.

—¿Y qué pasa con él? —dijo.

—¿Has oído hablar de Kane Hunt?

—¿Ese imbécil derechista?

—Ese. Hace tres días fue invitado al programa *La hora de Morgan Soames*. Durante la entrevista le enseñó a Morgan una amenaza de muerte que decía haber recibido.

—¿Qué clase de amenaza?

—Una flor prensada y una poesía mala.

—¿Y?

—Se desmayó en pleno directo —dijo Flynn—. Los médicos han apagado las máquinas de soporte vital esta mañana. No volvió a recobrar la consciencia.

—Y esta es la fiesta, ¿no? Deberías habérmelo dicho: habría traído globos.

—¿Siempre es así? —preguntó el comisario Stewart.

—Siempre —contestó Flynn—. En fin, el informe de toxicología reveló que le habían dado una dosis letal de hioscina.

—¿Y eso qué es?

—Una sustancia que se utiliza para tratar el mareo y las náuseas postoperatorias. No suele haber sobredosis accidentales, pero parece que esto era una dosis inusualmente concentrada. Estamos esperando la respuesta de un especialista yanqui del Centro de Control de Enfermedades.

—¿Cómo se la administraron?

—No lo sabemos.

—¿Cuándo se la administraron?

—No lo sabemos.

—¿Era relevante la flor?

Flynn no contestó.

—Deja que lo adivine: no lo sabéis —dijo.

—Nos acaba de llegar, Poe —contestó Flynn—. La policía local estaba a cargo hasta hace unas horas.

—¿Y qué es lo que ha cambiado?

—No entiendo.

—Claro que lo entiendes. ¿Por qué estamos metidos en este asunto? Las mujeres harían cola para matar a ese imbécil. Algo ha tenido que pasar para que Van Zyl ordene que nos involucremos. ¿Qué es?

—Primero necesito que te informen sobre Kane Hunt.

—Vale —dijo Poe—. ¿Tienes una copia del poema?

Flynn le dio una hoja A4 que llevaba en su carpeta.

Poe lo leyó en voz alta:

—*Bajo la capa del ahorcado*…

—No es que sea Keats precisamente, ¿eh? —dijo Flynn una vez hubo terminado de leerlo.

—¿Ya hemos analizado el lenguaje? —preguntó Poe.

—Tilly está en ello ahora mismo —contestó Flynn—. También está identificando el pétalo de la flor. En cualquier momento me dirá algo.

—¿Por qué no abres una bolsa de patatas? Eso hace que aparezca al instante.

—Muy gracioso, Poe —dijo una voz a su espalda—. Lo hago porque me preocupo por tu corazón.

Poe se volvió. Bradshaw ya había llegado.

15

Hola, sargento Poe —dijo Bradshaw—. ¿Cómo está Estelle Doyle?

—¿Dónde estabas, Tilly? Creía que venías a Newcastle.

—El director de Inteligencia Van Zyl no me dio permiso.

Poe gruñó molesto. Respetaba a Flynn, y también a Van Zyl, pero prefería que le dejaran hacer lo que quería.

—¿Cómo está Estelle Doyle? —insistió Bradshaw.

—No muy bien, Tilly. Estoy convencido de que le han tendido una trampa, pero aún no sé cómo. Hay un problema con las huellas en la nieve y, a no ser que…

—Lo siento, Poe —interrumpió Flynn—, pero eso deberá esperar. Tenemos una situación urgente.

Poe torció el gesto. Kane Hunt ya estaba muerto. ¿Qué era lo que no le habían contado?

—Tilly —continuó Flynn—, cuéntame qué tienes.

—Ah, sí —dijo Bradshaw—. He entrado en mi cuenta de la Biblioteca Británica y ahora que se ha determinado que la hioscina fue el arma del crimen, el poema tiene mucho más sentido. También hemos identificado el pétalo.

—¿Y?

—Pertenece al género de la mandrágora y, aparte de Agatha Christie en su novela *Café negro*, el último que usó la hioscina como arma letal fue el doctor Crippen.

—Háblame del poema —dijo Poe.

—¿Recuerdas la planta de la mandrágora en *Harry Potter y la Cámara Secreta*, Poe?

—No tengo televisión. ¿Por qué debo repetirlo una y otra vez?

—La vimos cuando viniste a casa en Navidad. Hasta tú deberías acordarte, fue hace menos de un mes.

Poe hizo una mueca de dolor. Las Navidades en casa de Bradshaw eran… distintas. Su entusiasmo desbocado unido a su visión misántropa de las fiestas resultaron ser la prueba definitiva de lo que ocurre cuando una fuerza imparable choca con un objeto inamovible. El objeto inamovible se ve obligado a ponerse un sombrero de papel y cantar villancicos.

—¿La del internado para magos?

—¡Esa!

—Puede que se me escapara algún detalle…

—¿Cuando te quedaste dormido quieres decir? —dijo Bradshaw.

—No me quedé dormido, Tilly: eso habría sido de mala educación.

—Por favor. Te bebiste cuatro botellas de cerveza con mi padre durante la comida. Te quedaste roque.

El comisario Stewart se aclaró la garganta dispuesto a intervenir.

—¿Inspectora Flynn?

—Sí. Venga, parad ya —dijo—. ¿No podemos parecer normales al menos?

—Perdone, inspectora Flynn —dijo Bradshaw—. Como iba diciendo, el poema tiene más sentido ahora. El verso «Bajo la capa del ahorcado cruel, gotea su sangre…» hace referencia a la superstición de que la mandrágora solo crece donde hay sangre de un ahorcado. «Bajo su fruto amarillo» es fácil, la mandrágora mediterránea da una fruta amarilla parecida a la ciruela. La parte de cerrar los oídos y arrancarla del suelo se refiere a la leyenda de que cuando se arranca la raíz, sus gritos matan a cualquiera que los oiga. J. K. Rowling no es la única que ha escrito sobre ello: Shakespeare también lo menciona en *Romeo y Julieta*.

—De acuerdo —dijo Poe—. Tiene que ser alguien con acceso a una sustancia peligrosa y una visión sarcástica de la cultura popular—. Se volvió hacia Flynn—. Pero no nos han traído aquí por eso, ¿verdad?

Flynn miró al comisario Stewart, que asintió.

—No, Poe —dijo—, no estamos aquí por Kane Hunt.

16

Le dice algo el nombre Harrison Cummings, sargento? —preguntó el comisario Stewart.

Poe frunció el ceño. El nombre le sonaba, pero no sabía de qué.

—¿No? —continuó Stewart—. Es el diputado de Sheffield East en el Parlamento.

Ahora se acordaba. El honorable Harrison Cummings era subsecretario de la Oficina de Comercio e Inversión y le habían pillado haciendo viajes de placer por todo el mundo con dinero del contribuyente. Él alegó que eran expediciones de carácter informativo y que tenían la finalidad de allanar el terreno para futuros acuerdos comerciales. En realidad había estado participando en excursiones de caza mayor financiadas por multinacionales.

El asunto salió a la luz cuando su hija se encontró unas fotografías en una carpeta oculta en la nube. Cummings posaba con animales a los que había disparado desde un escondite: leones, jirafas, elefantes… hasta los amenazadísimos rinocerontes de Sumatra. Asqueada por el comportamiento de su padre, la chica envió las fotos a una periodista.

En vez de publicarlas de inmediato en la portada de todos los diarios, la periodista asignada al caso prefirió esperar. Intuía que aquello escondía algo más que otro diputado pillado con las manos en la masa, de manera que indagó e hizo un poco de periodismo de investigación de toda la vida.

Y destapó el mayor escándalo parlamentario del año.

Harrison Cummings no solo estaba malgastando dinero público en cacerías caras y moralmente repugnantes, sino que había aceptado viajes pagados por miembros de grupos de presión de todo el mundo. Ellos le regalaban viajes de lujo y, a cambio, él pedía a su gobierno que aprobaran ciertas leyes. La periodista descubrió un rastro de documentos que demostraba que Cummings había presionado para que la policía británica llevase armas de fuego de manera habitual, una práctica que los fabricantes de armas estadounidenses creían que ayudaría a volver más laxas las leyes contra las armas de fuego en el Reino Unido. Como agradecimiento, le regalaron un Breitling Chronomat, un reloj por un valor de cincuenta mil libras. Después lo compraron las grandes tabacaleras, que le presionaron para que hiciera derogar el paquete de leyes contra el tabaco. Unas excelentes entradas a pie de pista para ver a los New York Knicks contra los Chicago Bulls en el Madison Square Garden, cortesía de las grandes farmacéuticas, lo convencieron de que había llegado el momento de reexaminar el precio que el sistema público de salud británico pagaba por los medicamentos estadounidenses.

En una operación policial encubierta, la periodista, que llevaba un micrófono y se hacía pasar por representante de una compañía de *fracking* que facilitaba la extracción de gas o petróleo del subsuelo, le preguntó qué pensarían sus votantes si supieran que iban a filtrarse sustancias cancerígenas en las aguas subterráneas. Su respuesta fue «Que les den por culo a esos cabrones del norte».

Cuando el periódico publicó el artículo, el país se volvió en su contra. Cummings fue fustigado por la opinión pública y perdió su puesto en la Oficina de Comercio e Inversión. Sorprendentemente se negó a dimitir como parlamentario y, dado que no había quebrantado ninguna ley, tampoco se pudieron plantear nuevas elecciones.

Poe no necesitaba calculadora para hacer cuentas.

—Ha habido otra amenaza de muerte, ¿verdad?

17

Flynn le pasó una tableta.

—Ayer entregaron esto en la oficina del distrito de Harrison Cummings —dijo—. La abrió uno de sus empleados. Creemos que es de la misma persona que mató a Kane Hunt.

La tableta mostraba una foto de un poema mecanografiado:

Extraño desgraciado, de aspecto asombrado,
rostro anguloso, baboso y embobado.
¿Qué es lo que haces?
¿En qué cambian tus días, tus noches infames?

Poe lo leyó en voz alta.

—Es un fragmento de un poema titulado «A un pez» —dijo Flynn—. Lo escribió Leigh Hunt en el siglo XIX.

Poe volvió a leerlo.

—¿Qué es eso que hay abajo? Es como si hubieran puesto unas iniciales.

—No son iniciales —dijo Flynn—. Desliza hacia la derecha, lo verás de cerca.

Poe hizo lo propio y descubrió que Flynn tenía razón: no eran las iniciales de un nombre, sino un símbolo dibujado a mano.

—¿Lo podemos consultar con algún criptógrafo? —sugirió Poe.

—No hace falta, es el número dos en japonés —dijo Flynn—. Tilly lo reconoció al instante: sabe escribir en código japonés.

—Por supuesto —dijo Poe, guiñándole un ojo a Bradshaw—. ¿Algo más?

—El poema iba acompañado de una flor prensada, como el de Kane Hunt.

—¿Y del mismo tipo?

—No —contestó la inspectora—. Esta era de una planta llamada… —comprobó su cuaderno— *Houttuynia cordata*. Vulgarmente conocida como hierba del pescado. Es propia del sureste asiático.

—¿Tenemos alguna teoría?

—Tilly cree que planea usar las toxinas que hay en el pez *fugu* para envenenar a Cummings.

—Y, evidentemente, no queremos que eso ocurra —dijo el comisario Stewart.

—¿Pez *fugu*? —repitió Poe—. ¿Te refieres al pez globo? Los japoneses lo consideran una delicia.

—Eso es —contestó Bradshaw—. Me sorprende que lo conozcas.

—Salía en un episodio de *Los Simpson*. Homer lo comía. Lo vi cuando estaba en el ejército.

Bradshaw puso los ojos en blanco.

—Sí, bueno, las tetrodotoxinas que se encuentran en los intestinos, los ovarios y el hígado de algunas especies de pez globo pueden tener una dosis letal media de hasta novecientos seis microgramos por kilo.

—Eso es malo, ¿no?

—Un microgramo es una millonésima parte de un gramo, Poe. Dicho de otro modo, el veneno de ciertas especies de pez globo es potencialmente doce veces más letal que el cianuro. La cantidad necesaria para matar a un hombre adulto es tan pequeña que sería imposible detectarlo sin un equipo especializado. Y actúa rápido, por lo general en menos de quince minutos.

—Algo tan venenoso estará regulado, ¿no? —dijo Poe—. Supongo que no se puede entrar así sin más en un supermercado asiático y comprar un pez globo…

—Los japoneses comen diez mil toneladas al año, pero en el Reino Unido y Estados Unidos está prohibido —confirmó Bradshaw—. He indagado un poco y parece ser que hay un club de cenas privado que lo sirve en Londres.

—O sea, que el veneno sería difícil de encontrar, pero no imposible. ¿Puede que sea un imitador? Han dicho que el poema y la flor prensada salieron en directo en televisión. ¿Es posible que estemos ante un simple bromista?

—Ya hemos lidiado antes con bromistas, Poe —contestó el comisario Stewart—. Todos los cuerpos de policía lo hacen.

—Y, sin embargo, aquí estamos —dijo Flynn—. ¿Qué crees que significa eso?

—Que hay algo más —dijo Poe—. Algo que no salió en televisión. Algo que se ha ocultado a los medios.

—Hemos revisado el programa fotograma a fotograma y en ningún momento se ve el dorso del sobre que contenía el poema y la flor.

Flynn pasó varias fotos en la tableta; cuando encontró la que buscaba, se la enseñó a Poe.

La foto era de un dibujo de una flor hecho a mano, con tinta negra e increíblemente detallado.

—Tilly dice que es una ilustración científica, como las que se aprenden a hacer en la universidad.

—Lo he comparado con la foto del género de la mandrágora que mató a Kane Hunt y es

idéntica y del mismo tamaño —dijo Bradshaw—. Es un dibujo muy técnico, Poe.

—Y supongo que también había un dibujo en el dorso del sobre de Harrison Cummings, ¿no?

—De la hierba del pescado, sí —confirmó Flynn.

—Vale, habéis conseguido captar mi atención —dijo Poe—. Imagino que la policía de South Yorkshire tiene a salvo a Harrison Cummings.

—No viene nunca —contestó el comisario Stewart—. Es de Londres, y lo pusieron en un escaño conservador seguro. Pasa el menor tiempo que puede aquí. Oficialmente dirige la mesa en la mayoría de las reuniones del distrito.

—¿Dónde está ahora mismo?

—En Londres —dijo Flynn—. Protección Parlamentaria y Diplomática lo tiene vigilado.

—O sea, ¿que está a salvo?

—Sí.

—Pues pongámonos manos a la obra. ¿Tenemos algún sitio donde trabajar?

—El comisario Stewart ha tenido la amabilidad de habilitarnos una sala en su recinto de operaciones. Vamos para allá, a ver si se nos ocurren líneas de investigación.

—Te sigo.

El teléfono de Flynn sonó. En vez de contestar a Poe, levantó el pulgar y echó a andar.

—Será mejor que me dé el código postal, señor —dijo Poe—. Puede que la inspectora tarde un poco. Tilly y yo podemos empezar.

El comisario Stewart se lo dio.

Poe lo introdujo en su móvil y la dirección apareció en la pantalla.

—¿Es broma? —preguntó.

—Me temo que no.

—¿Letsby Avenue? ¿Como avenida *Lesbi*?

Stewart asintió abochornado.

—El urbanista hizo la vista gorda al nombre que le había puesto el promotor inmobiliario —explicó tristemente—. Para cuando nos dimos cuenta, el daño ya estaba hecho. Quejarnos a toro pasado nos haría parecer rancios. Ahora debo tener esta conversación cada pocas semanas.

Flynn se acercó.

—¿Sabías esto, jefa? —preguntó Poe—. El recinto de operaciones de la policía de South Yorkshire está en Lestby… ¿Qué pasa?

Estaba pálida.

—Harrison Cummings —dijo—. No estaba a salvo. Está muerto.

18

Esto cambia las cosas —dijo Poe.

El comisario Stewart gruñó.

Poe sabía que para él era un alivio que hubiera muerto bajo la vigilancia de Protección Parlamentaria y Diplomática, en lugar de hacerlo estando a cargo de la policía de South Yorkshire. Y lo comprendía. La gente pierde su trabajo por cosas así. Cummings era un tipo al que todo el mundo detestaba, pero, en estos tiempos tan polarizados, para un político el desprecio de la ciudadanía era un riesgo laboral. Ahora mismo cualquiera de ellos se sentiría menos seguro.

Estaban en una pequeña sala de incidencias en el recinto de operaciones de la policía de South Yorkshire. Bradshaw no se había molestado en montarla, porque tampoco estaba claro si se quedarían. Había una mesa de reuniones, sillas, un termo de café y un monitor en una de las paredes.

Flynn, que había estado haciendo algunas llamadas, abrió la puerta y entró.

—¿Alguna novedad, jefa? —preguntó Poe levantándose y llenándole una taza.

—Toxicología tendrá los resultados de la analítica en breve, pero eso no es más que semántica —dijo—. Cummings tenía protección las veinticuatro horas del día, y alguien logró burlarla. Los médicos de urgencias dicen que es posible que muriera por una neurotoxina.

—O sea ¿que fue asesinado con veneno de pez globo?

—Eso parece.

—¿Qué ocurrió exactamente?

—Tampoco sé gran cosa —dijo Flynn—. Solo que se puso histérico cuando no le permitieron ir a comer a su club privado y dijo que iba a darse un baño. Después de una hora sin oír nada, el jefe del equipo de protección decidió ver si estaba bien. Lo encontraron muerto.

—¿Quién más había en la casa?

—Acaba de llegar el vídeo del registro —dijo Bradshaw—. Voy a ponerlo en el monitor.

La pantalla montada sobre la pared cobró vida de repente. El coordinador de la escena del crimen empezaba presentándose y acto seguido explicaba la distribución del piso de Cummings, partiendo de la puerta de entrada y recorriendo de forma metódica cada habitación. Describía lo que iba viendo con voz clara y mesurada, sin ofrecer opinión alguna. Ese no era su trabajo: el vídeo de un registro se centraba meramente en datos.

La casa era grande y fastuosa, con un mobiliario lujoso y ostentoso. Las paredes estaban decoradas con pinturas al óleo y elaboradas alfombras cubrían el suelo. No hacía falta preguntar en qué había gastado su dinero Cummings. Era un hombre al que le gustaba lo mejor de lo mejor.

El coordinador de la escena del crimen terminó en el cuarto de baño. Era un espacio enorme revestido de mármol del suelo al techo. Había un inodoro, un bidé y una ducha con efecto lluvia y seis chorros de masaje. La bañera estaba a ras de suelo y era profunda, con grifos de oro ricamente decorados.

El coordinador de la escena del crimen se centraba en el cuerpo de Harrison Cummings. Estaba de espaldas dentro del agua fría, con el vello púbico flotando como si fueran algas. Tenía vómito seco en la barbilla y la parte superior del torso, hasta donde llegaba el agua. La cara presentaba *rigor mortis*, dejando ver que había sufrido al morir.

El agua de la bañera era de color marronáceo.

—El informe que acompaña al vídeo del registro dice que las heces en el agua no parecen ser las típicas que se expulsan tras la relajación de los esfínteres que se produce después de morir —dijo Bradshaw—. El señor Harrison Cummings se descompuso cuando aún estaba vivo.

—Entonces, fuera lo que fuese, le hizo efecto muy rápido —dijo Poe—. Ni siquiera tuvo tiempo de llegar al váter antes de vomitar y tener diarrea. ¿Encaja eso con lo que sabemos del veneno del pez globo?

—Si le administraron una dosis considerable, es eso exactamente lo que se esperaría que ocurriese —contestó Bradshaw—. Sufriría parálisis y un dolor abdominal muy intenso. Aunque hubiera sido capaz de pedir ayuda, cosa que dudo, habría muerto antes de que llegase una ambulancia.

—Pobre cabrón. —Poe tenía la mirada clavada en el monitor. En ese momento, el vídeo se alejaba del cadáver—. ¿Qué es eso?

Bradshaw apretó el botón de pausa.

—Una copa de vino vacía, Poe —contestó.

—Y ahí está la botella —añadió él—. ¿Estás pensando lo mismo que yo?

—Creo que sí. Teniendo en cuenta que un baño de agua caliente es vasodilatador y aumenta la temperatura corporal, y que el alcohol hace lo mismo, combinarlos duplicaría el riesgo de sufrir un golpe de calor, una apoplejía o incluso un infarto. Solo un idiota bebería vino en la bañera.

—Exacto. Y también que, teniendo en cuenta lo rápido que actúa el veneno del pez globo, es posible que estuviera en el vino.

—Haré que lo analicen —dijo Flynn sacando el móvil.

—Hecho —dijo Flynn—. Han cogido el vino, la copa y todo lo que había en el baño. Las

muestras ya están de camino al laboratorio. La dirección de Protección Parlamentaria y Diplomática ha trasladado la investigación a la Policía Metropolitana y nos esperan en el piso de Cummings.

En ese momento sonó el teléfono de Poe. Era un número desconocido. Apretó el icono verde y se identificó. Pasados unos segundos añadió:

—Voy para allá.

—¿Qué pasa, Poe? —preguntó Bradshaw.

—Es Estelle. La han acusado de asesinato.

—Está bien, vete —dijo Flynn—. Llámanos luego.

19

Poe conducía a más de ciento cuarenta por la A1. En su cabeza, que iba a mil por hora, se entremezclaban ambos casos. —Casos —murmuró—. Me pregunto…

Llamó a Flynn por el bluetooth del coche.

—¿Qué pasa, Poe? No habrás llegado ya…

—Estaba pensando, jefa, que tú has visto el piso de Cummings por dentro, el tipo de cosas que le gustan. ¿Qué impresión te llevaste de él?

—Horrible. Un ejemplo de manual de que la clase no se puede comprar con dinero. Todo era carísimo, pero no tenía personalidad ni coherencia alguna. Era como si solo coleccionara cosas porque tenía dinero para comprarlas.

—Estoy de acuerdo. Era una urraca que coleccionaba objetos como símbolo de su estatus social.

—¿En qué estás pensando?

—Pues que la gente tan soberbia no va a una tienda barata a comprarse vino. Dudo que ni siquiera entrara en Waitrose. Cummings era coleccionista, lo cual significa que o era miembro de algún club de vinos pijo o…

—O compraba a un vendedor especializado. —Flynn terminó la frase por él.

—Exacto. Probablemente no sea nada, pero puede que valga la pena tomarles declaración. Es posible que alguien colara una botella en su pedido.

—O tal vez se lo mandaran de regalo…

Poe se quedó pensando en ello.

—Puede —dijo—. Siempre y cuando él creyera que era de alguien conocido. La gente como Cummings no se bebe botellas de regalo de cualquier desconocido, por si acaso es pis.

—Entonces, un regalo de algún conocido o de su proveedor de vino.

Poe se quedó en silencio.

—Es una línea de investigación —dijo—. Puede que no llegue a ninguna parte, pero al menos vamos descartando cosas.

La inspectora Tai-young Lee había llamado a Poe en cuanto se presentaron cargos oficialmente contra Doyle por el asesinato de su padre. Le dijo que creía que habían hecho lo necesario para

poder derivar el caso a la fiscalía de la Corona y que se tomara una decisión sobre la imputación. La fiscalía revisó las pruebas en menos de media hora y procesó los cargos por asesinato.

—Acéptelo, Poe —le dijo Lee—. Tenemos más que suficiente.

—No tienen el arma del crimen —contestó Poe.

—La escondió bien, pero no salió de la casa, así que o está allí dentro, en algún sitio, o la tiró por la ventana. He mandado a un equipo con perros. Es cuestión de tiempo que la encuentren.

—Quiero ver a Doyle.

—Muy bien —contestó ella suspirando.

Tai-young Lee salió a recibir a Poe a recepción y lo condujo directamente a la zona de detenidos. Le dijo que podía ver a Estelle en su celda. Daba la sensación de que algo había cambiado en ella: ya no le preocupaba que mantuvieran conversaciones confidenciales. Ahora Doyle ya era problema de la fiscalía.

—Les llevaré té —dijo—. La puerta está abierta.

Poe llamó a la puerta de la celda y se asomó por el ventanuco que permite a los vigilantes comprobar que no les van a tender una trampa. Doyle se encontraba tumbada en el fino colchón, de espaldas a la puerta. Teniendo en cuenta lo que estaba pasando, Poe dudaba que estuviera dormida. Abrió la puerta y entró.

—¿Estelle?

Doyle se volvió. Tenía los ojos rojos y hundidos.

—Poe —dijo con la voz quebrada—. No tenías por qué… no deberías…

—¿Qué? ¿Que no debería apoyar a mi amiga? Espero que no sea eso lo que ibas a decir, Estelle. —Se sentó en el borde del colchón y ella se incorporó para dejarle espacio—. Bonito sitio —dijo—. Minimalista.

Ella forzó una sonrisa.

—Soy una chica sencilla.

—¿Qué sabes?

—Solo lo que me ha dicho mi abogada —contestó—. Me dijiste que no dijera nada y ella me ha dicho lo mismo.

—¿Y no lo has hecho?

Doyle negó con la cabeza, derramando una lágrima que cayó en el brazo de Poe. Él la tocó. Fue un momento íntimo.

—¿Has visto las pruebas? —dijo él.

—Sí.

—¿Y tu abogada?

—Por lo que me han dicho, ya las han revelado todas.

—¿Qué piensa ella?

—La ausencia del arma del crimen no basta para un veredicto de no culpabilidad.

—Estoy de acuerdo —dijo Poe—. Necesito que la llames y que me asignen como investigador de la defensa. Dile que lo haré gratis.

—¿No tienes otros casos?

—No tan importantes como este.

Tai-young Lee llamó a la puerta y abrió. Les entregó dos tazas de té.

—Gracias, inspectora.

—Los dejo, Poe —dijo—. Tómense todo el tiempo que quieran. Hasta mañana no va a pasar nada.

Poe esperó a que la puerta se cerrara y preguntó:

—¿Te han explicado lo que pasará mañana?

—Sí —contestó Doyle—. Aunque creo que todavía no lo he asimilado.

—Te llevarán al tribunal de magistrados de Newcastle en un furgón penitenciario. Te meterán en un calabozo y una vez allí podrás ver a tu abogada. Cuando llegue el turno de tu caso, te esposarán a un vigilante de seguridad con la mirada muerta y te llevarán al juzgado. Te presentarán al tribunal desde detrás de un cristal de seguridad. Habrá público y medios de comunicación.

—¿Ya lo saben?

—No, a no ser que se haya filtrado —dijo Poe—. Pero en los juzgados siempre hay medios de comunicación.

Poe no le dijo que las muertes de Kane Hunt y de Harrison Cummings acapararían las noticias esa semana. Eso le iría bien a Estelle, pero tampoco tenía sentido decirlo, porque la prensa acabaría encontrando un hueco para ella.

—El abogado de la fiscalía te leerá los cargos y te pedirá que confirmes tu nombre y dirección —prosiguió—. No tienes que contestar, pero tampoco hay razón para que no lo hagas.

—Y entonces me declaro no culpable, ¿verdad?

—No. Los magistrados no pueden presidir juicios por asesinato, así que lo derivará al Tribunal de la Corona. Ahí es donde te declararás no culpable.

—Pero luego volveré aquí, ¿no?

—No. Permanecerás en prisión preventiva, y eso significa que te llevarán a Low Newton. Es una cárcel de mujeres cerca de Durham.

—¿Cuánto tiempo estaré allí?

—Hasta que convenza al juez de que te deje salir bajo fianza. Ya estoy en ello.

—¿En qué?

Poe la miró fijamente.

—En desmontar sus argumentos —contestó.

20

Una vez acordada la cita con la abogada de la familia Doyle, Poe decidió irse a casa. Recogió a Edgar, su springer spaniel, de casa de la vecina, Victoria Hume, y se compró la cena en el *fish n'chips* del pueblo. Pasó por el hotel spa Shap Wells, donde tenía un acuerdo para dejar el coche. Herdwick Croft estaba a tres kilómetros de la carretera más cercana y solo se podía llegar a pie o en el *quad* que tenía en el aparcamiento del hotel. Poe solía ir andando, así tenía tiempo de pensar y podía darle un buen paseo a Edgar, pero no tardaría en hacerse de noche y el terreno por el monte era muy irregular.

Hacía una semana que no pasaba por casa y, cuando llegó a la última cumbre y vio su cabaña de pastor medio derruida, toda la tensión de la que no había sido consciente hasta ese momento se disipó, como si fuera un masaje mental.

Herdwick Croft se aferraba a Shap Fell como una verruga testaruda. Tenía doscientos años, pero parecía que llevaba toda la vida allí. Los muros eran de granito rosa formado cuatrocientos millones de años antes de que empezaran a extraerlo de la cantera vecina para enviarlo a todas partes del mundo. El granito rosa de Shap podía verse en algunos de los edificios más distinguidos del país: desde la catedral de St. Mary en Edimburgo hasta la de Saint Paul en Londres. El granito de Herdwick Croft llevaba tanto tiempo expuesto a los elementos que los cristales rosas ya no se veían. Le había salido una costra de líquenes de color verde lima, más gruesa que una capa de pintura, y se había extendido, tiñendo su casa del mismo color que la montaña. Formaba parte del paisaje, tanto como los árboles y las ovejas. Herdwick Croft había aguantado la Bestia del Este, la Peste del Oeste, y otras mil tormentas, sin despeinarse y como diciendo «¿Eso es todo lo que tienes?». Desde que Poe vivía allí no se había desprendido una sola teja de pizarra.

Para él, más que su lugar favorito, era su refugio. Allí se sentía a salvo. Bradshaw lo describió un día como su Fortaleza de la Soledad, y Poe cometió el error de preguntarle qué quería decir con eso. Ella lo obligó a ver una película soporífera de un hombre vestido con un traje azul y calzoncillos rojos que hacía que el tiempo fuera hacia atrás volando alrededor de la Tierra a toda velocidad. Bradshaw le explicó la seudociencia que había detrás del argumento, algo así como que el tipo volaba más rápido que la velocidad de la luz, y luego se pasó una hora desacreditándola. Según ella, la única manera de que el tiempo pudiera ir hacia atrás sería si se

rompiera el tejido espaciotemporal, y para eso haría falta una fuerza infinita, algo que no podía darse en un universo finito. Poe acabó preguntándole de qué demonios estaba hablando.

Para cuando encendió su estufa de leña y puso en marcha el generador, las patatas estaban a la temperatura perfecta. Ni demasiado calientes ni demasiado frías. Calentitas y blandas, con un chorrito de vinagre y sal marina generosa, eran la comida más reconfortante que había.

Edgar lo miraba fijamente, con un hilillo de baba colgando del labio inferior, gimiendo con suavidad.

—Tú mírame todo lo que quieras, colega. No te va a caer nada —dijo Poe, con la boca llena de bacalao rebozado, dándole un trozo de pescado mientras lo decía.

El spaniel echó la cabeza atrás, lo engulló y empezó a pedir otra vez.

—Gorrón.

Acabada la cena, Poe se preparó una taza de té fuerte y se sentó al lado del perro, que se había quedado dormido.

—¿Qué está pasando, Edgar? —dijo—. ¿Cómo es posible que alguien mate al padre de Estelle y luego desaparezca sin dejar huellas en la nieve? —El spaniel roncó—. ¿Y cómo es que tenía residuos de disparo en las manos, pero no en las mangas?

Poe abrió un cuaderno nuevo y anotó las líneas de ataque de la fiscalía que preveía, valorando la fuerza de cada una del uno al cinco.

1. Residuos de disparo en las manos. 4/5
2. Una ventana rota desde dentro, no desde fuera. Parece montado. 3/5
3. El trayecto en coche duró 30-40 minutos más de lo que debería. 1/5
4. Móvil : Acababa de volver a incluirla en su testamento. Endeble, pero el jurado quiere saber «por qué» pasan las cosas. 3/5
5. La nieve virgen demuestra que no había nadie más en la casa cuando Elcid Doyle fue asesinado. 5/5

Cuando terminó, pasó de página y empezó a hacer una nueva lista, valorando posibles argumentos de defensa. Se la enseñaría a la abogada de Estelle al día siguiente.

1. Las pruebas de FDR dan falsos positivos (pedir ayuda a Tilly). Debería ser una defensa sólida, pero al jurado le gustan las pruebas forenses. Confían en ellas. 2/5

2. Es evidente que a Elcid Doyle lo asesinaron y, si no lo hizo Estelle, fue otra persona. Esa persona también hizo que pareciera un robo. Será difícil que el jurado se trague que le disparó otro. Comprobar que la abogada de Estelle ya lo está ensayando. 3/5

3. Estelle tardó más tiempo de lo normal en llegar. Irrelevante. Cualquier abogado medio decente lo rebatirá sin problema. Hasta a mí se me ocurren diez razones ahora mismo, y estoy cansado y empachado de patatas. 4/5

4. Refutar el argumento de la fiscalía de que Estelle tenía un móvil ; tendrá que esperar hasta que hable con la abogada. Por ahora le doy un 3/5, igual que al argumento de la fiscalía.

5. La nieve es la prueba más sólida en el caso. Pondrán el vídeo de prueba de Tai-young Lee y mostrarán que la nieve alrededor de la casa estaba prístina y sin huellas. Si no somos capaces de explicarlo, no podremos usar el argumento de que lo hizo otro. 0/5

Una vez concluida, sumó las valoraciones. La fiscalía ganaba por cinco puntos, y Poe creía que había sido duro con ellos. Los veía mucho más fuertes que eso. Suspiró y cogió su móvil. Era tarde, pero sabía que Flynn seguiría despierta.

—¿Tienes un par de minutos, jefa?

—Claro —contestó ella.

Le expuso los argumentos de la fiscalía y cómo creía que podía responder la abogada de Doyle.

—No tenéis nada —dijo Flynn cuando terminó—. De hecho, menos que nada.

—¿Menos que nada? No te entiendo. Los dos sabemos que las FDR son una prueba de mierda, y puedo hacer que la línea cronológica sea lo bastante confusa como para que la descarten. Y el móvil siempre acaba reduciéndose a quién tiene mejor abogado.

—No lo estás entendiendo, Poe. Aunque hagas tu magia y consigáis que la declaren no culpable, todo el mundo pensará que Estelle se ha ido de rositas. ¿Cómo crees que lo llevará ella?

—No muy bien —admitió él.

Flynn espero un momento y añadió:

— Y, a pesar de que las pruebas son tan contundentes, ¿tú sigues convencido de que no mató a su padre?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque pidió que me llamaran a mí.

—Eso no basta, Poe —dijo Flynn—. Os conocéis desde hace mucho. Ella sabría que lo dejarías todo para ayudarla. Puede que quisiera apaciguar tus sospechas pidiéndote algo que

sabía que ibas a hacer de todos modos.

Poe no lo había mirado de ese modo. Pero entonces se sintió mal por dudar de Doyle, aunque fuera por un instante.

—Ella no lo hizo —dijo—. No intentó ofrecer excusas y es demasiado inteligente como para dejar tantas pruebas como dicen que se dejó. Le ha tendido una trampa alguien que no sabe que, a veces, menos es más.

—Vale —dijo Flynn suspirando—. Si te sirve de ayuda, yo tampoco creo que lo hiciera ella. Pero tú dices que le han tendido una trampa torpemente; yo creo que lo han hecho bastante bien. Las pruebas contra ella no están sujetas a interpretación. Hasta un yogurín de la fiscalía podría contarle una milonga al jurado que acabe con Estelle Doyle disparando a su padre.

—Lo tengo crudo —dijo Poe—. ¿Cómo va la cosa en Londres?

—Estamos esperando que confirmen si había neurotoxina en el vino. La científica ya casi ha terminado con el piso de Cummings, así que nos dejarán entrar mañana por la tarde. Te necesitaré.

—Tengo que quedarme aquí.

—Poe, no vamos a discutir. Ahora mismo no puedes hacer nada. Habla con la abogada mañana y vente para acá.

Poe no contestó.

—Mira, no soy tonta —dijo Flynn—. Sé que vas a seguir con esto, pero necesito que hagas tu trabajo también. Si gestionas tu tiempo, no hay motivo para que no hagas las dos cosas.

—¿Puedo contar con la ayuda de Tilly?

—Lo siento, Poe, pero no me permiten desviar recursos de una investigación legítima para dedicarlos a solucionar un tema personal. No puedo. Puede morir más gente.

Poe suspiró. Tenía razón, por supuesto.

—Pero sabes tan bien como yo —continuó Flynn— que tampoco puedo decirle a Tilly lo que tiene que hacer en su tiempo libre.

—Y si lo intentas, no te haría caso.

—Te juro que sois los culpables de que no pare de encontrarme canas en el coño.

La línea se cortó.

21

La abogada de Estelle Doyle tenía el despacho en la calle Grey, en Newcastle. Era una zona elegante de la ciudad, con edificios altos de piedra arenisca, torrecillas y chapiteles. Tenía bares y restaurantes, hasta un teatro, y se consideraba una de las calles más selectas de Inglaterra. En la planta baja había comercios de lujo y locales de ocio nocturno, y los pisos superiores albergaban oficinas de abogados, contables, arquitectos y peritos.

Poe encontró un sitio para aparcar y, como no sabía cuánto tardaría, metió un montón de monedas en el parquímetro. Buscó el número del edificio que le habían dado. Una discreta placa de latón informaba que las oficinas de Howey, Sellars & Watson ocupaban la segunda, la tercera y la cuarta planta.

La recepcionista le dijo que esperase, pero nada más sentarse, lo hicieron pasar. Una mujer vestida con un traje de negocios oscuro se acercó a él tendiéndole la mano.

—Soy Ania Kierczynska —se presentó. Era alta, morena y tenía aspecto de no andarse con tonterías—. Soy asociada júnior del despacho. El señor Howey me ha pedido que lo reciba.

—No se ofenda, pero ¿por qué no puedo verlo a él?

Ella sonrió como si ya esperara la pregunta.

—Sargento, el señor Howey tiene más de ochenta años: ¿cree que trabaja a diario en sus cuentas?

—Supongo que no —dijo Poe.

—Yo compruebo todo con él, claro, pero, más allá de lo nominal, soy la abogada de la familia Doyle.

—En tal caso, le debo una disculpa —dijo Poe—. ¿Volvemos a empezar?

—Por supuesto.

—Buenos días, Ania. Me llamo Washington Poe y trabajo en la Agencia Nacional del Crimen.

—Lo sé. ¿Pasamos a mi despacho?

Poe subió dos tramos de escaleras tras ella hasta una sala grande y fría. Pocos edificios como aquel eran cálidos, pero el prestigio de la calle compensaba la falta de calefacción moderna. Ania tomó asiento delante de la pequeña mesa de reuniones y le invitó a hacer lo propio. Sin preguntar, sirvió dos tazas de café y echó leche en una de ellas.

—Me han dicho que lo toma solo.

Poe asintió.

—¿Que más le han dicho?

—Que le dé acceso total a las pruebas reveladas por la policía y la fiscalía —contestó—. Y que lo contrate como investigador. Y que luego me quite de en medio.

—Estelle puede ser muy directa a veces.

—Sus instrucciones fueron muy claras —dijo ella.

—¿Y lo va a hacer?

En vez de contestar, abrió una carpeta. La cara de Poe aparecía en la primera hoja.

—Veo que se ha documentado —dijo.

—Por supuesto.

—¿Y?

—Toda la información disponible indica que es usted peligroso, sargento. Que seríamos tontos tratando con usted. Es usted autoritario y tiene un problema con la disciplina. En resumen, que es imposible controlarle.

—¿Y ha averiguado todo eso en una sola noche?

—Tenemos nuestras fuentes. Reunir este dosier tampoco ha sido muy difícil. Me da la sensación de que a la gente no le cuesta hablar sobre usted.

—Pues no sé cómo me hace sentir eso.

Ania contestó soplando su café. Dio un sorbito y lo miró por encima de la taza.

—No me van a dar acceso, ¿verdad?

—Elcid Doyle trabajó con este despacho toda su vida, y su padre también. A Estelle solo la he visto una vez, pero fue suficiente.

—¿Suficiente para qué?

—Para saber que está hecha de la misma pasta. Que es buena persona.

—Es más que eso —dijo Poe—. Es mi amiga. Y créame cuando le digo que no tengo muchos.

—Sin embargo, este bufete se encuentra ante la labor de explicar lo que parece inexplicable. Los socios se reunieron anoche para discutir cómo abordar el asunto.

—Deje que lo adivine: no quieren que yo intervenga, ¿verdad? No pueden permitir que alguien «peligroso» dañe su reputación.

Ania dejó su café de golpe.

—No me ha entendido, sargento —dijo—. Ahora mismo a la señorita Doyle solo puede salvarla alguien peligroso. Dígame qué necesita.

22

Háble me del testamento —pidió Poe.

—¿Por qué?

—La policía cree que es un móvil.

—¿En serio?

—Me lo dijo la inspectora que lleva el caso.

—Pues se equivocan —dijo Ania—. Elcid actualizó su testamento hace poco en favor de Estelle.

—Intuyo un pero…

—Solo le favorece si se ve en un sentido binario. Si tengo que contestar sí o no, diría que sí: el nuevo testamento es mejor para Estelle.

—¿Pero si le dejaran explayarse en la respuesta?

—Diría que el nuevo documento solo incrementa la herencia de la señorita Doyle en un cinco por ciento.

—Creía que le había dejado una casa…

—De hecho, es una granja. Pero sí.

—No la sigo —dijo Poe.

—¿Qué sabe sobre el impuesto de sucesiones, sargento?

—No mucho.

—Elcid Doyle sí sabía —dijo ella—. Y con la ayuda de nuestro bufete, hizo lo necesario para asegurarse de que cuando falleciera, se redujera la carga fiscal de su hija dentro de los límites de la ley.

—¿Regalándole una granja?

—No. Eso fue lo último que añadió a la herencia. Antes la tenía alquilada y en el testamento anterior se la dejaba a los arrendatarios, una familia que lleva tres generaciones viviendo allí.

—¿Y qué pasó?

—El último arrendatario murió sin herederos a quienes dejarles el alquiler. Y Elcid añadió la granja a lo que debía heredar Estelle.

—Pero antes ya había dispuesto varias medidas, ¿no?

—Y muy perspicaces —dijo Ania—. ¿Sabía que es posible evitar los impuestos de sucesión sobre una propiedad si se dona a una persona al menos siete años antes de morir?

—Vagamente —dijo Poe.

—Evidentemente no es tan sencillo. Si se quiere permanecer en la propiedad una vez donada, hay que pagar un alquiler y los suministros, además de cumplir varios requisitos más, pero Elcid cumplió la ley a rajatabla cuando le dejó la casa familiar: nosotros nos aseguramos de ello.

—¿Y cuánto vale?

—No puedo discutir la situación económica de mis clientes, pero sí asegurarle que vale considerablemente más que la granja. Súmele a eso diez años de alquiler, que se habían añadido en fideicomiso para la señorita Doyle, y la incorporación de la granja en el nuevo testamento asciende a…

—Al cinco por ciento de su herencia.

—Exacto.

—¿Sabe esto la fiscalía?

—No se lo hemos dicho.

—¿Por qué no?

—Estrategia —explicó Ania—. Si se lo decimos, no lo usarán. De este modo, cuando lo saquen a colación, podremos desacreditarlo fácilmente. Eso hace que la fiscalía parezca endeble desde el principio.

—Bien pensado —admitió Poe.

—El móvil es secundario —dijo ella encogiéndose de hombros—. Este caso no se va a ganar o a perder por eso.

Poe sabía que se refería a la nieve.

—Supongo que ofrecerán una explicación alternativa, ¿no? —dijo—. Que un intruso desconocido mató a Elcid Doyle y tendió una trampa a Estelle.

Ania asintió.

—Eso constituirá la base del alegato de la defensa que estamos obligados a presentar —dijo —. Aún necesitamos explicaciones plausibles para los residuos de disparo, la media hora de tiempo que no concuerda y el hecho de que solo hubiera huellas suyas sobre la nieve.

—Si esto llega a los tribunales, perderemos —dijo Poe.

—Estoy de acuerdo. Y aunque ganemos, perdemos.

Poe sonrió con ironía. Flynn había dicho lo mismo la noche anterior. El daño a la reputación de Doyle sería irreparable.

—Tenemos que hacer que se desestime el caso —dijo Poe—. Asegurarnos de que no llegue al juzgado.

—¿Cómo? —dijo Ania.

—Derribando su castillo de naipes.

El teléfono de Poe empezó a sonar. Era Flynn.

—Perdone —le dijo a Ania—. ¿Jefa?
—Te necesitamos en Londres, Poe.
—¿Qué pasa?
—No fue el vino.
—Voy para allá —contestó él.

23

Tiene que ser el vino —dijo Poe—. Tilly dice que la neurotoxina del pez globo tarda menos de quince minutos en actuar y Cummings estuvo más tiempo en la bañera.

—Lo han analizado varias veces —contestó Flynn—. No fue el vino.

Estaban en un centro de control y mando calefactado, aparcado al final de la calle donde vivía Cummings. El tamborileo de la lluvia sobre el techo le provocaba dolor de cabeza, pero al menos estaban secos. No había preguntado por qué no les dejaban entrar en el edificio, y la comisaria Alice Mathers, jefa de la investigación, le había dicho que los vecinos ya estaban quejándose de la presencia policial en la zona. Daba la impresión de que en aquella calle la gente tenía contactos. Así que Poe entendía su decisión de trasladar el centro de mando. Algunas batallas no valía la pena ganarlas, y menos librarlas.

—¿Han comprobado el resto de las cosas que había en el cuarto de baño? —preguntó Poe, dando sorbitos a una taza de té con el logo de la Policía Metropolitana.

Flynn asintió.

—¿Hasta el jabón?

—Era personalizado y muy caro, pero tampoco contenía nada raro. Se han analizado todos sus artículos de aseo.

—¿La cuchilla de afeitar? Puede que se cortara, y que le entrara la toxina en la sangre por ahí.

—Parece poco probable, Poe. Este tío advirtió a Cummings de que le iba a envenenar: dudo que lo hiciera con un corte durante el afeitado.

Poe suspiró.

—Ya, ya lo sé.

—Aun así, la hemos analizado —dijo Flynn.

—¿Y?

—Estaba limpia. Todo el baño estaba limpio. Todo lo que había en el piso estaba limpio. Te daré una copia del inventario, pero no vas a encontrar nada.

Poe pensó en lo que eso significaba y llegó a la conclusión de que solo quedaba una posibilidad, y era difícil de digerir.

—Entonces alguien del comando de protección que había en su casa debió de colárselo —dijo —. Es la única opción que queda.

—Pensé que llegarías a esa conclusión.

—¿Tú has llegado a la misma?

Flynn asintió.

—¿Cómo los eligieron para esta misión? —preguntó Poe—. ¿Alguno era voluntario?

—Creemos que no. Parece que les fue asignada.

—¿Por quién?

—Alguien a quien ya estamos investigando —dijo Flynn—. Le he pedido a Tilly que saque perfiles de cualquiera que tuviera contacto con Harrison Cummings, en calidad de cualquier cosa.

—¿Dónde está?

—Donde siempre, tratando de encontrar una señal de wifi.

—¿Y han encontrado algo en la autopsia de Cummings?

—Lo único que tenía en el estómago era vino, y el informe de toxicología ha confirmado que lo que lo mató fue la tetrodotoxina presente en el hígado del pez globo.

—¿Tenemos el informe de la autopsia de Kane Hunt?

—Sí —contestó ella—. Lo mismo. Aparte de la hioscina, no había nada extraordinario en su organismo. Ni siquiera sildenafil.

—¿Y eso qué es?

—Viagra. Hunt sufría disfunción eréctil desde los veinte años. Morgan Soames lo sacó a relucir durante la entrevista.

—No me extraña que odiara a las mujeres.

—¿Qué vamos a hacer si no es alguien del operativo de seguridad? —preguntó Flynn—. ¿Cómo se coge a alguien que es capaz de atravesar las paredes?

—¿Por qué cogerlo? De hecho, yo le sugeriría algún nombre que otro…

—¡Ese es exactamente el tipo de comentario que no quiero oír! —soltó una voz a su espalda.

Poe se volvió. Una mujer bajita y fornida estaba en la puerta del camión. Llevaba un traje barato e iba sin maquillar. La identificación que colgaba de su cuello decía que tenía acceso nivel B, fuera lo que fuese eso. Lo fulminó con la mirada.

—Me llamo Catherine Wilson y soy consejera especial de la Oficina de Comercio e Inversión.

—Ah —dijo Poe—. Una *conejera especial*.

—¿Perdone?

—No sé si la he entendido bien

—He dicho *consejera* especial.

—¿En qué podemos ayudarla, *conejera*? —dijo Poe.

—Ya basta, Poe —interrumpió Flynn—. Soy la inspectora jefe Flynn y este es el sargento Poe, señora. De la Sección de Análisis de Delitos Graves. ¿En qué podemos ayudarla?

—Pueden empezar diciéndome cómo es posible que hayan asesinado a un miembro del

gobierno, a pesar de que había sido amenazado y estaba siendo vigilado por un equipo de seguridad supuestamente competente.

—Estoy en ello —dijo Poe.

—A mí me da la impresión de que solo está bebiendo té y haciendo chascarrillos.

—Es un comienzo…

—¿Han registrado ya su despacho en Westminster? —preguntó Flynn, lanzando una mirada de advertencia a Poe.

—Sí —contestó Wilson, dando la espalda a Poe deliberadamente—. Una botella de whisky, un par de revistas pornográficas y un cargador de móvil. El resto era material oficial, no personal.

—¿Pueden asegurarse de que nadie más lo toque hasta que lo recoja la policía?

—No se preocupe. El despacho ya está precintado. Cuéntenme lo que tienen por ahora.

Flynn se lo explicó. No tardó mucho.

—Creía que la gente de la SCAS era experta.

—Investigamos asesinatos que otros no pueden resolver —contestó Flynn—. Según usted, no hemos llegado a ninguna parte: para mí, ya hemos descartado varias posibilidades. Le guste o no, eso ya es un avance. Coger a alguien tan sigiloso y tan precavido va a tomar su tiempo. Tal vez semanas, o incluso meses…

La puerta se abrió bruscamente y Bradshaw entró con paso decidido en el camión de mando.

—Inspectora Flynn, no se va a creer lo que la Gente Topo acaba de… Ah, hola, Poe. No sabía que habías vuelto. ¿Cómo está Estelle Doyle? ¿Qué tal la comida en la comisaría? ¿Había menú vegano?

—Tilly —dijo Flynn—. Céntrate.

—¿Qué? Ah, sí. Creo que hemos encontrado a alguien.

24

Quién demonios es Brian Price? —preguntó Flynn.

Wilson, la consejera especial, desbloqueó su iPad y abrió una carpeta. Giró la pantalla para que pudieran verla. Era un documento de verificación.

—Agente Brian Price —dijo—. Lleva diez años con el comando de protección, adjunto a la Unidad de Protección Parlamentaria y Diplomática desde hace tres. Acreditado y autorizado para llevar armas de fuego durante operaciones. Antes de eso estaba en la Policía Metropolitana. Tiene la máxima autorización que puede tener un oficial de policía. Como en cualquier misión de este tipo, se pidió a los integrantes del grupo que revelaran cualquier conflicto de intereses antes de confirmar la selección.

Flynn abrió su carpeta para comprobar algo.

—El registro de turnos dice que Brian Price no estaba de guardia cuando Cummings murió —dijo—. Le faltaban tres horas para entrar y, como eran turnos de doce horas, llevaba nueve fuera de servicio.

—Hay que hablar con el director del turno —dijo Poe—. A ver si hubo algún cambio que no quedara reflejado en el registro.

Flynn asintió y empezó a escribir un mensaje en el móvil. Poe oyó cómo lo enviaba.

—Tilly, ¿qué es lo que ha encontrado la Gente Topo? —preguntó Poe—. ¿Se les pasó algo en el proceso de autorización?

—Nada, Poe —contestó Bradshaw—. Pero porque solo comprobaron las conexiones con Harrison Cummings. Nosotros, en cambio, también hemos comprobado las conexiones con Kane Hunt.

Poe miró fijamente a Wilson.

—¡Venga, hombre! —dijo ella gruñendo—. El operativo de protección se montó en dos días. No esperará que pensáramos en todo.

—¿Por qué no? —preguntó Poe—. Tilly lo hizo, y lleva mucho menos tiempo que ustedes con este tema.

—¡Es usted insufrible, Poe! En cuanto acabe todo esto, usted y yo vamos a tener unas palabras…

—Se han equivocado, Poe —afirmó Flynn interrumpiendo a Wilson a media frase—. No lo empeoremos. ¿Qué conexión hay entre Brian Price y Kane Hunt, Tilly?

—Natasha Price, su hija —dijo—. Uno de los «guardaespaldas» de Hunt la acosó en internet después de que se negara a quedar con él en una plataforma de contactos. Tengo pantallazos impresos de sus conversaciones.

Les entregó una copia a todos. Poe leyó la suya.

> Ashley3782: Hola, soy Ash, un caballero que busca una relación larga, posiblemente amorosa. Te gustaría hablar?
> Natasha: No, gracias, Ash
> Ashley3782: Que te jodan! Entonces qué haces en esta página, puta frígida?

—Parece majo —dijo Poe—. Me pregunto si estará soltero.

—Ashley McCall estuvo tres semanas mandándole mensajes de este tipo —explicó Bradshaw.

—¿Amenazas?

—Básicamente insultos, pero muchos. Al final, ella lo denunció al administrador y le bloquearon en la página.

—Pero la cosa no acabó ahí, ¿verdad?

Bradshaw negó con la cabeza.

—La página no usaba una técnica de cifrado simétrico de bloques 128 bits…

—¿Eso qué es? —interrumpió Wilson.

—Es mejor no hacer ese tipo de preguntas —dijo Poe—. Cuéntanos qué pasó, Tilly.

—La página tenía una seguridad tan laxa que, antes de que lo bloquearan, el tipo consiguió identificar a la chica en otras plataformas. Y empezó a acosarla también a través de ellas. Resulta que los dos eran de Wigan. Es una ciudad situada en el noroeste de Inglaterra, Poe.

—Sé dónde está Wigan, Tilly.

—Cuando ella descubrió que vivía cerca, lo denunció a la policía.

—¿Y fue entonces cuando se enteró su padre?

—Sí, Poe.

—¿Rompió alguna ley de protección de datos para investigarlo?

—No.

—Entonces ¿qué hizo?

—Nada que hayamos visto.

—¿Qué probabilidades hay de que alguien del servicio de protección de Harrison Cummings también estuviera conectado personalmente con Kane Hunt?

—Muchas, Poe.

—¿Cuántas?

—Las suficientes para que sea una coincidencia sorprendente.

Poe miró a Flynn.

—¿Jefa?

Flynn se quedó en silencio, pero no por mucho tiempo.

—Diré que vayan a buscarlo —dijo.

Salió a hacer una llamada y volvió a los dos minutos.

—Price no se ha presentado en su turno y tiene el teléfono desconectado —les informó—. Un sargento del Grupo de Apoyo Territorial está de camino. Tienen instrucciones de encontrarlo.

Poe gruñó. El Grupo de Apoyo Territorial, la unidad que sustituyó al polémico Grupo Especial de Patrulla, se hacía cargo de todos los trabajos desagradables. Pero eran buenos. Tipos duros, y tipas aún más duras. Tenían que serlo: su labor principal era mantener a raya el desorden público, desde peleas en bares hasta disturbios a gran escala.

Una vez Flynn hubo dado instrucciones al sargento del Grupo de Apoyo Territorial, regresó al camión de control. Llevaba dos tazas de café y un dónut. Le dio una de las tazas a Poe y mordió el dónut. Un chorro de mermelada de frambuesa salió disparado sobre el dorso de su mano. Se lo lamió.

—Píllate uno —le dijo a Poe cuando vio que la estaba mirando.

La consejera Wilson entró en el camión.

—Venía a darles las gracias —les dijo.

—Aún no lo hemos cogido —dijo Poe.

—Pero lo harán. Hay más de treinta mil agentes en la Policía Metropolitana y todos están buscando a Brian Price. Es cuestión de tiempo.

—Es nuestro trabajo —dijo Flynn.

—Voy a volver a la oficina, pero aquí tiene mi tarjeta por si necesitan ponerse en contacto conmigo. —Le dio una tarjeta con el ribete dorado a Flynn y se marchó.

—Creía que el caso se nos iba a complicar, Poe —dijo Flynn—. Es agradable zanjarlo rápido por una vez.

Poe dio un sorbo a su café sin decir nada.

25

Bradshaw se había ido a supervisar el examen forense que la policía científica había hecho de los ordenadores de Price. Poe no esperaba que ella encontrara un mapa detallado de cómo lo había hecho, pero Price era policía, no científico. Habría tenido que investigar un poco.

—¿Qué vas a hacer ahora? —le preguntó Flynn.

—Supongo que echaré un vistazo a la casa de Cummings.

—El equipo de registro fue bastante exhaustivo. ¿Qué es lo que estamos buscando?

—Cualquier cosa que se les pueda haber pasado por alto.

—¿Por dónde quieres empezar?

—Por el cuarto de baño.

Flynn se puso unos guantes de goma.

—Pues vamos —dijo.

El coordinador de la escena del crimen no había hecho justicia al describir el baño de Cummings. Era todavía más ostentoso de lo que imaginaba Poe, una mezcla de estilos e ideas completamente dispares. Como si varios diseñadores romanos, griegos y españoles hubieran cubierto las paredes de pegamento y a continuación hubieran escupido grifos, tapones y espejos para que se pegaran.

Poe empezó comprobando el armario de las medicinas. Estaba vacío. La científica se lo había llevado todo. La estantería bajo el tocador también estaba vacía.

—¿Tienes una lista de lo que había en el armario?

Flynn la leyó en su móvil.

—Pasta de dientes de recambio. Hilo dental. Jabones. Champú. Aspirinas y antiácidos. Cremas fungicidas. Una caja de pastillas. Y un par de cosas más. La mierda habitual.

—¿Qué tipo de pastillas?

—Estatinas —dijo Flynn—. Había antecedentes de enfermedades cardiovasculares en su familia.

—¿Las han analizado?

—Sí. Están limpias. En cuanto recibió la amenaza de muerte, tiró las que tenía y mandó a uno de sus seguratas a por más con una receta nueva.

—Pero él no fue a buscarlas, ¿no?

—No, las recogió otro.

—¿Y las velas? Es posible que hubiera algo en la cera o en la mecha… La vela se apaga y puf… un diputado muerto.

—Tilly dice que es imposible, pero la policía científica también se las ha llevado.

—Entonces solo nos queda esta monstruosidad.

La bañera a ras de suelo era más grande que la habitación de Poe, pero estaba rodeada de tantos jarrones, velas y porquería que parecía más estrecha de lo que en realidad era. Presidía el cuarto de baño y resultaba evidente que era más que un sitio donde hundirse al final de un largo día.

—¿Se ha recogido y analizado el agua en la que murió?

—Sí, y también el champú y ese jabón tan caro —contestó Flynn—. Se llevaron hasta la bata y las toallas.

Poe, que nunca había pagado más de media libra por una pastilla de jabón, preguntó:

—¿Cuando dices «tan caro» a qué te refieres exactamente?

—Por lo menos cien libras.

— Y yo que creía que no podía caerme peor…

—Espantoso, ¿verdad? —dijo Flynn—. Lo más amable que se puede decir de este tipo es que no se negaba ningún capricho. Era un hedonista total.

—¿Puedo meterme?

—¿Dónde? ¿En la bañera?

—Sí.

—Pero si no estás sucio.

—Ja, ja —dijo Poe.

—No, en serio: ¿por qué quieres meterte ahí dentro?

—Si el veneno no estaba en el jabón ni en el champú ni en el agua ni en el vino, y si actúa tan rápido como dice Tilly, es posible que le metieran algo afilado en la bañera. Algo con lo que pudiera cortarse.

—El forense no encontró nada en su cuerpo.

—El forense no era Estelle Doyle —dijo Poe—. Puede que se le pasara algo. Puede que la herida no fuera más que un rasguño y la sangre se le quitara con el agua de la bañera.

—Y supongo que Price pudo dejarlo todo preparado durante su turno, sabiendo que él estaría lejos de aquí cuando Cummings se diera el baño.

—Exacto.

—Pues métete —dijo Flynn—. Pero, Poe…

—¿Qué?

—Con la ropa puesta.

26

Qué opinas?

Poe estaba tumbado en la bañera, en la misma postura en la que habían encontrado el cadáver de Harrison Cummings, con la cabeza apoyada en el borde y los pies debajo de los grifos dorados.

—Todavía no lo sé —contestó—. Intento pensar en qué haría Cummings mientras estaba aquí dentro. Se trajo una botella de vino, así que está claro que pensaba estarse un rato. ¿Qué más haces cuando estás en una bañera?

—Leer. Escuchar música.

—¿Algo más?

—No vas a hacerte una paja, si eso es lo que estás pensando. No conmigo delante.

Poe no contestó.

—¿Qué? —dijo Flynn.

—Tenía una botella de vino.

—Sí, ya lo has dicho.

—No, no lo entien… Mira, yo no bebo vino, pero ¿cuánto tardas en beberte…, no sé…, dos copas?

Flynn se encogió de hombros.

—Un vino tan caro como este debe saborearse —contestó—. No te lo bebes como un cartón barato de vino peleón.

—¿Cuánto?

—No sé, ¿un cuarto de hora por copa?

—O sea, que estuvo aquí al menos media hora.

—Probablemente más, Poe, pero no podemos saber a qué hora se metió. En cuanto sus seguratas comprobaron que el piso estaba vacío, salieron y lo dejaron solo.

—Eso no es lo que me preocupa —dijo él—. Es el hecho de que estuviera un rato en la bañera lo que me parece interesante.

—¿Por qué?

—¿Qué pasa cuando te quedas en la bañera más de veinte minutos?

—Te arrugas.

—¿Y qué le pasa al agua?

—Que se van las burbujas.

—¿Y?

—Que se enfría.

—¿Estás segura? ¿Cuántas veces te has quedado en una bañera con el agua fría? En cuanto el agua se enfría, añades más agua caliente.

—Vale —dijo Flynn—. A no ser que no quede agua caliente en el termo.

—¿Y cómo se calienta el agua de la bañera?

—Echando más agua caliente, claro.

—Hazlo. Con cuidado.

Flynn frunció el ceño, pero se inclinó para abrir el grifo del agua caliente.

—Espera —indicó Poe—. Recuerda que ya estás dentro de la bañera.

Su rostro se iluminó de pronto.

—Abriría el grifo con el pie —señaló ella.

—Exacto. Metería el pie debajo del grifo y empujaría la llave hacia arriba. Por eso la mayoría se ponen grifos de palanca, no de rosca.

Se incorporó.

—Cuidado, Poe —dijo Flynn.

Poe se arrodilló y pasó la mano suavemente por debajo de la palanca del agua caliente, de un extremo al otro, en busca de un objeto afilado o irregular. Algo que pudiera cortarle la piel.

Notó algo con el dedo índice.

Se dio la vuelta para ponerse boca arriba, con la cabeza bajo los grifos. No veía nada, pero lo había palpado, estaba seguro de ello. Era algo pequeño y afilado. Tal vez una viruta, un trozo de metal que hubiera quedado de la instalación. Afilado como una cuchilla y prácticamente imposible de ver. Pero, si el asesino sabía que estaba allí y que Cummings se daba baños largos, también sabría que en algún momento echaría más agua caliente y que levantaría la palanca con el pie, con la parte que hay entre los dedos. Y la piel en esa zona es muy fina. Si sabía que la viruta estaba ahí, podía tenderle una trampa.

—Necesitamos que venga la científica y un fontanero —dijo.

—Que lo analicen… —Flynn estiró el cuello—. ¿Qué demonios está pasando ahí fuera?

—¡No puede pasar! —chilló una voz.

—¡Ya lo creo que voy a pasar! Me llamo Matilda Bradshaw. Tengo información importante para la inspectora Stephanie Flynn y el sargento Washington Poe. Muchas gracias.

—Como quiera —contestó el otro.

—Déjela pasar —ordenó Flynn alzando la voz.

Unos segundos después, Bradshaw entró en el cuarto de baño.

—No va a creer lo que acaba de suceder, inspectora Flynn —dijo—. Alguien acaba de… Pero ¿qué haces, Poe? Creía que preferías la ducha.

—No me estoy dando un baño, boba. Tengo la ropa puesta y la jefa está aquí al lado.
—Entonces ¿qué…?
—¿Qué ha ocurrido, Tilly? —preguntó Flynn.
—El envenenador —contestó—. Acaba de llamar.

27

La comisaria Mathers los llevó hasta la comisaría más cercana que contaba con una unidad de delitos cibernéticos y digitales. Un hombre que llevaba vaqueros y una camiseta de Iron Maiden los estaba esperando.

—La llamada entró en la línea de atención al ciudadano hace hora y media —informó Mathers —. En total, la conversación duró poco menos de once minutos. En cuanto nuestro agente empezó a sospechar que la persona al teléfono tenía información que habíamos estado ocultando a la prensa, se lo comunicó al sargento. Se ha enviado una copia de la llamada a soporte técnico para que la analicen. Ya tenemos varias versiones de ella.

—¿Es Price? —dijo Poe.

—Yo no lo conozco, pero estamos esperando a alguien que sí. No tardará en llegar.

—¿Podemos oír la versión original primero? —quiso saber Flynn.

El hombre de la camiseta de Iron Maiden apretó un botón y la voz del asesino inundó la habitación…

—¿Es la línea de información sobre el hombre que mató a ese político?

—Al habla el agente Matt Griffiths. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Puede que yo sea el hombre al que están buscando.

—¿Qué le hace decir eso, caballero?

—Yo maté a Kane Hunt con hioscina extraída de una mandrágora y a Harrison Cummings con tetrodotoxina de un pez globo. Envié a los dos un poema con una flor prensada.

—Todo esto ha salido en los medios de comunicación, caballero, y debo advertirle que esta conversación está siendo grabada. Malgastar el tiempo de la policía es un deli…

—Y en el dorso de cada sobre hice un dibujo de la planta.

—Un momento, por favor.

A continuación se oía un grito ahogado mientras Griffiths realizaba varias comprobaciones.

—¿No le habían dicho a ese agente lo que se ha ocultado a la prensa? —preguntó Poe.

—Ese círculo es muy reducido —dijo Mathers—. El jefe de la línea de atención al ciudadano sí estaba al corriente, pero solo él.

—Disculpe, caballero, tenía que confirmar una serie de detalles con el supervisor de la línea. ¿Me dice su nombre, por favor?

—Esta mañana, uno de los diarios me ha llamado el Botánico. Por ahora valdrá con eso.

—Yo me llamo Matt. ¿Le va bien hablar ahora?

—No tengo ninguna prisa.

—Bien.

—Pero debo advertirle que estoy hablando por un teléfono sin registrar y desde un sitio donde no hay cámaras de videovigilancia.

—Gracias por la información, caballero, pero no estamos rastreando la llamada.

—¿La estaban rastreando? —preguntó Poe.

—Claro —contestó Mathers—. Pero iba en serio: su número no estaba registrado y cuando lo geolocalizamos con antenas de telefonía, se encontraba en medio del campo, en Gales.

—Dudo que viva allí. Probablemente se desplazara hasta esa zona para ganar tiempo.

—Sí.

—¿Me permite que le pregunte por qué hace esto, caballero? —dijo Griffiths.

—¿Por qué? ¿No le parece evidente? —contestó el Botánico—. Un hombre con una disfunción sexual, que tiene tanto miedo de las mujeres que rezuma odio en cada cosa que hace. Un político tan corrupto que su propia hija reniega de él. ¿Y me pregunta por qué tenían que morir?

—Lo que le estoy preguntando es por qué cree tener la autoridad para actuar como juez, jurado y ejecutor, caballero.

La pausa duró unos instantes. Cuando el Botánico volvió a hablar, su tono era menos comedido.

—¿Sabe que ahora hay más narcisistas en el mundo que antes, agente Griffiths? —dijo—. Jamás se había visto a tanta gente sin empatía. Antes confiábamos en los jóvenes para que se rebelaran por nosotros, pero ahora son tan egocéntricos que ni siquiera les molesta la autoridad. ¿Y se ha visto alguna vez una generación tan aburrida como los *millennials*? La generación

hípster, con sus cafés *flat white*, sus palos de selfi y su interminable búsqueda de algo por lo que sentirse ofendidos. ¿Y me pregunta por qué empieza a aparecer gente como yo?

La diatriba del Botánico duraba cinco minutos más. Un lunático incoherente, pensó Poe. En cuanto terminaran, pediría a Bradshaw que lo analizara. Tal vez ella podría sacar algo útil. Empezar a construir un perfil.

—Tiene opiniones bastante radicales, caballero —dijo Griffiths después de que el Botánico terminara de hablar.

—Este tipo de opiniones son necesarias, agente. El mal no es lo único que florece cuando los hombres buenos no hacen nada: también prospera la frivolidad. La gente como yo intenta recordarnos todo lo que hemos perdido.

—Es un tema muy serio, caballero, y ahora mismo no podemos hacerle justicia. Tengo que preguntarle si estaría dispuesto a venir a una comisaría de policía para hablar con alguien.

—Tiene gracia que me lo pregunte —contestó el Botánico—. Efectivamente hay alguien con quien estaría dispuesto a hablar. ¿Me haría un favor, agente Griffiths?

—Si puedo, claro.

—Me gustaría que se pusiera en contacto con alguien de mi parte.

—¿Con quién?

—Con un hombre llamado Henning Stahl —dijo el Botánico—. Es un periodista retirado. Está bastante mal visto ahora mismo, pero no le costará encontrarlo.

—¿Y hablará con el señor Stahl?

—Sí.

—¿Cuándo? —preguntó Griffiths.

—En cuanto mate a una persona.

28

Quién demonios es Henning Stahl? —preguntó Poe.

—Un periodista desacreditado —contestó Bradshaw. Estaba leyendo algo en su tableta—. Estuvo implicado en el escándalo del hackeo telefónico de 2005. Se convirtió en el malo de la noticia. Él fue quien reveló que el hijo del actor Dominic Denly tenía leucemia.

—¿Fue él? —dijo Poe.

—Sí, Poe. Había estado escuchando sus mensajes de voz.

—¿Y dónde está ahora mismo?

—Según este artículo, desapareció.

—¿Se fue al extranjero?

—En su pasaporte no figura que saliera de las fronteras del país.

—Entonces está escondido.

—Es más probable que mantenga un perfil bajo.

—¿Alguna sugerencia de por dónde empezar a buscarlo?

—En este país es imposible vivir completamente desconectado: estará en alguna base de datos. Le encontraré, Poe.

—¿Y por qué quiere hablar con él precisamente este capullo del Botánico? —preguntó Flynn —. Dices que fue la cara pública del escándalo del hackeo, pero a mí no me suena de nada. Desde luego no tiene el perfil de Kane Hunt o de Harrison Cummings.

—Puede que simplemente quiera hablar con alguien.

—¿Por qué?

—Habrá que esperar a ver —dijo Poe.

Poe quería ir a recogerlo personalmente. La elección de Stahl parecía tan aleatoria que tenía que haber alguna conexión. Necesitaban saber cuál era.

—¿Era periodista de investigación, Tilly? —preguntó.

—Sí, Poe —contestó Bradshaw—. Y bastante bueno, hasta que se hizo malo.

—¿Puedes sacarme una lista de los temas sobre los que escribió? Quizá la respuesta esté ahí.

—Ya se lo he pedido a la Gente Topo, Poe —dijo Bradshaw. —Mañana tendrán algo.

—Bien. ¿Alguna idea de quién puede ser la siguiente víctima?

—No hay ningún candidato por ahora —confirmó Flynn—. La comisaria Mathers se está planteando dar una rueda de prensa. Quiere advertir a la ciudadanía.

Poe soltó un gruñido.

—¿No te parece buena idea? —dijo Flynn.

—Cummings tenía el mejor comando de protección del mundo y aun así está muerto.

—Sí, pero el truco del grifo envenenado solo lo puede usar una vez. No es algo que le sea posible replicar.

—¿Cuándo tendremos los resultados de eso?

—Lo envié con carácter urgente, supongo que llegarán en cualquier momento.

—¿Sabemos algo de la búsqueda de Price?

—Solo que no está donde suele estar. Apoyo Territorial sigue en ello.

—¿Y qué hay del tío que lo conoce? Nos vendría bien que alguien reconociera la voz de Price en esa llamada.

Flynn se encogió de hombros.

—Lo único que me han dicho es que viene de camino.

—En la conversación que ha mantenido con el agente Griffiths de repente se ha salido un poco del guion, ¿no crees? —dijo Poe—. Se le fue un poco la olla.

—¿A quién? —preguntó Flynn—. ¿Al Botánico ese? Un poquito.

—No, para nada —respondió Bradshaw.

—¿No? ¿Cómo que no? —dijo Poe—. De repente se le fue la pinza. A ver, está claro que no le caen bien los *millennials*, pero hasta a mí me ha parecido que se pasaba un poco con ellos.

—Poe, en esa conversación ha habido dos fases claramente distintas. La primera fue cuando contestó a las preguntas del agente Griffiths. Eso no estaba ensayado porque no sabía lo que le iban a preguntar. La segunda es cuando tú dices que «se le fue la olla». Yo creo que sabía perfectamente lo que hacía. Puede que sonara desestructurado y espontáneo, pero me sorprendería que no lo estuviera leyendo directamente de un guion.

—¿Cómo lo sabes?

—He reducido el sonido ambiente y luego he escuchado su patrón discursivo. En la primera parte era fluido, pero, cuando se pone a gritar, hay pausas regulares. Apenas se nota, pero tengo un programa que las detecta.

—¿Las pausas?

—Pausas como las que se producen cuando lees directamente de una página. Cuando se tiene que pasar del final de una línea al comienzo de la siguiente, hay un pequeño retraso mientras el ojo va de derecha a izquierda.

—Pero ¿por qué iba a leerlo de un guion? —dijo Flynn.

Poe se quedó pensando durante un solo segundo.

—Para dar la sensación de que no sabía perfectamente lo que decía —dijo.

—Eso es preocupante.

—Mucho.

Alguien llamó a la puerta y todos se volvieron. Un hombre alto y de ojos vivaces entró en la habitación. Iba vestido de calle, pero estaba claro que era policía. Los policías parecen policías aunque vayan vestidos de oso en una fiesta de disfraces.

—Ah, ¿es usted quien nos va a confirmar si era Brian Price quien llamó a la línea de atención al ciudadano? —preguntó Flynn.

—No, señora —contestó—. Yo *soy* Brian Price. He oído que me están buscando.

29

¡Quieto ahí! —le ordenó Poe—. No toque nada ni se meta las manos en los bolsillos.

Brian Price se quedó inmóvil.

—¿Cómo demonios ha entrado aquí? —preguntó Flynn.

—Por la puerta de personal, como siempre —contestó. Tenía acento de Birmingham—. Mi turno empieza dentro de poco. Me han dicho que me estaban buscando.

—¡Comisaria Mathers! —gritó Poe—. ¡Venga un momentito, por favor!

Mathers tardó unos segundos en llegar a la sala de informática de la unidad de ciberdelincuencia.

—¿Qué pasa? —dijo—. Estaba buscando… ¿ese es…?

—Sí —dijo Poe—. ¿Le pone los grilletes, por favor? Me he dejado los míos en casa.

Apenas llevaban dos minutos interrogándole, y Poe ya sabía que Price no era su hombre. Para empezar, tenía un acento distinto. El tipo que llamó a la línea de atención al ciudadano sonaba monótono y carecía de acento, era fácil de olvidar. Price tenía un claro acento de Birmingham. Cuando dijo su nombre para que constara en la grabación, su apellido sonó *Prois*. Su actitud tampoco encajaba. Poe había interrogado a más asesinos en serie de lo que permite la decencia y aunque sabía que evolucionaban y mutaban, todos tenían dos cosas en común: la compulsión de matar y el orgullo que sentían por lo que habían hecho.

Price era educado, atento y nervioso. Estaba claro que había hecho algo malo, pero Poe dudaba que hubiera matado a nadie.

—¿Dónde ha estado, agente Price? —preguntó Poe.

—¿Por?

—Ya sabe cómo va esto. Yo hago las preguntas, usted las contesta, y nos vamos a casa a comer salchichas con mostaza.

—He ido a ver a mi hija.

—Vive en Wigan, ¿no?

Price frunció el ceño.

—¿Cómo lo sabe?

Poe no contestó.

—¿Por qué sabe dónde vive mi hija, sargento?

—La hemos llamado, agente. Dice que no le ha visto. Y, ahora que la policía se ha presentado en su casa, está preocupada. Cuanto antes me conteste, antes podrá llamarla para decirle que está bien.

—Fui a verla, pero no estaba.

—Eso explicaría parte del tiempo que ha estado desaparecido, pero no todo. Se lo vuelvo a preguntar: ¿dónde ha estado?

—Como no me digan lo que ha pasado, no pienso decir una palabra más hasta que venga mi representante sindical.

Poe suspiró. Cayó en la cuenta de que estaba sentado delante de un policía, y pensó que merecía un poco de respeto.

—El señor Cummings está muerto —dijo.

—Lo sé. Pero no murió durante mi turno.

«Irrelevante», pensó Poe. Pudieron envenenar el grifo en cualquier momento.

—¿Conoce a un hombre llamado Kane Hunt? Al parecer salió en televisión.

Price se puso tenso. Sus ojos se entornaron y apretó los labios.

—Lo tomaré como un sí —dijo Poe.

—Sé quién es. Pero no lo conozco.

Poe cogió la carpeta fina que había encima de la mesa. Fingió leer algo en su interior.

—¿Le sorprende si le digo que es usted la única persona que hemos identificado con vínculos confirmados con ambas víctimas? Le asignaron al operativo de protección de Cummings y su hija fue acosada en las redes por uno de los hombres de Kane Hunt.

—¿Qué me quiere decir con eso?

—Lo que quiero decir, agente, es que ahora mismo no tenemos más sospechosos de este…

Lo interrumpieron unos golpes rápidos en la puerta. Flynn entró, le entregó un trozo de papel y tomó asiento a su lado. Poe lo leyó en un segundo y miró a la inspectora, que asintió.

—Parece que nos hemos equivocado de hombre, agente Price. Una compañera ha comparado su voz con la del asesino y dice que no encajan.

—¿Puedo irme ya?

—Me temo que no —contestó el sargento—. Porque en este papel hay algo más. Un mensaje de la policía de Lancashire. Al parecer anoche le dieron una paliza a Ashley McCall, el capullo que acosaba a su hija. Tiene los dos brazos y todos los dedos rotos. El bazo destrozado y no volverá a tener la mandíbula recta.

Price no contestó.

—Varios inspectores de Lancashire vienen de camino para hablar con usted —dijo Poe—. Hasta entonces queda bajo custodia. ¿Puedo hacerle una sugerencia?

—Por favor.

—Siga su propio consejo: no diga nada a nadie hasta que hable con su representante sindical.

Price asintió e hizo como si se cerrara la boca con cremallera.

Una vez se lo hubieron llevado de la sala de declaraciones, Poe dijo:

—Supongo que eso es lo que pasa cuando te metes con la hija de la persona equivocada. ¿En Lancashire creen que fue él?

—Sí. Pero dudo que puedan demostrarlo.

Poe sintió una extraña sensación de alivio.

—Pues volvemos a la casilla de salida —dijo—. No tenemos ni idea de quién está haciendo esto.

—Esa no es la única mala noticia —intervino Flynn—. Ya están los resultados del grifo de la bañera de Cummings.

—¿Y?

—Negativo.

—¿Bromeas? Estaba convencido de que había algo.

—Ni rastro. Sea lo que sea lo que envenenó a Cummings, no fue un grifo manipulado.

—¿Por qué tengo la sensación de que estoy en una novela de John Dickson Carr? —dijo Poe.

—¿De quién?

—Un novelista americano. Podría decirse que es el mejor escritor de crímenes imposibles que ha habido. Tenemos un asesino en Londres que advierte a sus víctimas, pero aun así acaba matándolas, y en el norte, alguien mata al padre de Estelle Doyle y huye de la escena del crimen sin pisar un puto copo de nieve.

—No son todo malas noticias —informó Flynn—. Tilly ha encontrado una antigua dirección de Henning Stahl. Venga, vamos a hacer de detectives un rato.

30

Cómo ha encontrado su dirección Tilly? —preguntó Poe. —¿Cómo hace todas estas cosas? —contestó Flynn—. No he querido preguntárselo delante de la comisaria Mathers, por si tenía que detenerla.

Poe soltó una risilla. Cuando se trataba de internet, lo que otros llamaban un derecho total a la intimidad, para Bradshaw era una zona gris. Ella aprovechaba el vacío más pequeño en los consentimientos del usuario de una página web o cualquier grieta en la configuración de un perfil. Llegaba adonde quisiera sin dejar rastro. Si no fuera tan útil, habría muy pocos motivos para no meterla en la cárcel.

—¿Dónde estamos? —preguntó Poe.

—En Plaistow —dijo Flynn, aparcando en un sitio que acababa de quedar libre en la calle.

—No me suena.

—¿Por qué no me sorprende? Para ti, todo lo que sea la ciudad es una mierda.

A Poe no le gustaba Londres. Prefería vivir en un sitio donde se viera el horizonte, donde oscureciera al ponerse el sol. Como todas las grandes ciudades, Londres parecía centellear, parpadear y volverse de neón cuando anochecía.

—Lo cierto es que a la mayoría de los londinenses les cuesta ubicar Plaistow —prosiguió Flynn—, pero la verdad es que el barrio es muy chulo. Un poco tirado, pero dinámico y diverso. El hospital tiene en plantilla a intérpretes que hablan más de ciento treinta idiomas.

Poe bajó del coche y se quedó mirándolo. Al instante le golpeó una oleada de aromas culinarios de todo el planeta. Eran casi las seis de la tarde y los garitos de comida rápida empezaban a abrir. Desde donde estaban, podía ver locales italianos y de curri bangladesí, un restaurante de pollo picante jamaicano, una barbacoa coreana, una tienda de alimentación rusa y dos restaurantes de comida china para llevar.

—Tengo hambre —dijo.

—Cenaremos algo después de comprobar la dirección.

—Y dado que Tilly no está aquí, ¿puede ser algo rico?

—Hay un restaurante vietnamita buenísimo aquí al lado. Iremos ahí.

—¿Dónde vive este payaso?

Flynn miró su móvil.

—Estamos en su calle —dijo—. Según Tilly, Henning Stahl vivía en un bajo.

—¿De alquiler?

—En Londres, todo el mundo vive de alquiler, Poe.

—O sea, que puede que ya no esté aquí.

—Es casi seguro que no esté aquí, pero al menos es un comienzo, y así salimos de comisaría.

El bajo que alquilaba Henning Stahl era muy típico del mercado inmobiliario desregulado. A Poe no le gustaba la burocracia, pero si hubiera tenido la potestad para hacerlo, habría intervenido y clausurado el bajo antes de entrar. Era oscuro, olía a humedad y tenía un charco de agua estancada delante de la puerta. Flynn se negó en redondo a bajar los escalones verdosos cubiertos de algas.

—Yo no bajo por ahí —dijo—. Me daré un culazo.

—¿Y si me caigo yo? —preguntó Poe.

—Tienes razón. Dame un segundo. —Sacó el teléfono del bolsillo de su chaqueta y le enfocó con él—. Grita si te haces daño en la espalda.

—Ja, ja —dijo, y continuación bajó los escalones con mucho cuidado. Lo último que quería era ser el protagonista de una toma falsa en la investigación de un asesinato.

Poe dio varios golpes en la puerta. La pintura se desconchó y cayó flotando sobre el agua del charco. No contestaba nadie, así que apoyó la oreja contra la madera podrida, consciente de que se exponía a una infección de oído. No oyó nada más que su propia respiración. Se acercó a la única ventana que daba a la calle. Tenía gruesos barrotes y estaba tan sucia que, aunque limpió parte de la mugre con su pañuelo, no podría ver lo que había dentro.

—Creo que son manchas de tabaco —dijo—. ¿Stahl fuma?

—¿Y yo qué coño sé? —contestó Flynn.

—Ya.

Volvió a subir al portal cautelosamente.

—O ha salido, o se le da bien estar en silencio o está muerto —dijo.

—No digas eso.

—Puede que lo esté, jefa. Es posible que toda esa mierda de «solo hablaré con él» sea la manera de llevarnos hasta su cadáver. La gente que muere en pisos bajos no es descubierta hasta que deja de pagar el alquiler o el gato acaba de comérselo.

—¿Qué podemos hacer? —dijo Flynn—. No es un sospechoso y, por lo que sabemos, tampoco ha incumplido ninguna ley. No podemos entrar así, sin más.

—Podría ser que me encontrase la puerta abierta… Y entrara a ver si estaba todo bien.

—¿Y está abierta?

—No —dijo Poe—. Pero dudo que cueste mucho abrirla. La madera de alrededor de las bisagras está podrida.

Flynn se quedó pensando.

—Vamos a cenar algo —dijo—. Luego volvemos. Si aún no está aquí, nos lo planteamos otra vez.

31

Flynn había pedido lubina al vapor con jengibre y limoncillo; Poe, *pho* de ternera, una sopa picante de fideos planos que le hizo tener que beber agua después de la primera cucharada.

—¿Algún candidato claro para convertirse en la tercera víctima? —dijo Poe. Al no tener televisión y mantener la radio permanentemente sintonizada con retransmisiones de críquet, la cultura popular para él era algo que les ocurría a los demás. No sabía a quién despellejaba la prensa rosa actual.

—¿Quieres decir que si hay algún otro capullo repugnante ahí fuera? —contestó Flynn—. ¿Cuánto tiempo tienes?

—¿Tantos?

—Odio decirlo, pero este cabrón ha dado de lleno en la mentalidad actual del país. La comisaria Mathers teme pasarse de lista con la prensa y desatar una oleada de agresiones de imitadores.

—¿En serio?

—Estamos en la era del populismo, Poe.

—¿Al final va a dar una rueda de prensa?

—Era lo que iba a hacer cuando creíamos que alguien había puesto la neurotoxina en el grifo del agua caliente de Cummings. Pero ahora que volvemos a la casilla de salida, el plan tendrá que esperar.

—¿Y si nadie sale a dar la cara?

—Supongo que lo tendrá que hacer ella. Pero, por ahora, los medios lo han cubierto bastante bien. En cuanto alguien reciba un poema y una flor prensada se pondrán en contacto con nosotros.

Poe no creía que fuera tan sencillo. Como había dicho muchas veces, el ser humano es muy raro. Imposible adivinar lo que puede hacer. Y aunque identificaran a una posible próxima víctima, ¿qué podrían hacer? Hunt había sido asesinado en directo en plena emisión televisiva y Cummings tenía protección policial.

—¿Tú qué crees que está pasando con lo de Estelle Doyle, Poe? —preguntó Flynn, cogiendo con destreza un trozo de pescado con sus palillos.

Poe dejó la cuchara. Se alegraba de que sacara el tema.

—Estoy convencido de que le han tendido una trampa —contestó—. Hay demasiadas pruebas contra ella, no sé si me explico…

Flynn asintió con gesto pensativo.

—Vale —dijo—. Tiraremos por ahí, de momento. Aplicaremos el principio de *cui bono*.

—¿Que quién se beneficiaría? —dijo Poe—. Estelle. Sus abogados pueden discutir el argumento del móvil con la fiscalía, su principal baza, pero aun así ella se beneficia materialmente. Menos de lo que creen, pero, si le dices a un jurado de clase obrera que Estelle iba a heredar una granja, puede que les convenzas de que tenía un móvil.

—¿No hay nadie más esperando entre bastidores?

—Es hija única.

—¿Quién se lo quedaría todo si ella fuera a la cárcel por asesinato?

—Se aplicaría la regla de incautación. Según su abogada, un asesino no puede heredar nada de su víctima. Ella cree que irá todo al Estado.

—¿Su padre también era hijo único?

—Eso parece. Y su mujer murió hace mucho.

—Entonces no le han tendido una trampa por el dinero de su padre.

—No.

—¿Alguna idea?

—La verdad, jefa, no paro de pensar en ello, y lo único que se me ocurre es que sea alguien que ha ido a la cárcel con la ayuda de Estelle. Quizá algún caso en el que fuera especialmente visible.

—¿Quieres decir que declarara como testigo pericial?

—Sí.

—¿Tú crees que es eso?

—No. Pero es lo único que se me ocurre.

Comió un poco más de *pho*, sorbiendo ruidosamente un fideo.

—¿Qué prueba es la que más te preocupa? —preguntó Flynn.

—La nieve. Puedo explicar los residuos de disparo, aunque parecerá un ardid, pero lo de la nieve no soy capaz de explicarlo.

—Es posible que el asesino estuviera esperando dentro de la casa…

—La registraron de arriba abajo. Y como lo que buscaban era el arma del crimen, lo hicieron a conciencia. El asesino no estaba en la casa.

—Pero, a juzgar por la nieve virgen, el asesino tampoco salió de la casa…

—¿Entiendes ahora que esté preocupado? —dijo él—. Sé que ahora mismo estamos a tope, pero ¿hay alguna posibilidad de que pueda volverme allí? Tengo que empezar a llamar a puertas.

Hablar con testigos. La policía de allí cree que ya lo tiene controlado, así que no están buscando más sospechosos.

—Yo me encargo de que tengas tiempo.

—Gracias. Porque si pudiera… —dejó la frase en el aire.

Flynn alzó la mirada del pescado.

—¿Qué pasa? —dijo.

—Enséñame otra vez la foto de Henning Stahl.

—¿Por qué?

—Porque creo que acaba de pasar por delante del restaurante.

32

Poe dejó a Flynn pagando la cuenta, ya que ella tenía una tarjeta de la Agencia Nacional del Crimen, cosa que jamás le habían confiado a él, y salió del restaurante. Henning Stahl iba cien metros por delante, avanzaba lentamente, ajeno a lo que ocurría detrás de él. Poe empezó a trotar y se puso a su altura cuando estaba llegando a su casa.

Stahl oyó sus pasos y se volvió, levantando una bolsa de plástico llena para protegerse el pecho.

—¡Fuera! —gruñó—. No te la voy a dar.

—Tranquilo, señor Stahl —dijo Poe mientras trataba de contener la mueca de asco por el aliento del hombre—. Soy policía—. Sacó la placa muy despacio y se la enseñó.

Stahl se acercó torpemente a mirarla entornando los ojos. Olía como si fuera un paño usado. Tenía los hombros encorvados y la cabellera pelirroja lacia y raleante. Se le podía ver con claridad el cuero cabelludo. Una barba de una semana le cubría el mentón y la garganta como si fuera un sarpullido. Era de piel muy blanca, más incluso que Bradshaw, y eso que ella eludía el sol como un vampiro escocés. Su rostro brillaba, como si tuviera fiebre. Poe miró la bolsa de plástico y no le sorprendió su contenido: llevaba ocho latas de cerveza y una botella de vodka barato.

—Trabajo para la Agencia Nacional del Crimen —continuó Poe—. Me gustaría hacerle unas preguntas.

—No tengo nada más que decir. Ya conté todo lo que sabía. Y ya he pagado por todo lo que hice. Solo quiero que me dejen en paz. Cometí un error, pero no fui el peor de ellos.

—No tengo ni idea de lo que me está hablando, señor Stahl.

—Cree que estamos aquí por las llamadas hackeadas, Poe —dijo Flynn, poniéndose a su altura.

—¿Y ella quién es? —dijo Stahl.

—Mi jefa, la inspectora jefa Stephanie Flynn —contestó Poe—. Y no hemos venido por las llamadas hackeadas; es por otra cosa.

— Ah…

—¿Ha oído hablar de un hombre que se hace llamar el Botánico?

Levantó la bolsa llena de alcohol.

—Soy alcohólico, pero no idiota —contestó—. Es el que está matando a toda esa gente repugnante. ¿Qué tiene que ver conmigo?

—Verá, señor Stahl —dijo Poe—, por algún motivo, lo ha elegido a usted como mediador.

Stahl entornó los ojos. Un destello de malicia apareció en su expresión.

—Ah, ¿sí?

—Y, claro, nosotros nos preguntamos cuál es ese motivo.

—Pues entonces será mejor que pasen.

—¿Es necesario? —dijo Flynn.

Poe tenía la esperanza de que el piso de Stahl fuera como una tetera manchada de grasa, sucia por fuera pero reluciente por dentro. Se equivocaba. Si acaso, el interior era peor que el exterior.

La alfombra descolorida estaba cubierta de latas de cerveza vacías, botellas de vodka y recipientes aparentemente de todos los restaurantes de comida para llevar de Plaistow. Una pila de cajas de pizza a punto de derrumbarse se alzaba como una estalagmita de cartón hacia el techo cubierto de manchas de tabaco. Y había cacas de roedor desperdigadas, como si a alguien se le hubiera caído un paquete de pasas.

Y aquel olor… Era a la vez empalagoso y acre. Aunque Poe también notaba un hedor a vómito, orina y heces, lo más potente era el tufo a alcohol rancio. Daba la sensación de que Stahl había tocado fondo, y luego había seguido bajando.

A Poe le empezaban a picar los ojos. Flynn se cubrió la boca y la nariz con un pañuelo de papel, sin esforzarse por ocultar el asco.

—Esta semana no viene la asistenta —dijo Stahl.

Se dejó caer en una butaca hundida y fue a coger uno de esos vasos de promoción que dan con los menús en las cadenas de hamburgueserías, con el logo de *Frozen* impreso sobre un muñeco de nieve y dos princesas. Lo volcó haciendo que cayera una colilla y sopló para quitar la ceniza. Luego desenroscó una botella de vodka nueva y llenó el vaso hasta el borde. Dio un trago largo, cerró los ojos un momento, y fue a coger la botella otra vez.

Poe se le adelantó.

—Cuando terminemos de hablar —dijo.

—Muy bien —murmuró Stahl, estirando el brazo hacia las latas de cerveza.

Flynn pisó las asas de la bolsa.

—Ha dicho que cuando terminemos de hablar.

—Cabrones —murmuró, rascándose vigorosamente. Abrió un paquete de cigarrillos y le dio unos golpecitos para sacar uno—. ¿Puedo fumar o tampoco me va a dejar la niñera?

Poe ignoró la broma y se quedó mirándolo. Estaba claro que el tipo era un alcohólico, llevaba

tiempo siéndolo, a juzgar por las venitas rotas de su nariz y las manchas rojas en su rostro. Y, viendo su tez amarillenta, y cuánto se rascaba, era evidente que tenía dañado el hígado.

Stahl intentó encenderse el cigarrillo sin éxito, porque las manos le temblaban demasiado. En circunstancias normales, Poe hubiera pensado que era por los nervios, pero en este caso lo achacaba al abuso continuado del alcohol.

—¿Lo ayudo? —dijo Poe mientras se agachaba para sujetar la mano en la que tenía un encendedor barato.

—Gracias —contestó Stahl con un gruñido, después de dar una calada larga—. Bueno, ¿qué puedo hacer por ustedes?

Poe sacó su teléfono y mandó un mensaje a Bradshaw. En cuanto contestó, la llamó. Lo cogió al primer tono.

—¿Lista? —dijo él.

—Sí, Poe.

Acercó el teléfono a Stahl.

—Señor Stahl, haga el favor de decir «estoy hablando por un teléfono sin registrar y desde un sitio donde no hay cámaras de videovigilancia» —le pidió Poe.

—Eh… ¿por qué?

Poe clavó sus ojos en él.

—De acuerdo —dijo Stahl—. «Estoy hablando por un teléfono sin registrar y desde un sitio donde no hay cámaras de videovigilancia». ¿Contento?

—¿Lo tienes, Tilly? —dijo Poe.

—Sí.

—¿Con eso basta?

—Dame unos minutos. Y no aceptéis nada que os ofrezca de comer hasta que os diga algo.

Poe se quedó mirando una cucaracha que correteaba hacia un trozo de pizza tirado.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Flynn.

—Que no comamos nada que nos ofrezca.

—Qué mona… —dijo.

33

Bradshaw volvió a llamar al cabo de diez minutos. Poe se asustó al oír el teléfono, también Flynn. Stahl tenía los ojos cerrados. Poe no sabían si estaba dormido o muerto.

—¿Todo bien, Tilly? —preguntó el sargento.

—He comparado la entonación, la fluidez, la pronunciación de vocales y consonantes aisladas, y estoy completamente segura de que Henning Stahl no es el hombre que llamó a la línea de atención al ciudadano sobre el Botánico.

—Vale, hablamos luego. —Poe colgó y se metió el teléfono en el bolsillo del abrigo—. Todo bien, jefa —dijo. Se agachó y zarandeó a Stahl. Este despertó asustado y al instante recuperó su vaso de vodka.

—Señor Stahl —dijo Flynn—, hace unas horas, un hombre que dice ser el Botánico llamó a la línea de atención al ciudadano de la policía diciendo que quería hablar con usted.

—Eso me ha dicho el sargento en la calle —contestó Stahl—. Pero no dijo por qué.

—Esperábamos que usted lo supiera.

Stahl señaló su salón.

—¿Creen que estoy muy al tanto de lo que pasa en el mundo?

—Le vamos a pedir que nos acompañe —dijo Flynn—. Ahora mismo, usted es la única pista que tenemos.

—Yo no voy a ninguna parte.

—¿Por qué? ¿Tiene algo que hacer?

—Tengo un plan.

—¿Cuál?

—Ver qué me mata primero: el cáncer de pulmón o la cirrosis. —Hizo una pausa y añadió—: ¿Cuánto tiempo me necesitan?

Poe no contestó.

—O sea, que mucho —continuó—. En ese caso tendremos que sentar unas reglas básicas.

—¿Cuáles? —dijo Flynn.

—Me ponen en un hotel de cinco estrellas con privilegios de minibar.

—Cuatro estrellas y sin ningún privilegio de minibar —dijo Flynn—. ¿Qué más?

—Pueden comprobarlo con mi médico de cabecera, pero, como habrán podido imaginar, tengo un leve problema con la bebida.

—Caray, ¿en serio?

—Y eso significa que, si no ingiero una determinada cantidad al día, entro en síndrome de abstinencia —dijo Stahl, ignorando el sarcasmo de Poe—. Quiero dinero para comprar vodka y una habitación donde bebérmelo.

Poe soltó una risa por la nariz.

—De acuerdo —dijo Flynn—. Lo consultaré con un médico del cuerpo y le conseguiré presupuesto para comprar una cantidad diaria de alcohol bajo indicación médica.

—¿En serio? —dijo Poe—. Oye, si mi médico me da una carta, ¿me puedes…?

—No. ¿Qué más quiere, señor Stahl?

—Acceso total y exclusivo a la investigación —contestó—. Quiero copias de todos los documentos disponibles y estar presente en cualquier interrogatorio.

—No —dijo Poe.

—¿No?

—Pues claro que no, capullo.

Stahl volvió a hundirse en la butaca.

—Pero —continuó Poe—, si está sobrio, seguramente oirá cosas que sus antiguos compañeros pagarían por saber. Y mientras no comprometa el curso de la investigación, puede que hasta le demos algo de información. Siempre y cuando nos sea útil.

—Es la mejor oferta que va a recibir en todo el año, señor Stahl —añadió Flynn—. Una oportunidad de volver a ser relevante. Y, tal vez, de dar un poco de descanso a su hígado.

—De acuerdo —dijo.

—¿Sí?

—Los ayudaré en lo que haga falta. Y cualquier cosa que me puedan decir de la investigación será muy apreciada.

Le tendió la mano a Poe. A regañadientes, este se la estrechó. Era como tocar carne cruda. Flynn hizo como si no lo hubiera visto.

—Vámonos —dijo—. Le reservaremos una habitación en el mismo hotel donde nos alojamos nosotros. Si no tiene nada limpio que llevarse, puedo conseguirle algo de ropa, si quiere.

—Gracias —contestó sonriendo. Tenía los dientes desconchados y descoloridos, como una bolsa de Smarties rotos.

—¿Tiene algún perro o gato del que debamos ocuparnos? —preguntó Poe.

Stahl le dio otro trago al vodka. Un tercio de la botella.

—El gato murió hace semanas —dijo—. De hecho, ¿me echa una mano? Creo que sigue en algún sitio de la cocina.

—Sí —murmuró Poe—, es evidente que va a sernos de gran ayuda.

34

Antes de llevar a Stahl a su hotel, Flynn dijo que quería entrar en Primark a comprar camisetas, pantalones, ropa interior y calcetines, y a Poe le encargó productos de aseo y unos zapatos nuevos. El sargento estuvo a punto de protestar, pero vio que Flynn no estaba de humor.

—Vale —dijo. Vio un Clarks en la esquina de la misma calle y recordó que su padre solía llevarlo a la tienda del pueblo cada año antes de que empezara el colegio—. Iremos a esa.

—Os veo en media hora —dijo Flynn.

—Será mejor que espere fuera —dijo Poe a Stahl en la entrada de la tienda—. ¿Qué número calza?

—Un cuarenta y cuatro. ¿No debería probármelos?

—Huele como una cabra, amigo. Si entra a probarse unos zapatos, tendrán que quemar la tienda. No, quédese aquí y yo le busco algo cómodo. Y no se los va a poner hasta que se dé un baño.

Poe fue hacia la dependienta más cercana. Le enseñó la placa y dijo:

—No puedo perder de vista a ese hombre. ¿Me trae unos zapatos del número cuarenta y cuatro? Tráigalos directamente a la caja.

—¿Qué tipo de zapato?

—Como los míos: baratos, resistentes y cómodos. Y también unas deportivas.

—¿Alguna preferencia de color o estilo? Tenemos un mocasín italiano que gusta mucho.

—Mírelo, señora. ¿Usted qué cree?

La dependienta lo miró.

—Ahora vuelvo —dijo.

—Gracias.

En el tiempo que tardó en encontrar algo adecuado, tres personas que pasaban por la acera intentaron darle dinero a Stahl, y una cuarta le compró un sándwich.

Poe, Flynn y Bradshaw se encontraron en la pequeña sala de reuniones que les había habilitado el jefe de personal de la SCAS.

—¿Dónde está Stahl? —preguntó Flynn.

—¿Dónde crees tú que estará? —contestó, señalando con el pulgar a su espalda—. En el bar, bebiendo como un pirata.

—¿Le has dejado?

—Si no bebe, no funciona.

—Joder —murmuró ella.

—¿Ya le has dicho a la comisaria Mathers que lo tenemos? —quiso saber Poe.

—Sí, pero no que lo estamos emborrachando.

—¿Y?

—Me parece que se alegra de que asumamos parte de la responsabilidad.

—¿Ella cree que podría ser otra víctima, inspectora Flynn? —dijo Bradshaw—. Porque no encaja con los objetivos anteriores del Botánico ni con su metodología.

—¿Poe?

—Yo no creo que sea otra víctima, jefa. Ni de coña es tan conocido como los otros dos y dice que no ha recibido ningún poema con una flor. Además, si el Botánico lo quisiera muerto, lo único que tendría que hacer es esperar unas semanas.

—¿Se está muriendo, Poe? —preguntó Bradshaw—. Qué pena…

—Suicidio en botella.

—No entiendo…

—Es alcohólico, Tilly. Desde hace diez años.

Bradshaw lo anotó en su portátil.

—Entonces ¿por qué lo elige a él como contacto? —dijo Flynn.

—Hay dos opciones —dijo Poe—. O quiere a alguien que haya tocado fondo, alguien desesperado por volver a entrar en escena. Alguien más fácil de manipular, dispuesto a hacer cosas que no haría un periodista de investigación en mejor situación.

—¿Y la segunda opción?

—O Stahl lo conoce.

—¿Lo ves probable?

—Fue periodista durante veinte años —dijo Poe—. Estaría involucrado en miles de noticias.

—En tal caso, Tilly va a tener que investigar a fondo su vida —dijo Flynn—. Averiguar si escribió alguna noticia en la que apareciera un experto en botánica, en biología o algo así. ¿Lo ves posible, Tilly?

—Esta noche me pongo con los parámetros de búsqueda y se los enseño mañana por la mañana. Pero, se lo advierto, solo en la Universidad de Oxford hay decenas de diplomaturas y doctorados que podrían considerarse relevantes.

La puerta se abrió y Stahl entró en la sala. Llevaba ropa nueva, pero le iba grande y no pegaba nada. Seguía pareciendo un sintecho, pero al menos ya no olía como si viviera en un contenedor.

—Qué elegante, Henning… —dijo el sargento.

—Calla, Poe —soltó Flynn—. Le compré las tallas que me pidió.

Stahl se encogió de hombros.

—Habré perdido peso —señaló.

Se sentaron alrededor de la mesa de reuniones.

—Me llamo Matilda Bradshaw, Henning Stahl —dijo Bradshaw—. Encantada de conocerlo. Poe me ha dicho que es usted alcohólico.

Le tendió la mano. Se saludaron.

— ¡Puaj! —dijo Bradshaw—. Tiene las manos sudadas, Henning Stahl. Por favor, no toque ninguno de mis ordenadores.

Poe sonrió.

Aquello iba a ser divertido.

35

Poe me ha dicho que tenía excrementos de rata en la alfombra del salón, Henning Stahl —dijo Bradshaw—. ¿Es porque el deterioro en la planificación y las capacidades organizativas debido a la demencia por alcoholismo no le permitió deshacerse de su gato muerto?

Stahl se quedó mirándola.

—¿Es necesario, Tilly? —dijo Poe, ocultando una sonrisa.

—Para nada —contestó Bradshaw.

—Entonces ¿por qué…?

—Dijiste que tenía que practicar la charla informal.

Poe le enseñó los dos pulgares.

—Cada vez se te da mejor —dijo.

—Tengo entendido que nació en Londres, Henning Stahl —dijo Bradshaw.

—En Tottenham —confirmó este asintiendo.

—Pero Henning es de origen germánico.

—Y escandinavo.

—Descarté Escandinavia porque Stahl también es germánico.

—Yo era un mocoso del ejército —dijo Stahl—. Mi padre estaba en el Real Cuerpo de Señales y conoció a mi madre en un pueblo alemán llamado Paderborn. Se la trajo de vuelta al Reino Unido. Cuando se divorciaron, mi madre volvió a Alemania y me llevó consigo. Recuperó su apellido y cambió el mío. Me quedé allí hasta que empecé la universidad.

—¿Cuál era su apellido antes? —dijo Poe.

—Mitchell.

—De acuerdo. Tilly va a comentar con usted varios artículos y reportajes en los que participó. A ver si averiguamos por qué el Botánico lo ha elegido como intermediario.

—¿Creen que hemos coincidido?

—No lo eligió a usted por su higiene personal.

—¿Y si no tiene nada que ver con una noticia en la que trabajé? —dijo Stahl, ignorando el sarcasmo.

Poe no contestó.

Bradshaw sí.

—La otra alternativa es que lo eligiera porque su alcoholismo y su escasa moral lo hacen sumamente maleable. Suponiendo que aún pueda formular una frase medianamente coherente, y suponiendo que quiera volver a ejercer el periodismo, es posible que el Botánico crea que está dispuesto a hacer cosas que otros no harían.

—¿Más charla informal?

—No. Es un resumen de lo que dijiste antes de que Henning Stahl entrara. ¿No te acuerdas, Poe? Dijiste que Henning Stahl era un auténtico borr… adicto, capaz de hacer algo muy feo a un sintecho con tal de conseguir un poco de alcohol.

—No creía que estuvieras escuchando.

—Yo siempre estoy escuchando, Poe.

—¿Qué es lo que dijo exactamente, Tilly? —preguntó Stahl.

—Poe dijo que estaría dispuesto a hacerle una paja a un vagabundo por una botella de aguarrás.

Stahl soltó una carcajada.

—También dijo que va a ser tan útil como una bolsa de té impermeable.

Esta vez, la carcajada fue aún mayor.

—Ya… lo siento —se disculpó Poe—. Ha sido un día duro, ya sabe.

—No se preocupe —dijo Stahl, agitando la mano para quitarle importancia—. Y su compañero no va desencaminado, Tilly. Pero sí quiero cambiar.

36

Bradshaw pasó el resto de la noche revisando todos los artículos atribuidos a Stahl que podían guardar alguna relación con lo que estaba ocurriendo.

Flynn se había ido a ayudar con la búsqueda de la tercera víctima del Botánico, pero Poe prefirió quedarse. No se fiaba de Stahl. Aunque estaba bastante claro que él no era el Botánico y que los efectos de su alcoholismo eran reales y debilitantes, no se podían fingir, tampoco quería dejar a Tilly a solas con un tipo que había considerado noticia que el hijo de alguien tuviera leucemia.

Se bebió lentamente una cerveza mientras Stahl repasaba su carrera. Su trayectoria descendente resultaba deprimente. Al principio prometía mucho; fue corresponsal en zonas de guerra y se infiltró en bandas de gánsteres londinenses. Relató experiencias de muchas víctimas del virus Nipah malayo y sacó a la luz las prácticas cancerígenas aprobadas por la junta de una compañía petroquímica importante. Poe se preguntaba qué le había pasado.

—Saca perfiles en profundidad de estas dos últimas, Tilly —dijo Poe—. El Botánico aún no ha usado un virus, pero es posible que lo haga, y esa compañía petroquímica estaría llena de científicos. Puede que alguno perdiera su trabajo y esté buscando redimirse.

—Lo haré, Poe.

—Pero no ahora. Es casi medianoche y todos necesitamos descansar. —Miró a Stahl—. Sé perfectamente que no duerme bien, señor Stahl. Si quiere una última copa, adelante. Este hotel es seguro, pero una vez se meta en su habitación, pondré un policía armado en la puerta.

—Pues no me importaría tomarme una copita de brandy —dijo.

Stahl volvió a los diez minutos. Necesitaba una bandeja para llevar toda la bebida.

—Joder, colega —murmuró Poe.

37

Era como si no hubieran salido de la sala de reuniones. Poe, Flynn y Bradshaw desayunaron y después hablaron brevemente sobre lo que necesitaban de Stahl. Flynn pidió a Bradshaw que llevara la batuta, mientras Poe formulaba preguntas complementarias. Ella tenía que ausentarse gran parte de la mañana.

—¿Estamos? —dijo Flynn. Poe y Bradshaw asintieron—. Pues voy a buscarlo.

Volvió un cuarto de hora después.

—¿Está despierto? —preguntó Poe.

—Ahora sí.

—¿Qué pasa?

—¿Tienes idea de lo caros que son estos colchones de hotel?

—¿Quiere que lo averigüe, inspectora Flynn? —dijo Bradshaw abriendo su portátil.

—No, gracias, Tilly. Estoy segura de que la factura del hotel ya lo dejará bien clarito.

—¿Se ha meado? —dijo Poe.

Flynn asintió.

—Esta noche duerme en la bañera —dijo.

Stahl apareció una hora más tarde. Llevaba un vaso con un líquido transparente en la mano. Podría parecer agua, pero Poe sabía que era vodka. Se bebió la mitad de un trago y, al ver que el sargento lo estaba mirando, se encogió de hombros como diciendo, «qué se le va a hacer». Si estaba avergonzado por haberse orinado en la cama, no lo parecía. Poe pensó que posiblemente era algo habitual.

—Me gustaría hablar de las llamadas de teléfono hackeadas, Henning Stahl —empezó Bradshaw—. Si el interés del Botánico por usted no se debe a uno de sus reportajes de investigación, puede que sea porque estuvo involucrado en ese escándalo.

—Poco probable, ¿no?

—Un setenta y dos por ciento, Henning Stahl.

—¿Cómo?

—Hay un setenta y dos por ciento de probabilidades de que el interés del Botánico en usted esté relacionado con las llamadas hackeadas.

—¿Cómo lo sabe?

—He hecho las cuentas. Evidentemente no se aplica el modelo de probabilidad frecuentista, ya que no había procesos objetivos predecibles.

—Por supuesto… —dijo Stahl.

—¿Verdad que es absurdo? Así que retoqué la interpretación bayesiana, donde la probabilidad expresa el grado de creencia en un suceso. Y está claro que…

—Tilly, ¿podemos hacer esto después? —dijo Poe. —Ahora mismo no tenemos tiempo.

—Claro, Poe. Podemos hablar de ello durante la cena. ¿Has leído *Bayesianos contra frecuentistas: un debate filosófico sobre el razonamiento estadístico*, o debería preparar una presentación?

—¿Qué edición?

—Hombre, no la segunda, desde luego… —dijo frunciendo el ceño—. Ah, estabas bromeando. Muy gracioso, Poe, ja, ja…

Poe sonrió a su amiga. Luego miró a Stahl y dijo:

—Será mejor que nos diga cómo pasó de ser un periodista de investigación respetado y convincente a una auténtica deshonra.

38

Siempre quise ser escritor —dijo Stahl—. Cuando tenía ocho años, mi madre me buscó cursos por correspondencia para escribir novela, poesía… para escribir. Y yo los devoraba. Pensaba marcharme en cuanto creciera. Hacer la Ruta 66 durante el día, y de noche escribir la gran novela americana.

—¿Por qué no lo hizo?

—¿Aparte de porque todo el mundo estaba haciendo la Ruta 66 mientras intentaba escribir la gran novela americana?

Poe asintió.

—Un compañero de clase me dijo que conocía a una chica que había sacado mejor nota que él en un examen —dijo Stahl—. Y tiene que entender que ese tío era un auténtico cerebrito, siempre era el mejor.

—¿Pero le ganó una chica y no le gustó?

—A ver, no estaba destrozado. Pero eso despertó algo dentro de mí, algo que no sabía que existiera.

—¿Una necesidad cotilla de saber?

—Algo parecido. Así que investigué. Descubrí que tenía talento para descubrir la verdad detrás de las cosas. Me di cuenta de que podía ganarme la vida con ello.

—¿Y? —dijo Bradshaw.

—¿Y qué?

—¿Qué pasó con el resultado del examen? —A Bradshaw no le gustaban los cabos sueltos.

—Ah, ¿eso? —dijo Stahl—. El profesor se estaba follando a la chica. No era ilegal, porque ella tenía diecisiete años, pero descubrí que había estado favoreciendo a estudiantes con las que se acostaba. Fui a la universidad, me saqué la carrera de Filología Inglesa y busqué trabajo en el periódico local.

—¿Dónde? —preguntó Poe.

—En Peckham.

—Chachi.

—¿Perdone?

—Nada.

—En fin… me pusieron en la crónica de sucesos y pulí la técnica en las entrevistas. Me acostumbré a hacer preguntas abiertas. A usar las pausas, a no temer al silencio.

Poe asintió. Las técnicas que los periodistas empleaban para entrevistar eran las mismas que usaba la policía en sus interrogatorios.

— Y ahí es cuando dio el paso a los grandes periódicos de Fleet Street, ¿no?

—Había entrevistado a la mujer de un hombre que había asesinado a una chica que recaudaba fondos para la ambulancia aérea. Y desde el principio me olí que algo no encajaba. Ella quería dinero a cambio de la historia; a ver, todos querían dinero, pero en el periódico local no había mucho. Más que presupuesto, teníamos calderilla. Me preguntó, en privado, si podría darle más si me contaba algo que no había salido durante el juicio. Yo fui sincero y le dije que no, que mi periódico no podía pagar. Pero que, si era algo muy jugoso, los periódicos de tirada nacional sí lo comprarían. Que podía sacar dinero en las entrevistas posteriores.

—¿Y qué le contó?

—Nada. Pensó que evitándome y yendo directamente a hablar con *The Sun* tenía muchas más posibilidades de que le pagaran. Y tenía razón.

—Así que usted investigó por su cuenta…

—Sí. Hablé con sus vecinos, con sus amigos, con cualquiera que la conociera.

—¿Y qué descubrió?

—Resultó que ella sabía que su marido no había matado a aquella chica. Estaba teniendo una aventura con una mujer casada y ella los vio juntos esa noche. Estuvo a punto de plantarles cara, pero decidió esperar. Cuando la policía lo detuvo, la mujer casada negó haber tenido ninguna historia con él. El tipo se quedó sin coartada y el jurado lo condenó.

—Su esposa podría haber hecho que lo absolvieran.

—Exacto.

—¿Consiguió que ella se lo admitiera?

—No, me lo dijo la mujer con la que tuvo una aventura el marido. Para entonces se sentía culpable y agradeció la posibilidad de hablar con alguien.

—¿Qué fue de la esposa?

—Nada —dijo Stahl—. Que casualmente es lo mismo que le pagaron al final.

—¿Nada?

—La policía no pudo demostrar que sabía lo de la aventura. Y ella no podía sacar dinero de la noticia sin admitir que ella misma era la noticia.

—Estaría cabreada…

—No tanto como cuando su marido ganó la apelación y salió en libertad, y él y la mujer con la que había tenido la aventura vendieron su historia, hicieron una fortuna y se compraron una casa en la Provenza.

—Tilly, saca un perfil de la mujer que se quedó sin dinero. Dudo que guarde relación, pero es algo que no sabíamos hasta ahora.

—Esta noche lo hago, Poe.

—¿Y así es como consiguió trabajo en el periódico nacional?

Stahl asintió.

—¿Qué fue lo que se torció? —quiso saber Poe.

39

La primera generación que no salía a jugar a la calle ya se ha hecho mayor, sargento —dijo Stahl—. Algunos de ellos son directivos y ven el mundo de un modo distinto a como lo vemos usted y yo. Si algo no tiene huella digital, no vale nada. Para entonces yo ya había triunfado, y durante un tiempo, cumplió todas mis expectativas. Nos daban un presupuesto de verdad, nos pedían que sacáramos exclusivas serias en portada. Teníamos semanas, incluso meses, para seguir pistas y desarrollar artículos.

—Pero la cosa cambió…

Stahl asintió.

—En cuanto los periódicos se hicieron digitales, acabó el periodismo de verdad. Los periodistas de investigación nos convertimos en dinosaurios, reliquias innecesarias de la época dorada de Fleet Street. A partir de entonces se impuso el reinado del ciberanzuelo. Los likes y las noticias compartidas pesaban más que un Pulitzer o el hecho de destapar un escándalo. La generación que no jugaba en la calle escribía titulares que llamaban la atención y atraían publicidad, y al periodista se le pedía que buscara, tergiversara o directamente se inventara noticias a su medida. Nosotros lo llamábamos *mediocrismo*, porque nos pedían sacar una historia mediocre tras otra. Publicarlo en internet era más importante que hacerlo bien. También inculcaron el periodismo a golpe de cheque. Pagando más que otros periódicos por un escándalo con un famoso en declive, la mitad de los cuales eran una invención del propio famoso.

—¿Y usted les siguió la corriente?

—Durante un tiempo me resistí, pero para entonces ya estaba acostumbrado a un ritmo de vida. Todos lo estábamos. Así que solo tenía dos opciones: o hacer lo que querían y degradarme, o recoger mis cosas y buscarme otro oficio.

Poe se terminó el café. Ofreció otra taza a Stahl.

—Prefiero un poco más de agua —contestó.

—Tenemos un poco aquí, Henning Stahl —dijo Bradshaw—. Poe no bebe suficiente, así que siempre pido botellas para las salas donde trabaja.

Stahl miró a Poe y se encogió de hombros.

—Tilly, no tienes el tipo de agua que le gusta al señor Stahl —dijo Poe.

—Ah, ¿no? Tengo agua con gas y sin gas. A no ser que la quiera de sabores, no sé qué otra hay.

—Vodka, Tilly. El señor Stahl está bebiendo vodka.

—¿Para desayunar?

Stahl desapareció de la sala, avergonzado.

—Menudo fracasado —dijo Bradshaw.

—No está bien, Tilly.

—Nos estaba contando que los ciberanzuelos acabaron sustituyendo a las noticias, señor Stahl —dijo Poe.

Stahl había vuelto con el vaso lleno de vodka. Poe calculaba que se había bebido medio litro en la última hora. A pesar de eso, su mirada seguía clara y su voz firme.

—Aún había reductos donde se hacía periodismo de verdad, pero no en mi periódico.

—¿Y no podía irse a otro?

Stahl negó con la cabeza.

—Cría fama de usar ciberanzuelos y échate a dormir. Solicité un puesto en *The Guardian*, pero ni siquiera quisieron verme.

—¿Fue entonces cuando empezó a beber?

—Siempre ha sido una profesión donde se bebe mucho. Supongo que lo es cualquier trabajo en el que terminas la jornada a media tarde. Ahí fue cuando empecé a beber demasiado.

Dicho eso, se bebió medio vaso. Justo encima de él había un reloj que marcaba las nueve de la mañana. Poe no dijo nada, Bradshaw chascó la lengua.

—Y entonces un oportunista sin escrúpulos decidió prescindir del intermediario. Dejar de pagar a periodistas por desarrollar noticias y en su lugar contratar a investigadores privados para robarlas directamente. Les encargaba que descubrieran lo que los famosos no querían que se supiera. Pagándoles una décima parte de lo que cobrábamos nosotros. Y, como ellos técnicamente eran autónomos, el periódico podía hacer la vista gorda con sus métodos.

—¿Métodos como hackear llamadas telefónicas?

—Entre otras cosas.

—¿Y usted sabía que eso estaba pasando?

—Todos lo sabíamos. Escuchábamos las cintas.

—Y por eso fue la gente a la cárcel.

—No quien debería haber ido —contestó Stahl.

—Explíqueme cómo se hackea un teléfono —dijo Poe.

—Eso del *hacking* es un término muy pomposo. Básicamente era aprovecharnos de los vagos y de los ilusos tecnológicos. En aquella época, el buzón de voz era algo nuevo y emocionante.

Podías dejar mensajes a la gente y que lo oyeran allí desde donde estuvieran. Lo llamaban acceso remoto. Una bendición para gente como nosotros.

—¿Qué equipo necesitaban? —preguntó Poe.

—Nada. Eso era lo mejor. Lo único que tenías que hacer era llamar a su número. Si no contestaban, ponías su número de identificación personal, o PIN, y eso te daba acceso total a sus mensajes.

—Pero ¿cómo conseguía sus números PIN?

—La mayoría eran demasiado vagos o no sabían cómo cambiarlo. El PIN era siempre el mismo número de cuatro dígitos que venía de fábrica. Uno, dos, tres, cuatro; o cuatro ceros; o, si era Vodafone, tres, tres, tres, tres.

—¿Tan fácil?

—Comprenderá por qué resultaba tan tentador. Era una oportunidad de escuchar la vida privada de cualquiera. Políticos destacados, famosos de primera fila, cualquiera.

—¿Padres de víctimas de asesinato?

—Sí —contestó Stahl con un hilo de voz—. Y eso no es lo peor. Para que otros periodistas no se quedaran con la noticia, a menudo cambiábamos el PIN después de meternos en el buzón. De ese modo eras el único que tenía acceso a los mensajes. Ni siquiera podía escucharlos el supuesto destinatario. Eso no se recalcó lo suficiente en el juicio, y siempre me perturbó.

Poe asintió con gesto pensativo. Se preguntaba si tal vez había una posibilidad remota que nadie había considerado en todo aquello. Tal vez la clave no era el mensaje hackeado, sino el mensaje que nadie había escuchado. Pediría a Bradshaw que repasara todas las víctimas de las escuchas de Stahl, incluso aquellas de las que no salió ninguna noticia.

—Y usted fue quien hackeó el buzón de voz de Dominic Denly, ¿no? —dijo Poe—. ¿Escuchó el mensaje sobre la leucemia de su hijo?

—Técnicamente fue mi investigador privado, pero yo lo contraté, así que sí.

—Su nombre no figuraba en el pie de autor —dijo Poe—. ¿Por qué?

—Porque yo no escribí el artículo. Ni siquiera le enseñé lo que tenía a mi editor. Sabía que habíamos ido demasiado lejos: el hijo de Denly tenía ocho años y se estaba muriendo. Yo era inmoral, pero no un monstruo.

—¿No quería sacar esa noticia?

—No.

—¿Cómo se hizo su editor con el mensaje de voz?

Stahl se encogió de hombros.

—Ese es el problema cuando trabajas con gente que solo se mueve por dinero —dijo—. Si creen que pueden sacar más, lo hacen. Visto a toro pasado, era completamente predecible.

Poe pasó un par de páginas.

—Cuando el investigador privado se dio cuenta de que no había usado su información, ¿fue directamente a hablar con su editor? —preguntó—. ¿Intentó que le pagaran otra vez?

—Sí, y como era el periódico quien le había pagado, técnicamente tenían derecho a utilizar la información. Le rogué que no lo publicara, pero mi editor no podía arriesgarse a que el investigador le desobedeciera. Yo no quería tener nada que ver con ello, así que pregunté a los redactores de cotilleos si les apetecía escribir el artículo.

—¿Y lo hicieron?

—Les faltó tiempo para decir que sí. ¿Por qué no? Era una primera página garantizada, todo el trabajo estaba hecho, y usarían información que les había dado su editor. La redactora que lo hizo no había hackeado el buzón de voz de nadie. Una persona joven y ambiciosa ni se lo piensa.

—Y ese fue uno de los artículos que desató el escándalo —dijo Poe.

—Y eso exactamente es lo que yo le había dicho que pasaría a mi editor. Después de intentar apelar a su sentido de la decencia, le dije que una noticia como esa acabaría enterrándole. Enterrándonos a todos.

—Pero le ignoró.

—Tiene que entender que el editor de un periódico importante se encuentra en una posición imposible. Los periodistas lo tienen frito por recortar presupuestos y el dueño lo fríe todavía más porque quiere aumentar las ventas reduciendo gastos.

—Publicaron la noticia —dijo Poe.

—Y se equivocaron.

—¿En qué?

—Primera regla del periodismo: protege tu fuente —dijo Stahl—. Eso no solo significa no perderla, también significa ofrecer una explicación plausible si la fuente real es ilegal. Pero, desde luego, no puedes admitir que has estado escuchando mensajes de voz privados.

—¿Y cómo se podría hacer eso?

—Fácil. Una vez tienes la noticia a través del hackeo, la rastreas para confirmarla. Hablas con fuentes, ofreces dinero, rebuscas en papeleras. Técnicas básicas del periodismo, desafortunadamente.

—¿Y esa redactora de cotilleos no lo hizo?

—Ni siquiera sabía lo que tenía que saber. Le daban las noticias en bandeja. Famosos hambrientos de publicidad, sedientos de visibilidad. La bandeja de entrada de un redactor de cotilleos nunca está vacía, créame.

—O sea, que lo escribió y ya.

—Sí.

—¿Y Dominic Denly fue a la policía?

—¿Usted no lo haría? —dijo Stahl—. Le dijo al inspector que el periódico había revelado

información médica confidencial. Para entonces, ya había una investigación en marcha sobre hackeo, pero la Policía Metropolitana no había encontrado ningún caso tan flagrante. El caso de Dominic Denly aceleró las cosas.

—Pasemos un poco hacia delante —dijo Poe—. ¿Cuánto tardaron en llegar hasta usted desde que se hicieron las primeras detenciones?

—El día después de detener a la redactora de cotilleos que escribió el artículo. Ella delató al editor y él negó saber de dónde había salido la información.

—¿Negó tener conocimiento de los mensajes de voz?

—Jamás se ha visto un ejemplo mejor de amnesia colectiva, sargento. Todo el mundo sabía cómo acabaría la cosa, así que todo se redujo a negación plausible. Mi editor me había dicho que hackeara buzones de voz, pero no era idiota: no había nada por escrito.

—Pero el dinero tuvo que llevarlos hasta el investigador privado…

—Investigador privado que, cuando se vio ante una condena de cárcel, soltó nombres a chorro.

—¿Y usted no tenía a nadie que darles a cambio de un acuerdo?

—Después de lo de Dominic Denly asumí la responsabilidad.

—Pero, al final, no fue a la cárcel…

—Para cuando se celebró el juicio, la gente ya tenía más perspectiva. Sabían que era algo endémico en el periódico. Mi abogado adujo que me habían presionado tanto para sacar ese tipo de noticias que prácticamente lo hice bajo coacción. Me declararon culpable, pero no fui a la cárcel. Un año de libertad condicional y trescientas horas de servicio a la comunidad.

—¿Y qué pasó después? —preguntó Poe.

—¿Sabe quién es Pearl Rigby, sargento?

—No.

—La chica que revolucionó internet.

40

Pearl Rigby era una ejecutiva publicitaria de treinta y tres años, de Chicago —explicó Stahl—. Viajó a Australia para ver a unos familiares y, durante la escala en Ámsterdam, tuiteó lo que le parecería un comentario gracioso: «No me gusta la comida de los aviones, así que mientras espero, voy a comer un pollo frito que me recuerde a casa. Es broma. Soy de River North, no de Englewood». Entonces cogió un vuelo de veintiuna horas a Sídney. Alguien lo retuiteó sin que ella lo supiera y, mientras estaba volando, se hizo viral.

—Supongo que Englewood es una zona predominantemente afroamericana de Chicago, ¿no? —dijo Poe.

—Más del noventa por ciento, sí.

—Caray.

—Hasta hubo un *hashtag*, Poe —dijo Bradshaw—. #HaaterrizadoyaPearl.

—¿Tú conoces la historia?

—Pues claro, bobo: pasó en internet.

—Tilly tiene razón —dijo Stahl—. El hecho de que Pearl fuera completamente ajena a su situación se convirtió en una especie de entretenimiento. He leído artículos que decían que la gente se negaba a marcharse de los bares hasta que Pearl hubiera aterrizado en Sídney. Estaban esperando a que encendiera el móvil y se diera cuenta de que le habían destrozado la vida. Al día siguiente la despidieron y durante un tiempo nadie quiso contratarla. Al final tuvo que irse a África Oriental para redimirse.

—¿Entonces?

—El comentario de Rigby era ofensivo, sí, pero hay que admitir que hay un desajuste entre su falta y la severidad del castigo.

—Supongo que me quiere decir algo con todo esto —dijo Poe.

—¿Se imagina lo que fue para mí? —dijo Stahl—. Pearl Rigby casi arruina su vida por una broma racista. Yo era el hombre que había hackeado el teléfono de unos padres a punto de perder a su hijo. El hecho de que no lo hiciera personalmente, o de que me hubiese negado a escribir el artículo, fue irrelevante. Durante un tiempo me convertí en el hombre más insultado del país. No podía volver a casa ni tampoco ir a ningún hotel. Tuve que sacar todos mis ahorros del banco y fugarme. Me fui a Blackpool y empecé a alquilar habitaciones en las pensiones más repugnantes que pueda imaginar. Me mezclé con gente que las estaba pasando canutas. Empecé a beber

todavía más. Y una vez por semana tenía que bajar a Londres a presentarme en el juzgado por la condicional, y allí me esperaban con la cámara preparada mis antiguos compañeros, la mitad de los cuales también habían hackeado mensajes, pero sin que los pillaran.

—¿Y el alcohol se convirtió en un apoyo?

—No tardó en ser lo único que tenía.

—¿Cuándo volvió a instalarse en Londres?

—La condena me la impuso un tribunal de Londres, así que el oficial que llevaba mi libertad condicional era de aquí. Cumplí mis servicios a la comunidad aquí. Podría haber pedido que trasladaran mi caso a la oficina de libertad condicional de Lancashire en Blackpool, pero eso me habría hecho famoso allí. Lo único bueno que tiene Londres es el anonimato. Para algunos es horrible, pero para mí fue como una bendición. Lo atesoraba.

—Y ahora un asesino en serie quiere hablar con usted.

—Eso parece.

Stahl hizo una pausa para terminarse el vodka. Poe apuró su café. Bradshaw tomaba apuntes en su portátil.

—¿Qué va a pasar ahora? —preguntó Stahl.

—Basándonos en lo que nos ha contado y lo que Tilly ha descubierto, ahora pedirá a la Gente Topo que saquen perfiles de cualquier persona que crea que puede guardarle rencor.

—Pues buena suerte —dijo con un gruñido.

—Gracias —contestó Bradshaw.

—Quiero decir que debe de haber cientos de personas que encajen con ese criterio.

—Eso es incorrecto, Henning Stahl.

—Ah, ¿sí? —dijo él—. Pues qué alivio, supongo.

—Porque también estoy incluyendo a familiares y amigos de las personas que podrían guardarle rencor legítimamente. Con ellos la cifra asciende a millares.

Poe se rio. Stahl no.

La puerta se abrió de golpe y Flynn entró hecha una furia. Llevaba un portátil y no parecía contenta. Lo dejó sobre la mesa. Tenía un vídeo pausado en pantalla.

Apretó el botón del play y lo vieron en silencio.

Una vez acabado, Poe dijo:

—¿Qué es esta mierda?

41

Esa mujer se ha vuelto loca? —dijo Poe—. ¿Y quién demonios es KRC?

—Se llama Karen Royal-Cross —dijo Flynn—. Se hace llamar KRC.

—¿Como ese sitio de comida rápida que Tilly me tiene prohibido?

Flynn lo miró fugazmente.

—¿Eh?

Iban en la parte trasera de un furgón de policía. La comisaria Mathers había dispuesto transporte y apoyo, pero les pidió a Poe y a Flynn que llevaran a cabo un primer contacto, para ver si Karen Royal-Cross era realmente la próxima víctima del Botánico. Vivía en Londres, como todas las víctimas hasta el momento, pero al otro lado del río de donde estaba su hotel. En Cumbria, Poe habría tardado diez minutos. Llevaban más de una hora dentro del furgón.

—Pon el vídeo, jefa —pidió Poe.

—¿Otra vez? Ya lo hemos visto tres veces.

Apretó el play. Todos los que estaban en la parte trasera del furgón se apiñaron alrededor de la pantalla.

Una mujer muy maquillada se apartaba de lo que Poe supuso que era su portátil. Estaba grabando con su webcam. Llevaba una camiseta escotada blanca con unos labios rojos estampados en la parte delantera. Tenía el pelo rubio, demasiado para ser natural, y sus cejas eran gruesas y negras, como si se las hubiera pintado con lápiz.

—Hola, soy KRC otra vez —dijo—. Mirad lo que me ha pasado…

KRC se estiraba para coger algo que no aparecía en pantalla y volvía con una flor prensada. Era pequeña, verde y con pinchos, con un prominente estigma rojo, la parte de la flor donde se deposita el polen. Bradshaw aún no había sido capaz de identificarla, pero ya habían enviado el vídeo al Jardín Botánico de Londres y esperaban su respuesta en menos de una hora.

—Ya están otra vez esos rojos tira-estatuas. Ahora me quieren intimidar con una flor prensada y una poesía de tercera, ¿qué te parece?

A continuación cogía una hoja de papel y simulaba que la leía. Por desgracia, no se veía lo que decía. Poe esperaba que no la hubiera destruido.

—Y es que no tiene sentido —dijo mientras sacudía la cabeza fingiendo repugnancia. Se inclinó hacia la cámara y susurró—: Sé que no es políticamente correcto decir esto, pero no creo que el inglés sea la lengua materna de esta persona, no sé si me explico.

Poe apretó el botón de pausa.

—¿Qué quiere decir?

—Pues que se ha subido al carro de extrema derecha que tiene enfilados a los inmigrantes —dijo Flynn—. Para ella, un refugiado bueno es un refugiado muerto.

—Qué bien.

Poe volvió a dar al play.

—A ver, rima —admitió Karen Royal-Cross—, pero no tiene sentido. Dice algo sobre caracoles. Supongo que será una delicia en su país. Y mientras esta persona está aquí, amenazando a ciudadanos británicos, nuestros soldados no pueden llevar símbolos de amapola ni decir Feliz Navidad.

—Muy sutil —afirmó Poe.

—Y estoy segura de que los blandengues me van a criticar por decir esto, pero lo sabéis tan bien como yo: cada vez que se permite que una persona así —dijo, agitando el papel delante de la cámara— entre en nuestro país, se contamina un poco más la estirpe más pura del mundo.

Flynn paró el vídeo.

—Menuda payasa —sentenció Poe.

—Se dedica a esto, Poe —dijo Flynn—. Se le da bien encontrar cosas que manipular en las redes sociales.

—¿Por qué se molesta?

—Al parecer no para de hacer cosas, con las que intenta que se fije en ella uno de esos programas de noticias de la televisión por cable americana. Quiere ser comentarista de la derecha alternativa.

—¿Y siempre se mete con los refugiados y los liberales?

—Casi siempre, aunque tampoco le gustan los gordos. Dice que son una carga para la sanidad pública.

—Tiene un problema de peso que no quiere afrontar.

—Probablemente —dijo Flynn—. ¿Tú qué crees?

—Creo que hay demasiada gente que se ha acostumbrado a publicar gilipolleces online sin que nadie les suelte un puñetazo.

—Pero entiendes que el Botánico se haya fijado en ella, ¿no? Puede que algunos gilipollas racistas la líen, pero los demás estamos encantados.

—Ah, bueno, sí —dijo él—. Es perfecta. Me pregunto si es consciente del peligro que corre.

El conductor los miró por el retrovisor y anunció:

—Ya estamos.

42

Ha visto las noticias últimamente? —le preguntó Poe a Karen Royal-Cross.

—¿Por qué lo pregunta? ¿Salgo yo? —contestó ella con la mirada de pronto iluminada.

—¿Por qué iba a salir?

—Porque soy una comentarista política muy respetada. Salgo muy a menudo en las noticias.

—Ah, ¿sí?

—Sí —contestó asintiendo.

—¿En qué periódicos escribe? ¿Y en qué programas aparece?

Ella intentó fruncir el ceño, pero no podía. «Demasiado bótox en la frente», pensó Poe.

—Ahora mismo me interesan más las redes sociales —dijo—. Puedo dirigirme directamente a mis seguidores sin que me censuren los medios convencionales cutres. Pero tenía varias columnas antes de que la izquierda se adueñara de los periódicos. —Le dio un cuaderno desgastado—. Si no me cree, échele un vistazo.

Estaba lleno de recortes de periódico. Algunos más antiguos eran de periódicos locales y nacionales, pero todos los más recientes parecían ser de publicaciones de extrema derecha.

—Según YWNRU —dijo—, soy la Conciencia de Inglaterra.

—¿YWNRU? —preguntó Poe—. ¿El eslogan supremacista blanco «No nos vais a sustituir»?

—Ay, pobrecito —dijo ella con un suspiro—. ¿Supremacistas blancos? ¿Cómo es posible que un hombre de mundo como usted sea tan ingenuo…?

—Que le den, señora —dijo Poe.

—Ya basta, Poe —intervino Flynn.

—Gracias, inspectora Flynn —dijo Karen Royal-Cross—. Ya va siendo hora de que gente como el sargento comprenda que la diversidad es otra manera de decir genocidio blanco.

Flynn la fulminó con la mirada.

—Que le den —añadió, saliendo de la habitación.

El problema era que Karen Royal-Cross, alias KRC, no creía estar en peligro, así de sencillo. Ella veía cualquier cosa como una prueba de que el noventa y nueve por ciento de la gente la adoraba. Les mostró su último tuit, un comentario diciendo que el Mes de la Historia Negra era

otro ejemplo de la opresión a los blancos, subrayando la cantidad de comentarios, likes y retuits que tenía.

—En este país hay una mayoría silenciosa que está tan cansada como yo del programa de la izquierda radical —explicó.

—Genial —dijo Poe—. Pero si podemos volver al tema…

—Eso no es más que *fake news*, querido —dijo ella—. Esos blandengues siempre están tramando algo. Intento no tomármelos demasiado en serio. No van a hacer nada, no mientras este país les pague para que estén fumando marihuana todo el día.

—Pero alguna de esas amenazas se las ha creído, porque se ha mudado tres veces…

Ella dejó los ojos en blanco.

—En cuanto molesto demasiado, el gobierno contrata a actores de crisis para que se pongan a protestar en la puerta de mi casa —dijo—. Es posible que sea la misma gente que organiza los tiroteos masivos en América.

—¿Actores de crisis? —exclamó Poe sin poder evitarlo.

—Como si todas esas masacres de los institutos fueran de verdad —dijo ella riéndose—. El estado profundo monta el numerito de un tiroteo cada vez que quiere que no se hable de la inmigración. Si se fija, siempre son los mismos actores. Les cambian de ropa, pero la prueba está ahí, si está dispuesto a indagar un poco, claro.

Flynn volvió a entrar en la habitación.

—¿Tenemos que salvarla, jefa? —dijo Poe—. Es una imbécil.

—¡Voy a llamar a su superior!

—¿Ya ha encontrado el poema? —preguntó Flynn, ignorando a Karen Royal-Cross, que se había puesto roja como una remolacha.

—Sigue buscándolo. Dice que está entre esas cosas —dijo Poe, señalando un montón de revistas de cotilleo y famoseo que había en el suelo.

—Oiga. Que sigo aquí —dijo Karen Royal-Cross antes de salir de la habitación.

—En realidad lo que necesitamos es el sobre. Sin eso no sabemos si es una amenaza real o un imitador. Todo lo que aparece en el vídeo lleva un tiempo siendo público. Es fácil de imitar.

—De hecho, ya lo están haciendo —dijo Flynn—. Han mandado un montón de poemas y flores prensadas a famosos.

—¿Y había diagramas científicos en el sobre?

—No. Menos mal que eso no se lo enseñamos a la prensa. Tilly dice que el Botánico cada vez tiene más apoyo del público.

—Después de diez minutos con esta imbécil no me extraña.

—¿Qué imbécil, Poe? —dijo Bradshaw, entrando en la habitación.

—Ya verás.

—Tengo que hacer una llamada —informó Flynn—. Dile a Mathers que no hemos podido confirmar todavía si Royal-Cross es una posible víctima.

Flynn salió de la habitación, y Poe tuvo una idea. Por ahora, ni Flynn ni él habían conseguido que Karen Royal-Cross entendiera el peligro que podía correr. Ella seguía buscando el poema y el sobre por todo el piso con poco interés, centrándose más en grabarse mientras lo hacía. Cada vez que Poe le insistía en lo importante que era, ella se reía y decía que no era más que una *fake news*.

Vivía inmersa en una burbuja autorreplicante de mierda tóxica.

Sin embargo, Bradshaw era capaz de destrozar toda esa mierda en un momento. Era involuntariamente directa, no tenía umbral de vergüenza ni tampoco pillaba el noventa por ciento del lenguaje no verbal.

—Tilly —dijo Poe—, ¿puedes informar a esta estúpida de lo que ha estado pasando y por qué debería estar más preocupada?

—Claro, Poe —dijo Bradshaw—. Karen Royal-Cross, venga y siéntese aquí por favor.

—Eh, es KRC.

—No, ese es un personaje de internet. Su verdadero nombre es Karen Royal-Cross y así es como me voy a dirigir a usted.

Karen Royal-Cross se cruzó de brazos y torció el gesto.

—No pienso escuchar hasta que se me muestre el respeto que merezco.

—No lo veo posible —contestó Poe—. A no ser que encontremos excrementos para tirarle.

—¿Cómo?

—Ya me ha oído. A ver, pedazo de im… —Poe cogió aire y recobró la compostura—, señorita Royal-Cross, no sé si usted es la tercera víctima que el Botánico tiene en mente, y la verdad, me da igual. El mundo estaría mucho mejor sin usted, pero somos policías y eso significa que no decidimos a quién salvamos y a quién no. Así que va usted a sentarse a escuchar lo que Tilly tiene que contarle, y si le suelta la mínima sandez, le arranco una ceja.

—No se atreverá…

—Usted póngame a prueba…

—Quiero hablar con su superior.

—¿Qué has hecho ahora? —dijo Flynn, entrando otra vez.

—Está siendo grosero y agresivo.

—¿Poe?

Poe se encogió de hombros.

—¿Tilly? —dijo Flynn.

—Poe dice que es tonta, y lo es, y que el mundo estaría mejor sin ella, y lo estaría. También ha dicho que le iba a arrancar una ceja, lo cual me ha parecido un ofrecimiento bastante amable.

Porque le quedan fatal.

—¿Poe?

—¿Jefa?

—Deja de ser grosero y agresivo.

—Sí, jefa.

—¿Ya? —dijo Flynn mirando a Karen Royal-Cross.

—¡Claro que no! Quiero que le despidan.

—¿Ya has pillado quién es la imbécil aquí, Tilly? —dijo Poe.

—Karen Royal-Cross no está bien —dijo Bradshaw—. He estado revisando sus vídeos en la red, y es un caso típico de trastorno de personalidad histriónica.

—¿Tú crees? Si no tiene personalidad…

—Estoy segura, Poe.

—¿Y en qué consiste ese trastorno?

—¡Yo no tengo un trastorno de personalidad! —saltó Karen Royal-Cross.

—Es uno de los trastornos típicos, Poe —dijo Bradshaw—. Se caracteriza por un comportamiento excesivo que busca llamar la atención. Karen Royal-Cross tiene todas las trazas reconocidas: manipulación de la gente para ser el centro de atención, egocentrismo, anhelo persistente de aprobación y agradecimiento. Culpa a los demás de sus fracasos y tiene una visión irreal de sus éxitos. Sus neurotransmisores no funcionan bien.

—¡Basta! —exclamó Karen Royal-Cross.

—¿Hay mucho más, Tilly? —preguntó Poe.

—Mucho, Poe. No he hecho más que empezar.

—Pues entonces tiene dos opciones —dijo Poe dirigiéndose a Royal-Cross—. O pido que vayan a buscarnos palomitas mientras Tilly dedica las próximas dos horas a explicarnos cuál es su problema, o se sienta a escuchar lo que tiene que decirle.

—¡De acuerdo! —dijo ella, suspirando—. Cuéntame esa *fake news*. Prefiero morir antes que seguir escuchando esa sandez.

—Así me gusta —dijo Poe.

43

Kane Hunt no está muerto, querido —dijo Karen RoyalCross—. Ese hombre es un maestro de los trucos para hacerse publicidad y se veía perfectamente que seguía respirando cuando fingió caerse de la silla.

—Pero no murió en pleno programa de *La hora de Morgan Soames* —dijo Bradshaw—. Murió tres días más tarde, en el hospital.

—Eso es lo que tú crees, claro.

—Es usted muy tonta.

Karen Royal-Cross frunció el ceño.

—¿Te han dicho alguna vez que tendrías que mejorar esos modales?

—Poe me lo dice prácticamente todas las semanas —dijo Bradshaw. Giró su tableta para que Karen Royal-Cross pudiera ver la pantalla—. Ahora haga el favor de mirar estas fotografías.

—Y yo que creía que el sargento Poe era un imbécil… —Ni siquiera acabó la frase—. ¿Qué demonios es eso?

Poe se asomó por encima de su hombro. Kane Hunt aparecía sobre la mesa de autopsias, con la caja torácica abierta. No tenía muy buen aspecto.

—Es una fotografía de la autopsia de Kane Hunt, Karen Royal-Cross. El Botánico usó hioscina para matarlo. Puedo asegurarle que no fue un truco para hacerse publicidad.

Karen Royal-Cross se quedó mirando la tableta, horrorizada.

—Pero creía que…

—Ahora mire esta —dijo Bradshaw, a la que le importaba un bledo lo que creyera Karen Royal-Cross—. Este es Harrison Cummings en su bañera. He pixelado su pene, pero, como puede ver, está muerto. En este caso, el Botánico usó una neurotoxina presente en el pez globo.

—Y esta es la mejor parte —añadió Poe—. Por ahora no tenemos ni idea de cómo lo hace…

—¿Por qué a mí? —dijo Karen Royal-Cross, sollozando—. ¿Qué le he hecho yo a nadie?

Poe miró a Bradshaw y sacudió la cabeza. Por muy tentador que fuera, no era el momento de enumerar todas las razones posibles de que la gente hiciera cola para matarla.

—Necesitamos ese sobre —le urgió Poe—. El poema nos dirá qué veneno planea usar, y el sobre confirmará si es o no es un imitador.

Como ya había tirado la flor prensada a la basura, el poema y el sobre eran lo único que tenían. El Jardín Botánico de Londres aún no había identificado la planta que aparecía en el vídeo que Karen Royal-Cross había publicado.

—Necesito que piense —dijo Flynn—. ¿Dónde ha podido dejarlo?

—No me acuerdo.

—¿Usted recicla, Karen Royal-Cross? —preguntó Bradshaw.

—Claro que no. El cambio climático es una conspiración global creada por la industria del acero china.

—Jefa, ¿puede venir un equipo de registro? —dijo Poe al instante. Lo último que querían era que Bradshaw les diera una charla de tres horas sobre lo rápido que se deshacían los icebergs y por qué existía la posibilidad de que las generaciones futuras necesitaran agallas—. Si el sobre está aquí, lo encontrarán.

Los ojos de Karen Royal-Cross se abrieron de par en par.

—¿Un equipo de registro? —dijo.

—Sí —contestó Poe, seguro de que había tocado hueso—. Espero que no tenga nada ilegal.

—Me acabo de acordar de dónde lo puse. —Levantó el cojín sobre el que estaba sentada y le dio el sobre arrugado. Poe se puso unos guantes de látex y lo cogió. Le dio la vuelta al sobre y vio un dibujo científico en el dorso. Estaba hecho con tinta negra y era exquisitamente detallado.

—Es él —dijo Poe. Le enseñó el dibujo a Flynn—. Ahora ya no le costará identificarla a los del Jardín Botánico.

—Voy a mandarle una foto a la comisaria Mathers —dijo Flynn, cogiendo su móvil.

Poe abrió el sobre y sacó el poema con mucho cuidado. Estaba escrito en papel caro. Eran catorce versos:

Para hacer la judía letal,
para que sea cruel y realmente fatal,
apunta bien este guion:
mezcla cola de cachorro y diente de león,
también la lengua de una perdiz,
baba de un caracol feliz,
lágrimas de una anciana.
¿O tal vez baste con acetona llana?
Machaca hasta que quede cremoso
y déjalo siete días hermosos.
Mas no la toques:
pues no hay antídoto real
cuando uno prueba la judía letal.

Poe releyó el primer verso y el octavo.

—¡Todo el mundo fuera! —ordenó—. ¡Ya!

—Un momento, señora —dijo Flynn al teléfono—. ¿Qué pasa, Poe?

—Necesitamos especialistas, jefa.

—¿Por qué?

—Este poema habla de una judía venenosa.

—¿Y?

—También menciona la acetona.

—Mierda —dijo Flynn. Empezó a susurrar al teléfono.

—¿Qué pasa? —preguntó Karen Royal-Cross—. Me están asustando. ¿Por qué es importante la acetona? No es más que lo que ponen en el quitaesmalte.

—Ricina —dijo Poe—. La acetona se usa para hacer ricina.

44

Quería vendérselo a la prensa en cuanto nos fuéramos —dijo Flynn al teléfono — … Sí, es una imbécil. No se ha acordado de dónde estaba hasta que le hemos mencionado el equipo de registro… Vale, yo me encargo. Hasta luego, comisaria. —Volvió a meterse el móvil en el bolsillo. Se giró y los miró a todos—. ¿Y bien? ¿A qué esperáis? ¡Todo el mundo fuera!

La habitación empezó a vaciarse. Karen Royal-Cross pasó por delante de Poe, que la agarró del brazo.

—Usted no —dijo.

—No pienso quedarme aquí —dijo ella.

—¿Qué pasa, Poe? —preguntó Flynn.

—No sabemos cómo administra sus venenos. Es posible que ya lo lleve encima sin saberlo. No podemos arriesgarnos a exponer a nadie más.

—Pero tampoco podemos dejarla sola aquí.

—Yo me quedo con ella —contestó—. Al menos hasta que los chicos de materiales peligrosos digan que el piso y ella están limpios.

—¿Por qué tú?

—Tú tienes que coordinar la operación y Tilly probablemente la mataría de aburrimiento con estadísticas sobre el cambio climático.

Bradshaw asomó la cabeza por la puerta.

—Te he oído.

—¿Voy a morir, sargento? —preguntó Karen Royal-Cross.

Ahora mismo mentir no era la mejor opción. Necesitaba que estuviera asustada. La gente que tiene miedo hace lo que le dicen.

—Puede —contestó.

Ella suspiró.

—Bueno, mi madre decía que no hay problema en el mundo que no pueda solucionarse con una buena taza de té. Voy a encender el hervidor.

—¿Es que no ha oído nada de lo que hemos dicho? La está amenazando con ricina. Eso es una sentencia de muerte. No tiene cura. No hay vacuna. Si entra en su organismo, está muerta. Así de sencillo.

—¿Qué me está diciendo?

—Que no encienda el puto hervidor.

—Supongo que no tendrá problema con que me tome mi medicación, ¿verdad? —dijo, haciendo un mohín.

—¿Qué medicación?

Hunt tomaba sildenafil para la disfunción eréctil y Cummings se controlaba el colesterol con estatinas. Sus pastillas habían sido analizadas y estaban limpias.

—Es confidencial —dijo.

Entonces era algo que le daba vergüenza.

—Como quiera —dijo Poe—. De todos modos, el equipo de registro lo va a encontrar.

Ella cogió un bolso de color chillón cubierto de lentejuelas y sacó una cajita de cartón. Se veía la etiqueta blanca que deben llevar todos los medicamentos con receta. Se la dio a Poe.

Aún llevaba los guantes de látex, pero se puso otros con algo de dificultad. Duplicar era buena práctica. Karen Royal-Cross estaba tomando orlistat. Poe leyó el prospecto. Era un inhibidor de lipasas, un fármaco diseñado para tratar la obesidad. Evitaba la absorción de un tercio de las grasas en la comida.

—Piensa que estoy gorda, ¿verdad? —dijo ella.

—Yo no pienso en usted —contestó Poe.

—Qué encanto.

—¿Quién le receta esto?

—Lo pido por internet.

—Pero se lo prescribiría su médico de cabecera, ¿no?

—Sí, lo hizo. Aunque me sugirió que primero probara Slimming World, la organización para pérdida de peso.

—¿Y usted no quiso? —dijo Poe—. Prefirió la solución fácil.

—Hombre, claro. ¿Se imagina lo que habrían dicho los periódicos?

—¿Dónde va a recoger la medicación?

—Siempre pongo la opción de entrega a domicilio y en un par de días lo recojo en el buzón. No tengo ni idea de quién hace la entrega.

—¿Cuándo se la tomó por última vez?

Poe dudaba que estuviera en su medicación: la ricina actuaba rápidamente y, por desgracia, aquella mujer seguía teniendo buen aspecto.

—Me tomo uno cada día, con la cena.

—¿Se encuentra bien?

—¿Cree que el veneno está en las pastillas?

—Si lo estuviera, ahora mismo estaría en coma.

—En serio, tiene que trabajar esa caballerosi….

El teléfono de Poe empezó a sonar. Era Flynn.

—¿Seguís vivos?

—Aquí estamos.

—¿Cómo está KRC?

—Sigue tocando las narices.

—Tengo buenas noticias —dijo Flynn—. La comisaria Mathers va a colaborar. Le ha conseguido una cama a esa imbécil en la unidad de máximo aislamiento del Royal Free Hospital. Ellos suelen tratar la fiebre hemorrágica viral, pero Mathers ha convencido al asesor de que existe un grave riesgo para la salud pública. La van a meter en una tienda especialmente diseñada con ventilación controlada. La cuidará el personal de la unidad de enfermedades infecciosas.

—Gran idea. Cummings y Hunt debieron ingerir el veneno cuando estaban en casa, aunque aún no sepamos cómo. La forma más segura de hacer esto es sacarla de su casa y meterla en un entorno que podamos controlar.

—Eso es lo que me ha dicho Mathers, casi palabra por palabra. La irá a recoger una ambulancia. Los enfermeros y el conductor serán policías.

—¿Por?

—Pues porque no hemos tenido tiempo de pasar a nadie por el filtro de las autorizaciones.

—Bien pensado —dijo Poe—. ¿Van a poner vigilancia en el hospital?

—Sí. Ya han perdido a un diputado, así que no se van a andar con chiquitas. Tenemos que cambiarnos de ropa y pasar por un baño de descontaminación, pero luego nos reuniremos con Mathers en el puesto de mando que ha montado en la unidad de aislamiento.

Poe no creía que pudiera hacerse nada más. Si el Botánico conseguía acceder a Karen Royal-Cross en una unidad de aislamiento rodeada de policía, solo les quedaría llamar a un sacerdote católico, porque la única explicación posible sería que era obra de un fantasma.

—¿Qué está pasando? —preguntó Karen Royal-Cross nada más colgar.

Poe la miró con una sonrisa malvada.

—¿Ha visto un episodio de *Seinfield* que se titula «El chico burbuja»?

—Pues sí.

—Bien, porque usted va a protagonizar la versión británica.

45

El pabellón de máximo aislamiento abarcaba la mitad de la unidad de enfermedades infecciosas, aunque, en caso de emergencias, el resto podía habilitarse para uso de categoría cuatro. Incluía la unidad de camas, un área muy restringida donde el paciente era aislado, y una zona específica donde médicos y enfermeros se quitaban los EPI con seguridad. Tenía laboratorios, antesalas y puestos de enfermería, todo cuanto necesitaba un hospital moderno para tratar a los pacientes muy contagiosos.

La unidad de camas era una sala cuadrada dominada por una cámara de aislamiento. Su estructura de metal estaba envuelta en plástico transparente de manera que parecía un politúnel de alta tecnología. Un dispositivo de filtración proporcionaba ventilación de presión negativa, para que los patógenos transportados por el aire permanecieran en su interior. El plástico tenía mangas incorporadas para que médicos y enfermeros trataran al paciente. Al pie de la cámara había otra cámara cubierta pequeña por donde le daban bebida, alimentos o cualquier cosa que necesitara. Todo lo que pasaba en la otra dirección, incluidos los desechos humanos, se guardaban en una cámara presurizada, o autoclave, que lo sometía a vapor saturado y presurizado.

A pesar de que Karen Royal-Cross estaba completamente sana, el doctor Mukherjee, un hombre asiático con acento de Glasgow que era asesor en enfermedades infecciosas, la trataba como si fuera contagiosa.

—Aunque al final no sea nada, al menos habremos practicado el protocolo —dijo—. Si no te preparas, prepárate para el fracaso.

Eso significaba que Poe y el resto de la policía tenían que vigilar a Karen Royal-Cross a través del sistema avanzado de vídeo y el sistema de comunicaciones de la planta. Los únicos que podían entrar en la unidad de camas eran médicos y enfermeros.

El doctor Mukherjee entró en la sala que estaban utilizando como puesto de mando. Se abrió una lata de Coca-Cola y tomó asiento al lado de Poe.

—Cada vez que orine, analizaremos sus biomarcadores urinarios para ver si hay ricina —dijo.

—¿Qué es eso?

—Un alcaloide presente en las semillas de ricino. Por eso le estamos haciendo beber tanta agua: cuanto más orine, más podremos controlarlo.

—¿Qué harán si el Botánico logra acceder a ella? —preguntó Poe.

—No creo que pueda.

—Imagínelo.

—Creen que está en peligro, ¿no?

—Por ahora ha conseguido matar a todos sus objetivos —admitió Poe—. No tenemos ni idea de cómo les administra el veneno, así que tampoco sabemos cómo evitarlo.

—Pero esta mujer está bajo vigilancia las veinticuatro horas.

—Harrison Cummings también lo estaba.

—En ese caso podríamos ponerle respiradores. Llenarla de líquidos. Controlar las convulsiones y las bajadas de presión arterial.

—¿Y luego qué? —preguntó Poe.

—La veríamos morir —contestó Mukherjee.

46

Cuánto tiempo han dicho que pueden tenerla aquí, comisaria? —preguntó Flynn a la comisaria Mathers.

—A no ser que entren casos infecciosos de verdad, dos semanas. Nosotros cubriremos parte de los gastos y lo van a tramitar como una actividad de prácticas conjuntas.

—En el peor de los casos, todos ensayamos un escenario de ataque con ricina en la capital —dijo Poe.

—¿Cree que es capaz de intentar colarse en este sitio, sargento?

Poe miró el centro de mando improvisado. Se encontraba en una sección apartada del puesto de enfermería. Cualquiera que entrara en la unidad de camas tenía que pasar por delante de los agentes que había seleccionado Mathers. Estos comprobaban su identidad y luego un miembro del personal confirmaba que trabajaba en esa planta. El equipo médico estaba acostumbrado a controlar el sistema de vídeo y comunicaciones de la unidad, y ahora los agentes también estaban pendientes de la pantalla.

—No veo cómo —admitió Poe.

—Pero…

—Pero habría dicho lo mismo sobre Harrison Cummings. El Botánico logró llegar hasta él y estaba rodeado por un comando especializado.

—Eso es lo que temo yo. No estoy tan confiada como me… —La interrumpió un chasquido de estática de su radio. Inclinó la cabeza, apretó el botón de transmisión y dijo—: Repite. —Mathers escuchó y frunció el ceño—. Vale, gracias. Está bien.

—¿Algún problema? —preguntó Flynn.

—El Botánico ha vuelto a llamar.

Poe se levantó de la silla. No sabía por qué.

—¿Y? —dijo.

—Quiere hablar con Henning Stahl. El sargento con el que ha hablado le ha dado el número del centro de mando. Llamará dentro de dos horas.

—¿Por qué quiere esperar tanto? —dijo Flynn.

—Sabe dónde estamos nosotros y dónde está Stahl —dijo Poe—. Sabe que tenemos que ir a buscarlo.

—¿Nos está vigilando?

—O adivinando lo que vamos a hacer. Voy a buscar a Stahl.

—Que lo lleve un coche patrulla. Les diré que pongan las luces de emergencia y la sirena para que vayan más rápido.

47

No podemos permitir que hable con el Botánico en este estado —dijo la comisaria Mathers—. Está demasiado borracho.

Tenía razón. Poe lo había encontrado en el bar del hotel, rodeado de vasos vacíos. Como si hubiera dado una fiesta.

—Entonces ¿qué hacemos? Está borracho, sí, ¿y qué? Si el Botánico lo conoce, sabrá que es alcohólico. Si no lo conoce, podemos mandarle una ecografía de su hígado.

—¿Inspectora Flynn? —dijo Mathers.

—Entiendo que quiera ser precavida, comisaria, pero Poe también tiene razón. Si lo retrasamos, es posible que no vuelva a llamar. Yo creo que merece la pena arriesgarse.

—¿Dónde está Stahl ahora mismo?

—Un par de habitaciones más allá —dijo Poe—. El doctor Mukherjee le ha puesto una vía para subirle los niveles de agua, vitaminas y azúcar en sangre.

—¿Así estará sobrio?

—Ni idea. Pero nada más verlo, dijo que le iba a tratar la intoxicación etílica.

Mathers hundió la cabeza entre las manos.

—¡Qué desastre! —exclamó.

—Al menos hay que intentarlo —dijo Poe—. No ha visto la que tenemos montada ahí fuera. Hay pirados manifestándose en la calle para apoyarlo, haciendo cola para comprar camisetas del Botánico, como críos esperando a ver a Santa Claus en un centro comercial.

—Sabemos lo de las camisetas. Amazon ha accedido a retirar todos los artículos del Botánico, pero ya sabe cómo son los comercios que venden a través de ellos. Ya están saltándose la prohibición de Amazon vendiendo camisetas que no mencionan su nombre. «El servicio público no es asesinato» o «Mándale un poema» son los dos artículos más vendidos a día de hoy.

—Y, si sigue escogiendo víctimas que no resultan simpáticas, la cosa no va a hacer más que empeorar. Ahora ya tiene seguidores de culto: imagine lo que ocurrirá si consigue llegar hasta Karen Royal-Cross. La mayoría del país se alegraría.

Mathers gimió.

—De acuerdo, que hable con Stahl…

—Y tenemos que cambiar de discurso —dijo Poe.

—¿Cómo?

Poe pensó en lo que estaba haciendo el Botánico, marcándose como objetivo a cabrones de renombre, algo que había a espuertas en el Reino Unido. El público no se volvería en su contra a no ser que cometiera el error de matar a la persona equivocada. Y por ahora no había metido la pata ni una sola vez. Teniendo en cuenta lo que estaba haciendo, parecía poco probable.

—Yo no me creo la historia que intenta hacernos creer —contestó—. No quiero engrandecerlo, pero, de momento, está siendo impecable. No ha dejado ni un rastro de prueba y ha matado a quien dijo que iba a matar.

—¿Entonces?

—¿Cómo demonios ha llegado a ser tan bueno?

Mathers lo miró con sagacidad.

—Ensayando —continuó—. Así es como lo ha conseguido. Practicando con gente a la que nadie echaría de menos.

—Y teniendo en cuenta lo bien comunicado que está el Reino Unido, no creo que lo hiciera aquí —dijo Mathers—. Hay una población sin techo, pero la gente lo notaría si alguno desapareciera. Además, ¿dónde lo haría?

—Exacto. Vivo en uno de los rincones menos habitados del país, y hasta allí se darían cuenta si alguien estuviera haciendo experimentos con seres humanos. Para este tipo sería arriesgarse demasiado.

—Entonces practicó en el extranjero.

—Yo diría que sí. En algún sitio aislado.

—Voy a redactar una notificación azul para emitirla hoy mismo.

Poe asintió. Una notificación azul era una solicitud emitida a través de la Interpol para identificar y obtener información sobre una persona de interés en una investigación criminal. Si el Botánico había dejado rastros en otro país, una notificación azul era el primer paso para buscarlos.

El teléfono designado para la conversación empezó a sonar. Todos se miraron.

—¿Estamos listos? —preguntó Mathers.

Poe y Flynn asintieron.

Apretó el botón de contestar y la voz del Botánico inundó la habitación.

48

Comisaria Mathers al aparato —dijo—. ¿Con quién hablo? —Ya sabe quién soy —contestó el Botánico—. ¿Está ahí el señor Stahl?

—Ahora mismo está con un médico. Pero puedo ir a buscarlo.

—Si le están atendiendo, no hace falta que lo moleste.

—Ah. Creía que quería hablar con él.

—Sí, pero no por teléfono. Lo haré cara a cara.

—¿Cara a cara? —repitió Mathers.

—Sí.

—¿Aunque lo detengamos allí mismo?

—Ese es problema mío, no suyo, comisaria.

—¿Por qué quiere hacer esto?

—Henning Stahl era un buen periodista —dijo el Botánico—. Quizá pueda volver a serlo.

—¿Cuándo será el encuentro?

—Mañana.

—¿Dónde?

—Ajá —dijo el Botánico—. Casi me engaña con sus astutos trucos policiales. Les diré dónde cuando se acerque el momento.

—¿Eso es todo?

—Por ahora.

—No —dijo Poe alzando la voz.

Mathers lo miró horrorizada.

Flynn dijo furiosa, entre dientes:

—¡Poe! ¿Qué coño haces?

—¿Quién es? —preguntó el Botánico.

—Sargento Washington Poe.

—¿Cómo que «no», sargento?

—Mire, no le estoy tomando el pelo —dijo Poe—. Esto no es ninguna táctica de negociación. He dicho que no porque usted no quiere reunirse con Henning Stahl mañana.

—Ah, ¿no?

—No. La elección de su interlocutor responde a una de estas dos razones: o porque quiere que escriba su historia…

—¿O?

—O porque quiere matarlo.

—Continúe.

—Si es por la primera razón, tengo que decirle que el señor Stahl está hecho un desastre ahora mismo. Es alcohólico. Tiene el hígado muy dañado y, cuando salgan los resultados de la analítica, apostaría a que también saldrá el alfabeto de la hepatitis al completo. A las nueve de la mañana ya está borracho y la cosa solo va a más. Si le quitamos el alcohol antes de que se vean, tendrá síntomas de abstinencia potencialmente fatales.

—¿Y si quiero matarlo?

—Ya lo está haciendo él a base de alcohol —dijo—. ¿Tanta satisfacción le daría? El pobre hombre probablemente lo agradezca.

El Botánico no contestó.

Mathers miró a Poe asintiendo:

—Buen trabajo —susurró.

—Tengo una solución —dijo Poe.

—Ya lo imaginaba.

—Deme dos semanas.

—¿Y qué gana con eso?

—En dos semanas puedo prepararlo —dijo Poe—. He hablado con un médico y, según él, la adicción del señor Stahl es tan severa que requiere una desintoxicación bajo supervisión médica. Le tratarán como un paciente hospitalizado y, cuando salga, estará sobrio.

—¿Ha accedido el señor Stahl?

—Aún no lo sabe, pero yo creo que lo hará.

—Tiene diez días —dijo el Botánico antes de cortar la llamada.

49

El doctor Mukherjee tramitó el ingreso de Henning Stahl en un centro de desintoxicación a las afueras de Londres. Mathers hizo que un convoy de la policía lo llevara. Stahl fue voluntariamente. Poe pensaba que el periodista había reconocido que el Botánico le estaba dando la posibilidad de salvarse, por la razón que fuera.

—¿Y ahora qué? —dijo Mathers—. Karen Royal-Cross está bajo vigilancia las veinticuatro horas y Stahl va a pasar las peores cuarenta y ocho de su vida. Tenemos diez días para planear una operación que podría producirse en cualquier rincón del país. ¿Se me escapa algo?

Poe creía que no. Bradshaw negó con la cabeza.

—¿Su equipo va a seguir trabajando sobre las pistas? —preguntó Flynn.

—Las que tenemos, sí.

—¿Puedo dar descanso a mi equipo un par de días? Hemos estado a tope con esto y a mí no me importaría ver a mi hijo.

—Tómense más tiempo, si lo necesitan. Tengo sus teléfonos móviles y los llamaré si surge cualquier cosa importante.

—¿Te parece bien, Poe?

—Sí, jefa. Me voy al norte.

—¿Vas a ver a Estelle? —quiso saber Flynn.

—Sí.

—¿Y podrás ver también la escena del crimen?

—La Policía de Northumbria aún no la ha desprecintado.

—Dile que me acuerdo de ella.

—Lo haré.

—Tilly, ¿tú qué vas a hacer?

—Me voy con Poe. Quiere que revise las pruebas contra Estelle Doyle, inspectora Flynn. Dice que tal vez aporte «respuestas científicas», aunque no sé a qué se refiere.

—Es que está atascado, Tilly.

Poe asintió.

—Odio los misterios de la habitación cerrada.

50

Poe salió de inmediato y llegó a Cumbria antes de medianoche. Dejó a Bradshaw en el Shap Wells hotel y cogió el *quad* hasta Herdwick Croft.

Estaba agotado y los dos casos empezaban a mezclarse en su cabeza. Ambos eran imposibles y urgentes. Alguien capaz de levitar sobre nieve virgen había asesinado al padre de Estelle Doyle, y el Botánico estaba matando con toda impunidad. Era incapaz de explicar ninguno de los dos y cada vez había más en juego.

Al alcanzar la última cumbre, que se veía negra en contraste con el cielo estrellado, escribió un mensaje a Mathers, pidiéndole noticias. La comisaria contestó al instante. Karen Royal-Cross seguía igual, y no se había avanzado con ninguna línea de investigación. Acababa el mensaje diciéndole que descansara y volviera renovado.

«Complicado», pensó Poe. Él había ido allí a trabajar.

Encendió el generador y la estufa de leña. No tenía hambre, pero se abrió una botella de Spun Gold y se la bebió de un trago. Luego se llevó otra arriba para tomársela en la cama. Qué ironía, pensó. Henning Stahl probablemente estaría atado con correas, sudando, en pleno mono, cubierto de vías que iban llenando de medicación y líquidos su cuerpo destrozado por el alcohol, mientras él bebía una cerveza en la cama.

Alzó la botella, dio un trago y dijo:

—Que se mejore, amigo.

Ania Kierczynska, la abogada de Estelle Doyle, había conseguido autorización para que Poe y Bradshaw entrasen a ver a su clienta como visitas oficiales. Eso significaba que podrían verla en una sala privada en vez de en la sala de visitas común.

El centro penitenciario de Low Newton era una cárcel de mujeres de máxima seguridad situada en el pueblo de Brasside, en el condado de Durham. Entre sus reclusas históricas figuraban Rosemary West o la asesina en serie Joanna Dennehy. Era una prisión seria.

Hacía años que Poe no entraba allí y el procedimiento de acceso había cambiado completamente. Antes, solo tenía que enseñar su placa y lo dejaban pasar. En esta ocasión le hicieron sentarse en una silla de seguridad que escaneaba los orificios corporales. Una vez hubieron comprobado que no llevaba ningún móvil metido por el recto, le entregaron un pase

plastificado y le dijeron que podía entrar. Se dio la vuelta para esperar a Bradshaw. Estaba enfrascada en una conversación con la funcionaria de prisiones que operaba la silla.

Poe frunció el ceño y se acercó.

—¿Algún problema? —preguntó—. No me diga que Bradshaw ha dado positivo…

—¿Por qué iba a llevar metal metido por el ano, Poe? —contestó Tilly—. Le estaba preguntando a esta señora si el campo magnético de baja intensidad que se usa en la silla para detectar metales conductores está configurado con un interferómetro de Mach-Zender.

—Es verdad —dijo la funcionaria—. Exactamente eso es lo que me ha preguntado.

—He leído en algún sitio que sí, Tilly —dijo Poe—. Venga, que nos espera Estelle.

51

Estelle Doyle no cumplía condena; estaba en prisión preventiva. Eso significaba, entre otras cosas, que no tenía que llevar el uniforme de la cárcel. Aunque Poe dudaba que hubiera vestido así en toda su vida. Llevaba un jersey sin forma y unos vaqueros tan holgados que tenía que sujetárselos con la mano izquierda. Seguro que los habían sacado del armario de prendas sueltas de la cárcel. Parecía una niña que ha perdido el uniforme del colegio. Cuando estiró la mano para saludarlos, Poe la estrechó un poco más de lo habitual. Ella también apretó la suya con sus dedos fuertes y finos. Poe bajó la mirada y vio sus venas azules bajo la piel traslúcida. Giró un poco su muñeca para comprobar si tenía moratones en el antebrazo. No tenía ninguno.

—No te preocupes, Poe —dijo ella suavemente—. Aquí dentro me llaman la Doctora Muerte. Mi compañera de celda, una adicta a la heroína encantadora llamada Britney, anoche se puso a «cacarear como una p…» en sus propias palabras. Se clavó un cepillo de dientes afilado que llevaba en el muslo, solo para alejarse de mí. Se cortó la vena femoral. Intenté ayudarla presionando la herida, pero me tenía tanto miedo que apretó el botón del pánico. Creo que está viva.

Poe le soltó la mano y se sentó en una de las dos sillas de plástico. La mesa de formica estaba marcada con quemaduras de cigarrillo. Un cenicero de papel de aluminio era lo único en la habitación que no estaba clavado al suelo. El cubículo olía a humanidad, desinfectante industrial y desesperanza.

—Aquí dentro es mejor que te tengan miedo —dijo él.

Ella lo miró intensamente.

—No estoy de acuerdo —contestó por fin.

—¿Puedo darte un abrazo, Estelle Doyle? —preguntó Bradshaw.

—Me gustaría, Tilly.

Bradshaw rodeó la mesa. Se dieron un abrazo largo, lo suficiente para despertar el interés de la funcionaria que vigilaba la sala de visitas. Poe la miró sacudiendo la cabeza:

—Está bien —dijo, sin llegar a decirlo en alto.

Una vez se hubieron abrazado, Doyle tomó asiento. Tenía los ojos brillantes. Poe hizo como si no lo hubiera visto. A veces, la inocencia de Bradshaw era justo lo que necesitaba la gente.

—¿Pedimos la carta de vinos, Poe? —dijo Doyle.

—Él solo bebe cerveza, Estelle Doyle —contestó Bradshaw.

Doyle sonrió. Poe también.

—¿Qué? —dijo Bradshaw.

—Tu abogada dice que tienen controlado el móvil que va a utilizar la fiscalía en tu contra —dijo Poe—. Que el nuevo testamento de tu padre no cambió tanto a efectos materiales.

—Eso me ha dicho.

—Si no tienen móvil, nuestra teoría alternativa cobra más fuerza.

—¿Y cuál es esa teoría alternativa?

—Que alguien te ha tendido una trampa.

—¿Es tu teoría?

—No —contestó—. Es *nuestra* teoría.

—Soy doctora y patóloga. No estoy en posición de hacer ese tipo de enemigos.

—Te sorprendería lo fácil que es que alguien te guarde rencor. Tilly está sacando perfiles de la gente contra la que has testificado.

—Pues si eso es verdad…

—Lo es.

—… alguien se ha tomado bastantes molestias —dijo Doyle—. Si tanto me odian, parece hasta grosero defenderme.

Poe se quedó pensándolo.

—Y una mierda —dijo él.

—¿Hasta cuándo estáis aquí?

—Tres días más. Espero que la policía de Northumbria desprecinte la escena del crimen antes de que tengamos que volver al sur.

—Yo preferiría que no fueras a casa de mi padre, Poe.

Su comentario lo cogió por sorpresa.

—¿Por qué?

Doyle no contestó.

—¿Por qué no, Estelle? —insistió—. Tengo que ver dónde pasó.

—No quiero que veas dónde vivía mi padre —dijo ella, por fin.

—¿Es porque era pobre? —dijo Bradshaw—. Porque a Poe no le importan ese tipo de cosas, ¿verdad, Poe?

—Sabes que he visto fotos de su despacho, ¿no? —dijo Poe a Doyle—. Y Elcid no era pobre precisamente, Tilly. Al contrario: era bastante rico.

—Aun así, Poe, no quiero que veas dónde vivía.

Poe no lo entendía. Él trabajaba mejor después de ver todo personalmente, una vez tenía una imagen grabada en el fondo de su mente a la que no dejaba de darle vueltas y que le quitaba el sueño. Y Doyle lo conocía lo suficiente como para saberlo. Le estaba ocultando algo.

Se cruzó de brazos.

—En cuanto desprecinten, pienso entrar.

—Eres muy muy testarudo, Poe —dijo Doyle con un suspiro.

—No pienso dejar tu futuro en manos de un fotógrafo de mierda de la policía científica y una jefa de investigación ambiciosa. Eres la mala de su película y no se están planteando otras explicaciones posibles. Y si no se lo están planteando, lo único que habrán fotografiado son cosas que encajen con su narrativa. Quiero ver lo que no han fotografiado.

—Pero…

—Estelle, te voy a ser sincero —dijo él interrumpiéndola—. Tilly va a desmontar el positivo que diste en la prueba de residuos de disparo con argumentos científicos. Cuando lo haga, los reclusos que esperan en el corredor de la muerte de Florida empezarán a presentar apelaciones.

—Supongo que esta charla inspiradora tendrá moraleja, ¿no?

—Me temo que sí.

Doyle ladeó la cabeza. Sus labios se torcieron en una media sonrisa.

—No conseguimos explicar cómo se puede cruzar un lugar con nieve virgen sin dejar huella —continuó Poe—. Y ahí está la clave. Si no logramos situar a nadie más en la escena del crimen, apaga y vámonos. —Pensó en lo que acababa de decir, y se dio cuenta de su error—. Bueno, tú no, claro, pero ya sabes a qué me refiero.

—¿Y crees que este enigma se va a aclarar visitando la casa?

Poe dudó antes de contestar. En la cárcel, la falta de esperanza mata (y lo hace literalmente), pero tenía que preparar a Doyle para lo que era probable que ocurriera. Podían desmontar todos los argumentos de la fiscalía que quisieran, pero, si no explicaban la base de su acusación, Doyle acabaría siendo condenada por el asesinato de su padre. Sin peros ni conjeturas; eso es lo que pasaría. Poe eligió sus palabras con sumo cuidado.

—Estelle, sé que no mataste a tu padre —dijo—. Y eso significa que lo hizo otra persona. Esa persona no estaba dentro de la casa cuando llegó la policía, y no hay pruebas que demuestren que la abandonara antes de que tú llegaras. A no ser que Tilly consiga explicar el estado de la nieve, tiene que haber algo en la casa que se le haya pasado por alto a la policía de Northumbria.

—¿Y si no lo encuentras?

—Pasarás los próximos veinte años aquí dentro.

Se tomó un momento en silencio y dijo:

—Gracias, Poe.

—¿Por qué?

—Por tu sinceridad. —Doyle miró a Bradshaw—. A ver, Tilly, ¿es posible que alguien camine por la nieve sin dejar huella?

—Legolas —contestó—. Los seres humanos son incapaces.

Las dos miraron a Poe. Doyle reprimió una sonrisa.

—¡Ajá! Esa sí que me la sé —dijo Poe—. Es un elfo de *El señor de los anillos*. Lo leí en el colegio.

—Sí, Poe. Un elfo sindar del Reino del Bosque.

—Friki.

52

Cuéntame en qué estáis trabajando —le pidió Doyle—. Así me distraigo.

—¿Has oído hablar del Botánico? —preguntó Poe.

—Algo he oído, pero poca cosa. Las otras reclusas prefieren ver *Geordie Shore* a las noticias. También les gusta gritar «putilla» a las mujeres que salen en el programa, no sé por qué, pero me da que esa es otra historia.

Poe se pasó cinco minutos explicándole en qué punto estaba la investigación. Bradshaw hizo su aportación con los nombres en latín de los venenos y algunos datos científicos.

Cuando terminaron, Doyle preguntó:

—¿Qué sabes de venenos, Poe?

—Probablemente menos de lo que debería.

—Cuéntame lo que sabes.

—Se utilizan para asesinar a distancia. El autor no necesita estar presente cuando se administra el veneno a la víctima.

—¿Qué más?

—Se les puede administrar pequeñas cantidades durante un tiempo o, como hace este, darles una dosis grande con la que es imposible que sobrevivan.

—¿«Este»? Sé que es solo un mito que la mayoría de los asesinos que utilizan veneno son mujeres, pero pareces más seguro de lo que deberías del género del asesino.

—Poe ha hablado con él, Estelle Doyle —dijo Bradshaw.

—Ah, ¿sí?

—Es un fanfarrón —dijo Poe— Deberías ver la que se ha armado, Estelle. Un montón de imbéciles con camisetas. Salen en las noticias diciendo que es el comienzo de una revolución.

—¿Por qué?

—Escoge víctimas que no generan simpatía precisamente: Kane Hunt era un misógino asqueroso, y Harrison Cummings, un diputado corrupto. Logramos dar con su siguiente objetivo en el último momento, pero podría decirse que ella es la peor de todos: la encarnación del racismo monetizado.

—¿Y cómo lograsteis llegar a tiempo? Has dicho que les daba dosis con las que no pueden sobrevivir.

—Porque, lo creas o no, les advierte antes de envenenarlos. Les manda un poema y una flor prensada por correo. Y ambos guardan relación con el veneno que va a utilizar.

Aquello no sorprendió a Doyle tanto como Poe esperaba.

—Supongo que los dos tipos que han muerto estaban siendo protegidos cuando murieron…

—El diputado, sí —contestó Poe—. No supimos lo de Kane Hunt, la primera víctima, hasta que se desplomó en plena emisión en directo.

—Les da el veneno antes de advertirles. Hace que se lo administren ellos.

—¿Cómo?

—Será algo sencillo. —Doyle estaba pensativa—. ¿Qué cosas hacemos a diario?

—Comer. Beber. Dormir. Lavarnos los dientes. Ducharnos.

—Cargar el portátil, el móvil, la tableta —añadió Bradshaw.

—O sea, lo típico —dijo Poe—. Pero ya hemos descartado todo eso. Se ha analizado todo lo que pudieron tocar las víctimas.

—Poe hasta se metió en la bañera y comprobó los grifos, por si el señor Cummings se hubiera cortado al echar más agua caliente con el pie.

—¿No estará sobornando o amenazando a alguien para que les dé el veneno?

—No podemos descartarlo —admitió Poe.

—¿Pero?

—Pero no creo que lo haga así. Este tío es cuidadoso. Sobornar a alguien deja demasiadas variables.

—¿Y no crees que los obligue a tomárselo solos? ¿Amenazándolos con revelar algún secreto vergonzoso?

Poe soltó una risa socarrona.

—Cummings no tenía el gen de la vergüenza —contestó—. Y Hunt era un idiota frívolo. Y, si amenazara a Karen RoyalCross con revelar uno de sus secretos, la tipa empezaría a decir que no es más que una *fake news* y culparía de todo a los inmigrantes.

—Pues entonces —dijo Doyle—, da la sensación de que ha estado esperando toda la vida para cometer un crimen imposible y de repente se han presentado dos al mismo tiempo.

—Te juro que estoy a un cabreo de decir que es cosa de magia negra y marcharme a casa.

Miró su reloj. Les habían dado dos horas para la visita y quería aprovecharlas al máximo. Probablemente tener a Doyle fuera de su celda, hablando de algo normal, al menos para ella, era preferible a estar encerrada intentando leer grafitis indescifrables. Además, su cerebro era potente como el de Bradshaw: discutir un caso con ella siempre era tiempo bien invertido.

—Háblame de venenos —dijo Poe.

—Todo es veneno y nada es veneno —dijo ella automáticamente.

—Desarrolla.

53

Es un fragmento de una cita famosa, Poe —contestó Doyle—. Se le atribuye a un tal Paracelso en el siglo XVI. El resto de la frase es «solo la dosis hace el veneno».

—¿Y qué significa eso?

—¿Te sorprendería si te dijera que, si se administra en la dosis adecuada, hasta la fruta puede ser venenosa?

Poe miró de inmediato a Bradshaw.

—Te lo dije.

—Por ejemplo, el potasio de los plátanos es un isótopo natural. Si comes demasiado, te intoxicas por radiación.

—¿Estás de coña?

—¿Tilly?

—Tiene razón, Poe —dijo Bradshaw—. En los plátanos se encuentra en una cantidad infinitésima, evidentemente. Si me dais un segundo… —Cerró los ojos y empezó a murmurar para sí. Poe y Doyle se miraron. Poe se encogió de hombros como diciendo, «no tengo ni idea de lo que está haciendo». En menos de un minuto, Bradshaw volvió a abrir los ojos—. Calculo que tendrías que comer cien millones de plátanos en doce horas para ingerir una dosis letal.

—Pues entonces tengo que ir al hospital —dijo Poe—. He desayunado cien millones de plátanos.

Doyle se rio por primera vez desde que estaban allí.

—Y antes de que empieces a regodearte sobre tu dieta, hasta el queso puede ser venenoso.

Poe hizo una pausa y preguntó:

—¿El cheddar también?

—Me temo que sí. Se llama tirotoxismo.

—¿Que el queso es venenoso?

—Lo que quiero decir es que es mejor no pensar de manera lineal cuando se trata de un asesino inteligente que utiliza veneno. Lejos queda la época en la que la medicina vanguardista usaba pieles de anguila secas como vendaje elástico. Hoy en día, los científicos hacen cosas increíbles. Modifican la genética de los cultivos para que resistan la sequía, los genes de los bebés para que no tengan enfermedades hereditarias. Y la ciencia del mañana es la magia de hoy, no lo olvides. O la *magia negra,* como dices tú. ¿Quién dice que no hay alguien ahí fuera

utilizando venenos de diseño de un solo uso? Venenos cuyo origen sea imposible de rastrear, que solo reaccionen una vez dentro del cuerpo, diseñados para imitar un veneno ya conocido.

—¿Crees que eso es lo que está pasando?

—No tengo ni idea —respondió Doyle—. Pero si ya lo habéis analizado todo y habéis seguido todos vuestros protocolos de investigación de asesinatos, tenéis que pensar de manera creativa, porque él lo está haciendo, eso está claro.

—¿Me ayudarás? —preguntó Poe.

—¿Desde aquí?

—Si te consigo copias de los informes de las autopsias…

—¿Y cómo lo vas a hacer? Creo que hay una pobre desgraciada que tiene que leerse el correo de todas las reclusas. Si ve algún documento sobre un diputado, lo incautará como contrabando, Poe. Podrías meterte en un lío.

—Tú motívale, Estelle Doyle —dijo Bradshaw suspirando.

—Bueno, si le pillan, siempre podemos compartir celda. No creo que Britney vuelva en breve y, de noche, hace bastante frío. ¿Tú qué opinas, Tilly? ¿Te parece buena idea?

Para variar, Bradshaw soltó una risilla y se sonrojó.

Poe sacudió la cabeza, exasperado.

—Me vais a matar entre las dos —dijo Poe.

Doyle sonrió.

—Estoy segura de que tú vas a vivir eternamente, Poe.

Se quedó pensándolo un segundo.

—Qué idea tan espantosa —afirmó.

Mientras volvían al aparcamiento, Poe no dejaba de darle vueltas a lo de pensar de una manera creativa. Concretamente estaba pensando en cómo hacer llegar informes forenses a una reclusa en una cárcel de máxima seguridad. Iba tan concentrado que no reaccionó cuando alguien gritó su nombre.

Bradshaw le dio un golpecito.

—Poe, creo que ese hombre quiere hablar contigo.

—¿Quién?

Bradshaw señaló hacia el otro extremo del aparcamiento.

—Ese que está gritando tu nombre.

El hombre se acercó corriendo. Su rostro le resultaba familiar, pero no sabía de qué. Estaba claro que era policía, lo delataba el calzado con suelas de goma. Tendría treinta y pocos años y

parecía bastante entusiasta. Ojos claros y mejillas coloradas. Poe se alegró de no tener que trabajar con él.

—Sargento Poe —dijo sonriendo y extendiendo la mano—. No nos conocemos en persona. Soy el agente Robert Bowness. Fui uno de los efectivos que acudieron a la escena del crimen aquella noche.

Tenía un fuerte acento de Newcastle. Poe le estrechó la mano.

—¿No nos hemos visto en alguna parte?

—Participo en la investigación del asesinato de Elcid Doyle. Estaba en la sala de interrogatorios de Newcastle cuando visitó a la señorita Doyle. Ha armado un buen revuelo.

—¡Anda, qué sorpresa! —dijo Bradshaw.

Poe la ignoró.

—Ah, ¿sí? ¿Por qué motivo?

—Por su reputación —contestó Bowness—. La inspectora jefa Tai-young Lee ha tenido varias reuniones para hablar de usted.

—¿Sí? —dijo Poe, consciente de que en ese momento no imponía mucho—. ¿Por qué?

—Supongo que les preocupa. Da la sensación de que los problemas le siguen, sargento. Nos ha hecho revisar las pruebas, comprobarlo todo varias veces. No creo que cuando se entere de que ha venido a ver a la señorita Doyle a la cárcel se ponga de mejor humor.

Poe gruñó. Tai-young Lee le resultaba simpática. A él tampoco le gustaría que otro policía se metiera en sus asuntos ni le dijera qué estaba haciendo mal. Pero Doyle era su amiga y la policía de Northumbria se estaba equivocando.

—¿Y usted qué hace aquí? —preguntó Poe—. No me estará siguiendo…

—Para nada —contestó Bowness con una carcajada—. He venido a ver a la señorita Doyle. Como parte de las comprobaciones que ha pedido la inspectora jefa.

—*Profesora* Doyle —le corrigió Poe—. ¿Y qué es lo que va a comprobar?

—Lo siento. Forma parte del legajo de la defensa. Supongo que ya lo habrá visto…

Poe no contestó.

—Ya. —Bowness sonrió.

—O sea, ¿que usted fue uno de los primeros en llegar a la escena del crimen?

—Sí.

—¿Puede decirnos algo que no esté en el legajo de la defensa? ¿Alguna primera impresión que no quedara documentada?

—Lo puse todo en mi informe.

—¿Todo?

Bowness bajó la mirada un instante, lo bastante para que Poe intuyera que sí había omitido algo.

—¿Qué? —preguntó—. ¿Qué es lo que no incluyó en su informe?

—No es nada —dijo, sonrojándose—. Desde luego, nada que uno pondría por escrito.

—Cuénteme.

—Bates de críquet, sargento. Eso es lo que no incluí en mi informe.

Poe frunció el ceño.

—¿Había un bate de críquet en el despacho de Elcid Doyle? —se preguntó—. No recuerdo haberlo visto en la lista.

—No, no me ha entendido. Cuando entré en su despacho, noté que olía a bate de críquet.

—¿Qué es usted, un sabueso?

Bowness se encogió de hombros.

—¿Ahora entiende por qué no lo mencioné en el informe? En realidad, lo que olí fue aceite de linaza. Pero mi padre lo usaba para poner a punto su bate de críquet, de ahí la asociación.

Poe no contestó.

—Ya le dije que no era nada.

—Puede que se equivoque, agente Robert Bowness —dijo Bradshaw—. De todos los sentidos, el olfato es el que tiene una historia evolutiva más larga. Se remonta a cómo interactuaban los organismos unicelulares con las sustancias químicas a su alrededor. Eso explica que tengamos más de mil tipos de receptores olfativos, pero solo cuatro sensores de luz. Es el único sentido que evita el tálamo. Los olores van directos al bulbo olfatorio, que está directamente conectado con las amígdalas y el hipocampo. Por eso el olor desata recuerdos y emociones tan detallados.

Bowness se quedó mirándola asombrado. Poe vio que su expresión cambiaba en cuanto lo comprendió.

—Usted debe de ser Tilly Bradshaw —dijo.

—Encantada de conocerlo, agente Robert Bowness.

—No sabíamos que también estuviera involucrada en el caso. A la inspectora jefa le va a encantar.

—Qué bien —dijo Bradshaw.

—Ese olor a aceite de linaza —dijo Poe—. ¿Lo notó alguien más?

—Si lo notaron, no lo dijeron. ¿Cree que es importante?

—Así de primeras, no.

Bowness se encogió de hombros.

—Me ha preguntado si había alguna cosa que no hubiera incluido en mi informe.

—Sí, sí, gracias —dijo Poe. Le había dado una idea, pero no podía compartirla con el joven agente—. En fin, ha sido un placer conocerlo, Robert, pero Tilly y yo tenemos que ir a una reunión. ¿Le dirá a la inspectora jefa Tai-young Lee que estoy por aquí, por favor?

—Si no lo hago, me echa.

—Buen chico.

En cuanto se hubo marchado, Bradshaw dijo:

—¿A qué reunión tenemos que ir, Poe? No la tengo en mi agenda electrónica.

—No hay ninguna reunión, Tilly; solo quería librarme de él.

Abrió el coche y sacó el móvil de la guantera. Buscó entre sus contactos recientes, encontró el nombre que buscaba y apretó al botón de llamar.

—¿En qué le puedo ayudar, sargento? —preguntó la abogada de Doyle.

—¿Cuándo está prevista su próxima visita a Estelle, Ania?

—Mañana por la mañana. Le llevo unos documentos para que los revise.

—Y le dejan tener documentos legales dentro de la celda, ¿no?

—Sí. Y son confidenciales. El personal de la cárcel no está autorizado para verlos.

—¿Podría colarle una cosa de mi parte?

—¿El qué?

—Informes de las autopsias de un caso en el que estoy trabajando. Estelle ha accedido a echarles un vistazo.

—¿Por qué iba a hacer algo así?

—Pues yo diría que porque estoy aquí intentando demostrar la inocencia de Estelle, pero es mi amiga y lo voy a hacer aunque usted se niegue a ayudarme. Y lo sabe.

—Entonces ¿por qué debería hacerlo yo?

—Porque le ayudará a sentirse normal —dijo Poe—. Eso es un manicomio. Anoche, la mujer con la que comparte celda casi se mata con un cepillo de dientes. Estoy preocupado por ella y creo que le vendrá bien tener algo en lo que concentrarse.

Ania no contestó.

—Además, estoy atascado.

—Y yo que creía que la gente exageraba cuando decía que es usted peligroso, antiautoritario y que tiene un problema con la disciplina.

—¿Lo hará?

—Sí. A mí también me preocupa la salud de Estelle. Mándemelo todo por correo electrónico. Así lo podré imprimir en nuestro papel. Debería bastar para que no lo note alguien no especializado.

—No —dijo Poe—. Si la pillan, diré que yo se lo colé. Yo soy el que tiene problemas de disciplina, usted tiene una brillante carrera por delante.

Cuando colgaron, Bradshaw dijo:

—¿Adónde vamos ahora, Poe?

—A comer algo, y luego quiero ver cuánto se tarda desde el trabajo de Estelle hasta la casa de su padre. Ya que estamos, vamos a comprobar el desajuste cronológico. Y, aunque no han

desprecintado la escena del crimen todavía, quizá podamos asomarnos por las ventanas.

54

Poe se había perdido. No lo esperaba, porque creía conocer bastante bien la zona de Corbridge. Tenía una buena librería y una cervecería artesanal, básicamente dos de sus locales favoritos en el mundo. Cuando apenas llevaban un kilómetro y medio por la carretera comarcal, el navegador les anunció que habían alcanzado su destino. No le gustaban los navegadores. Tampoco era tan idiota como para meterse en un río si se lo decía un robot, pero tenía la sensación de que siempre ponía mal el código postal. Sin embargo esta vez Bradshaw había introducido la dirección de Elcid Doyle, o sea que estaba bien. Ella no cometía errores así.

Por ahora el trayecto desde el Royal Victoria Infirmary, donde trabajaba Doyle, hasta la dirección del navegador seguía dentro del margen de error que Bradshaw había calculado.

—No creo que la policía de Northumbria se equivocara con la discrepancia cronológica, Poe —dijo—. Hay cuarenta minutos que no podemos explicar.

Poe gruñó cabreado. Él tampoco pensaba que se hubieran equivocado, pero, aun así, era una decepción. Ahora tendría que buscar otra explicación.

Se detuvo delante de las adornadas puertas de hierro forjado de lo que asumía que era la entrada de una mansión. Había otro coche aparcado doscientos metros más adelante. Un Volvo rojo. Estaba parado a un lado de la carretera y tenía puestas las luces de emergencia. Poe dedujo que también se había perdido. Lo cual era comprensible: hacía varios kilómetros que no veía ningún letrero.

El sargento trató de orientarse. Si la finca figuraba en el mapa, tendría un punto de referencia del que partir. Buscó el nombre de la finca, pero el dosel arqueado de los árboles proyectaba sombras sobre la entrada. Las puertas eran negras, con burbujas de óxido brotando como lava de las gruesas barras verticales. Estaban cuidadas, pero no demasiado. Y tenían un candado nuevo con cadena para que no se pudieran abrir. O sea, que allí no vivía nadie. El camino de entrada subía serpenteando por una cuesta y se perdía a lo lejos, de modo que no se veía la casa.

Cumbria y Northumberland seguían teniendo cientos de fincas gigantescas como aquella, aparentemente mantenidas gracias a subvenciones y cacerías organizadas. Sobre todo de ciervos y animales de presa.

Poe estaba en contra de la riqueza heredada, aunque tampoco sabía exactamente el motivo. Su padre tenía varias propiedades y jamás habían hablado de lo que sucedería cuando muriese. No

tenía ningún deseo de heredar una cartera de propiedades, pero se negaba a que el gobierno se quedara con ellas. Tendría que pensarlo.

—¿Cuál era la dirección del padre de Estelle, Tilly?

Se lo dijo.

—Y he estado mirando el teléfono mientras veníamos —añadió—. No nos hemos perdido, Poe. Sencillamente la casa no está donde nos dijeron.

Volvió a mirar el mapa.

—¿Cómo se llamaba, Tilly? —dijo.

—Highwood, Poe.

—¿Y no nos han dado más indicaciones?

—No. Solo el nombre de la casa y el código postal.

—Voy a llamar a la abogada de Estelle —dijo Poe—. Ella sabrá dónde está. Su bufete ha representado a varias generaciones de esta familia.

Tardó un momento en digerir sus palabras.

—Es raro, ¿no te parece? —preguntó.

—¿El qué, Poe?

—Hoy en día, ¿qué familia tiene un bufete de abogados?

—No sé, Poe. Yo me encargo de todos mis asuntos legales. Me resulta terapéutico.

Poe la miró de soslayo.

—Qué rara eres, Tilly. Lo que quiero decir es que la gente normal contrata a un abogado cuando va a comprarse una casa, cuando se va a divorciar o cuando alguien muere.

—No lo había pensado, Poe.

Se encogió de hombros. Probablemente no fuera nada. Buscó a Ania Kierczynska en sus contactos y la llamó.

—Ania —dijo cuando esta contestó—. No encontramos Highwood. El navegador nos ha traído al medio de la nada. ¿Me puedes dar alguna indicación más?

—¿Por qué quieren ver Highwood? —preguntó—. La policía aún no ha desprecintado la escena del crimen.

—Estamos calculando cuánto tardó Estelle en llegar.

—Pues, de hecho, tengo novedades. Mi ayudante ha encontrado algo oculto en una de las declaraciones de Estelle a la policía.

—¿Útil?

—Tal vez.

—¿Qué es?

—Cuando Estelle salió de trabajar vio que tenía una rueda pinchada. Tuvo que cambiarla antes de ir a casa de su padre.

—¿Y la policía no tuvo eso en cuenta?

—La fiscalía argumenta que el trayecto duró el tiempo habitual y que aprovechó el resto del tiempo para hacer que pareciera un robo.

—O sea, que puede que cuando ella les dijo cuánto tardó en llegar, diese por hecho que ellos tendrían en cuenta el tiempo que había tardado en cambiar la rueda.

—Puede.

—¿En qué declaración sale?

—En una de las primeras. En ese momento aún la consideraban una testigo, así que el agente la dejó hablar. Mencionó la rueda pinchada cuando le preguntaron a qué hora salió del trabajo.

—¿Y no la volvió a mencionar?

—No lo vemos por ninguna parte.

La primera vez que vio a Doyle, Poe no había podido hablar del trayecto en coche. Quería preguntarle si paró a comprar una botella de whisky o alguna otra cosa de camino a casa de su padre, pero Tai-young Lee le había advertido que no interviniera en la investigación. Y hoy se le había olvidado por completo.

—¿Se la puede enviar a Tilly? —dijo.

—Ahora mismo lo hago.

—Gracias. ¿Quién le cambió la rueda?

—Lo hizo ella misma.

—¿No hay vídeos?

—El aparcamiento de personal del hospital no tiene cámaras de videovigilancia.

Lo de la rueda pinchada era inquietante. Si alguien se ponía muy cínico, podría sugerir que Doyle lo había mencionado en una entrevista inicial para que quedara constancia. Durante el juicio podría hacer que pareciera como si el abogado de la fiscalía hubiese ocultado cosas, y cuanto más lo hiciera, menos creíble sería todo lo demás. Duda razonable: eso era lo único que necesitaba. Trató de apartar esa idea de la cabeza. A Doyle le estaban tendiendo una trampa. Estaba seguro de ello.

—En fin —dijo Poe—. Nos hemos perdido. El navegador nos ha traído hasta aquí, pero no encontramos la casa de su padre.

—¿Dónde están ahora mismo?

—Ante la entrada de una mansión.

—¿Tiene unas verjas negras sobre unos pilares de piedra con verdín?

—Sí. Y hay un candado. ¿Estamos cerca?

—¿Hay un cartel en uno de los pilares de piedra?

Poe tardó unos segundos hasta que sus ojos se hicieron a la oscuridad, pero sí, había un cartel. Era viejo y de madera. El verdín había cubierto tanto el pilar como el cartel. Era comprensible

que no lo viera antes. Tenía varias palabras grabadas sobre la madera, pero era imposible leerlas.

—Sí —contestó.

—¿Qué dice?

—Desde aquí no lo veo.

Se bajó del coche y fue hacia al cartel.

—Ah —dijo—. ¿Esta es la casa de Elcid Doyle? ¿Esta finca enorme?

—Sí, Highwood es la casa ancestral de la familia Doyle.

—¿Por qué no quería Estelle que la viera?

—A ella le importa mucho su opinión, y conoce su punto de vista en lo que se refiere a la aristocracia. No quería que pensara mal de ella.

—Pero ¿por qué iba a hacerlo? ¿Solo porque su padre era rico? Qué estupidez. Mi padre también lo es.

—Da igual.

—¿Qué tamaño tiene la finca?

—Tiene casi siete mil trescientas hectáreas de terrenos agrícolas de primer nivel. Numerosos arrendatarios. Es uno de los cotos de caza del urogallo más grandes del país.

—¿Y la casa?

—En comparación, es bastante modesta —contestó Ania—. Solo tiene quince habitaciones y varios salones. Y el despacho de Elcid, por supuesto. ¿Por qué? ¿Es importante?

—Podría serlo —contestó Poe—. Cuando la policía dijo que habían registrado la casa para asegurarse de que el asesino no estaba dentro, pensé que se referían a una casa de dos pisos, no sabía que estaban buscando en una maldita mansión. ¿Y si el asesino es un maestro del escondite? En estas casas hay entradas ocultas para sirvientes, pasadizos para sacerdotes, todo tipo de cosas.

—Usaron perros policía —dijo Ania.

Eso no lo sabía Poe. Entonces pensó en la facilidad que tenía Edgar para encontrarlo cuando jugaban. Por muy bien que se escondiera, el spaniel siempre sabía dónde estaba. De pronto en su mente resonó algo que había dicho Ania.

—¿Qué ha querido decir con eso de que Estelle conoce mi punto de vista en lo que se refiere a la aristocracia?

—Ah, creía que ya lo sabía.

—¿Que sabía qué?

—El título oficial de Elcid Doyle era lord Doyle, marqués de Northumberland.

—¿Qué demonios es un marqués?

—Un cargo hereditario entre duque y conde.

—¿Hereditario? Quiere decir que pasa de una generación a otra…

—Sí, sargento, eso es lo que significa hereditario. Estelle ahora es lady Doyle, marquesa de Northumberland.

—Joder.

—Me ha pedido que le diga que nunca ha tenido nada que ver con su rango aristocrático ni con los privilegios que este conlleva.

Bradshaw se bajó del coche.

—¿Qué te ha dicho Ania Kierczynska, Poe? —preguntó.

—Que los Doyle son más ricos que ese capullo de *El Aprendiz* que sale en la tele y que, a partir de ahora, cada vez que veamos a Estelle vamos a tener que hacerle una reverencia.

—No lo entiendo.

—Ni yo, Tilly —dijo—. Pero creo que ya no vamos a ayudar a Estelle Doyle.

—¿No?

—No, vamos a ayudar a lady Doyle, marquesa de Northumberland.

La cara de Bradshaw cambió en el momento en que entendió lo que Poe le estaba diciendo.

—Eso es lo que temía decirte… —dijo.

—¿Cómo?

—Nada. ¿Qué más ha dicho Ania Kierczynska, Poe?

—Que Estelle vio que tenía una rueda pinchada al salir del trabajo. Es posible que ahí esté la discrepancia temporal. Ania te va a mandar un correo.

—Ahora lo miro. ¿Qué vamos a hacer? Si ya hay una explicación para el tiempo que tardó en llegar, este viaje ha sido en balde, ¿no?

Poe miró las verjas cerradas con candado y dijo:

—Puede que no.

Se acercó y sacudió la cadena. Cogió el candado y miró la ranura de la llave.

—¿Alguna vez has intentado forzar una cerradura, Tilly?

—No seas absurdo, Poe.

—Yo tampoco —dijo. Sacó un bolígrafo de su bolsillo y rompió el enganche. Lo metió en el mecanismo del candado—. Pero no puede ser tan difícil.

—Pues no sé cómo se hace —dijo Poe, diez minutos más tarde—. Yo creo que lo estoy cerrando todavía más.

—Al menos lo has intentado, Poe.

Soltó el candado.

—¿Crees que puedo trepar esta verja, Tilly?

—¿Por qué ibas a hacer eso, Poe?

—Sí, Poe —dijo una voz a su espalda—. ¿Por qué iba a hacer eso?

Poe se volvió rápidamente.

Era la inspectora jefa Tai-young Lee.

55

Qué está haciendo aquí, sargento? —preguntó la inspectora jefa Tai-young Lee.

Llevaba vaqueros, un jersey grueso y un bolso colgado en el hombro. Daba la sensación de que era su día libre, y probablemente no habría creído necesario ponerse el traje de mando.

—Yo podría preguntarle lo mismo —contestó Poe.

—Y si lo hiciera, le diría que el agente Bowness me ha llamado a casa para informarme de que la señorita Bradshaw y usted han ido a ver a la profesora Doyle en Low Newton, y he pensado, ¿qué es lo más estúpido que podría hacer ahora el sargento? Así que he venido aquí y me he puesto a esperar. —Señaló el coche aparcado un poco más adelante, el que Poe pensaba que era otra víctima del navegador—. Ese es mi Volvo.

—¿Tan predecible soy?

—He hecho mis averiguaciones. Se lo vuelvo a preguntar: ¿qué está haciendo aquí? Porque sé que no es tan insensato como para entrar en una escena del crimen sin mi permiso. No quiero pelearme con la Agencia Nacional del Crimen arrestando a uno de sus sargentos, pero si pone un pie en los terrenos de Highwood, lo haré.

—Poe, deberíamos irnos —dijo Bradshaw, tirándole del brazo.

—Si yo fuera usted, seguiría el consejo de la señorita Bradshaw —señaló Lee.

Poe no se movió.

—No —dijo.

—Sabe que puedo detenerlo por el mero hecho de estar aquí.

—Lo único que he hecho ha sido aparcar y pedir indicaciones. Sabe que no es suficiente para detenerme.

—Puede que no. Pero seguro que le causará molestias y mi escena del crimen estará protegida.

—Puede ser —dijo Poe asintiendo—. Pero, cuando yo la detenga por ocultar pruebas para influir sobre una decisión de la fiscalía, seguro que eso sí será suficiente. Tal vez encuentre un buen representante sindical y no pierda su trabajo. Pero no como inspectora jefa. ¿Le molestaría eso?

—¿De qué demonios está hablando? He llevado esta investigación de acuerdo con el protocolo. No me ha quedado otra: la profesora Doyle prácticamente es una de ustedes.

—Sin embargo, acabo de hablar con su abogada sobre el retraso en el trayecto hasta aquí. Se encontró una rueda pinchada al salir del trabajo. Por eso tardó más. Pero usted no se lo mencionó

a la fiscalía.

—No sabemos nada de una rueda pinchada —dijo Lee—. Y es muy conveniente que lo recuerde justo ahora.

—¿Tilly?

—¿Sí, Poe?

—¿Puedes mostrarle a la inspectora el correo que acabas de recibir?

—Sí, Poe.

Bradshaw abrió su tableta y buscó la captura de pantalla de su declaración ante la policía. Abrió los dedos para ampliar la pantalla y se la pasó a Lee.

—¿Lo ve, inspectora? —dijo Poe—. Sí sabía lo de la rueda pinchada. Desde el principio.

Lee se quedó pálida. Ocultar pruebas a la fiscalía podía destruir su carrera. Quedaría manchada para siempre. O bien sabía lo de la rueda pinchada y era corrupta, o no lo sabía y era una incompetente. Eran las únicas opciones que inevitablemente tendría que considerar la junta disciplinar.

Pero Poe tenía en mente una tercera opción que les beneficiaría a los dos.

—Mañana por la mañana, la abogada de Estelle presentará una queja ante el Tribunal de Poderes de Investigación. Les dirá que ocultó deliberadamente las pruebas para influir sobre la fiscalía para que presentaran cargos. —Poe hizo una pausa, lo bastante larga como para que Lee entendiera lo que eso significaba—. O puede convencerme de que cometió un error en un caso que avanzaba muy deprisa y que está haciendo todo lo que puede para corregirlo.

—¿Qué es lo que quiere? —suspiró Lee, resignada y desinflada.

Poe miró las verjas cerradas con candado.

—Quiero ver la escena del crimen.

56

Tai-young Lee sacó una llave de su bolsillo y abrió el candado que Poe había intentado forzar.

—Como están obstaculizando la entrada, iremos en su coche —le dijo a Poe.

—¿No podemos ir a pie?

—La casa está a medio kilómetro.

—Muy bien.

Por el camino de entrada de Highwood solo cabía un coche, aunque había muchos espacios habilitados para maniobrar. Estaba flanqueado por un bonito prado ondulante salpicado de robles rompiendo sus limpias líneas. Si se plantaron siguiendo un diseño, el paisajista ya llevaba mucho tiempo muerto, porque todos eran centenarios. La hierba estaba bastante corta y brillaba con el rocío. Había ovejas pastando en libertad. No eran escuálidas como las de raza Herdwick a las que Poe estaba tan acostumbrado, sino ovejas de tierras bajas, orondas y, en su opinión, consentidas. Probablemente fueran de una raza cuyo nombre sonaba a queso pijo. Charollais o Ryelands, quizá. Con una lana tan fina que la enviarían al mercado de futones japonés en vez de a fabricantes de jerséis picajosos que nadie se quería poner. Un rebaño de animales que vadeaba el borde de un bosque llamó su atención. Parecían ciervos rojos, los mamíferos más grandes oriundos del Reino Unido. Hermosos, pero muy destructivos si no se gestionaban bien. No era de extrañar que la hierba estuviera tan corta. Poe detuvo el coche y se quedó mirándolos un momento. Ellos no parecieron percatarse. Se preguntó si vivían allí, en Highwood.

—No tengo todo el día, Poe —dijo Lee.

Poe apretó el embrague y retomaron la marcha. Pasada una pequeña cuesta, divisaron Highwood.

La casa ancestral de Estelle Doyle era un edificio imponente, pero no tan grande como esperaba. Ania había dicho que tenía quince dormitorios y Poe se la imaginaba gigantesca. Y lo era, pero no tanto como Downton Abbey. Tenía un diseño sin pretensiones. Rectangular, sin alas ni torreones. Todas las ventanas eran del mismo tamaño. Había tres chimeneas y un portón en el medio. La clase de casa que dibujaría un crío.

El camino dio paso a una entrada de gravilla en forma de media luna que se extendía a ambos lados de la casa. Poe esperaba que no la envolviera como un foso: tenía la esperanza de encontrar árboles colgantes o una valla en la parte trasera, puntos de apoyo al alcance del asesino para no pisar el suelo. Cualquier cosa que el jurado pudiera aceptar como explicación para la nieve

virgen. Un arroyo gorgoteaba a lo lejos. Sonaba lo bastante caudaloso como para albergar truchas arcoíris, pero no salmones.

El enorme portón doble estaba protegido por un pórtico de cuatro columnas estilizadas y un tejado de arenisca con un pedimento triangular. Los capiteles en la parte superior de las columnas estaban decorados con hojas enroscadas. Un policía de uniforme estaba bajo el pórtico.

—Comisaria —saludó al verlos acercarse.

—Tengo que entrar, Andy —dijo Lee.

—No está cerrado con llave, señora —contestó haciéndose a un lado.

Para sorpresa de Poe, Lee no les hizo ponerse trajes de protección. Les explicó que la policía científica acababa de terminar su trabajo en la casa y que no tardarían en desprecintarla. Poe ignoró el mensaje subliminal: «Así que no hacía falta que me chantajeara para entrar».

Abrió las puertas de un empujón y les condujo por el vestíbulo hasta un diáfano salón con una lujosa alfombra roja. Poe vio una enorme escalinata curvada, *boiseries* de madera de roble y techos altos con molduras ornamentadas. Las paredes estaban decoradas con retratos de viejos antepasados iluminados con apliques especiales cuidadosamente dispuestos. Los pasillos se perdían en la oscuridad. El mobiliario era caro. Parecía como si el aire no se hubiera movido en varios siglos y tenían hasta armaduras. Haces de suave sol invernal entraban como rayos láser por los huecos que dejaban las pesadas cortinas.

La casa olía a cera, historia y tradición.

—Muy Agatha Christie —dijo Poe.

—¿Qué quieren ver primero? —preguntó Lee—. Toda la casa ha sido registrada, así que pueden entrar donde quieran.

—Lo quiero ver todo, pero dejaré el despacho para el final.

57

Comenzaron por la primera planta. Poe contó los dormitorios. La abogada de Doyle tenía razón, había quince, aunque la mayoría se utilizaban como trasteros, llenos de muebles pesados cubiertos de sábanas para protegerlos del polvo.

—Supongo que habrán comprobado todo esto.

Tai-young Lee asintió.

—¿Trajeron spaniels? —preguntó Poe.

—Un pastor belga malinois de búsqueda y rescate —contestó—. Pedimos uno en cuanto vimos que el asesino no pudo salir de la casa y que el edificio era lo bastante grande como para que alguien pudiera esconderse aquí dentro. Registró todas las habitaciones, incluido el ático y los sótanos.

—¿Y tenían el perímetro vigilado mientras el perro estaba dentro?

—Sí. No salió nadie.

—¿Se detuvo especialmente en alguna de las habitaciones?

—Solo en el despacho.

—Sería por el cadáver de Elcid Doyle —dijo Poe.

Una persona habilidosa podría haber encontrado un lugar para esconderse de la policía, pero no de un pastor belga malinois. El olfato de esa raza era uno de los más agudos del mundo, más aún que el de un springer spaniel inglés. Se usaban hasta para detectar el cáncer de próstata.

—¿Puedo ver el dormitorio de Elcid? —preguntó Poe.

La inspectora jefa los condujo por un pasillo. Mientras se acercaban veían su reflejo en un espejo con marco dorado.

El dormitorio de Elcid Doyle era espacioso, pero apenas tenía muebles. Una cama con cuatro postes, una cajonera y un armario. Una mesilla de noche con una lámpara y una selección de revistas. La mayoría de caza y vida en el campo. Una butaca con ropa tirada en el respaldo, donde Elcid probablemente dejaba lo que no estaba lo bastante sucio como para lavar. Eso era lo que hacía Poe. De repente se le ocurrió una idea.

—¿Quién cocinaba y limpiaba? —preguntó.

—Él mismo se hacía la comida, pero un vecino del pueblo venía un par de veces por semana a limpiar.

—¿Ya lo han interrogado?

—Sí. Nada. Estaba trabajando en otra casa cuando ocurrió.

—¿Tiene Estelle habitación aquí?

—Más o menos.

Poe arqueó las cejas.

—Se la enseño —dijo Lee.

Los guio por otro pasillo hasta el final, donde había un cartel escrito a mano. Rezaba ¡no pasar!

—Es el cuarto de la infancia de Estelle, ¿no?

—Sí.

Poe no estaba seguro de si debía entrar. Era un eco de la Doyle del pasado. Sería como colarse en su diario. Algo muy personal.

Al final abrió la puerta.

Era igual que el dormitorio de cualquier adolescente. A juzgar por los pósteres de grupos que decoraban las paredes, le gustaba mucho el rock gótico. The Sisters of Mercy. The Cult. Bauhaus. Siouxsie and the Bashees. Joy Division. Tenía un tocadiscos con un montón de vinilos apilados al lado. Un corcho lleno de fotos y entradas de conciertos. Un tocador con un montón de maquillaje rojo y negro. Y unas botas Dr. Martens.

También había indicios de la mujer en la que acabaría convirtiéndose. Una camiseta del equipo de esgrima de Cambridge. Gruesos libros de texto de biología y química. Una caja de nogal con un microscopio y una bandeja de portaobjetos. Una estantería llena de rocas y geodas. Una funda de edredón con la tabla periódica. Pero no había nada que sugiriera que la Doyle adulta hubiera vivido en aquella habitación.

—De acuerdo —dijo.

—¿No quiere registrarlo? —preguntó Lee.

—No, no estaría bien. Estelle no quería que viniera: no voy a rebuscar en su pasado. No hasta que ella me dé permiso.

—Muy bien.

Poe estuvo diez minutos asomándose por las ventanas del primer piso de Highwood, buscando desesperadamente algo que pudiera explicar la nieve sin hollar. Un árbol que pudiera alcanzarse con una escalera. Cables de teléfono. Cualquier cosa que vender al jurado.

No había nada.

El camino de entrada rodeaba la casa y tenía diez metros de ancho. El asesino no pudo saltar por una ventana sin dejar sus huellas en la nieve. Poe estaba abatido.

—¿Y ahora qué? —preguntó Lee.

—Me gustaría ver el despacho de Elcid.

58

El despacho de Elcid Doyle se encontraba en la parte trasera de la casa. Era muy luminoso, con alfombras cálidas y suelo de baldosas. Las paredes estaban cubiertas de librerías hechas a medida que se alzaban desde el suelo hasta el techo. La madera era oscura y antigua. «Teca», pensó Poe. Hasta tenía una escalera corrediza para que Elcid pudiera alcanzar los estantes superiores. Poe nunca había visto una en un domicilio privado.

La pared frente a la puerta tenía ventanas que daban a los terrenos y una chimenea de piedra en el centro. Una pala, un atizador y tenazas colgaban de un soporte de latón, y había troncos apilados a ambos lados de la chimenea.

La cuarta pared, por donde habían entrado, estaba decorada con una colección de óleos originales. Poe se puso las gafas de leer y empezó a estudiarlos. Eran aves de caza británicas, entre ellas, faisanes, escolopácidos, becadas y perdices. Algún ánade real. Pero la mayoría eran urogallos. Un par de urogallos rojos descansando sobre el brezo con violetas en flor. Un urogallo negro macho desplegando sus plumas para atraer a las hembras. Otro rojo huyendo de un labrador negro. Urogallos negros sobrevolando escopetas expectantes. Ania le había dicho que Elcid Doyle tenía uno de los mejores cotos de caza de urogallo del país y era evidente que las aves de caza le apasionaban.

Un magnífico escritorio de caoba con una pata central presidía el despacho. Tenía un forro de cuero verde. Poe imaginaba a Elcid sentado detrás de él, alzando la mirada de vez en cuando para admirar sus cuadros. Pasó los dedos por la superficie. Era cálido y suave. Los únicos objetos que tenía encima eran una lámpara de banquero antigua, un fajo de papel caro, una hoja de papel secante y una pluma Montblanc.

Faltaba la silla. Elcid Doyle murió sentado en ella y suponía que se la habían llevado para analizarla. Recordó algo que le habían contado sobre los viejos tiempos. Antes, los policías habrían dejado un cerco de ceniza con sus cigarrillos mientras estudiaban el cadáver. En este caso no lo había. Lo único que veía era rastros del trabajo exhaustivo de la policía científica.

Delante de la chimenea había una mesita baja y una butaca Chesterfield con respaldo alto colocada para aprovechar la última luz de la tarde. También había posavasos de pizarra, un cenicero y un cortapuros sobre la mesita. Daba la sensación de que Elcid vivía en aquel despacho. Debía de pasarse el día trabajando en su escritorio y buena parte de la noche delante del fuego, bebiendo whisky y leyendo.

Una de las librerías tenía una puerta. Poe la abrió. Era un cuarto de baño *en suite*, con un cubículo de ducha moderno, un aseo y un lavabo. Un estante con un juego de afeitado tradicional: una navaja recta de diseño clásico, una brocha de pelo de tejón, jabón y bálsamo. Debía de tener varias décadas, pero estaba muy bien cuidado.

El cuarto de baño tenía otra puerta. Era un pequeño armario, con estantes llenos de toallas y rollos de papel higiénico. Dadas las dimensiones de las dos habitaciones, era un poco más pequeño de lo que Poe esperaba, pero supuso que tendría un calentador nuevo detrás. La ducha era demasiado nueva como para funcionar con la fontanería original de la casa.

Poe se volvió y vio algo.

—¿Puede venir un momento, inspectora? —la llamó.

—¿Qué pasa, Poe?

Señaló la ventana esmerilada.

—El cerrojo está abierto.

Tai-young Lee se agachó para mirarlo de cerca.

—Aún se ve el polvo de aluminio para sacar huellas —contestó—. Los técnicos debieron de olvidar cerrarla al terminar. Si estuviera abierto cuando lo analizaron, se lo habrían comentado a uno de los chicos. —Sacó una tableta de su bolso, buscó un archivo y la giró—. Pero podemos comprobarlo. Este es el vídeo del registro del despacho. Se grabó antes de analizar nada.

El vídeo duraba tres minutos y al técnico de la científica no se le había pasado nada por alto. Terminaba en el baño del despacho. Tal y como decía Lee, el cerrojo estaba echado.

Poe pensó en qué quería ver ahora. Por el momento Highwood estaba siendo una decepción y apenas le quedaban cosas por comprobar.

De pronto sonó su teléfono.

Era Flynn. Frunció el ceño. Se suponía que estaba con su hijo.

—¿Qué hay? —dijo.

—Es Karen Royal-Cross —contestó Flynn—. El cabrón ha conseguido llegar hasta ella.

59

Poe observaba el monitor del vídeo del pabellón de aislamiento como si fuera personalmente responsable. Flynn no exageraba: el Botánico había conseguido llegar hasta Karen Royal-Cross. Se estaba muriendo. Veinticuatro horas antes, un biomarcador urinario había dado positivo en ricina, el alcaloide presente en la planta de ricino, y la única manera fiable de confirmar una intoxicación por esa sustancia. A las dos horas empezó a vomitar y a hacer deposiciones más frecuentes y sueltas. Le subió mucho la fiebre y comenzó a toser. Ahora mismo, los pulmones se le estaban llenando de líquido e iba adquiriendo un color pálido azulado a medida que bajaban los niveles de oxígeno en sangre.

—Ha empeorado mucho en las últimas horas —dijo el doctor Mukherjee—. Seguimos haciendo todo lo que podemos. Le estamos trasfundiendo sangre y le hemos puesto suero. Aparte de un par de trucos que aprendimos durante la crisis de la COVID.

—¿Pueden salvarla? —quiso saber Poe.

—No. Tiene un fallo multiorgánico. Morirá antes de que acabe el día.

Flynn se encontraba reunida con la comisaria Mathers y Bradshaw estaba copiando los archivos de vídeo de la unidad de enfermedades infecciosas a su ordenador. Eso significaba que en cuanto falleciera Karen Royal-Cross, podrían levantar el campamento y dejar que la unidad volviera a la normalidad. El doctor Mukherjee estaba colaborando. Los únicos que habían tenido contacto con la paciente eran los integrantes de su equipo, y no quería que se sospechara de ellos.

Poe decidió revisar las grabaciones de las últimas veinticuatro horas. No esperaba encontrar nada, pero tampoco se le ocurría qué más que hacer.

El contacto con Karen Royal-Cross se había reducido al mínimo, en parte porque se trataba de una operación policial en curso y en parte porque ya no la estaban tratando. Los médicos y el personal de enfermería se limitaban a alimentarla y controlar su orina. Cada vez que se veía a alguien entrando en el pabellón de aislamiento, Poe detenía la imagen antes de que se pusiera la máscara, y comparaba su rostro con la foto correspondiente en la base de datos del departamento de recursos humanos del hospital. Los comprobó todos, tanto a la entrada como a la salida, pero no vio nada sospechoso.

El primer indicio de que algo le ocurría a Karen Royal-Cross fue cuando le sentó mal el pastel de carne que le dieron en la comida. El doctor Mukherjee le pidió inmediatamente que orinara y, en cuanto el biomarcador urinario dio positivo, la unidad de enfermedades infecciosas activó sus protocolos.

Karen Royal-Cross se puso histérica y se negaba a admitir que estuviera enferma, diciendo que era otra *fake news*, pero al final, un médico consiguió ponerle un gotero para limpiar su organismo.

No tardó en comprender la gravedad de su situación. Empezó a suplicar ayuda y a amenazar con demandarlos y agredirlos, profiriendo insultos racistas. Dentro del pabellón de aislamiento, médicos y enfermeros mantuvieron la calma. Le hablaban en un tono relajado y comedido. Le decían que estaba enferma, pero que harían todo lo posible para mantenerla con vida. Era lo que les habían enseñado, ya que el estrés merma el sistema inmunitario. Ahora bien, una vez fuera del pabellón, la cosa cambiaba. Más que pánico, la sensación era de incredulidad. Como si les hubieran dicho que un compañero querido acababa de morir aplastado por un bloque de pis congelado expulsado por un avión al pasar.

Mathers puso a varios agentes a registrar las cocinas por si el Botánico hubiera conseguido meter algo en la comida de Karen Royal-Cross antes de que llegase al pabellón. Poe no creía que fuera eso. Había comido la basura de hospital habitual, emplatada bajo la rigurosa vigilancia de un sargento. Las natillas se las echaron de una fuente a su cuenco y el pastel de carne directamente de la bandeja, con una cuchara. Ningún otro paciente había enfermado, de manera que no habían manipulado la comida en las cocinas. Cabía la posibilidad de que el Botánico le metiera algo después de ser emplatada la comida, pero Poe tampoco creía que jugara así. Estaría demasiado… cerca. Demasiado inmediato. Dudaba que el Botánico estuviera cerca de su víctima cuando recibió la dosis letal.

El doctor Mukherjee se hundió en la silla a su lado.

—¿Cómo está? —preguntó Poe.

—Cada vez peor. En cualquier momento dejarán de funcionarle el hígado, el bazo y los riñones. Está con ventilación asistida porque no puede respirar por sí sola.

—¿Cuánto le queda?

—No llegará a una hora, es cuestión de minutos. La dosis era grande. Es inevitable que muera.

Poe no lo dudaba. La ricina era uno de los pocos venenos que no tenían antídoto. El tratamiento aceptado consistía en cuidados paliativos. Líquidos para la deshidratación, asistencia mecánica para respirar. Medicamentos para controlar las convulsiones y la presión arterial. Más allá de eso, el cuerpo estaba solo.

—¿Es fácil fabricar ricina? —preguntó Poe. Bradshaw le había explicado la parte científica, pero la complejidad era algo subjetivo. Ella decía que era fácil, pero que él no debería intentarlo.

—Se necesitan semillas de ricino, evidentemente —contestó el doctor Mukherjee—. Un disolvente para extraerla e instrumental básico de laboratorio. Tengo entendido que el proceso no es muy complicado.

—¿Usted podría hacerlo?

El doctor Mukherjee frunció el ceño.

—No le estoy preguntando si lo hizo usted —añadió Poe—. Solo quiero saber si podría hacerlo. Necesito saber qué nivel de pericia hace falta tener.

—Con el instrumental adecuado, sí —contestó Mukherjee—. Creo que podría fabricar ricina.

—¿Quién más?

—Cualquiera que tenga acceso a internet.

—No, eso no es del todo cierto —dijo Poe—. Con la Ley de Antiterrorismo y Seguridad Fronteriza, las instrucciones detalladas ya no son tan accesibles como imagina. Y los servicios de seguridad controlan regularmente quién entra en las páginas que siguen teniendo recetas colgadas.

—Pues entonces pensémoslo de un modo lógico. Cualquiera que trabaje en una disciplina donde sea imprescindible tener conocimientos de química entendería la parte teórica.

—¿Ingenieros químicos?

—Casi seguro.

—¿Veterinarios?

—La bioquímica forma parte de su formación, así que sí.

—¿Quién más?

—Cualquier rama de la biología.

—¿Como cuál?

—Son demasiadas para enumerarlas, pero así, de primeras, se me ocurren genética, biofísica, citología, biotecnología, virología, bacteriología, protozoología, micología, toxicología, patología, algunas disciplinas de la zoología…

Un médico adjunto asomó la cabeza por la puerta.

—¿Qué hay, Ben? —dijo el doctor Mukherjee.

—Ya —contestó Ben.

Mukherjee se levantó de la silla.

—¿Quiere venir, sargento?

—¿Qué pasa?

—Karen Royal-Cross está a punto de morir.

60

Poe ya había visto a gente morir. Demasiadas veces. Se dice que la policía acaba insensibilizándose ante la muerte, pero el sargento no creía que eso fuera verdad. Desde luego no era su caso. Los muertos se quedaban con él. Se le aparecían en sueños e inundaban sus pensamientos conscientes. Eran la banda sonora de su vida y, el día que dejara de oírlos, entregaría su placa. Él necesitaba vivir entre los muertos. Así era como protegía a los vivos.

Sin embargo, los médicos, especialmente aquellos que llevaban años ejerciendo, como Mukherjee, veían la muerte a diario. La única manera de poder aguantarlo era insensibilizándose. Y lo mismo se aplicaba a los enfermeros.

A pesar de ello, para todos los que estaban reunidos alrededor de la cama de Karen Royal-Cross, aquella muerte sería dura. Estaban conmocionados, pero había algo más. ¿Vergüenza, tal vez? Aquella mujer, aquella racista asquerosa, había llegado a sus manos sana, y saldría de allí en una bolsa impermeable de cadáveres.

Karen Royal-Cross ya no estaba en la cámara de aislamiento. Lo único que se oía en su cama era el respirador trabajando por ella. Sonaba como Darth Vader al lado de un reloj en marcha. Poe observaba atentamente los monitores que reflejaban sus constantes vitales. No conocía los valores óptimos de presión arterial, saturación de oxígeno y respiración, pero sí sabía cuándo la temperatura era peligrosamente elevada y el ritmo cardiaco demasiado lento.

De repente saltaron varias alarmas. Nadie del equipo médico se movió. Mukherjee dio un paso adelante y tomó el pulso a Karen Royal-Cross. Luego le levantó un párpado y enfocó su ojo con una linterna.

—Hora de la muerte: diez en punto de la noche —dijo—. Por favor, apuntadlo.

Ben, el médico adjunto, lo anotó en un formulario mientras una enfermera empezaba a desenchufar a Karen Royal-Cross de todas las máquinas a las que estaba conectada. Otra enfermera apagó el respirador. La unidad se quedó en silencio.

Hasta que Mukherjee lo rompió.

—Es posible que tuviera opiniones desagradables, sargento, pero esta mujer tenía unos padres. Hoy he hablado con ellos y ahora tengo que decirles que ha fallecido. Por favor, cojan a ese hombre antes de que otro médico tenga que hacer la misma llamada.

—Le cogeré —prometió Poe.

El teléfono vibró en su bolsillo. Era un mensaje de Bradshaw.

—Hablando del rey de Roma —dijo—. Está al teléfono.

61

Solo quiere hablar con usted, Poe —dijo la comisaria Mathers—. Volverá a llamar en… —miró su reloj— dos minutos. Me van a pasar la llamada.

Poe no sabía si estaba cabreada o aliviada. Probablemente las dos cosas. Cabreada, porque había quedado relegada a ser una mera espectadora en su propio caso, y aliviada de que otro compartiera la carga de la responsabilidad con ella. Una vez fallecida Karen Royal-Cross, el personal de enfermedades infecciosas necesitaba volver a su trabajo habitual. Mathers había ocupado una pequeña sala junto al pabellón principal mientras su equipo desmantelaba el centro de mando temporal que habían montado. La unidad de camas del pabellón de aislamiento sería tratada como escena del crimen por el momento, aunque Poe dudaba que fueran a encontrar nada útil.

—¿Ha dicho algo? —preguntó.

—Nada que nos sirva. Solo que quería hablar con usted.

—¿Por qué yo?

—Suponemos que, después de su última conversación, cree que usted no le va a mentir.

—Pues se equivoca —dijo Poe, con las palabras de Mukherjee aún resonando en su mente—. Haré lo que haga falta.

—El psicólogo dice que debería mantener la misma agresividad que la última vez. Si el Botánico cree que es usted una persona directa, puede que le saquemos algo de ventaja.

—En la SCAS, preferimos el término misántropo a «directo», comisaria —dijo Flynn, entrando en la sala. Bradshaw iba con ella.

—¿Habéis averiguado algo? —preguntó Poe.

—Puede —contestó Flynn—. Tilly, ¿se lo cuentas?

—Desde luego, inspectora Flynn —dijo Bradshaw. Sacó una tableta y la puso en posición apaisada.

Poe estiró el cuello y miró la pantalla. Era una fórmula química, llena de paréntesis, letras y subíndices: $(CH_3)_2CO$.

—¿Qué es eso, Tilly? —preguntó.

—Acetona, Poe.

—Un minuto —dijo Mathers con tono de advertencia.

—¿Y qué significa?

—Se han encontrado trazas infinitesimales de acetona en las muestras de Karen Royal-Cross que mandamos al laboratorio de Estelle Doyle. Sé que está en esa cárcel horrible, pero creemos que…

—¿Cómo que creemos, Tilly? —saltó Flynn.

—Le he explicado a la inspectora Flynn que, si Estelle Doyle trabaja en ese laboratorio, es porque debe de ser muy bueno.

—Me ha costado una fortuna —dijo Flynn gruñendo. Lanzó una mirada expectante a Mathers, pero esta no la ayudó. La comisaria tenía sus propios problemas de presupuesto con todas las horas extra que había tenido que autorizar. No estaba dispuesta a pagar pruebas a no ser que la obligaran.

—O sea ¿que sí usó acetona para hacer la ricina?

—Sí, Poe.

—¿Algo más?

—Quizá —contestó Flynn—. La acetona puede utilizarse para fabricar explosivos, así que figura en una lista de sustancias químicas precursoras. Es difícil comprarla al por mayor sin identificación.

—¿Por qué creemos que la compró al por mayor?

—No lo sabemos, pero al menos haremos algo.

Poe se quedó pensando y llegó a la conclusión de que Flynn tenía razón. Las investigaciones se encallan cuando los implicados se quedan sin nada que hacer. Seguir pistas sin sentido era útil porque hacía que la gente estuviera ocupada. El cerebro de una persona ocupada funciona más rápido.

—Entonces, a no ser que robara la acetona o la comprara en pequeñas cantidades, es posible que esté en alguna base de datos… —dijo.

—Sí.

—Junto con decenas de miles de personas, supongo —añadió Mathers—. Una cifra imposible de manejar, básicamente.

Poe y Flynn sonrieron.

—Tenemos una app para eso, comisaria —aclaró Poe.

—¿Una app? ¿Cuál?

—Se llama Tilly, y cuanto mayor sea la cifra, más feliz le hace.

Bradshaw asintió vigorosamente.

—Ya he empezado a pensar en cómo hacerlo, Poe. Primero…

El teléfono que Mathers tenía en la mano empezó a sonar, sobresaltando a Poe.

—Le toca —dijo Mathers.

62

Sargento Poe al aparato. ¿Con quién hablo?

—¿Me puede decir cómo va el programa de desintoxicación de Henning Stahl, por favor? —contestó el Botánico.

—No dispongo de esa información. Está sometiéndose a un tratamiento médico y hay ciertas normas de confidencialidad.

—¿No ha hablado con él?

—Este no es el único caso en el que estoy trabajando.

—Eso tengo entendido.

—¿Cómo…?

—¿Ha muerto ya Karen Royal-Cross? —lo interrumpió el Botánico.

Mathers negó con la cabeza.

—Acaba de morir —contestó Poe. Tapó el auricular—. Así es como alimento la confianza que tiene en mí, comisaria.

—Pues entonces seguimos adelante —dijo el Botánico—. Estoy dispuesto a sentarme a hablar con Henning Stahl. En esa reunión intentarán cogerme, y yo trataré de eludir dicha captura. ¿Qué tal voy?

—También le pondremos micrófono a Henning Stahl.

—¿Y vigilancia en helicóptero?

—Si tuviera autoridad para dirigir satélites, los vigilaríamos desde el espacio. —Volvió a tapar el auricular—. No podemos dirigir satélites, ¿verdad, Tilly? —dijo.

—La mayoría de los satélites solo son capaces de hacer fotos con veinticinco centímetros de resolución, Poe. Eso significa que cada píxel representa veinticinco centímetros en tierra. Los detalles individuales serían imposibles de distinguir. Haría falta un satélite espía del gobierno capaz de hacer fotos de un centímetro de resolución y, aun así, solo podríamos verle la coronilla.

Poe destapó el auricular.

—No tiene ningún rasgo distintivo en la coronilla, ¿verdad, señor Botánico?

—¿En la coro…?

—Sí, algún tatuaje, una marca de nacimiento o algo así.

—Sargento, no tengo ni idea de qué me habla.

—¡Poe, deja de hacer el canelo! —saltó Flynn cabreada.

Poe tapó el auricular por tercera vez.

—Tiene ensayado lo que va a decir —dijo—. Quiero que improvise.

—Ah, ¿sí? Porque parece que le estás tomando el pelo.

—Confía en mí. —Lo destapó de nuevo—. Acabo de hablar con el médico de Henning Stahl. Aún no está listo. No sé cuál es término médico, pero creo que sigue teniendo temblores.

—*Delirium tremens* —contestó automáticamente el Botánico—. Y hasta en los casos más extremos, solo duran diez días.

Los ojos de Mathers se abrieron de par en par.

Por cuarta vez, Poe tapó el auricular.

—Ya he dicho que podía descolocarlo —dijo—. Ahora sabemos que tiene formación médica.

63

De acuerdo —dijo Poe—. Supongamos que Henning Stahl puede reunirse con usted. Supongo que tendrá un plan… —Le llamaré para darle la ubicación. Nos veremos pasado mañana, a las once de la mañana.

—Es domingo.

—Sí.

—Y supongo que será en Londres, ¿no?

—¿La ciudad más vigilada del mundo? Lo dudo. No, tendrán que meterse en el coche e ir hacia el norte.

—¿Hasta dónde?

—Hasta casa, sargento —contestó el Botánico—. Me reuniré con Henning Stahl en Cumbria.

Colgó.

—¿Tilly? —dijo Poe—. ¿Tienes algo?

Bradshaw negó con la cabeza.

—Está usando un teléfono distinto cada vez que llama y, o lo hace desde un área densamente poblada o desde una ubicación muy rural. Te puedo decir que acaba de llamar desde Covent Garden, pero no acotarlo más.

—¿Por qué demonios ha elegido Cumbria? —preguntó Poe—. ¿Y qué ha querido decir con ese «Eso tengo entendido» cuando yo he dicho que estaba trabajando en otro caso?

—Puede que lo esté vigilando —señaló Mathers.

—¿Por qué?

—Ni idea —contestó encogiéndose de hombros—. Podemos hablar de esto más tarde. Ahora mismo tengo que informar a la policía de Cumbria de que el domingo estaremos trabajando en su zona. ¿Con quién debería contactar? Nos vendría bien un aliado.

—Con la comisaria Jo Nightingale —dijo Flynn—. Ya hemos trabajado con ella y es buena. A nada que pueda, nos ayudará.

Mathers asintió agradecida y salió de la sala.

—Bueno, voy a buscar a Henning Stahl —dijo Poe—. ¿Nos vemos en el hotel?

—¿Crees que es buena idea? —preguntó Flynn—¿Y si tiene una recaída?

—¿Después de un solo día?

—Poe, vamos a interrumpir su tratamiento.

—Hablaré con sus médicos, a ver qué podemos hacer y qué no.

—Y pregúntales si sigue mojando la cama todas las noches —dijo—. Si es así, compro un paquete de pañales para adultos.

64

El cambio en Henning Stahl era sorprendente. Lo primero que notó Poe fue que lo veías antes de olerlo. Eso ya hacía que mereciera la pena el desorbitado precio del tratamiento de desintoxicación. Llevaba ropa limpia e iba afeitado, con el pelo limpio y bien peinado. Y, aunque tampoco tenía la mirada clara y la piel sonrosada, al menos ya no estaba gris y lleno de manchas.

Poe le estrechó la mano. Estaba seca.

—Tiene mejor aspecto, Henning.

—Tenemos que hablar —contestó Stahl.

—¿Qué quiere decir con que ha cambiado el trato? —dijo Poe.

Estaban volviendo a Londres y Poe llevaba veinte minutos circulando en primera. Suponía que se debería a un accidente, aunque aún era hora punta, así que era imposible saber el motivo de tanto retraso. El comentario de Stahl tampoco ayudaba a ponerlo de mejor humor.

—Quiero una cosa —dijo Stahl.

—Claro que sí.

—Mire, sé que su intervención probablemente me ha salvado la vida, Poe, pero me da la sensación de que ahora tengo más cartas que jugar.

—Esto no es un juego, Henning.

—No lo es, no. Y por eso merezco más.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó Poe con un suspiro.

—Tener acceso exclusivo a la investigación.

—¿Y por qué íbamos a dárselo?

—Porque es lo correcto.

—Ah, ¿sí?

—Ese hombre ya ha matado a dos personas y…

—Tres —dijo Poe—. Karen Royal-Cross ha muerto esta mañana.

—¿Consiguió llegar hasta ella en el hospital? ¿Con toda la seguridad que le pusieron?

—Sí.

—Pues lo lamento, pero eso hace que mi petición sea aún más razonable —dijo Stahl.

—Siga.

—Usted dice que no saben por qué me ha elegido a mí.

—No.

—Pero está de acuerdo en que podría haberse buscado otros periodistas menos… limitados, ¿no?

—Eso es quedarse corto —dijo Poe.

—Bueno, pues si pudiera haber elegido a alguien…

—¿… que no fuera un capullo?

—Iba a decir «más adecuado», pero si lo prefiere, nos quedamos con su definición. Si hubiera podido elegir a alguien que no fuera un capullo, lo habría hecho, y eso significa que o me conoce, o quiere matarme. Usted es un hombre inteligente; sé que ya habrá llegado a esta misma conclusión. Y, sin embargo, está dispuesto a seguir adelante con la reunión. Eso significa que, hasta cierto punto, cree que soy prescindible.

—Es una manera un poco dura de decirlo.

—¿Dejaría que Tilly se reuniera con él?

Poe no contestó.

—No me engaño y sé que no me llorarán cuando muera —continuó Stahl—, pero todo esto me ha dado una segunda oportunidad, Poe. ¿Cuántas personas pueden decir lo mismo? Los médicos me han limpiado y estoy tomando Antabús. Pienso agarrar la vida con ambas manos.

—¿Qué es Antabús?

—Mi medicación. Si bebo alcohol, aunque sea una cantidad mínima, me pongo muy mal rápidamente. Es un disuasorio físico y psicológico. Me lo tomo por la mañana, cuando estoy más motivado, y me dura todo el día.

Poe se quedó mirándolo sin saber si creerle. Ese Antabús sonaba demasiado bien. Más tarde lo comprobaría con Bradshaw. Era fundamental que Stahl estuviera sobrio el domingo. De lo contrario, podía escapársele algo, y aunque no conocería gran parte de la operación policial, algo tenían que contarle.

—¿Y qué quiere hacer con ese acceso exclusivo? —dijo Poe.

—Escribir un libro sobre el caso. Voy a escribir un libro y ese libro ganará premios. Y con el dinero y el reconocimiento que obtenga del libro y los premios, reconstruiré mi carrera. A cambio, ustedes contarán con mi plena colaboración. Desde ahora hasta que esto haya acabado.

Aunque no era una oferta atractiva, Poe sabía que Mathers la aceptaría. No le quedaría otra. Cabía la posibilidad de que el Botánico conociera a Stahl personalmente, así que no podían utilizar a un doble con la esperanza de que no se diera cuenta del cambiazo hasta que fuera demasiado tarde. Y tampoco podían obligar a Stahl a reunirse con él: como él mismo había dicho, cabía la posibilidad de que el Botánico intentara matarlo.

—Se lo preguntaré a la comisaria Mathers —dijo Poe—. A ver qué dice. Aunque no tendrá

acceso a la investigación a tiempo real. Se lo daremos cuando no conlleve ningún riesgo para la operación. Pero sí: creo que podemos conseguir que gane algo más de exclusividad.

—Bien —dijo Stahl—. Mientras pueda escribir el libro antes de que lo haga otro, me basta.

65

Flynn y Bradshaw estaban esperando en el bar del hotel. Para sorpresa de Poe, Mathers estaba con ellas. No parecía muy contenta. Flynn tampoco. Bradshaw estaba nerviosa, clara señal de que algo le preocupaba.

—¿Qué pasa? —dijo Poe, tomando asiento.

Mathers tiró un periódico encima de la mesa. Era un ejemplar del *Chronicle*, el diario local de Newcastle. Estaba boca abajo, de manera que Poe solo veía un artículo sobre un partido de fútbol reciente en la contraportada.

—¿Qué es esto?

—Dele la vuelta.

Así lo hizo.

Y vio su cara en la portada.

¡POLICÍA EXPUESTA!

EL SARGENTO POE SE APARTA DE LA BÚSQUEDA DEL BOTÁNICO: ¡COMPROMETE UNA INVESTIGACIÓN PARA AYUDAR A UNA AMIGA SOSPECHOSA DE ASESINATO!

El sargento Washington Poe, conocido policía de la Agencia Nacional del Crimen, se ha tomado un tiempo en la búsqueda del asesino en serie conocido como el Botánico para llevar a cabo una investigación por su cuenta sobre las circunstancias que rodean la detención de una amiga. Estelle Doyle, de 39 años, fue detenida hace unos días por el brutal asesinato de su padre. Se encuentra en prisión preventiva en la cárcel de Low Newton, Durham. El sargento y una morena misteriosa fueron vistos en el aparcamiento del centro penitenciario. Se cree que habían ido a ver a Doyle. Poe no es nuevo en la polémica…

Y a partir de ahí, el artículo se convertía en una diatriba contra él, resumiendo los casos destacados en los que había trabajado. No hablaba de los asesinos que había enviado a la cárcel, pero sí hacía referencia a las quejas presentadas contra él. La policía de Northumbria no había querido hacer ningún comentario. Y cuando el periodista llamó a la Agencia Nacional del Crimen, le dijeron que Poe «no estaba disponible». Lo cual, aunque era cierto, dicho así daba la impresión de que estaba escondido en una caravana en alguna parte.

En la foto que acompañaba al artículo aparecían Bradshaw y él en el aparcamiento de Low Newton. A juzgar por las sombras, estaba sacada después de ver a Doyle, no antes. Seguramente poco antes de que les abordara Robert Bowness, el agente que notó un olor a bate de críquet en el despacho de Elcid Doyle. Bowness debió de hacer la foto para mostrársela a la inspectora Tai-young Lee, y ella se la pasaría a algún amigo periodista. Como venganza por colarse en su escena del crimen.

—¿Estás bien, Tilly? —preguntó Poe.

—Sí, Poe. Mi nombre no se menciona en el artículo y en la foto salgo borrosa.

—Nunca te había visto como «una morena».

—Yo desde luego no sabía que fuera una morena «misteriosa», Poe.

—¡Esto es serio! —saltó Flynn.

—No lo es, jefa —contestó Poe—. Fui a ver a una amiga en uno de mis días libres. Si a la inspectora Lee le molesta mi presencia, podría haberlo hablado contigo en vez de llamar a la prensa.

—El director ha pedido explicaciones al jefe de la policía de Northumbria —admitió Flynn.

—¿Y?

—La inspectora Tai-young Lee niega haber sido ella.

—Claro.

—Da igual. El hecho es que la comisaria Mathers ya está sometida a un tremendo escrutinio, la prensa pide su cabeza y este tipo de artículos hace que parezca que ha perdido todo control sobre el caso.

—Lo siento, Poe —dijo Mathers—. Pero Stephanie y yo estamos de acuerdo: para proteger la investigación del caso del Botánico, va a tener que apartarse del caso de Estelle Doyle. Si es inocente, la verdad saldrá a la luz.

—¿Es una orden? —preguntó él.

—Lo es, Poe —contestó Flynn— El personal de Low Newton tiene instrucciones de prohibirte la entrada.

Bradshaw le puso una mano en el brazo y la dejó ahí hasta que su respiración se tranquilizó.

—No pasa nada, Poe —dijo—. Hemos visto todo lo que necesitábamos. Podemos seguir investigando desde aquí. Yo te ayudo, te lo prometo.

—Vale —dijo él, por fin.

Flynn y Mathers tenían razón. Había puesto en peligro la investigación. Le gustara o no, era importante mantener una relación correcta con la prensa para gestionar un caso prominente de asesinato. Le fastidiaba verse apartado con un golpe bajo, pero Bradshaw estaba en lo cierto: visitar a Doyle en la cárcel era un lujo, no una necesidad. Si le hacía falta más información, la mejor manera de conseguirla sería a través de su abogada.

—La noticia está por encima del pliegue —dijo Stahl.

—¿Qué quiere decir eso?

—Los periódicos en papel se doblan y exponen de manera que solo se ve la mitad superior de la primera plana. Eso significa que la noticia más importante es la que aparece por encima del pliegue. Lo cual me extraña…

—¿Por qué? —preguntó Poe.

—Si lee más allá del titular sensacionalista y de todo el relleno, ahí no hay noticia que valga. Un hombre va a visitar a su amiga en la cárcel aprovechando su día libre. ¿Y qué? Eso no es una noticia para la portada de un periódico, ni siquiera en un diario local como este.

—¿De verdad está diciendo… lo que está diciendo? —dijo Poe.

—No sé. Es que parece extraño. Ahí no hay noticia, así que no tiene sentido que aparezca en primera plana. Puede ser que sepan algo más gordo y que no puedan publicarlo por cuestiones legales. Los periódicos locales a veces ponen algo en primera plana con la esperanza de que la prensa nacional se lo apropie y les pague por la información extra. Y si es algo escabroso, no habrá salido de un agente de policía. Demasiado fácil de comprobar.

—¿Usted cree que hay algo más?

—Tiene pinta.

—Pero es que no hay nada.

—¿Seguro, Poe? —preguntó Flynn.

—Completamente. Y, ahora que lo pienso, no creo que la inspectora Lee esté detrás de esto.

—¿Por qué lo dices?

—Porque nosotros descubrimos que ella había cometido un error. No correría el riesgo de ir a la prensa, porque en ese caso yo podría devolvérsela y arruinarle la carrera.

Les habló de la rueda pinchada de Estelle y de su omisión al explicar la discrepancia en la duración del trayecto.

—Poe dijo que ella lo había hecho a propósito para influir sobre la fiscalía y que acusaran a Doyle de asesinato —explicó Bradshaw—. Fingió estar mosqueado para que ella nos dejara echar un vistazo a la casa de Elcid Doyle.

—¿Visteis la escena del crimen? —preguntó Flynn.

—Sí, inspectora Flynn. Poe intentó forzar la cerradura primero, pero desistió cuando se dio cuenta de que no sabía hacerlo. Luego iba a trepar por la verja, pero la inspectora jefa Tai-young Lee estaba espiándonos y lo cogió *in fraganti*. Lo amenazó con detenerlo, y Poe la amenazó con detenerla a ella. Ella le preguntó que por qué, y entonces le mostré las pruebas que se le habían pasado por alto, porque las tenía en el iPad. Después de verlas nos dejó entrar en la residencia familiar de Estelle Doyle.

Flynn la miraba asombrada.

—Por desgracia, eso es exactamente lo que pasó —afirmó Poe.

—¿Intentaste forzar una cerradura? —preguntó Flynn—. ¿En la escena de un crimen?

—Era la verja de entrada a la finca. No iba a colarme en la casa.

—Y te preguntas por qué la inspectora Lee cree que te estás entrometiendo…

Poe notó que Stahl apuntaba algo en su cuaderno.

—¿Qué coño hace?

—Usted mismo me dijo que si grababa en secreto a Tilly —pasó varias páginas hacia atrás y leyó sus notas en alto—, «me arrancaría las orejas y me las metería por el culo». Me pareció que estaba exagerando, pero pillé la idea. Por eso estoy desempolvando mi técnica de tomar apuntes y voy a anotar todas sus conversaciones.

—Ni de guasa —dijo Poe.

66

Usted es quien ha pasado más tiempo con él, Poe —dijo Mathers—. ¿Cree que está preparado para esto?

Stahl y Bradshaw estaban en el bar. Él se había pedido una Coca-Cola y Bradshaw estaba asegurándose de que no se echara Jack Daniels.

—No tengo ni idea —contestó Poe—. Ya ve cuánto ha mejorado físicamente, pero este hombre ha sido alcohólico durante años. Debe de tener secuelas que no conocemos.

—¿Está limpio? —dijo Mathers.

—Dice que está tomando Antabús, y Tilly me ha dicho que le produce una enorme sensibilidad al etanol. Básicamente, si le da un sorbo tendrá la peor resaca de la historia, y no hay antídoto que valga, nada de beber para quitársela. Cuanto más alcohol beba, peor se pondrá.

—¿Hasta qué punto estamos seguros de que se lo está tomando?

—Hay una manera fácil de averiguarlo —dijo Poe.

—¿Cuál?

—Podría echarle un chorrito de vodka en la bebida cuando no esté mirando.

—Ya, claro —asintió Mathers—. Evidentemente tendría que detenerlo aquí mismo por administrarle una sustancia nociva sin su conocimiento con la intención de hacerle daño, pero al menos, lo sabríamos.

—Era una broma, comisaria —dijo Flynn—. ¿Verdad, Poe?

Poe se encogió de hombros.

—Por supuesto —dijo—. Mire, mientras le mantengamos unas horas alejado del bar, lo conseguiremos. En cuanto pase esto, ya no es responsabilidad nuestra. Si está borracho, se le acaba el acceso a la investigación.

—¿Qué les dice el instinto? —preguntó Mathers.

—Yo creo que está sobrio.

—¿Inspectora Flynn?

—Ahora mismo, sí. Que tenga motivación suficiente para seguir así, eso ya no lo sé. Pero Poe tiene razón. La sobriedad a largo plazo es problema suyo, no nuestro.

Mathers escribió un correo electrónico.

—Pues entonces adelante —dijo. Tiró su teléfono sobre la mesa y suspiró—. Venga, las cartas sobre la mesa. ¿Qué creemos que está pasando? ¿Por qué pidió que buscáramos a Stahl y qué

podemos esperar el domingo?

—No sé —contestó Poe—. El tipo ya no huele a cabra, pero me da la sensación de que lo vamos a dejar atado como si lo fuera.

67

El viaje al norte transcurrió sin incidencias. El convoy de diez coches salió a las diez de la mañana y seis horas más tarde llegó a Carleton Hall, el cuartel general de la policía de Cumbria en Penrith. Allí les indicaron que estacionasen en una zona separada del aparcamiento.

La comisaria Jo Nightingale, jefa del Departamento de Investigación Criminal de Cumbria, salió a darles la bienvenida. La SCAS ya había trabajado con ella. La conocían bien. Era inteligente, intuitiva y uno de los pocos jefes que soportaba Poe.

—Pueden instalarse en la sala de reuniones A —les dijo, una vez hechas las presentaciones—. Supongo que aún no se ha puesto en contacto con ustedes para decirles el punto de encuentro…

—Esperamos que nos diga algo mañana —contestó Mathers—. Dudo que lo haga con mucha antelación.

—Esto es bastante céntrico. Con la sirena y las luces se tarda una hora en llegar a Barrow y quince minutos a Carlisle. La parte oeste de Cumbria puede ser un poco más problemática, porque las carreteras no siempre están en buenas condiciones y la comunicación puede fallar.

—¿Soporte aéreo?

—El Servicio Aéreo Nacional de la Policía ha enviado tres Eurocópters EC135 a la base de Newcastle. A partir de mañana a las seis de la mañana habrá al menos dos de ellos sobrevolando Cumbria en todo momento.

—¿Y por tierra?

—Cien agentes de uniforme y cincuenta más en la reserva. Hemos cancelado todas las bajas del departamento y, a no ser que participen de forma activa en el caso, los tendremos estratégicamente situados en todos los pueblos y aldeas más grandes. Anoche hicimos unas maniobras y creemos poder armar un cordón en cualquier ubicación en menos de veinte minutos.

—Muy exhaustivo —dijo Mathers.

—Sí, y eso es lo que me preocupa. ¿Por qué tanta exposición? Él sabe que vamos a poner todos los medios disponibles.

—Puede que ni se presente. Tal vez sea una manera de alejar de Londres a los investigadores principales.

—¿Eso cree, Poe? —preguntó Nightingale.

—Yo creo que sí aparecerá, comisaria.

—O sea, que quiere que lo cojan…

—No —contestó Poe—. Yo creo que piensa que es capaz de encontrarse con Henning Stahl sin que lo detengamos. No digo que lo vaya a conseguir, claro; solo que él se ve capaz.

—¿Y por qué en Cumbria? Hasta ahora todos los casos han sido en Londres.

Poe se encogió de hombros.

—Ni idea —dijo—. Esto es rural, pero también lo es Gales, y eso está mucho más cerca de Londres. Yo creía que buscaría un sitio lleno de gente, para verse con Stahl y poder escabullirse entre la multitud. He estado devanándome los sesos y no se me ocurre ninguna ventaja táctica de hacerlo en Cumbria. Ninguna. Y eso significa que hay algo que se nos ha pasado.

—No me está infundiendo demasiada confianza, Poe —dijo Nightingale.

—Eso es porque no la tengo. Yo creo que tenemos un diez por ciento de posibilidades mañana.

—¿De que se escape? —dijo Mathers—. Bueno, creo que tampoco está mal.

—No me ha entendido, señora —dijo Poe—. Un diez por ciento de posibilidades de cogerlo.

68

Poe no quería arriesgarse a volver a Herdwick Croft, de manera que se cogió una habitación con el resto del equipo en el hotel North Lakes. Así también podría vigilar a Henning Stahl. Por ahora, el periodista estaba haciendo todo cuanto le pedían, hasta se dejó afeitar un poco de pelo para que pudieran colocarle un micro en el cuero cabelludo. La idea había sido de Flynn. El Botánico sabía que Stahl llevaría micrófono, y llevar otro menos evidente, por si descubría el primero, parecía buena idea. A Poe le parecía un poco superfluo: el Botánico quería que lo escucharan, pero tampoco puso ninguna objeción. Así que Mathers rebuscó en la caja de juguetes del Comando Antiterrorista y cogió un dispositivo de escuchas pequeño, plano y de color carne que, una vez pegado a la cabeza de Stahl, sería prácticamente imposible de descubrir.

—¿No le importa? —preguntó Poe.

—Me siento como ese tipo de las películas de *Misión Imposible* —contestó Stahl.

—Henning, más que a Ethan Hunt, yo le veo un aire a Jabba el Hutt…

—No seas burro, Poe —dijo Flynn.

Poe dijo que, ya que se alojaba en el hotel, podía dormir con Stahl, para así cerciorarse de que no salía a por algo de beber en plena noche. Mathers aceptó rápidamente y ordenó a alguien que cambiara la reserva de una habitación simple por una doble.

—Pondré efectivos en la puerta y en la ventana —dijo—. Por si todo esto ha sido una treta para ir a por él esta noche.

Poe durmió a ratos y se despertó temprano. Stahl ya estaba despierto, sentado ante el escritorio, tomando apuntes.

—Tiene un sueño agresivo, sargento —dijo.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Se ha pasado toda la noche dando vueltas. En un momento hasta gritó.

Poe se tocó la camiseta. Estaba empapada y tenía la piel pegajosa.

—Supongo que cada uno tiene las pesadillas que se merece.

—Ahí está el título del libro. —Sonrió Stahl, volviendo a sus apuntes.

—Usted encienda el maldito hervidor.

—¿Ha tenido alguna iluminación esta noche? —le preguntó Poe mirando por encima de su taza de café—. ¿Algo que no me haya contado todavía?

—¿Intenta apartar mi pensamiento de lo que va a pasar, sargento? —contestó Stahl.

—¿Tan evidente es?

—Descuide. Agradezco el detalle.

—¿Y bien?

—No paro de pensar en ello. Es verdad que tenía la cabeza anulada por el vodka y la autocompasión, pero ahora estoy despejado. He mirado tanto la lista que me dio Tilly, la que tiene todos los artículos en los que trabajé, que hasta ya la veo en sueños.

—¿Y?

—Nada. Toda la gente de la que escribí al final de mi carrera era famosa, y aunque en mi época hice algo de periodismo de investigación decente, usted ha visto los mismos nombres que yo. No hay ninguno que tenga motivos ni capacidad para hacer algo como esto.

El teléfono de Poe empezó a sonar. Era Tilly. Se preguntaba si ella había dormido algo.

—¿Estás vestido, Poe? —preguntó.

—Sí, lo estamos. Estábamos tomando un café antes de bajar a desayunar.

—¿Puedo pasar? Tengo algo que enseñarte.

69

Ese «algo» era otra lista. Bradshaw y la Gente Topo habían contactado con todos los vendedores de acetona del país y habían conseguido los nombres de todos aquellos que habían hecho una compra al por mayor en los últimos cinco años. La lista superaba los diez mil nombres.

—Y esto es solo en el Reino Unido —les explicó Bradshaw—. Si lo compró en el extranjero, no figurará aquí.

—Y tampoco si se la pidió a alguien, si la robó o si tenía acetona guardada desde hace años.

—Yo tampoco confío demasiado en la lista, Poe. No es propio de él dejar su nombre en una base de datos.

—Y aunque lo hubiera hecho, esto es inmanejable. No podemos procesar todos estos nombres. ¿No hay ningún modo de reducirla más?

—Si estás seguro del sexo, podríamos eliminar a todas las mujeres…

—Es un hombre —interrumpió Poe—, pero no podemos descartar a las mujeres porque alguna de ellas pudo comprarla por él.

—¿Cree que tiene cómplices? —preguntó Stahl.

—No lo veo probable, pero la acetona no es una sustancia sospechosa. Pedirle a alguien que te compre una cosa así no despertaría ninguna alarma. ¿Me puedes conseguir una copia impresa, Tilly?

—Es mucho papel, Poe.

—Me mareo si miro demasiado la pantalla.

—Además, no sabes cómo funciona un ordenador. Eres el único que sigue teniendo un archivador en la SCAS.

—A mí no me entran virus en el archivador.

—Pero siempre pierdes la llave. Has tenido que forzarlo tantas veces que ya ni cierra. La inspectora Flynn hace que lo comprueben cada noche para asegurarse de que no hay nada confidencial dentro. Y luego les hace volver a meterlo por la mañana.

—¿En serio?

—Sí, Poe.

—En cuanto vuelva, pongo trampas para ratones. A ver qué les parece.

Stahl se quedó mirándolos fijamente.

—Están locos —dijo.

Empezó a sonar el teléfono del hotel. Bradshaw contestó.

—Buenos días, al habla Matilda Bradshaw, no el sargento Washington Poe. Repito, no soy el sargento Washington Poe.

Poe alzó los dos pulgares y asintió como diciendo «así se hace».

—De acuerdo, ahora se lo digo —dijo Bradshaw antes de colgar.

—¿Era de recepción? Les pedí que me llamaran para despertarme y se me ha olvidado cancelarlo.

—No era de recepción, Poe. Era la inspectora Flynn. El Botánico ha llamado y quiere ver a Henning Stahl a las once en Carlisle.

—Parece que le toca, Henning —dijo Poe.

70

Aún no ha dicho en qué lugar de Carlisle? —preguntó Poe. La sala de reuniones A, la más grande de las dos salas de incidencias que había en Carleton Hall, estaba llena de agentes de Londres y de Cumbria. Poe estaba apretujado entre Bradshaw y Nightingale. Mathers acababa de dar comienzo a la sesión informativa.

—Todavía no —dijo.

—¿Fue por mensaje?

—Sí. ¿Cómo lo sabe?

—Porque ya está cerca del punto de encuentro —contestó Poe—. No ha llamado para que no lo localicemos. Estará vigilando la zona para asegurarse de que es un buen sitio.

—Estoy de acuerdo —dijo Mathers—. Localizaremos desde dónde lo ha mandado, pero tardaremos unas horas. Necesitamos una orden judicial para situar cada dispositivo y está usando móviles desechables. Linda, ¿puedes explicar la logística a todo el mundo?

Una policía de paisano se puso en pie. Poe ya la había visto en Londres, trabajando alrededor de la investigación principal.

—A las nueve nos ponemos en marcha, en convoy, y nos dirigimos a Durranhill, que tengo entendido que es la base de operaciones de Carlisle —dijo—. Luego nos separamos en los equipos que se nos asignaron en la sesión de anoche. No creemos que el Botánico nos dé la ubicación definitiva hasta poco antes de las once. La comisaria Nightingale tendrá un equipo de refuerzo con cincuenta agentes en coches patrulla por si los necesitamos, y el apoyo aéreo ya está sobrevolando la ciudad. El sargento Poe, de la Agencia Nacional del Crimen, acompañará a Henning Stahl hasta el lugar de encuentro e intentará mantenerlo a la vista en todo momento. La comisaria Mathers estará a cargo del mando estratégico general como máxima superior. La comisaria Nightingale dirigirá la operación sobre el terreno aprovechando su conocimiento local. Es todo lo que podemos hacer en lo que a planificación se refiere, dado que todavía no tenemos un lugar de encuentro. ¿Alguna pregunta?

Había unas cuantas. No muchas, ya que la sesión informativa previa ya había sido bastante exhaustiva.

—¿Se encuentra bien, señor Stahl? —preguntó Mathers—. ¿Qué opina de todo esto?

—Pues que he elegido una semana bastante mala para dejar de beber.

Era lo mejor que podía haber dicho en una sala llena de policías nerviosos. Una vez sofocadas las carcajadas, Mathers dijo:

—No se preocupe, de un modo u otro, todo esto habrá acabado para la hora de comer.

Poe frunció el ceño.

71

A diferencia de la mayoría de las fuerzas de tierra, la Policía Metropolitana de Londres tiene varios escalafones por encima del de comisario: comandante, subcomisionado adjunto, comisionado adjunto, subcomisionado y comisionado. Poe se imaginaba a Mathers sentada delante de todos ellos en la larga mesa de reuniones. Era como la peor entrevista de trabajo del mundo. El sargento no recordaba tanto escrutinio desde la investigación de Jimmy Savile. Tendría suerte si salía de aquella «junta exploratoria» con su corona puesta. Todos estaban en Londres, y Mathers era la única invitada a asistir.

—Comisaria Mathers, explíquenoslo otra vez —dijo el comandante que hacía las preguntas. Tenía una verruga en la ceja y la cara picada. Se llamaba Ratfield, aunque Poe lo llamaba Ratface, Cara de Rata.

—Fue un desastre de principio a fin —dijo Mathers.

—¿Dónde demonios está Chance‘s Park? —preguntó Mathers, montándose en la parte trasera del vehículo de mando. Poe y Henning Stahl se subieron con ella. Para cuando Poe cerró la puerta, el cuatro por cuatro ya estaba en marcha.

El Botánico había llamado para comunicarles el punto de encuentro a las once menos cinco.

—Al oeste de la ciudad, no está lejos, comisaria —contestó Poe—. Tardaremos algo más de cinco minutos en llegar.

—¿Hay algo que deba saber sobre ese sitio?

—Solo que no tiene ningún sentido como punto de encuentro.

—¿Por qué no?

—Chance’s Park no está en las afueras de Carlisle: está rodeado de ciudad. Lo tienen muy cuidado y hay un montón de senderos y zonas ajardinadas. Sin demasiados árboles. No hay dónde esconderse. Una vez dentro, podemos rodearlo.

—Entonces ¿por qué lo ha elegido?

Bradshaw levantó una mano.

—Yo creo que lo sé, comisaria Mathers.

—¿Por qué cree que cambió su *modus operandi*? —preguntó el comandante Cara de Rata—. El que usaba antes le estaba funcionando. Cada vez tenía más apoyos.

—No, señor, no es así —contestó Mathers.

—He visto los datos del MOPAC, comisaria. Cada vez tiene más seguidores.

—Consulté los datos presentados por la señorita Bradshaw. Ella estuvo siguiendo minuciosamente la evolución de ese apoyo y llegó a la conclusión de que, en realidad, cada vez era menor.

—¿Y se fía más de la palabra de una analista de datos que de la unidad de Pruebas y Conocimiento del MOCAP?

—Sí, señor.

La Oficina del Alcalde para la Vigilancia Policial y la Delincuencia (MOCAP, por sus siglas en inglés) era un cuerpo funcional de la autoridad municipal londinense, responsable de supervisar a la Policía Metropolitana.

—La Unidad de Pruebas y Conocimiento cuenta con el respeto internacional —dijo Cara de Rata.

—Sí, señor.

—Y ella solo es una analista.

—Sí, señor. Y Tilly… perdón, la señorita Bradshaw, dice que se equivocan. Que se había producido un descenso claro en la participación en redes sociales y que, si el Botánico no cambiaba algo, habría tenido cada vez menos respuestas. Básicamente, el público se desensibiliza y acaba pasando a lo siguiente.

—O sea, ¿que lo de Chance’s Park fue para seguir siendo tendencia en Twitter?

—Sí, señor.

—Bueno, ya volveremos a este tema —dijo Cara de Rata—. Tengo entendido que, a pesar de que eran las once pasadas, ustedes llegaron a Chance’s Park primero…

—Correcto, señor. Pensamos que tal vez ya se había ido, pero la comisaria Nightingale, comandante de Cumbria, lo creía poco probable. Dijo que habíamos llegado lo más rápido posible.

—¿Y fue usted quien tomó la decisión de hacer entrar a Henning Stahl?

—Sí, señor.

—Es ahora o nunca, amigo —le dijo Poe a Stahl—. En cuanto se baje de este coche, estará solo. Por experiencia propia, sé que no es una sensación agradable.

—No me perderá de vista, ¿verdad? —preguntó el periodista, con apenas un susurro.

Ahora que había llegado el momento, Stahl empezaba a comprender la enormidad de lo que le

pedían. Estaba temblando, parpadeaba muy deprisa y respiraba superficialmente. Parecía un hombre que necesitaba un trago.

—Como un halcón —contestó Poe—. Y no solo yo. Los tres helicópteros nos están sobrevolando. En cuanto aparezca el Botánico rodearemos el parque y soltaremos efectivos encubiertos. Lo cogerán cuando intente salir.

—¿Y el micrófono sigue funcionando?

Poe miró al técnico, que asintió confirmándoselo.

—Sí. Y recuerde, si intenta quitarle el que lleva pegado al pecho, déjelo. Es un micro real, pero no está transmitiendo. El micro en directo lo lleva en la cabeza. Esperemos que no se le ocurra mirar ahí.

—¿Voy? —dijo Stahl.

—Si está listo…

—Lo estoy.

—¿Ve la mesa de pícnic donde quiere que se siente?

—¿La que está al lado de la escarpa? —dijo, señalando hacia una acequia hundida.

—Ahí, sí.

Stahl se bajó del coche y tendió la mano a Poe.

—Por si algo sale mal, sargento —dijo—. Me ha gustado verlo trabajar.

Poe estrechó su mano y le observó cruzar la calle y entrar en Chance’s Park.

—Buena suerte, Henning —dijo entre dientes.

—¿Cuánto tiempo estuvo esperando Henning Stahl a que pasara algo? —preguntó el comandante Cara de Rata a Mathers.

—Seis minutos, señor.

—¿Y no lo esperaban?

—No, señor. Hasta ese momento, el Botánico había sido extremadamente puntual en sus contactos.

—¿Se planteó abortar la operación?

—Sí, señor, Chance’s Park estaba demasiado tranquilo para ser domingo.

—¿Y por qué no lo hizo?

—Después de consultarlo con los rangos más destacados sobre el terreno, tomé la decisión de seguir adelante. Hasta ese punto no habíamos sacado nada y aquella parecía nuestra mejor oportunidad.

—¿Cuándo empezó a sospechar que las cosas se iban a torcer? —preguntó Cara de Rata.

—Cuando vi a la señora de la camiseta rosa, señor.

Poe observaba a Stahl a través de sus prismáticos. No había apartado la mirada de él ni por un instante, desde que salió del coche hasta que llegó a la mesa de pícnic. Stahl seguía aterrado, pero estaba ciñéndose a todas las instrucciones: no miraba a su alrededor ni estiraba el cuello para ver qué estaba pasando. Simplemente miraba al frente, con las palmas de las manos apoyadas sobre la mesa.

—¿Quién coño es esa? —dijo Mathers.

La mujer llevaba una camiseta de color chillón y mallas. Estaba corriendo en el sitio. Paró y estiró las piernas, se dobló a la altura de las caderas y bajó la cabeza hacia el suelo. Luego se agarró los gemelos y se mantuvo en esa postura. «Un estiramiento de isquiotibiales», pensó Poe. Parecía como si estuviera calentando. Mientras la miraba, otra mujer se unió a ella. Luego un hombre. Y después un grupo de cinco corredores.

Al cabo de pocos segundos eran cincuenta.

—Mierda —dijo Poe.

—¿Y a nadie se le ocurrió comprobar si había algún evento público en el parque ese día, comisaria Mathers? —preguntó el comandante Cara de Rata.

—No, señor.

—Si usted estuviera sentada a este lado de la mesa, ¿lo describiría como un fracaso de planificación?

—Sí, señor.

—Muy bien. ¿Qué ocurrió entonces?

—¿Quiénes demonios son esos payasos? —dijo Mathers—. No pueden ser parte de todo esto…

Se oyó la voz entrecortada de Nightingale por la radio:

—Es una carrera por el parque.

—¿Por qué no sabíamos nada de esto?

—Normalmente son los sábados, y no ha habido tiempo para comprobar la agenda de eventos con el poco tiempo que nos ha dado —contestó Nightingale con tono tranquilo.

—¿Por qué van de rosa todos?

—No podemos leer lo que pone en las camisetas desde aquí.

—Yo sí —dijo Poe—. Llevan un logo en la parte delantera. Es un cerebro o un testículo hacia

abajo. Tiene unas letras debajo: ABBS. ¿Alguien sabe lo que quiere decir?

—Primera vez que lo oigo —dijo Flynn.

Ella estaba al otro lado de Chance's Park. Poe dudaba que hubiera visto a ningún corredor todavía. Pero no tardaría, porque ya había cientos de ellos. Poe todavía veía a Henning Stahl, pero no sabía por cuánto tiempo. No paraban de llegar corredores y estaban empezando a apiñarse alrededor de Stahl a medida que se metían más y más en el parque para que cupieran todos.

—Tilly, ¿me oyes? —continuó Flynn.

—Sí, inspectora Flynn —dijo Bradshaw. Ella se había quedado en Durranhill para monitorizar la operación.

—Averigua qué significan las siglas ABBS. Poe dice que ve un logo de un cerebro o de un testículo. Dudo que sea cáncer testicular porque van de rosa. Empieza por los trastornos neurológicos.

—Ahora mismo.

Poe apretó el botón de transmisión en su radio.

—Voy a perder el contacto visual en breve —dijo—. Si alguien ve mejor a Stahl, que lo diga ya, porque… vale, ya lo he perdido.

Un mar de rosa separaba a Poe de Stahl. Calculaba que habría al menos quinientas personas en el parque. De vez en cuando veía destellos del periodista, porque era el único que no iba vestido como un flamenco, pero no podía distinguir si estaba solo.

—Indicativos Quebec —dijo Poe—. ¿Veis a Stahl?

Quebec 251, 252 y 253 eran los helicópteros. Estaban sobrevolando las tres entradas principales del parque.

—Aquí Quebec 253 —dijo una voz con interferencias—. Afirmativo, vemos al objetivo. Está rodeado de gente vestida de rosa, pero parece que está solo.

—Quiero que me informéis cada treinta segundos, chicos —dijo Poe.

—Recibido.

—Al habla Matilda Bradshaw, de la Agencia Nacional del Crimen. ¿Puedo hablar ahora, Poe?

—Adelante, Tilly.

—ABBS son las siglas de la asociación del síndrome adquirido de Breeg-Bart. Es un trastorno neurodegenerativo, una variante muy rara de la esclerosis lateral amiotrófica, una de las enfermedades de la neurona motora. ¿Te suena la enfermedad de Lou Gehrig?

—Sí.

—Pues es como eso, pero diez veces peor. Lleva el nombre de la primera persona a la que se lo diagnosticaron y del médico que identificó la variante.

—¿Y esta carrera es algo habitual?

—Es la primera que se celebra en Carlisle. El grupo que organiza los eventos se centra cada año en una enfermedad de la neurona motora. Cada domingo van a una ciudad o a un pueblo grande.

—Ya es mala suerte… —dijo Mathers.

Poe frunció el ceño. El Botánico no tiraba de la suerte. Él sabría que se iba a celebrar aquella carrera.

—No creo que…

Sonó un claxon.

—¿Qué demonios ha sido eso? —preguntó Mathers.

—Los organizadores tocaron una bocina para dar comienzo a la carrera, señor —explicó Mathers a la junta.

—Pero, para entonces, ya le habían informado de que el evento no era dentro de Chance's Park, ¿verdad? —preguntó el comandante Cara de Rata—. Solo la primera parte.

—Sí, señor. Aparentemente, después de la carrera había una recepción en los terrenos del castillo de Carlisle, con el Alto Sheriff y Lord Teniente.

—¿Cuánto tiempo estuvieron los corredores dentro de Chance's Park?

—Casi media hora, señor.

—Y el Botánico movió ficha casi al cabo de esa media hora, ¿no es así?

—Sí, señor.

—¿Quién es ese? —preguntó Quebec 253.

—Desde aquí no vemos nada —contestó Mathers mientras estiraba el cuello en vano tratando de ver por encima de la multitud rosa—. Describan lo que ven.

—Henning Stahl no está solo. Hay alguien sentado enfrente de él. Lleva una gorra marrón y un abrigo color camel.

—Esto no funciona —dijo Poe, al notar que ya no oía las pisadas de los corredores. Se apretó el auricular en el oído—. No oigo nada—. Se volvió hacia el técnico—. No es buen momento para fallar.

—¡No somos nosotros! —contestó el pobre técnico, comprobando frenéticamente sus sistemas.

Poe sabía que tenía razón: el Botánico había encontrado la manera de neutralizar sus comunicaciones. Aparte de los helicópteros, se habían quedado sordos, mudos y ciegos. No podían oír a Henning Stahl, ni hablar con él ni tampoco verlo.

—El Botánico se escondió entre la multitud para entrar en el parque, señor —explicó Mathers —. Llevaba un inhibidor de frecuencias de radio encima.

—Eso es una de las cosas que le dejó a Stahl, ¿no?

—Sí, señor. Es un walkie-talkie modificado. Había cambiado la placa base para que el botón de transmisión activara una señal de interferencia. Solo tenía diez metros de alcance, lo suficiente para inutilizar el dispositivo de escucha que llevaba Henning Stahl.

—¿Qué pasó entonces?

Poe había sido policía durante mucho tiempo y había visto torcerse muchas operaciones. Incluso formó parte de una en la que una unidad encubierta detuvo a otra. Pero nunca había visto una operación en la que se pasara del control total al caos absoluto. No tan rápido.

—Indicativos Quebec, ¿veis al objetivo? —preguntó Mathers con urgencia.

Uno a uno, Quebec 251, 252 y 253 confirmaron que lo veían.

—Hay que sacar de ahí a Stahl ahora mismo, comisaria —dijo Poe—. Él podrá decirnos qué aspecto tiene el Botánico, pero solo si sigue vivo.

—¿Qué aspecto tiene? —repitió la comisaria—. No cree entonces que le vayamos a detener…

Poe negó con la cabeza.

—Nos lleva demasiada ventaja. No sé cuál es su plan de fuga, pero seguro que tiene uno.

—Pues vamos a entrar —dijo ella—. Cojamos a ese cabrón antes de que use sus truquillos. ¿De acuerdo, Jo?

—Usted manda, comisaria —contestó Nightingale.

Mathers asintió para sí. Decisión tomada. Apretó otra vez el botón de transmisión.

—Sesenta segundos. Todo el mundo a sus puestos, por favor.

—Pero antes de que los equipos sobre el terreno pudieran entrar y detener al sospechoso, pasó algo más, ¿no? —señaló el comandante Cara de Rata.

—Sí, señor. Quebec 252 dijo que el hombre sentado enfrente de Henning Stahl le había pasado un sobre por encima de la mesa.

—Y entonces fue cuando el sargento Poe gritó…

—¡No lo toque! —exclamó Poe ante el monitor.

El técnico a su lado se asustó. Mathers también.

Stahl estaba a punto de coger el sobre y retiró la mano bruscamente. Miró hacia donde estaba

Poe.

—¿Me ha oído? —preguntó Poe.

—¿Podía oír al sargento?

—Sí, señor. El Botánico debió de quitar el dedo del botón que creaba interferencias en la radio antes de pasarle el sobre a Stahl. Él podía oírnos a nosotros y nosotros a él.

—Pero la alegría no les duró mucho, ¿verdad?

—No, señor.

—¿Por qué?

—Porque la carrera terminó.

Se oyó otro bocinazo y el ruido de los pasos de los quinientos corredores cambió de ritmo mientras empezaban a trotar. La carrera había concluido.

—Y ahora, ¿qué? —murmuró Poe, con los ojos clavados en sus prismáticos otra vez.

—El sospechoso se está levantando —informó Quebec 253.

Poe movió la cabeza hacia las imágenes en directo transmitidas por los helicópteros. En efecto, el hombre sentado delante de Stahl se estaba poniendo en pie. Poe también vio que los corredores empezaban a abandonar Chance's Park por la puerta este.

—Ignoren mi última orden —dijo Mathers—. Repito, ignoren mi última orden. El sospechoso está a punto de salir del parque. Lo detendremos en la calle, como estaba previsto. Indicativos Quebec, indíquenos si se va por una salida distinta a los corredores.

Poe volvió a mirar por los prismáticos. «Vuelta al Plan A», pensó. Se preguntaba durante cuánto tiempo. No mucho, imaginaba.

—Esta es la parte que me cuesta entender, comisaria Mathers —dijo el comandante Cara de Rata—. Tenían tres helicópteros vigilando al sospechoso, todas las salidas cubiertas y las comunicaciones volvían a funcionar.

—Sí, señor.

—Y aun así, se les escapó. ¿Cómo es posible?

—El Botánico tenía otro as en la manga, señor.

—¿Qué está haciendo? —dijo Mathers—. Se está quitando el… ¡mierda!

Poe se volvió para mirar las imágenes de los helicópteros y vio que el Botánico se quitaba el abrigo, lo enrollaba y se lo metía en la cintura de sus pantalones de chándal. Entonces vio lo que llevaba debajo e, igual que Mathers, dijo:

—¡Mierda!

—¿Y qué llevaba el sospechoso debajo del abrigo, comisaria Mathers?

—Una camiseta rosa, señor.

—¿Parecida a la de los corredores?

—No, señor.

—¿No?

—Era exactamente igual que las camisetas que llevaban los corredores.

—Pero los indicativos Quebec aún podían verlo, ¿no?

—Sí, señor. El Botánico se unió a los corredores mientras salían de Chance's Park, pero seguía llevando la gorra, así que no lo perdimos de vista.

—¿Qué pasó entonces?

—Hay un roble grande junto a la salida que estaban utilizando los corredores, señor. El Botánico, que en ese momento ya iba con ellos, pasó bajo las ramas del árbol con la gorra puesta y salió por el otro lado sin ella. Se convirtió en uno más en medio del mar de rosa. Los indicativos Quebec intentaron seguir a la multitud, pero era una misión imposible, señor.

—¿Por qué?

—Los organizadores no habían pedido autorización para cerrar Castle Way —contestó Mathers—. Es la calle que lleva al castillo de Carlisle. Había quinientos corredores intentando llegar a la recepción. Cuando se abarrotó Castle Way, empezaron a coger rutas alternativas. Casi veinte calles.

—¿Y se perdió?

—Sí, señor, lo perdimos.

—¿Lo *perdimos*?

—Yo lo perdí, señor.

—¿Y la gorra?

—La recuperamos en la operación de limpieza, junto con el walkie-talkie inhibidor de frecuencias.

—¿ADN?

—No, señor. Creemos que llevaba una peluca. Y sabemos que llevaba guantes porque nos lo dijo Henning Stahl.

—Dígame que tenemos suficiente para hacer un retrato robot.

—No, señor. Stahl dice que llevaba una máscara.

—He leído las declaraciones de los testigos —dijo Cara de Rata—. ¿Cómo es que nadie recuerde haber visto a alguien con una máscara? ¿No le parece extraño?

—¿En este caso? La verdad es que no, señor.

—Muy bien —dijo Cara de Rata con un suspiro—. Por favor, explíquele a la junta qué había dentro del sobre que entregó al señor Stahl.

—Qué demonios… —dijo Poe.

Habían pasado dos horas desde la operación fallida. Varios especialistas habían examinado el sobre y concluido que era seguro abrirlo. Henning Stahl estaba siendo informado en una sala de interrogatorios y Chance's Park era ahora una escena del crimen.

Aunque parecía poco probable que el Botánico hubiera pasado la lengua por el sobre, Mathers lo abrió por el extremo contrario a la parte del pegamento. Lo volcó. Una hoja cayó de su interior. En ella había una serie de letras y números escritos a máquina.

Fhwfhtdnfyt70d52nfvlh8srwb347cbrkbplm64n6y8vngsb96fgsb36db.onion/

—Es una URL de la red oscura —explicó Bradshaw, mientras abría su tableta—. Se ve porque tiene un TLD onion.

—¿TLD?

—*Top level domain*, dominio de nivel superior, comisaria Mathers.

—Vale. ¿Quieres que te lo lea en alto, Tilly?

—¿Por qué?

Poe reprimió una sonrisa.

—Tilly tiene memoria fotográfica, comisaria —dijo.

—No seas ridículo, Poe. No hay ni un solo caso documentado de memoria fotográfica. Lo que tengo es una memoria excepcional.

Acabó de escribir el URL en su buscador y dio al *enter*.

Se quedaron mirando la pantalla, asombrados.

—Vale, pues esto se acaba de poner todavía más raro —dijo Poe.

—¿Era una encuesta?

—Sí, señor —contestó Mathers—. Aparentemente, el Botánico ha dejado las flores y los poemas para pasarse a una encuesta online. Se publicará dentro de dos horas.

—Será mejor que se explique, comisaria.

—Será mejor que nos lo explique, Tilly —dijo Mathers—. ¿Es una página web donde la gente vota a quién debería matar el Botánico ahora?

—De una lista de dos personas, sí —contestó Bradshaw—. Es un sistema bastante sencillo. La página captura tu dirección de IP para que solo puedas votar una vez, aunque si tienes más de un dispositivo, como yo, técnicamente se puede repetir. La mayoría de la gente tiene portátil, un smartphone y una tableta, así que es inevitable que voten varias veces.

—O sea, que en veinticuatro horas esto se publica y cualquier persona de este país puede…

—Cualquier persona del mundo.

—¿Cualquier persona del mundo puede condenar literalmente a una de estas dos personas?

—Sí, comisaria Mathers. La encuesta estará colgada durante una semana, al cabo de la cual, la persona que tenga más votos morirá.

—Y, teniendo en cuenta que este tipo fue capaz de colarse en un hospital vigilado las veinticuatro horas, ¿alguien duda de que pueda hacer lo que dice?

Flynn sacudió la cabeza. Señaló las fotos de las dos posibles víctimas.

—¿Quiénes son? —dijo.

—Y lo que es más importante —añadió Mathers—. ¿Podemos cerrar esta página web?

—¿Podemos cerrarla? —preguntó el comandante Cara de Rata.

—Tilly dice que, en cuanto se publique, podrá hacerlo sin problema. Porque el *router onion* no es tan privado como la gente cree, o algo así. Ella cree que puede encontrar el servidor anfitrión y, o bien pedir a las autoridades del país en el que esté que lo hagan por nosotros o, si no se puede, simplemente enviar un código que ha desarrollado directamente al servidor. Y dice que con eso la cerrará.

—¿Y por qué no lo hace ya para evitar que llegue a publicarse?

—La página web que tienen delante es la versión beta, señor. Creemos que el Botánico la ha desarrollado con dos objetivos en mente: como prueba del concepto y para demostrar lo que va a ocurrir.

—Pues entonces le decimos a Tilly que la cierre en cuanto se publique. Problema resuelto.

—No es tan fácil, señor —dijo Mathers—. Hay instrucciones claras de lo que sucederá si manipulamos la página.

—¿Y es tan grave como que el público vote quién muere?

—Peor, señor. Según las instrucciones, si la votación no se lleva a cabo, el Botánico matará a

diez personas. Y luego dirá que la Policía Metropolitana de Londres «ha elegido la vida de un cabrón rico a la de diez ciudadanos». Son palabras suyas, no mías.

—¿No podemos hacer nada más?

—Aparte de detenerlo antes de siete días, no, señor, no lo creo. Por razones evidentes, no me parece que sea una decisión que pueda tomar yo sola.

—¿Necesita tomarse un descanso?

—Estoy bien, señor.

—Tómeselo para que hablemos de usted a sus espaldas, por favor, comisaria Mathers.

—Sí, señor.

—¿Qué sabemos de Chrissie Stringer y de Douglas Salt, Tilly? —preguntó Mathers.

Bradshaw se tomó diez minutos para buscar información básica sobre las dos personas elegidas para la votación. En ocho ya estaba lista.

—Chrissie Stringer es la diseñadora de moda que hizo campaña contra la esclavitud moderna —dijo.

—Ah, *esa* Chrissie… ¿La que crucificó el *Guardian* en su artículo? —señaló Flynn.

—Sí, inspectora Flynn. Un periodista de investigación del *Guardian* descubrió que, mientras hacía campaña contra la esclavitud, su marca había estado utilizando mano de obra forzada. Ella negó tener conocimiento de ello, claro. Hasta despidió a todo su equipo ejecutivo en el extranjero, pero el *Guardian* se había guardado una grabación de audio en la que no solo aprobaba la práctica, sino que además sugería formas de hacer que los disidentes en el personal se convirtieran en casos ejemplares.

—¿Mano de obra forzada? —dijo Poe—. ¿No es otra manera de decir esclavitud?

—Pero así no es ilegal, Poe. Su empresa animó a emigrantes de Bangladés y de Nepal a mudarse a Qatar, prometiéndoles seiscientos dólares mensuales. Les dijeron que habría una tasa administrativa de trescientos dólares, pero que, después de pagar eso, podrían enviar a sus casas más dinero del que habían visto en su vida. Por desgracia, la tasa administrativa era de tres mil dólares, no trescientos, y también tenían que devolver los gastos del vuelo. Un trabajador medio tardaba más de dos años en devolver todo lo que debía, e incluso entonces, siguiendo órdenes de Chrissie Stringer, los multaban por alguna falta arbitraria, y el proceso empezaba desde cero. El *Guardian* encontró a varios empleados que llevaban cinco años allí, haciendo más de cien horas semanales en las condiciones más espantosas, sin cobrar un solo penique.

—Yo la voto a ella —dijo Poe.

—Supongo que no podrían marcharse, ¿no? —preguntó Flynn.

—No tenían dinero para pagarse el vuelo, tampoco pasaporte y, según la ley qatarí, es ilegal

estar en el país sin un patrocinador laboral —explicó Bradshaw—. Tenían dos opciones: trabajar en la fábrica gratis o ir a la cárcel. Como ha dicho Poe, a efectos prácticos, eran esclavos.

—De acuerdo —dijo Mathers—. Es un monstruo. ¿Quién es Douglas Salt? ¿Es mejor o peor?

—Es el CEO de Salt Pharmaceuticals, comisaria Mathers —explicó Bradshaw—. No es muy conocido en el Reino Unido, pero sí en Estados Unidos.

—¿Es yanqui? —preguntó Poe.

—Tiene doble nacionalidad americana y británica, Poe. Vive entre Londres y Nueva York.

—¿Y qué ha hecho para cabrear al Botánico?

—Su compañía gana mucho dinero comprando derechos de viejos medicamentos olvidados y convirtiéndolos en medicamentos especializados y muy caros.

—¿Qué demonios significa eso?

—A ver, hace poco su compañía compró la adetensina, un viejo medicamento para tratar la tuberculosis resistente a varias sustancias. Antes se vendía a tres mil dólares la caja de veintiuna pastillas. El día que la compró, Salt Pharmaceuticals subió el precio a nueve mil dólares. Dijeron que era por la inversión necesaria para que el suministro del medicamento fuera fiable.

—Una mentira de mierda, claro…

—Sí, Poe, una mentira de… caca. Presionan mucho para que se importen versiones genéricas más baratas de Canadá, y la distribución de la adetensina está muy controlada, lo cual hace que sea prácticamente imposible que las compañías con sede en Estados Unidos puedan acceder a las muestras que necesitan para hacer pruebas.

—Eso es compra descentralizada y sanidad privada —dijo Flynn—. ¿Cuánto paga la sanidad pública británica por ella, Tilly?

—Novecientas libras justas, inspectora Flynn.

—¿Lo ves?

—Vale —dijo Poe—. O sea que este también es un cabrón. La pregunta es ¿por quién votará el público?

—Supongo que creerán que Chrissie Stringer es la que más posibilidades tiene de ganar, o debería decir de perder, la votación pública, ¿no? —dijo el comandante Cara de Rata—. Ella es responsable de una atrocidad real, Douglas Salt solo se ha aprovechado de un vacío y de un sistema de salud pública defectuoso.

—Eso es lo que yo creo, sí, señor.

Cara de Rata frunció el ceño.

—¿Creo? ¿No creemos?

—No, señor. Tilly dice que Douglas Salt será el más votado.

—¿En serio?

—Dice que es una votación amañada y que Salt ganará por goleada.

—Parece… ilógico.

—Sí, señor. Ella se basa en que la ubicación de un acontecimiento dicta cuánta cobertura mediática recibe. Citó a un editor del *New York Times* que dijo «Un bombero muerto en Brooklyn vale cinco *bobbies* ingleses, que valen cincuenta árabes. Que valen quinientos africanos».

—Seguro que no es verdad.

—No lo es, señor. Tilly dice que, desde el punto de vista de los medios informativos occidentales, quinientos africanos no valen tanto ni de broma. También citó… —Mathers miró su cuaderno— a un tal Stephen Barnett, que en 2006 dijo: «Un muerto en tu calle vale diez en el pueblo de al lado, cien en un país europeo y diez mil en un lugar lejano».

—¿Está diciendo que Douglas Salt tiene más atención mediática? Jamás he oído hablar de él. Pero de Chrissie Stringer…

—El Botánico es un asesino en serie británico, señor, pero esto es una votación global. El relaciones públicas que contrató Chrissie Stringer logró cambiar el discurso para presentarla como una mujer obligada a ser implacable en un mundo de hombres, mientras que Douglas Salt fue noticia durante semanas en Estados Unidos. Y como consecuencia de sus actos han muerto ciudadanos americanos. La señorita Bradshaw dice que tiene diez veces más cobertura mediática.

—¿En serio que esto va a ser como tirar una moneda al aire?

—Sí, señor.

—¿Qué medidas va a tomar ahora?

—¿Disculpe?

—Comisaria, sigue contando con nuestra confianza. Habrá un par de cosas que querremos revisar más adelante, pero en general, no podría haber hecho nada distinto. Seguirá a cargo de la investigación.

Mathers cogió su gorra de uniforme y se levantó.

—Gracias, señor —dijo—. Será mejor que vuelva a ello.

—Imagino que ha elegido personalmente a los agentes que van a proteger a Chrissie Stringer, ¿verdad?

—Sí, señor. Está en un piso franco y nadie que haya estado involucrado en el caso forma parte del operativo.

—¿Y Douglas Salt?

—Se niega a salir de casa, señor.

—¿Por qué motivo?

—Dice que es más segura que cualquier lugar que le podamos ofrecer.

—Entonces ¿lo tienen protegido allí?

—Sí, el sargento Poe, señor.

—Pero, será con efectivos nuestros…

—No, señor.

—¿No?

—Es todo muy poco ortodoxo, señor, pero, dadas las circunstancias, creo que es exactamente lo que hay que hacer…

72

La casa de Douglas Salt era la más extraña que Poe había visto en su vida. Se encontraba en Hemel Hempstead y era inconfundiblemente moderna. Tenía una sola planta y tres pisos bajo tierra. Sobre la superficie no se veían ladrillos ni mortero, solo acero y vidrio reforzado. Todo eran rectángulos, cuadrados y formas que no se encuentran en la naturaleza. En el tejado tenía paneles solares controlados por ordenador que seguían el avance del sol a lo largo del día. La casa estaba rodeada por un muro de dos metros con una concertina de aspecto asesino. El jardín era enorme y muy cuidado. En el camino de entrada había un Jaguar azul I-PACE y un Porsche Taycan verde, vigilados por una pequeña cámara montada sobre un alero. Poe le guiñó un ojo al pasar.

—Puede que sea un cabrón codicioso, Tilly —dijo, señalando los coches—. Pero al menos le importa el medio ambiente. Los dos son eléctricos. Probablemente por eso los deja fuera. Necesita dar buena imagen.

Una vez Poe terminó de explicarles su plan, Flynn se había reunido con su jefe, el director de inteligencia, Edward van Zyl, para hablar de los recursos que necesitaba. Mientras, le pidió a Poe que fuera a ver a Douglas Salt. Para ello se llevó solo a Tilly. Partiendo de la suposición de que Flynn lograría convencer a Van Zyl, ya había hecho las llamadas pertinentes. Y todos habían dicho que sí.

La puerta de Salt era de acero pulido, más propia de la entrada de una cámara acorazada que de una casa. Tenía un teclado y un escáner biométrico para acceder. Poe apretó el discreto botón del portero automático. No le sorprendió que contestaran al instante.

—Identificación, por favor —dijo la voz de un hombre—. Hay una cámara empotrada en la puerta. Levántenla, por favor.

Así lo hicieron.

—Qué curioso… ¿Qué querrá la Agencia Nacional del Crimen de un particular? Por favor, esperen mientras valido sus identidades. Ya tengo una fotografía de sus caras; si no son quienes dicen ser, los detendrán por hacerse pasar por agentes de policía.

—Gilipollas —murmuró Poe.

—Este portero automático es sumamente sensible y graba todas las conversaciones, sargento. No me gusta que me llamen gilipollas.

—Uy —dijo Poe—. Disculpe.

—Le disculparía, sargento, si no le estuviera viendo hacer ese gesto obsceno.

Poe se sonrojó.

—¿Quién es este payaso? —le susurró a Bradshaw.

—Me llamo Douglas Salt —dijo la voz a través del portero automático.

—¡No puede ser! —exclamó Poe.

Pasados cinco minutos, Salt les comunicó:

—Ya he comprobado su identidad. A ver, díganme qué quieren. Les aseguro que no he quebrantado ninguna ley.

—Estamos aquí para salvarle la vida, señor Salt. ¿Podemos entrar?

—Yo ya me encargo de mi seguridad, gracias. En mi campo, las amenazas de muerte son un riesgo laboral. Ahora, por favor, si no les importa marcharse…

—¿Ha oído hablar del Botánico?

—No.

—Pues él sí ha oído hablar de usted.

La puerta se abrió mínimamente. Douglas Salt se asomó a través de la ranura. Tenía el ceño fruncido. Era evidente que sabía quién era el Botánico.

—Será mejor que pasen —dijo.

73

Douglas Salt era demasiado alto para su constitución. Si hubiera sido diez centímetros más bajo, no se habría notado, pero con sus casi dos metros de estatura parecía que le hubieran pasado por una máquina de hacer pasta. Ahora bien, lo disimulaba lo mejor que podía. Su rostro era moreno y simétrico, y sus dientes, más blancos que la nieve. Poe sospechaba que el moreno era de bote, que su rostro estaba esculpido por cirujanos y que le habían blanqueado los dientes hasta la raíz. Llevaba el pelo limpio y bien peinado. Vestía pantalones chinos de color crema, un polo y, aunque estaba dentro de su propia casa, un jersey rosa sobre los hombros. Por alguna razón, le hizo pensar en un queso americano.

La puerta de entrada daba directamente a una sala de estar hundida y de aspecto monótono y poco inspirador. El suelo era de cemento pulido y las paredes de vidrio. Los techos medirían seis metros. El área de la cocina tenía un horno futurista y otros electrodomésticos que Poe reconocía de un caso anterior. Lo único orgánico en toda la casa era un bonsái que había colocado sobre la mesita de granito. El pilar central de la sala, que era lo único que aguantaba el tejado, tenía una chimenea empotrada y un televisor de pantalla plana, donde se emitía *Ciudadano Kane*.

—Bienvenidos a mi humilde morada —dijo Salt.

—Acogedora —contestó Poe.

—A ver, ¿qué es esa tontería sobre el Botánico? Les aseguro que no he hecho nada…

—Señor Salt, prepare una maleta. Nos vamos en cinco minutos.

—¿Y adónde vamos?

—A un lugar seguro.

—¿Estoy detenido?

—¿Ha hecho algo ilegal?

—No.

—Pues entonces no está detenido.

—He leído las noticias, sargento Poe. Veo la televisión. ¿Por qué cree que el Botánico ha mostrado interés por mí?

—No creemos que haya mostrado interés por usted: lo sabemos. Tilly, ¿le enseñas la página web al señor Salt?

74

No pueden cerrarla? —dijo Salt—. Si no tienen la capacidad técnica necesaria, les aseguro que mi gente sí la tiene.

—No —dijo Poe.

—¿Lo han intentado?

—Esto es una simulación de la página. La de verdad aún no se ha publicado.

—Pero cuando lo haga, sí la cerrarán, ¿no?

—No.

—¿Por qué?

—Hay una cláusula de penalización.

—¿Y en qué consiste?

—Si la cerramos, morirán diez personas inocentes.

Salt frunció el ceño.

—No quiero parecer insensible, sargento, pero mi compañía salva vidas, literalmente.

—¿Me está diciendo que deberíamos sacrificarlas para salvarlo a usted?

—Es la opción más lógica.

—Curioso —dijo Poe—. Si lo hubiera sugerido cualquier otra persona, me habría horrorizado. ¿Será que me lo esperaba?

—Si no la cierran ustedes, lo haré yo —dijo Salt.

—No tiene a nadie capaz de hacerlo —dijo Bradshaw.

—No sea estúpida.

—Está usando la red TOR, tiene cortafuegos de hardware y software y la ha protegido de ataques distribuidos de negador de servicio. Si piensa en la seguridad de una página como las capas de una cebolla, la cebolla de la versión beta sería más grande que esta casa.

—¿Usted podría hacerlo?

—Claro. Pero no lo haré a no ser que me lo pida Poe.

—Yo puedo hacerla rica.

—Ya lo soy, y a Poe no le importa el dinero.

—Lleva demasiado tiempo trabajando con la gente equivocada, señor Salt —dijo Poe.

—Los demandaré.

—¿Por negarnos a sacrificar a diez ciudadanos? Me gustaría verlo.

Salt se hundió en un sillón de aspecto incómodo y diseño extraño.

—No pienso irme de mi casa, sargento —dijo—. Si es necesario, puedo hacer que mis abogados contacten con la Agencia Nacional del Crimen.

Poe suspiró. Trató de recordar que todo el mundo merece ser protegido de los asesinos en serie.

—Bueno, pues lo haremos aquí —dijo.

—¿Hacer qué?

—Evitar lo inevitable, señor Salt.

75

Cambio de planes, comisaria —dijo Poe mirando la pantalla del portátil de Bradshaw. Mathers y él estaban en plena videollamada, o como quiera que se llamara eso—. Se niega a marcharse y tampoco podemos obligarle.

—Y ha pillado a Poe haciendo un gesto de tirar los dados, ¿verdad, Poe? —añadió Bradshaw —. El señor Salt lo malinterpretó como una grosería.

—Gracias, Tilly —dijo Poe—. Has sido de gran ayuda.

—De nada, Poe.

—¿Cómo afecta esto a su plan? —preguntó Mathers, reprimiendo una sonrisa.

Poe miró la sala de estar minimalista. Las paredes de vidrio.

Las superficies pulidas. La falta de lugares donde esconderse…

—Haré que funcione —dijo—. Nos instalaremos aquí y se lo comunicaremos a todos.

—De acuerdo. Seguimos en contacto —dijo Mathers inclinándose hacia adelante para colgar.

—Tilly, ¿trabajamos ahí? —le preguntó, señalando la mesita de granito—. Desde ahí se ve la puerta, la escalera que da a los sótanos, y todas las ventanas.

—Me voy a conectar a su wifi, Poe. En quince minutos lo tendré todo en marcha.

—Señor Salt, antes de que llegue mi equipo, vamos a revisar una serie medidas de precaución —le informó Poe.

—Muy bien. Pero ya les he dicho que hace años que yo me encargo de la seguridad en esta casa. Es impenetrable. —Levantó una tableta pequeña—. Toda la casa se controla con esto. No entra nadie que no deba.

—Yo estoy aquí.

—Sí, pero usted es…

Salt dio un paso atrás. Fue a coger su teléfono.

—Bien, señor Salt —dijo Poe—. Ahora está pensando. Y no se preocupe, que hemos venido a protegerle. Pero, a partir de este momento, necesito que dé por hecho que cualquier persona de la que no responda yo viene a matarlo.

—Seguro que no es para tanto…

—Dice que la casa se controla con esa tableta, ¿verdad? —dijo Poe, ignorando el comentario y lanzando la pregunta.

—Sí. Está configurada con la huella de la palma de mi mano y no se puede hackear.

—¿Tilly?

—Ya estoy dentro, Poe.

—¡No sea ridícula! —dijo Salt—. Un contacto que tengo en el Pentágono me instaló este sistema. Ni siquiera ha salido oficialmente al mercado.

—¿Tilly? —repitió Poe—. Hazle una demostración.

—Por supuesto, Poe.

Apretó varias teclas de su portátil. Las luces del techo se encendieron y volvieron a apagarse. «Tin Soldiers», un tema de los Stiff Little Figers que sabía que le gustaba a Poe, empezó a sonar a través de los altavoces ocultos. El hervidor se encendió. En la televisión dejó de verse *Ciudadano Kane* y sintonizó otro canal.

—Pero… ¿cómo? —dijo Salt, tartamudeando—. No es pos…

—¿Hay cerraduras físicas en la casa, señor Salt?

—No, todo el sistema es eléctrico.

—Pues escoja una letra.

—¿Cómo?

—Escoja una letra, de la A a la Z.

—La A.

—Me ca… Escoja otra. Y si dice Z, le casco.

—Venga, pues la H.

—Tilly, busca una empresa de seguridad cuyo nombre empiece por H y haz un pedido de sus mejores productos. Diles que queremos cerraduras físicas modernas en todos los puntos de entrada posibles. Saldrá del presupuesto de la comisaria Mathers, así que paga el coste extra que haga falta para que lo entreguen hoy. Lo quiero antes de que anochezca. Y explícales que tendremos constantemente vigilado a quien manden mientras esté aquí.

—Ahora mismo lo hago, Poe.

—Yo voy a preparar algo de beber —dijo Salt—. ¿Les va bien té verde japonés?

Poe lo agarró del brazo.

—Señor Salt, a partir de ahora, no se meta en la boca nada que no le hayamos dado personalmente yo o alguien de mi equipo.

—Oiga, esto no es bueno para mi tensión. —Metió la mano en su bolsillo y sacó un blíster—. Supongo que no pasa nada porque me tome mi Norvasc…

—Claro que pasa —dijo Poe—. Dígame lo que es y yo le consigo otra receta. Uno de mis chicos la rellenará.

Le quitó la medicación y la metió en una bolsa transparente.

—Esto es un poco exagerado, ¿no cree? —dijo Salt.

—¿Qué sabe del Botánico? —preguntó Poe.

Salt se encogió de hombros.

—Soy un hombre bastante ocupado.

—Deje que le explique lo que ha pasado hasta ahora. A su primera víctima la mató antes de que nadie supiera quién era, así que, en ese caso, tampoco podíamos hacer nada. Pero con las otras dos, sí: pusimos comandos del servicio de Protección Parlamentaria y Diplomática en casa de Harrison Cummings y, aun así, consiguió matarlo. Y Karen Royal-Cross estaba en una unidad de máximo aislamiento con vigilancia las veinticuatro horas. He revisado las grabaciones y no tengo ni idea de cómo logró llegar hasta ella.

—Poe dice que está a un cabreo de declararlo magia negra —dijo Bradshaw alzando la voz. Estaba montando monitores, ordenadores y un montón de cosas que el sargento no reconocía.

—Quiero que se quede aquí mientras yo bajo a los sótanos con una bolsa de basura. Voy a tirar todo lo que sea desechable. Le traeremos champú, jabón, comida, papel higiénico…

—¿Es broma? ¿Papel higiénico?

—Señor Salt, este hombre consigue llegar a sus víctimas de alguna manera, y según tengo entendido, es probable que sean ellas mismas quienes se envenenan. El papel higiénico sería un medio bastante adecuado, ¿no le parece? Lo usas, te infectas y te deshaces de la prueba.

—Sargento, nadie ha manipulado mi papel higiénico.

—Señor Salt, no me está entendiendo. Si pierde esta votación, y Tilly dice que es cosa segura, creemos que tiene un seis por ciento de probabilidades de sobrevivir.

Salt abrió la boca, pero no salió ningún sonido.

—Así que, sí: voy a cambiarle el papel de baño —añadió Poe.

Se oyeron unos golpes en la puerta. Poe miró hacia uno de los monitores que había montado Bradshaw. Sonrió.

Ya estaba ahí la caballería.

76

Tiene pinta de haber sido duro, comisaria —le dijo Poe a Mathers cuando finalmente salió de Scotland Yard.

—¿Lo ha visto?

—Tilly pudo acceder a sus sistemas mientras analizaba los movimientos de *freerunning* de Jack el Saltarín. Jamás se sale de un sistema sin dejar una puerta trasera. Lo hemos visto en directo.

—Debería habérmelo imaginado —contestó ella sonriendo—. Y no ha sido muy duro, no. Estamos en una organización de mando y control y algo salió mal. Averiguar por qué es parte importante de lo que hacemos.

—Ya, pero no hacía falta que Cara de Rata se pusiera tan imbécil.

—¿Quién?

—El que le hacía las preguntas.

—¿El comandante Ratfield? No es mal tipo. ¿Dónde está todo el mundo?

—Tilly ha ido a buscar equipo que necesita y la jefa está abajo con Douglas Salt. Henning Stahl está volviendo de la sesión informativa sobre Chance's Park. Hemos pensado que es mejor que se quede aquí, con nosotros. No creo que su papel haya acabado todavía.

—Estoy de acuerdo —dijo Mathers—. Cualquiera podría haber recibido ese sobre. ¿Cómo se lo ha tomado Salt?

—No muy bien. No para de hablar de sus malditos accionistas.

—Pero ¿se lo está tomando en serio?

—He tenido que contarle las probabilidades que creemos que tiene de sobrevivir.

Asintió.

—¿Está aquí ya su equipo de seguridad?

—Sí.

—Pues voy a conocerlos.

Poe definía a un gilipollas como alguien que hace lo mismo una y otra vez esperando un resultado distinto. Flynn lo felicitó por degradar la famosa cita de Einstein sobre la locura. Bradshaw añadió que la cita había sido mal atribuida a Einstein y ahora casi todo el mundo sabía

que provenía de una novela de 1983 escrita por Rita Mae Brown. Poe le preguntó que cómo demonios podía saber algo así.

—Porque no solo leo libros de Carl Hiaasen; por eso, Poe —contestó.

—En fin… —dijo él—. El caso es que, cuando Harrison Cummings y Karen Royal-Cross murieron, estaban bajo la protección de gente que no conocemos. Confiábamos en ellos porque nos dijeron que eran de fiar.

—¿Y qué quieres decir con eso? —preguntó Flynn.

—¿Dejarías que un desconocido hiciera de canguro a Scrapper?

Scrapper, que significa *Peleón*, era el apodo que Flynn había puesto a su hijo. Nació en las circunstancias más espantosas y, al final, se lo quedó. El chaval ni siquiera estaba seguro de su verdadero nombre. Creía que era Adam. Zoe, la pareja de Flynn, la fulminaba con la mirada cada vez que decía Scrapper en voz alta.

—Zoe y yo a veces contratamos cuidadoras profesionales —contestó Flynn—. No siempre conocemos a las que nos mandan.

—Vale, pero ¿confiaríais en una agencia si supierais que el tipo que roba niños en *Chitty Chitty Bang Bang* está en el barrio?

—No, claro que no. Si tuviéramos que dejarlo con alguien, sería con familiares o amigos… Ah, ya entiendo. ¿En quién has pensado?

Poe sonrió.

—Comisaria, le presento al equipo de seguridad de Douglas Salt —le dijo Poe a Mathers.

Estaban reunidos en la sala de proyecciones subterránea de Salt. Tenía tres filas de asientos antiguos de cine y hasta una máquina de palomitas. Uno de los integrantes del equipo preguntó si podía encenderla.

—Claro… —contestó Poe—. A ver, el envenenador más listo de la historia está intentando matar al señor Salt, pero sí, adelante, hazte unas palomitas.

La máquina se quedó apagada.

—Primero comprobaremos la seguridad residencial —continuó—. Ya conoce usted a la comisaria Nightingale de Chance’s Park, claro.

—Jo, me alegro de volver a verla —dijo Mathers.

—Esperemos que la cosa salga mejor esta vez, Alice.

—Este es Ian Gamble, el sargento Andrew Rigg y la agente Anne Hawthorne —los presentó Poe—. Todos ellos de la policía de Cumbria. Ian era jefe de la policía antes de jubilarse. Confío totalmente en él.

—Encantada —dijo Mathers. Hizo un gesto hacia un grupo de hombres vestidos con vaqueros,

camiseta y botas. Estaban llenos de tatuajes y tenían una actitud un poco agresiva—. ¿Y quiénes son estos forajidos con pinta amenazadora?

—Mi equipo de seguridad exterior, señora. Este es Jefferson Black. Él y sus hombres son todos exparacaidistas, exmarines o ex SAS.

—¿SAS?

—Fuerzas especiales. El equipo de Jefferson estará en el perímetro, haciendo reconocimiento de objetivos cercanos. Dos de ellos están ahora mismo en el jardín de Salt, aunque no podrá verlos. Ellos serán nuestro primer sistema de aviso. Si el Botánico cree que puede colarse sin que lo veamos, se va a llevar una buena sorpresa.

—Y cuando no estén de guardia, ¿se quedarán en la casa? —preguntó Mathers a Jefferson Black.

—Esta será la única vez que se encuentran los dos equipos, comisaria —explicó Poe—. Queremos limitar al máximo las veces que se abra la puerta.

—Si quieren, podemos buscarles alojamiento.

—No, gracias —contestó Black.

—Mejor no hacer demasiadas preguntas, comisaria —dijo Poe—. Puede que no le gusten las respuestas. No conozco a estos tipos, pero confío en Jefferson Black, y él confía en ellos.

—Hay una cita del duque de Wellington que parece bastante adecuada —dijo Mathers—. Algo así como «no sé qué efecto tendremos sobre el enemigo, pero, Dios, ellos me aterran».

Poe asintió. Él pensaba igual. Traer a Black era arriesgado. En pocos años había pasado de ser un chef de renombre a jefe del crimen organizado. Se había quitado de en medio a la competencia con un golpe sin derramamiento de sangre, y llevaba en Cumbria un mercado de droga y prostitución bastante civilizado, dentro de la medida de lo posible. Ya no se vendía droga cerca de los colegios y las chicas estaban protegidas y bien pagadas. Sin embargo, aunque le debía un favor a Poe, no dejaba de ser un delincuente, y sus socios también. Visto por el lado bueno, era imposible que el Botánico predijera una maniobra como aquella.

Mathers se dirigió a los dos equipos.

—Gracias por venir con tan poca antelación —dijo—. El sargento Poe cree que el Botánico mata a sus víctimas comprometiendo a alguien que las protege. Cree que debe de ser algo organizado con antelación. Al escoger personalmente a gente que es imposible que conozca el Botánico, esperamos llevarle algo de ventaja por primera vez. Si no puede comprometer a ninguno de los presentes, tal vez tenga que correr riesgos que hasta ahora ha podido eludir. Somos conscientes de que esta teoría no es infalible pero, por ahora, es todo lo que tenemos.

Salt y Flynn estaban escondidos en una habitación del sótano, mientras el equipo de vigilancia

interno dormía, comía o veía la televisión, y Poe y Bradshaw se quedaron a esperar a que terminara la cuenta atrás para la publicación de la página web beta del Botánico.

Era como esperar a que se haga el plato de comida preparada en el microondas. Sabes que estará asquerosa, pero aun así te quedas mirando el reloj. Esperando a que el *ping* te avise de que tu lasaña de carne de caballo ya está lista.

Henning Stahl se unió a ellos. Había vuelto en un taxi de la sesión informativa sobre lo ocurrido en Chance's Park. Poe le preguntó por qué no lo había traído algún agente. Respondió que necesitaba estar solo. Se sentaron en el sofá para la cuenta atrás. Quedaba menos de un minuto. Stahl abrió su cuaderno.

—¿Cómo se siente, sargento? —dijo.

Poe lo ignoró, con la mirada clavada en el temporizador.

Treinta segundos.

Diez.

Cinco.

Cero.

En la pantalla de Bradshaw, la página web se disolvió y aparecieron dos palabras.

A jugar

77

Y ahora ¿qué? —preguntó Poe.

—Un momento, Poe —contestó Bradshaw. Se inclinó hacia delante, pasó un dedo por el panel táctil y movió el cursor sobre las palabras a jugar—. Probablemente sea un enlace para la página en directo.

Clicó en el panel.

Se abrió una ventana nueva. Poe se quedó mirando la pantalla.

—Mierda —murmuró.

La página web del Botánico era negra con letras rojas. Inquietantemente profesional. Solo tenía una página. No había menú ni tampoco apartados del tipo «sobre nosotros», «inicio» o «contacto». Sí había escrito una breve presentación.

> **Un comentario del hombre a quien llamáis el Botánico**
>
> Vosotros sois mi gente y trabajo para vosotros. Por ahora ha sido un privilegio castigar en nombre vuestro. Los misóginos, los corruptos, la gente sin escrúpulos: todos han sido puestos a prueba y han fracasado. Pero, amigos míos, he sido egoísta. Incluso codicioso. ¿Por qué voy a elegir yo a quién se juzga? No soy más que un hombre, y tengo debilidades y prejuicios como todo el mundo. Os veo con vuestras camisetas y leo lo que decís en internet. Así pues, amigos, a partir de ahora seréis vosotros quienes decidáis quién muere, no yo. #movilizarelvoto #tenemoselpoder #stringerosalt

—Menuda gilipollez para engrandecerse —dijo Poe.

Bajo el párrafo de presentación había dos fotos, ambas capturas de pantalla de dos artículos de periódico. El de Chrissie Stringer era del *Daily Express* y el de Douglas Salt, del *New York Times*. Ambos titulares exclamaban «¡Monstruo!». Bajo cada una de las imágenes había un botón de vota ahora y un contador. Por el momento los dos estaban a cero.

—La gente todavía no lo ha visto, Poe —dijo Bradshaw—. Pero lo harán. Siempre lo hacen. Si sabe lo que hace, y eso parece, viendo cómo lo ha montado, habrá utilizado una SEO para aumentar la visibilidad cuando la gente lo busque en la red.

—¿SEO? —dijo Poe.

—Son las siglas en inglés de «optimizador de mostradores de búsqueda». Habrá añadido palabras clave habituales en los metadatos de la página web. Y votarán. Les gusta pensar que forman parte de un movimiento.

—No es más que otro asesino en serie, Tilly.

—Puede ser, Poe, pero este sitio web le va a dar un empujón a su popularidad.

—Ah, ¿sí? Espera a que la notificación azul de la Interpol nos dé algo de información.

—No sabía que hubiéramos emitido una.

—Lo hizo la comisaria Mathers.

Poe le explicó sus motivos. Creían que el Botánico probablemente había practicado con gente que consideraba prescindible. Era la única manera posible de empezar con buen pie.

—En fin, lo sabremos…

Se detuvo a media frase. Había llegado el primer voto.

Douglas Salt: 00000000

Chrissie Stringer: 00000001

—Ya ha empezado —dijo Henning Stahl.

78

Bradshaw miró su reloj.

—Va según lo previsto. La votación aumentará exponencialmente a medida que la gente descubra la web y empiece a compartir el enlace y a hablar de ello online.

—¿Y estás segura de que ganará Salt? —preguntó Poe.

—Sí, Poe.

—Porque por ahora va perdiendo…

—Mañana a estas horas habrá más de un millón de votos.

—¿En serio?

—Si no me equivoco, sí.

—¿Y si te equivocas?

—No me equivoco, Poe. Douglas Salt ganará por un margen de al menos tres a uno.

El contador volvió a cambiar.

Douglas Salt: 00000000

Chrissie Stringer: 00000002

—Bueno, no ganamos nada quedándonos a ver esto toda la noche —dijo Poe—. Voy a hacer mis rondas para asegurarme de que no hay problemas. Luego revisaré el caso de Estelle.

—¿Quieres que te ayude, Poe?

—Sí, por favor, Tilly. Seguimos sin poder explicar lo imposible.

—¿El qué? —preguntó Stahl.

—Cómo puede alguien levitar sobre la nieve.

—No es una ecuación matemática sin solución, Poe —dijo Bradshaw—. Lo conseguirás.

Poe le preguntó qué quería decir con eso.

—Que si pasó, es que tiene que haber una explicación. Es como este caso. El Botánico no puede atravesar las paredes y tampoco está haciendo paparruchas como magia negra. Tiene un método para llegar a sus víctimas, pero aún no lo hemos descubierto. Nada más.

Stahl abrió su cuaderno y dijo:

—Paparruchas. —Lo escribió y sacudió la cabeza—. Clásica Tilly.

Poe lo fulminó con la mirada.

Su teléfono empezó a sonar. Era Jefferson Black. Solo debía llamar en caso de que ocurriera algo.

—Acaba de pasar un coche despacio —dijo Black en cuanto contestó.

—¿Sospechoso?

—El conductor redujo la marcha al pasar por delante y luego aceleró.

—¿Has cogido la matrícula?

—Sí —dijo Black—. Es… Espere, que vuelve… Se ha parado. El conductor se está bajando. ¿Quiere que lo detengamos?

—Ahora mismo salgo.

Poe colgó y dijo:

—Tilly, ve a buscar a la jefa. Los chicos de Jefferson Black tienen a alguien.

79

Quién demonios es usted? —preguntó Poe al aterrorizado hombre al que Jefferson Black y un tío bestia con camiseta burdeos tenían agarrado.

—Soy James Godfrey, señor. Matilda Bradshaw me pidió que viniera. Tengo una entrega para ella.

—Jefferson, ¿puede ir a buscar a Tilly? A ver si conoce a este payaso.

Black fue volando hacia la casa, y volvió a los pocos segundos junto a Bradshaw, que parecía preocupada. Se quedó mirándolos y ladeó la cabeza para ver quién era el hombre al que tenían sujeto.

—¿James? Creía haberte dicho que llamaras antes de venir…

—Sí, lo hiciste. Pero se me ha muerto el teléfono y pensé que no pasaría nada si venía sin más.

—Pero te dije que, si intentabas entrar sin llamar antes, te pararían un montón de tipos duros.

—Creí que estabas exagerando. Y hago karate.

—Ya. ¿Y qué tal le ha ido? —dijo Poe.

—Pues intenté barrerle las piernas a este hombre y me ha dado un puñetazo en el cuello.

Poe se volvió hacia Bradshaw.

—Dice que tiene una entrega para ti.

—De hecho, es para ti.

—Ah, ¿sí?

—Son las listas impresas de la gente que compró acetona al por mayor. Tuve que pedirlo por mensajero porque son varias cajas. Elegí una compañía al azar y llamé al conductor por Skype para saber qué aspecto tenía.

—Parece que está todo bien, Jefferson —dijo Poe.

Jefferson y el hombre de la camiseta burdeos desaparecieron otra vez entre las sombras. Al menos, los ojos y los oídos de la operación funcionaban, pensó Poe. Mejor que la tráquea de James, a juzgar por lo rojo que estaba. Menos mal que Flynn se había quedado con Douglas Salt. Aquello no le habría gustado.

—Venga, será mejor que entremos —dijo. Sacó tres billetes de veinte libras del bolsillo y se los dio a James—. Por las molestias. Imagino que no va a denunciar el incidente, ¿verdad?

James miró donde antes estaba el tipo de la camiseta burdeos.

—Eh… no. Como dice Tilly, debería haber llamado antes.

—Buen chico —dijo Poe.

80

El incidente con James duró menos de diez minutos, pero en ese tiempo la votación se había acelerado.

Douglas Salt: 00000467

Chrissie Stringer: 00000489

—Chrissie Stringer sigue en cabeza, Tilly —dijo Poe.

—Espera a que acabe la noche, Poe.

—¿Por qué? ¿Qué va a pasar?

—Que los americanos estarán de camino al trabajo. Ese siempre es el momento de más tráfico en las redes sociales. Ya verás como a medianoche Douglas Salt ya está bastante por delante.

Henning Stahl estaba asomándose a una de las cajas que había entregado James el mensajero.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Un poco de lectura fácil —contestó Poe—. Cinco años de gente que ha comprado acetona al por mayor.

—Pero ahí debe de haber miles de nombres.

—Esto es el noventa y nueve por ciento de lo que hago. —Bradshaw se aclaró la garganta.

—El noventa y nueve por ciento de lo que hace Tilly —continuó Poe sin perder un segundo.

—¿Puedo echar un vistazo?

—Espere a que Tilly los ordene en montones. Y, por favor, no use ningún nombre en su libro. La acetona se usa mucho y es poco probable que nuestro asesino fuera lo bastante idiota como para usar su verdadero nombre al comprarla.

—Entonces ¿por qué se molestan?

—Las investigaciones son como los tiburones, señor Stahl: si no sigues nadando, mueres.

Stahl abrió su cuaderno de nuevo y anotó algo.

—Es usted un pozo sin fondo, sargento.

—Si quiere, puede ayudarme a ordenarlos por montones, Henning Stahl —sugirió Bradshaw —. Poe y la inspectora Flynn revisarán las listas una vez las tenga organizadas por prioridad.

—¿Y cómo lo vas a hacer, Tilly?

—El Botánico no debía de necesitar mucha acetona, y por ahora ha usado un veneno distinto para cada víctima, así que empezaré por la gente que hizo pedidos grandes una sola vez y los organizaré por tamaño; de menor a mayor. El resto, los organizaré por particulares o empresas que compraron grandes cantidades más de una vez. Habrá sublistas relacionadas con las fechas y la logística, claro, pero creo que esas serán las tres principales.

—Supongo que las empresas que compraron más de una vez la usan en procesos de fabricación, ¿no?

—Sí, pero Poe quería que las incluyera.

—¿Qué quería Poe, Tilly? —preguntó Flynn, entrando en la sala. Douglas Salt iba detrás de ella. Él parecía cabreado y ella aburrida.

Bradshaw le explicó cómo planeaba hacer el triaje de las listas de acetona.

—¿Qué habéis estado haciendo? —quiso saber Poe. Él había insistido en que Salt estuviera acompañado en todo momento y a Flynn le había tocado el primer turno. Gamble, Nightingale y los demás estaban relajándose en las numerosas habitaciones de los sótanos. De vez en cuando, Poe oía el ruido de las bolas de billar y alguna carcajada. Suponía que Salt tenía una sala de juegos que aún no había visto.

—Acabamos de ver la última película de Bond y el señor Salt dice que tiene hambre.

—Tengo un *côté de boeuf* en la nevera —dijo Salt.

—¿Qué es eso? —preguntó Poe.

—Es un corte de vaca vieja almacenado en una sala fría con ventilación negativa desde 1998. Voy a encender la parrilla Konro mientras lo atempero. Lo siento, solo me queda uno.

—No lo creo —dijo Poe.

Salt frunció el ceño.

—Bueno, es cierto, tengo más en el congelador, pero me los traen de Saint-Mihiel y está a ocho mil euros el kilo. Por favor, no se lo tomen a mal, pero el paladar de un policía medio no sería lo bastante sofisticado como para apreciar una carne artesanal de tanta calidad.

—¿Por qué me lo iba a tomar a mal? —dijo Poe—. Y no me refería a que no crea que lo siente sino a que no tiene un filete desorbitadamente caro en la nevera. Y tampoco en el congelador. Ya no. Los hemos tirado, junto con todo lo demás.

—¿Cómo se atre…?

—Le ha amenazado un envenenador, señor Salt, y aquí no nos cae lo suficientemente bien a ninguno como para que queramos probar su comida.

—La carne no es sana, Douglas Salt —afirmó Bradshaw.

—Eso sí, no son todo malas noticias —dijo Poe—. Dentro de un rato invito a todo el mundo a un cabrito. Hay un marroquí aquí cerca que lo condimenta en seco con cinco tipos de chile y

luego lo van regando con su propia grasa durante veinticuatro horas. Viene con todo: limones en conserva, almendras tostadas, todo. Si deja de quejarse, puede comerse uno de los ojos.

—Es usted asqueroso —dijo Salt. Giró sobre los talones y bajó las escaleras dando fuertes pisotones. Flynn lo siguió, reprimiendo una sonrisa.

Poe sonrió. Se había divertido.

—Tiene razón, Poe, eres asqueroso —dijo Bradshaw.

—¿Alguna vez has visto un cabrito, Tilly?

—Claro.

—En la vida real…

—Uy, no. Deben de dar mucho miedo.

—Pues ellos sí son asquerosos, no yo. ¿Sabías que los machos se masturban y eyaculan sobre su propia tripa y su chiva?

—¿Quién te ha dicho eso? —preguntó Bradshaw con escepticismo.

—Victoria Hume. Intentó criarlos. Dijo que son los agresores sexuales de la granja y que habría que pagar a la gente para que se los coma.

Poe se preparó un café y cogió la carpeta del caso Doyle. Pensaba dedicar la próxima hora a releerlo todo, incluidas sus propias notas. Bradshaw y Stahl estaban arrodillados junto a las cajas, ordenando las listas de acetona. Hablaban sigilosamente, tratando de no molestarle.

En la parte posterior de la carpeta había dejado copias de las fotos de la científica. De pronto empezó a sonar su teléfono. Era la abogada de Doyle, Ania Kierczynska.

—Estelle ha pedido verlo, sargento —dijo después de saludarse.

—Ah, ¿sí? ¿Y eso?

—No me lo ha dicho. Solo sé que es importante.

—Intentaré escaparme —dijo Poe.

—Creí que ella era su prioridad.

—Lo es. Ahora mismo estoy revisando el caso.

—Entonces ¿qué problema hay?

—¿Vio la noticia en los periódicos después de mi última visita?

—Sí. Pero Estelle dijo que eso no le amedrentaría. No me diga que se equivocaba…

—No, Ania, pero ahora mismo tengo órdenes rigurosas de mantenerme alejado de Northumberland. Está empezando a poner en peligro el caso que tenemos entre manos aquí. Y por ahora ya he visto todo lo que necesitaba. Si hay una respuesta, estará en esta carpeta.

Ania no contestó.

—¿Le hizo llegar los informes de las autopsias? —preguntó Poe.

—Sí. ¿Cree que tal vez por eso quiera verlo?

—Puede ser. ¿Se lo puede preguntar? Si es así, podría servirme de excusa para ir a visitarla.

—Lo haré —dijo Ania—. Manténgame al corriente.

—Por supuesto.

Poe volvió a coger la carpeta para revisar las fotos del despacho. Había una de Elcid Doyle muerto en su silla. Otra de la nieve virgen con unas únicas huellas. También las fotos de la policía tras detener a Estelle Doyle. De perfil y mirando a la cámara. Se la veía desafiante, pero vulnerable. Había fotos de sus manos, incluidas un par sacadas después de envolverlas en bolsas para preservar las pruebas de residuos de disparo. Se detuvo en la foto que habían tomado antes de cubrirle las manos con las bolsas. Había algo extraño en ellas, pero no sabía exactamente qué. Solo era una mano. Una mano delicada. Una mano habilidosa con el escalpelo. Pálida y con venas azuladas. Esmalte de uñas color carmesí, aplicado a la perfección. Volvió a mirar la foto de su rostro y vio que llevaba el esmalte del mismo color que el carmín.

—¿Tenéis un minuto? —les preguntó a Bradshaw y a Stahl.

Ambos se pusieron en pie. Poe les mostró la foto de las manos de Doyle.

—¿Veis algo raro aquí?

—¿Quién es? —preguntó Stahl, sacando sus gafas de leer del bolsillo de la chaqueta.

—Son las manos de Estelle Doyle, Henning Stahl —dijo Bradshaw—. Es una patóloga con la que le gusta trabajar a Poe. Está en prisión preventiva por asesinar a su padre, pero Poe dice que no lo hizo ella. Me ha pedido que explique cómo es posible pasar por encima de la nieve recién caída sin dejar huellas. Si no lo consigo, condenarán a Estelle Doyle.

—Echa un vistazo a esta foto —dijo Poe—. Dime lo que ves.

Bradshaw se quedó estudiándola. Stahl volvió a ponerse con las listas de compradores de acetona.

—Nada extraño, Poe —dijo Bradshaw pasados unos instantes—. ¿Crees que pueden ser las manos de otra persona?

Poe frunció el ceño. No creía que lo fueran. Él se había pasado horas mirando las manos de Estelle Doyle mientras abría cadáveres que él le llevaba. Eran sus manos, sin duda. Y, aunque estaba seguro de que le habían tendido una trampa, no tenía motivos para sospechar que fuera cosa de un policía de Northumberland.

—Son sus manos, Tilly —dijo Poe—. De eso no hay duda—. Metió la foto en la carpeta y la cerró—. Estoy cansado, probablemente no sea nada.

—Tienes buen instinto, Poe —dijo Bradshaw—. Echaremos otro vistazo cuando terminemos con las compras de acetona. ¿Verdad que sí, Henning Stahl?

Pero Stahl no contestó. Poe lo miró. Estaba transfigurado mirando una de las hojas. La sostenía como si fuera radiactiva.

—¿Qué tiene ahí, Henning? —le preguntó en voz baja.

Stahl tenía la mirada en blanco, pero no contestó.

—Tilly, ¿qué tiene en la mano el señor Stahl? —dijo Poe.

—Es una página de la caja donde está la gente que solo compró acetona una vez.

—¿Y?

Stahl volvió de su estado de ensoñación y señaló bruscamente uno de los nombres en la lista.

—Conozco a este hombre —dijo.

81

Poe se volvió en el asiento del copiloto para mirar a Henning Stahl.

—Cuéntemelo otra vez —le pidió—. Desde el principio, sin dejarse ningún detalle.

Iban en un Range Rover negro, atravesando el barrio de Hemel Hempstead a toda velocidad. Stahl viajaba al lado de Mathers en la parte trasera. La conductora, una policía llamada Cat Baker, llevaba puestas las luces azules, pero aún no hacía falta la sirena. Eso cambiaría en cuanto llegaran al norte de Londres. Mathers iba con el teléfono pegado a la oreja para recibir constantemente noticias del equipo sobre el terreno. Flynn y el resto del equipo se habían quedado con Douglas Salt. Poe no quería dejarlo expuesto.

—Es el doctor Frederick Beck —dijo Stahl—. Era un científico farmacéutico que trabajaba para Industrias Straikland.

—¿Y qué es lo que hacía?

—Identificaba nuevos compuestos que podían utilizarse para tratar enfermedades. Desarrollaba los medicamentos desde la fase de laboratorio hasta que llegaban al mercado. Ese tipo de cosas.

—¿Era bueno?

—Supuestamente, brillante. Se le considera uno de los responsables de la aprobación de al menos tres medicamentos que se usan hoy en día.

—Ha dicho que era científico farmacéutico. ¿Qué pasó?

—Supongo que ahí es donde entro yo —dijo Stahl—. Me llamaron para ayudar a investigar el pasado de Industrias Straikland. La nadadora de aguas profundas que había metido el periódico…

—¿Nadadora de aguas profundas?

—Es una periodista de investigación que se infiltra. Se mete en el papel durante meses, incluso años.

—Nosotros utilizamos el mismo término para nuestros policías encubiertos, Poe —dijo Mathers. Seguía con el teléfono pegado a la oreja—. Estoy a la espera, ¿se lo puede creer? La búsqueda más importante desde el Destripador de Yorkshire y un capullo de la agencia de aduanas me tiene escuchando «Copacabana».

—¿La agencia de aduanas?

—Hemos comprobado los ordenadores y parece ser que Beck no ha usado su pasaporte últimamente, pero quería que me lo confirmara alguien de arriba. Será más fácil rastrear sus movimientos si sabemos que no ha salido al extranjero. Eso significa… ¿Sí? Sí, no hay problema. —Movió los labios pidiendo disculpas y siguió con la llamada.

—Siga —le pidió Poe a Stahl.

—Nuestra periodista se llamaba Fiona Musgrave y consiguió infiltrarse hasta lo más alto de Industrias Straikland. Descubrió prácticas sistémicas poco éticas.

—¿Como por ejemplo?

—Científicos que tomaban atajos en ensayos con seres humanos, que falsificaban datos. Un par de cosas más. Es un negocio despiadado, y esas cosas pasan, pero esto era distinto.

—¿En qué sentido?

—Pues que no era solo cosa de científicos ambiciosos. Fiona averiguó que, cuando se informaba de esas prácticas a los altos directivos de Straikland, en vez de llevar a cabo una revisión integral de políticas y salvaguardias desde la raíz, despedían discretamente al empleado implicado después de hacerle firmar un acuerdo de confidencialidad. Descubrió que había pasado al menos seis veces.

—¿Incluido Frederick Beck?

—Sí. Por llevar a cabo ensayos no autorizados con seres humanos. Sustituyó el placebo en un ensayo clínico aleatorizado para un nuevo medicamento para combatir la obesidad por un fármaco que había estado desarrollando él fuera del trabajo.

—¿Y lo denunciaron ante Straikland?

—Uno de los ayudantes de investigación de Beck resultó ser un soplón.

—¿Y qué hizo Straikland cuando se enteraron?

—Lo que hacían siempre —dijo Stahl—. Lo compraron; le obligaron a firmar un contrato de confidencialidad e hicieron como si no hubiera pasado nada. Le dieron una indemnización de siete cifras.

—¿Por qué tanto dinero?

—Porque resultó que el medicamento en el que había estado trabajando por su cuenta, con el que había sustituido el placebo, funcionaba. Le pagaron un pastón y Straikland se quedó con su investigación.

—¿Para qué sirve el medicamento? —preguntó Poe.

—Eso no lo recuerdo —contestó Stahl—. Probablemente tuviera algo que ver con su esposa. Estaba muy enferma y él se obsesionó con encontrar una cura. Lo que sí recuerdo es que cuando saltó la noticia, Beck salió bien parado. Su trabajo violó de manera flagrante la ética médica, pero lo había hecho con buena intención.

—¿Y qué hizo después de dejar Straikland?

—Consiguió un empleo en otra de las grandes farmacéuticas. La historia salió mientras estaba trabajando allí y también lo despidieron, alegando que cuando lo contrataron, no sabían lo que había hecho. Hasta estuvieron a punto de demandar a Straikland por no comunicárselo, pero todo el mundo sabía que era un numerito de cara a la galería. Los gigantes farmacéuticos son una puerta giratoria en lo que respecta a los grandes investigadores: sabían perfectamente por qué lo habían despedido de Straikland. Lo sabían y les dio igual.

—¿Y después de saltar la noticia? ¿Adónde se fue a trabajar?

—Ni idea. Supongo que alguien le pescaría.

—¿En serio? ¿No fue expulsado de la comunidad científica o algo así?

—Ya le he dicho que Beck era brillante —dijo Stahl—. Y con el principio de autonomía y las leyes de consentimiento, los animales están más protegidos que los seres humanos en lo que se refiere a los servicios relacionados con la salud. Para darle un fármaco a un animal hay que tener licencia de veterinario, pero no existe ninguna ley que regule quién puede tratar a un ser humano. Y eso incluye la cirugía. Por eso no es ilegal que cualquier tramposo abra consulta en la calle Harley y saque tajada de la estafa de la cirugía estética y el tratamiento ocular con láser.

—Espero que eso no sea verdad —dijo Poe—. Pero lo que…

—Es verdad. Puede comprobar…

—… pero lo que no entiendo, Henning, es por qué no descubrió esto Tilly cuando estaba investigando los artículos en los que usted participó. Este parecería un punto bastante evidente por el que empezar.

—Eso es fácil de explicar —dijo—. Mi nombre no aparecía en la noticia cuando salió.

—¿Por qué?

—Como he dicho, yo solo participé en la investigación sobre Industrias Straikland.

Poe se quedó pensando en lo que sabía de los periodistas. Alguien de la talla de Stahl habría insistido en que su nombre figurase en algún lugar de la noticia. Tal vez no en la exclusiva del primer día, pero seguro que en alguno de los artículos posteriores sobre el tema.

—No… —dijo—. Hay algo que no me está contando.

Stahl no dijo nada.

—¿Henning?

—¡Vale! —saltó Stahl—. El escándalo del hackeo estaba a punto de salir a la luz. El periódico no quería que mi nombre apareciera por ninguna parte. Para cuando se publicó la noticia, yo ya era persona *non grata*, así que mi trabajo de investigación fue atribuido a Mark Dare. Y ni siquiera existía en realidad; era solo el nombre que utilizaban cuando había que mantener en secreto el nombre real de un periodista.

Aquello sí tenía un tufo inconfundible a verdad. De repente se le ocurrió una idea.

—¿Por qué cree que le eligió a usted para reunirse en Chance’s Park? —preguntó—. Si esto es

por venganza, la mujer que hizo saltar la noticia sería un objetivo más evidente, ¿no cree?

Stahl se quedó pensándolo.

—No tiene sentido —concluyó—. Fiona fue quien descubrió las actividades ilegales de Beck, la que evitó que siguiera con la pasión de su vida, pero esa mujer es como un *boy scout*. Una empollona irritante, sí; pero, en el fondo, buena persona. Yo creo que, de haberla matado a ella, se habría puesto al público en contra. Yo, sin embargo, sí habría sido un objetivo aceptable, pero no tuve un papel importante en la noticia.

Mathers terminó de hablar por teléfono.

—La SCO19 está en posición —dijo—. Solo esperan que les dé la orden para entrar.

—¿Y la va a dar?

La SCO19 era la unidad armada especializada de la Policía Metropolitana de Londres. Mathers no quería arriesgarse.

—¿Cuánto queda, Cat? —le preguntó a la conductora.

—Ya hemos llegado, comisaria.

82

Norte de Londres

La calle que figuraba en el carné de conducir de Frederick Beck parecía sacada de un manual básico para familiarizarte con los barrios chungos de la ciudad. Tiendas de empeños, fábricas derruidas, pubs sospechosos y restaurantes de comida para llevar con nombres como Caramelos Bob, Alas Rápidas o Gramos de cielo. Beck alquilaba los dos apartamentos que había encima de un restaurante de pollo frito. La SCO19 les había asignado los nombres Alfa y Bravo. Ya habían comprobado que Beck estaba al día con el pago del alquiler. Se accedía a ellos por un portal con teclado que daba a la calle.

Poe bajó del coche después de Mathers pero prefirió quedarse esperando. Esta parte de la operación era cosa suya y no quería ser una distracción. Henning Stahl se puso a su lado.

—Vuelva al coche —dijo Poe—. Estos policías van armados. Lo último que necesitan es que se meta en su línea de visión.

—Acordamos que tendría acceso total.

—Acceso, sí. Pero formar parte del equipo de asalto, no. Ahora, haga lo que le digo y métase en el puto coche.

Mathers le hizo un gesto para que se acercara.

—¿Algo que decir antes de que dé la orden, Poe? —preguntó.

—¿Tenemos lista para actuar a la gente de materiales peligrosos?

—Sí. Grabaremos la escena, pero no moveremos ni tocaremos nada, no hasta que digan que es seguro.

—¿Él está dentro? —preguntó Poe.

—No lo vemos, pero es tarde. Podría estar en la cama.

—Pues, por mi parte, nada más.

Mathers se volvió hacia el policía armado que tenía a su lado. Llevaba una gorra negra con una franja de cuadros blancos y la palabra «Policía» delante, y tenía un Heckler & Kock MP5 cruzado sobre el pecho y una Glock en una cartuchera pegada al muslo. Mascaba chicle y parecía tranquilo.

—¿Estamos listos, sargento Holder? —preguntó Mathers.

—A la espera de su orden, comisaria.

—Pues por ahora dejo el mando en sus manos —dijo ella—. Entren en cuanto estén listos, por favor.

Poe se volvió hacia el Range Rover. Cuando abrió la puerta empezaron los gritos.

Frederick Beck no estaba en la cama. La SCO19 registró los dos apartamentos en cuestión de segundos. Poe lo oyó todo por la radio de Cat Baker. Abrieron el portal con el código que les había dado el casero, luego subieron las escaleras a toda velocidad gritando «¡Policía armada!». Derribaron a la vez las puertas de Alfa y de Bravo y empezaron a registrarlos. Dos dormitorios, dos salones con cocina americana y dos baños: seis habitaciones en total. Las revisaron en treinta segundos.

—¿Qué hay, sargento? —preguntó Mathers una vez disminuyó el ruido.

Una pausa.

—Será mejor que venga a verlo usted misma, comisaria.

83

Poe siguió a Mathers por la estrecha escalera. Iban completamente cubiertos con ropa de protección: trajes de papel blanco, capucha, mascarillas, guantes y cubrezapatos. Igual que los enfermeros durante la pandemia.

A excepción del sargento Holder, toda la SCO19 estaba fuera, formando un perímetro.

—¿Qué tenemos? —preguntó Mathers.

—Ha usado todas las habitaciones, señora. Hay una cama individual en Bravo y muchas cosas en las paredes. Da la sensación de que utiliza las habitaciones de Alfa como laboratorios.

—Gracias, sargento Holder. Buen trabajo.

Una vez hubo regresado con sus compañeros, Mathers pidió al coordinador de la escena del crimen que empezara a grabar. La policía científica estaría al menos una semana allí dentro. Las series de televisión nunca reflejaban la realidad: procesar una escena del crimen era un trabajo arduo y laborioso. No podía haber prisas.

Los planos del edificio mostraban que los dos apartamentos eran idénticos. Las puertas de entrada eran finas y endebles, y la SCO19 las había arrancado de sus bisagras. Primero entraron en Alfa, donde el sargento Holder decía que estaban los laboratorios. La puerta daba directamente a una pequeña sala de estar. En la pared que había frente a la ventana estaba la cocina. Era poco más que un horno con fogones, ambos eléctricos y enchufados a un contador fijo en la pared.

Los muebles baratos del casero estaban apartados para dejar espacio a objetos que no suelen encontrarse en un inventario de mobiliario y accesorios. Poe no reconocía la mayoría de ellos, pero sí sabía para qué los habían utilizado.

Siguió a Mathers mientras avanzaba metódicamente desde la sala de estar hasta el dormitorio y luego al cuarto de baño, señalando cosas que necesitaba que grabara el coordinador de la escena del crimen. Sin emoción ni opiniones: solo hechos. Llegado el momento, el vídeo podría formar parte del procedimiento legal y era importante dejar fuera cualquier emoción. Esta parte de la investigación consistía en recabar pruebas.

Salieron de Alfa, atravesaron el rellano y entraron en Beta. El sargento Holder no había exagerado al decir que había muchas cosas en las paredes. No quedaba un centímetro sin cubrir. La sala de estar estaba dedicada a las tres víctimas: Kane Hunt, Harrison Cummings y Karen Royal-Cross. Recortes de prensa, fotos suyas y de sus casas tomadas desde lejos, e información

sobre amigos, familiares y vecinos. Detalles de sus vehículos y qué medios de transporte público utilizaban. Solicitudes de acceso a datos. Historias médicas e información sobre sus aficiones. Los pubs y restaurantes que frecuentaban, los gimnasios a los que iban, dónde compraban.

Los poemas que había enviado, los venenos con los que los había matado…

Esperaron a que el coordinador de la escena del crimen terminase de grabarlo todo y pasaron al dormitorio. La cama estaba colocada contra la pared. Estaba bien hecha. Con un edredón limpio y una almohada. Tenía una mesilla de noche y una lámpara. Ningún objeto personal. Al igual que en el resto de las habitaciones, las cortinas estaban cerradas.

Mathers encendió la luz.

—Maldita sea —murmuró Poe—. ¿De dónde demonios saca todo esto?

La vida de Chrissie Stringer y de Douglas Salt aparecía expuesta completamente en dos de las paredes. La tercera estaba dedicada a la página web. El servidor que Beck utilizaba, los *hashtags* que pretendía usar para que el voto se hiciera global. Las medidas que había tomado para asegurarse de que no cerraran el sitio. La cuarta pared se centraba en la carrera celebrada en el parque. Un cálculo del número de asistentes, horarios de comienzo y final. Un diagrama del circuito del inhibidor de frecuencia de radio que había utilizado para inhabilitar el micrófono de Stahl. Hasta había una foto del árbol debajo del cual se había colocado para quitarse la gorra, ese truco sencillo con el que se cercioró de que no pudieran seguirlo por aire. Poe había participado en muchas operaciones militares menos planificadas que esta. Si no estuviera horrorizado, le habría fascinado.

Una vez registrados los dos apartamentos, Mathers dejó marchar al coordinador de la escena del crimen para que informara a su equipo y, volviéndose hacia Poe, dijo:

—¿Se está riendo de nosotros?

Poe asintió.

—Esto no es una escena del crimen —dijo—. Es una exposición.

84

Es la escena del crimen más descaradamente preparada que he visto en la vida, jefa —dijo Poe al teléfono—. Poco más que una carta de amor a sí mismo.

—¿Qué quieres decir? —dijo Flynn.

—Sabía que veníamos. Lo planeó. Probablemente por eso hizo un pedido tan grande de acetona con su verdadero nombre. Quería que encontráramos esta casa.

—Y no eres solo tú, ¿verdad?

—¿Cómo?

—Ya sabes, tu manera de ver las cosas…

—La comisaria Mathers también lo cree. Pensábamos que Beck la había cagado al usar su nombre para comprar la acetona. Pero nada de eso. Lo hizo totalmente a propósito.

—A ver, cuéntamelo todo.

—Haré algo mejor —dijo Poe—. He grabado un vídeo con el móvil y se lo he mandado a Tilly. Llámame cuando lo tenga en su portátil.

—Es una columna de cromatografía, Poe —dijo Tilly—. Se utiliza para separar compuestos químicos.

El objeto que se veía en el vídeo era un cilindro de vidrio. Medía unos sesenta centímetros, tenía un grifo insertado en la parte inferior, estaba sujeto en vertical y lleno de un material sólido.

—La solución se vierte por arriba, y al pasar por los absorbentes en la columna, cada compuesto reacciona de forma distinta al material. De ese modo llegan al fondo a distinta velocidad, y eso hace que se separen —continuó Bradshaw—. Tendrán que analizar los rastros, pero no me sorprendería que usara la columna de cromatografía para extraer la ricina del aceite de ricino. Es lo que yo hubiera utilizado.

—Supongo que serán fáciles de conseguir, ¿no? —preguntó Flynn.

—Se pueden comprar en Amazon por cincuenta libras, inspectora Flynn.

El apartamento Alfa parecía un laboratorio de química de sexto curso. Poe recordaba parte del instrumental, como los mecheros Bunsen, las bandejas de tubos de ensayos o el microscopio. Matraces, crisoles y placas de Petri. Embudos y varillas de agitación. Otros instrumentos se los tuvo que explicar Bradshaw.

Aparte de la columna de cromatografía, Bradshaw reconoció un centrifugador, una balanza analítica, que a Poe le pareció una forma sofisticada de decir «báscula», una incubadora y una vitrina de gases portátil. También había un refractómetro digital para comprobar la pureza de los venenos y una nevera de laboratorio para guardarlos.

—Aquí no hay nada que despierte sospechas, Poe —continuó Bradshaw—. Aparte de la acetona, todo esto lo puedes comprar sin tener que dar tus datos.

—¿Qué es eso gris? —preguntó el sargento—. Parece una freidora grande y profunda.

—Es un deshidratador. Supongo que lo usaba para secar las flores que mandaba a las víctimas.

—¿Y por qué no empleaba una prensa de flores?

—Un deshidratador es más fiable, Poe.

—O sea, que esto es un laboratorio moderno y bien equipado.

—Todos los venenos que ha utilizado hasta ahora podrían haberse fabricado con la máxima calidad. No hay duda.

—Vale. Henning Stahl dice que Beck tiene tanto pedigrí como motivación —dijo Poe—. Ahora sabemos que también tiene las instalaciones. ¿Entiendes ahora por qué digo que es una escena del crimen preparada, jefa?

—Desde luego que lo es —dijo Flynn—. Todo lo que hay está relacionado con los venenos y las víctimas que ya conocemos. No veo nada sobre cómo consigue administrárselo, o a quién pretende matar más adelante, cuando haya decidido si quiere cargarse a Douglas Salt o a Chrissie Stringer. Nada que nos pueda ayudar a cogerlo.

85

Mientras Mathers se volcaba en encontrar a Frederick Beck, Poe pidió permiso para volver a la casa de Douglas Salt. Quería pedir a Bradshaw que sacara un retrato más reciente de Beck para ayudar en la búsqueda a nivel nacional. Lo único que tenía Mathers por el momento era una foto de hacía veinte años de la dirección general de tráfico británica y otra más antigua todavía de la oficina de pasaportes. Si se ponía lentillas, se afeitaba y se cortaba el pelo, podría pasar perfectamente desapercibido.

La comisaria prefería que Poe siguiera en la escena del crimen por si surgía algo, pero a él le preocupaba la seguridad de Salt. Beck quería que encontraran aquellos apartamentos. Su último movimiento podía parecer un puzle dentro de otro puzle, pero Poe creía que significaba algo. Tal vez el principio de una nueva fase.

Al final, Mathers lo dejó marchar.

—Antes de irme, comisaria, ¿no deberíamos quitar algo de la escena del crimen? —dijo.

—No pensaba hacerlo. ¿Por qué lo dice?

—Es el caso más famoso que ha habido en años. Está acaparando titulares en todo el mundo. ¿Está segura de que no se filtrará alguna foto de la escena del crimen? Los periódicos sensacionalistas pagarán mucho dinero por fotos del escondite de este pirado. Si sacamos alguna cosa antes de que lo fotografíen, podemos evitarnos aguantar a algunas personas raritas más adelante.

—¿Se le ocurre algo en concreto?

—Tilly dice que los pisos están equipados como un laboratorio de instituto, así que aquí no hay nada que no esperaría ver alguien con conocimientos básicos sobre la extracción y el refinado de venenos. —Se acercó al deshidratador—. Salvo esto. Habíamos dado por hecho que usaba una prensa de flores para los pétalos, así que esto no se lo esperarán.

Mathers asintió.

—¿Puedes hacer que se lleven esto antes de que empiecen a sacar fotos? —preguntó Mathers al coordinador de la escena del crimen.

Este esperaba en el umbral de la puerta, ansioso por comenzar. Volvió al portal para coger una bolsa de pruebas y regresó a los pocos segundos. Poe y Mathers se quedaron mirando mientras sacaba fotos al deshidratador. Abrió la tapa y metió la mano con unas pinzas. Con mucho cuidado, sacó un pétalo. Estaba seco como la piel de un cacahuete. Lo metió con suma

delicadeza en una bolsa, la cerró y anotó el número de referencia. A continuación hizo lo mismo con el deshidratador.

El teléfono de Poe empezó a vibrar. Era Henning Stahl.

—¿Cómo van?

Poe le puso al día.

—Quiero ver una foto —dijo Stahl—. Y no las fotos asépticas de la escena del crimen, quiero la foto de *antes* también.

Poe frunció el ceño. Habían acordado que Stahl tendría acceso a la investigación, pero no podía permitir que se metiera en una escena del crimen en directo. Le comentó a Mathers lo que pedía.

—Que le den —contestó la comisaria.

—¿Y si le dejamos que se acerque hasta la puerta y que haga un par de fotos? Luego se las mando a Tilly y las borramos de su móvil. Se las devolveremos cuando todo esto haya acabado, y si al final se filtra algo, sabremos que no ha sido él.

—De acuerdo —contestó Mathers—. Pero quiero que uno de mis chicos lo borre todo de su móvil. No es por faltarle al respeto, Poe, pero Tilly dice que, con las cosas técnicas, es usted tan eficaz como las pelotas del papa.

—¿Eso le ha dicho?

—Ella usó otras palabras. Lo que me dijo fue «No deje a Poe tocar nada electrónico. Apretará a una combinación extraña de botones y hará que estalle la batería».

—Eso solo ha pasado una vez —dijo Poe.

86

Cómo va la votación, Tilly? —le preguntó Poe nada más entrar por la puerta—. ¿Va ganando Salt?

—Lleva casi un millón de votos de ventaja, Poe —dijo Bradshaw.

—¿Tantos? ¿Dónde está?

—Abajo, enfurruñado.

—¿Por qué?

Bradshaw cogió el mando y encendió la televisión.

—Son casi las diez de la noche —dijo—. ¿Por qué no lo ves por ti mismo?

—Damos paso a Maria Dorey para la última hora —dijo la presentadora del telediario.

Maria Dorey se encontraba junto al cordón exterior en la calle de Frederick Beck. Estaba lloviznando. Por su pelo mojado,

era evidente que llevaba un rato esperando a que le dieran paso.

—Gracias, Charles —dijo—. Esta mañana la policía armada hizo una redada en esta calle, desatando el caos…

A continuación dio una noticia llena de suposiciones y con pocos hechos. Estaba claro que la prensa sabía que algo había pasado, pero que nadie les había dado información. Ni siquiera mencionaban al Botánico. Poe sospechaba que las afirmaciones más exageradas de Dorey eran un intento de que alguien aclarara las cosas.

Después explicó cómo iba la votación y dio paso a las biografías grabadas con antelación de Douglas Salt y Chrissie Stringer. Ahora entendía por qué se quejaba Salt. La suya era especialmente poco halagüeña. La corresponsal de la cadena estadounidense había hablado con familiares de víctimas de tuberculosis resistente a varios fármacos, y parecían encantados de desahogarse contra el hombre que subió el precio del medicamento que podría haberlos salvado.

La noticia duró un par de minutos más y por último se despidió hasta una nueva conexión.

—Evidentemente, esto es consecuencia de la operación fallida de la policía en Chance’s Park, Cumbria. A medida que crece la popularidad del Botánico, la confianza en que los cuerpos de seguridad sean capaces de cogerlo toca fondo…

Bradshaw apagó la televisión.

—Douglas Salt dice que estamos reaccionando de manera desproporcionada para vengarnos de su éxito como capitalista —dijo—. Le ha pedido a la inspectora Flynn que nos vayamos.

—¿Y qué ha dicho la jefa? —preguntó Poe, sonriendo.

—Que dejara de ser tan inmaduro. La inspectora Flynn e Ian Gamble están durmiendo, su turno ya ha acabado. El sargento Andrew Rigg y la agente Anne Hawthorne están de guardia ahora mismo.

—¿Queda algo de cabrito? Me muero de hambre.

—Estás de broma, ¿no? Nadie lo ha probado. De hecho, hemos tenido que llevarlo al jardín porque toda la casa apestaba.

—¿Y qué habéis cenado?

—Jefferson Black se acercó al McDonald's. Yo me pedí un *wrap* vegano.

—¿Tú? ¿Has comido algo del McDonald's?

—Sí. Y no volveré a hacerlo.

—Asqueroso, ¿verdad?

—Es lo más repugnante que me he metido en la boca —contestó ella.

—Poe, no te puedes comer un cabrito entero.

—Puedo, y lo haré.

—Pero te dará dispepsia.

Poe no contestó de inmediato.

—No digas palabrotas —dijo por fin.

—No es una palabrota, Poe. Es una indisposición o un malestar que se produce por comer demasiado.

—Mira, yo solo sé que me voy a comer mi cabrito —dijo. Se inclinó hacia delante y aspiró el aroma que salía de las bolsas grasientas de comida para llevar. Era embriagador—. Estás a punto de presenciar algo muy especial, Tilly.

Bradshaw suspiró.

—Antes de que empieces, tengo que contarte una cosa.

—Si es sobre lo poco saludable que…

—¿Recuerdas que la comisaria Mathers ha dicho que Frederick Beck no ha salido del país desde que se publicó el artículo sobre él?

—Sí, y lo ha confirmado Aduanas —asintió Poe—. Si ha estado practicando, tiene que haber sido en algún sitio del Reino Unido.

—Creo que tiene dos pasaportes.

Poe miró su cabrito para llevar.

—Mierda —dijo.

87

Estás segura de que tiene dos pasaportes?

—Que yo sepa… —contestó Bradshaw—. Uno con su verdadero nombre y otro a nombre de Stuart Rich.

—¿Y cómo lo consiguió?

—Es totalmente legal tener más de un pasaporte, Poe.

—Ah, ¿sí?

—Sí, Poe. Si tienes que viajar mucho al extranjero por trabajo, hay que tener más de uno para enviarlo y que te concedan visados mientras utilizas el otro. Es bastante habitual.

—Pero supongo que no con dos nombres distintos…

—No, eso es menos habitual. Pero se puede solicitar otro pasaporte con un documento como una escritura notarial o una declaración jurada. Solo necesitaría una prueba de estar usando su nuevo nombre.

—¿Y lo usaba?

—Sí, Poe. Después de que se publicara el artículo en el periódico, le costó encontrar trabajo, y eso que era todo un referente en su campo…

—O tal vez no quería llamar la atención mientras planeaba todo esto…

—No lo había pensado, pero tiene mucho más sentido que quisiera mantener un perfil bajo. En fin, acabó instalándose en un apartamento pequeño en Kenilworth, cerca de Coventry. Presentó documentos tributarios municipales para pedir un pasaporte con su nuevo nombre. En cuanto se lo dieron se fue del país.

—¿Cómo lo has encontrado?

—Me metí en la base de datos de la oficina de pasaportes.

—¿Y cómo has…? Bueno, da igual —dijo Poe, optando por la negación plausible—. Será mejor que mandemos a alguien a comprobar esa dirección en Coventry.

—Se ha alquilado varias veces desde entonces, Poe.

—¿Y adónde viajó?

—Aeropuerto Leonardo Da Vinci, Roma.

—Maldita sea —se lamentó Poe. El Da Vinci era un aeropuerto importante por el que pasaban cuarenta y cinco millones de personas al año. Se podía volar a cualquier parte del mundo desde Roma.

—¿Lo seguiste después de eso?

—No cogió ningún vuelo de conexión, Poe.

—¿No?

—Puede que consiguiera otro pasaporte —dijo Bradshaw—. Uno ilegal.

No era descabellado. Poe recordaba haber visto un boletín de la Agencia Nacional del Crimen hacía años sobre un lote de miles de pasaportes italianos defectuosos. Cuando iban a destruirlos, los robaron. Podías comprar uno con todos los documentos complementarios por unos diez mil euros. Y en Suecia podías perder el pasaporte seis veces al año y te daban uno de sustitución. Europa tenía un problema enorme con la falsificación de pasaportes.

—Entonces será mejor que llame a la comisaria Mathers —dijo Poe—. Puede que esto le ayude con la notificación azul de la Interpol.

Mientras buscaba entre sus contactos recientes, Mathers lo llamó.

—Necesito que la inspectora Flynn y usted vuelvan aquí.

—La jefa acaba de terminar su turno. Si es importante, la despierto, pero estos días ha estado haciendo muchas horas.

Mathers hizo una pausa.

—Entonces, usted solo.

—¿Qu? pasa?

—Creo que hemos encontrado algo.

Poe volvió a mirar el cabrito asado.

—Ahora mismo voy —dijo con un suspiro.

88

Lo encontramos en Bravo —dijo Mathers, señalando un documento de una sola página—. Aún no lo han analizado, así que no lo toque.

Le explicó que lo habían hallado oculto en un marco barato, uno de esos con un tablero de densidad media detrás y un cristal acrílico por delante. Estaban sujetos con cuatro pinzas de acero inoxidable. El documento estaba metido entre la tabla y una acuarela de un barco y una boya. En el apartamento Alfa habían encontrado el mismo cuadro. Seguramente era la imagen que venía de fábrica con el marco; lo más probable es que el casero los comprara al por mayor y los pusiera en todas sus propiedades.

El diagrama mostraba un nebulizador reutilizado, un envase especializado que se usaba para el control de plagas. También llamados «bombas para bichos», contenían insecticida presurizado para fumigar interiores. Era un nebulizador de liberación total, un aerosol desechable de un solo uso. En la parte superior tenía una boquilla parecida a la de la espuma de afeitar, pero, a diferencia de esta, una vez la apretabas, el nebulizador vaciaba su contenido como una granada de humo. No era necesario seguir apretando.

El diagrama venía con instrucciones. Poe las leyó cada vez más horrorizado.

- Llevar nebulizador al bosque de Whippendell. Vaciarlo con cuidado.
- Quitar la válvula del neumático de la bicicleta.
- Hacer un agujero de 1 x 2 mm y otro de 1 x 5 mm en un lado del nebulizador.
- Soldar la válvula de la bicicleta en el agujero de 5 mm.
- Inyectar 200 ml de solución en el nebulizador a través del agujero de 2 mm.
- Sellar el agujero con un soldador por puntos.
- Con una bomba de bicicletas, volver a presurizar el nebulizador a través de la válvula.

El sargento tragó saliva. Con solo apretar una vez la boquilla del envase, Beck podría llenar una sala de grandes dimensiones con la sustancia que quisiera. Y, por lo que le había dicho Bradshaw, sabía que la ricina era tan letal como la niebla.

—Hemos encontrado un neumático de bicicleta entre la basura —dijo Mathers—. Le había quitado la válvula. Ya lo ha fabricado.

Poe no contestó. Beck había dejado descrito paso a paso cómo había fabricado un artilugio capaz de matar a decenas de personas. Y no entendía por qué. Era un asesino de precisión. Los

asesinatos masivos no encajaban con lo que planeaba hacer, o con la imagen que intentaba proyectar.

—Creo que tengo que llamar al CTC —dijo Mathers.

El CTC era el comando de antiterrorismo de la Policía Metropolitana de Londres.

—Comisaria, primero deberíamos hablar de lo que significa esto.

—¿De qué exactamente? —dijo ella—. ¿Del arma de destrucción masiva o del hecho de que sigamos diez pasos por detrás de este cabrón?

—Las instrucciones del nebulizador —contestó Poe—. ¿Por qué las hemos encontrado?

—Se las dejó.

—Entonces ¿por qué estaban escondidas? No había nada más oculto.

—Puede que cometiera un error.

—Este tipo no comete errores —dijo Poe.

—Pues lo ha hecho.

—¿Y si no es un error?

—¿Me está diciendo que quería que las encontráramos?

—Todo lo demás que hay aquí estaba preparado minuciosamente —dijo Poe—. ¿Por qué no esto? Y, ya que estamos, reutilizar este nebulizador tampoco es demasiado complicado. Desde luego, él no necesitaría instrucciones detalladas. ¿Cómo era? Vaciar el envase, hacer dos agujeros y poner una válvula en uno de ellos. Llenarlo de veneno y meter presión con una bomba de bici. Hasta nos ha hecho un dibujo, por Dios.

—¿Alguna teoría?

—Yo creo que esto es su versión de un chaleco suicida, comisaria. Una advertencia de lo que pasará si lo arrinconamos.

Mathers se quedó mirando el diagrama. Volvió a leer las instrucciones.

—Creo que tiene razón, sargento —dijo—. Debo informar al CTC, pero pediré seguir al mando. Ahora, ¿de qué me quería hablar?

—¿Cómo dice?

—Cuando le he llamado, me ha dicho que estaba a punto de llamarme.

—Beck tiene otro pasaporte a nombre de Stuart Rich. Lo usó para volar a Roma. Es posible que consiguiera otros papeles en Italia para poder seguir viajando a otro sitio.

—Madre mía, menudo día… —dijo Mathers con un suspiro—. ¿Me lo manda todo por correo electrónico?

—Ya lo ha hecho Tilly. ¿Por qué no se va unas horas a casa? Ahora mismo no va a pasar nada y necesitamos que esté… —No terminó la frase.

—¿Qué pasa, Poe?

El sargento estaba mirando cómo una especialista de la policía científica hacía fotos de la

moqueta. Él creía que se trataba de una mancha, pero después de fotografiarla desde varios ángulos, vio que recogía algo de entre el tejido con unas pinzas. Poe se fijó en ellas. Solo utilizaban pinzas para coger cosas demasiado pequeñas para hacerlo con la mano. Y, si era algo tan pequeño, tal vez no formara parte de la escena que Beck les había dejado preparada.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Trocitos de hilo —contestó la agente de la científica—. Tal vez no sea nada, pero parecían un poco fuera de lugar en la moqueta azul. Es posible que lo trajera de la calle.

Eran de algodón. Un hilo era blanco y el otro rojo. Medirían unos diez centímetros de largo.

Y le resultaban familiares.

Poe había visto esos hilos, aunque no recientemente. Retales de recuerdo empezaron a salir a la superficie. Un recuerdo de años atrás rondaba su memoria. Pensó en su época en el ejército. La respuesta tenía que estar ahí.

—¿Qué pasa, Poe? —insistió Mathers.

Poe la ignoró.

—¿Me deja olerlos, por favor? —le preguntó a la agente de la científica.

—¿Olerlos?

—Sí.

La policía de la científica miró a Mathers pidiendo confirmación. Mathers se encogió de hombros y asintió. Tendió la mano con la que sostenía las pinzas.

Poe se acercó e inhaló profundamente. Sus ojos se abrieron de repente.

—Bates de críquet —dijo.

Acababa de encajar una pieza clave del puzle.

Y alguien que le importaba estaba en peligro inminente.

89

¡Aceite de linaza, jefa! —exclamó Poe al teléfono—. Tilly sabe de qué hablo. —Iba corriendo hacia su coche, ansioso por volver a casa de Salt.

—Pues yo no, Poe —contestó secamente Flynn—. O te calmas y me lo cuentas, o te callas hasta que llegues.

—Espera.

Poe se metió en el asiento del conductor y arrancó sin mirar los retrovisores ni poner el intermitente. Conectó el *bluetooth* al altavoz del coche. Ya estaba en manos libres.

Recobró el aliento y dijo:

—Cuando Tilly y yo fuimos a ver a Estelle en Low Newton, hablamos con uno de los polis que llegaron primero a la escena del crimen. Le pregunté si había algo que no hubiera incluido en su informe.

—¿Y dijo aceite de linaza?

—De hecho, dijo olor a bates de críquet, pero nosotros llegamos a la conclusión de que se refería a aceite de linaza. Tilly me explicó un rollo científico de por qué el olor despierta recuerdos tan detallados.

—Sigue.

—Una de las de la científica que estaba en Bravo acaba de coger unos hilillos de la moqueta. Uno blanco y uno rojo. Me han traído un recuerdo.

—¿De aceite de linaza?

—No —dijo Poe—. De armas.

—¿Armas?

—Estoy seguro de que los hilos son de un rollo de parches de tela que se usan para limpiar el cañón de las pistolas.

—Concretas tanto que me asustas.

—A ver, mantener el arma limpia es una tarea fundamental en el ejército. Te enseñan a limpiarla antes que a dispararla. Las armas sucias se atascan; las limpias, no. Así de sencillo.

—Tiene sentido. Las armas modernas tienen muchas piezas móviles.

—Exacto —dijo Poe—. Y debido a la acumulación de hollín, lo más importante era limpiar el cañón. Si está sucio, con el tiempo el arma pierde precisión. Y para limpiar el cañón se usan parches de tela y cordones de limpieza.

—¿Cordones de limpieza?

—Es un cordón con un peso delgado en un extremo y un nudo en el otro. Primero metes el parche por el nudo del cordón, luego dejas caer el peso a través del cañón y tiras. Si lo haces varias veces, el cañón se queda impoluto.

—¿Y crees que estos hilos son de un parche de limpieza?

—Sí. Y lo creo porque los soldados británicos pueden ser un poco tontos. Siempre usan parches de tela demasiado grandes, creyendo que son pequeños. Piensan que cuanto más grande sea el parche, menos tardarán en limpiarlo.

—Pero no es así, ¿no?

—Hasta cierto punto, sí. El problema es que, si usas un parche demasiado grande, se atasca. Entonces les entra el pánico y, o acaban partiendo el cordón o intentan empujarlo con una varilla. Un parche de limpieza atascado puede dejar rasguños o agujeros en el cañón, y eso da un montón de problemas.

—Supongo que el ejército encontró una solución para eso…

—Sí. Los rollos de tela son blancos, pero tienen un hilo rojo cada cinco centímetros que separa cada parche. Si arrancas un parche y luego se atasca, no es culpa tuya, porque era del tamaño correcto. Pero si usas más de un parche y se atasca, es que la has cagado.

—Sigo sin ver la conexión, Poe —dijo Flynn—. Supongo que no usabas aceite de linaza en el cañón de tu pistola, ¿no?

—No, usaba un aceite especial para armas. Venía en botellitas de plástico. El caso es que toda la industria de armas empezó a usar parches blancos con líneas de corte rojas. En Cumbria se vende en cualquier tienda de pesca y deporte.

—Poe, por favor, ve al gra…

—Elcid Doyle tenía el coto de caza de urogallo más grande del norte de Inglaterra, jefa. Su despacho estaba lleno de cuadros de aves de caza. Tengo que confirmarlo con la abogada de Estelle, pero su padre debía de tener escopetas. Estoy seguro. Probablemente contaría con una colección entera. Y tendrían mucho valor. Cientos de miles de libras, supongo.

Flynn no contestó.

—Yo creo que estaba limpiándolas cuando lo asesinaron —continuó Poe—. Por eso olía a aceite de linaza su despacho. No es el aceite que usábamos en el ejército, pero tiene que ser el que se utiliza para la madera de las escopetas antiguas.

—¿Entonces?

—Elcid Doyle llevaría décadas limpiando el cañón de sus escopetas: seguro que no cortaba los parches con tijeras. Los arrancaría. Por eso había hilillos sueltos en la moqueta de Beck, porque los pisó.

—¿Frederick Beck? ¿Crees que estos casos están relacionados?

—Totalmente. Por razones que no conocemos, Beck mató a Elcid Doyle mientras estaba limpiando sus escopetas. Intentó incriminar a Estelle para ocultar el hecho de que también ha estado actuando en el norte. Mientras comete el crimen, se le quedan unos hilos del parche de limpieza en los zapatos y sin querer se los lleva de vuelta a Londres.

—Pero ¿por qué? No encaja con su necesidad de llamar la atención.

—No, ¿verdad? El asesinato de Elcid Doyle forma parte de su plan, pero, por algún motivo, no quiere que la gente lo sepa.

—Poco consistente, Poe.

—Ya…

—Vamos, se sostiene con hilos…

—Sí.

—Es que puede que Doyle ni siquiera tuviese escopetas.

—Las tenía. Tú créeme.

—¿Y dónde están?

—No lo sé.

—Te vas a ir, ¿no?

—Sí, jefa —dijo Poe—. Si queremos coger al Botánico, primero hay que resolver el asesinato de Elcid Doyle.

90

Poe se planteó llamar a la inspectora Tai-young Lee a Newcastle, pero prefirió esperar. Necesitaría su ayuda para buscar las escopetas, pero ahora no era el momento de hablar con ella. Aún no sabía con certeza que Elcid Doyle tuviera armas y estaba emocionado por haber descubierto una posible conexión entre ambos casos. Cuando llamara a Lee, quería que prevalecieran los hechos, no las emociones.

Aparcó al lado del Porsche de Salt y se bajó del coche. Flynn y Bradshaw lo esperaban junto a la puerta de entrada.

—Me sorprende que te hayas molestado en parar, Poe —dijo Flynn.

—He venido a buscar a Tilly, jefa —explicó—. Tai-young Lee no querrá soltar a Estelle. Voy a necesitar más que una teoría sobre aceite de linaza y unas escopetas desaparecidas para que se suba al carro: tendré que explicarle todas las pruebas que hay.

—¿Y crees que Tilly podrá hacerlo?

—Lo que creo es que yo no.

—Lo siento, Poe, pero aquí estamos en un momento crítico —dijo Flynn—. Necesito que Tilly monitorice la página web y haga todo lo que hace ella. No puedo dejártela por una teoría a medio cocer. Dame algo sólido. ¿Te importa, Tilly?

Bradshaw no contestó. Poe sabía por qué. A espaldas de Flynn, la vio metiendo portátiles, tabletas y cables en dos bolsas de lona.

—Por el amor de Dios… —murmuró Flynn.

Unos segundos más tarde, Bradshaw apareció a su lado. Iba cargada con todo su equipo. Poe le cogió una de las bolsas.

—He dejado todo en marcha, inspectora Flynn, para que pueda seguir la votación. Pero ganará Douglas Salt, como decían mis proyecciones.

—Quiero que me tengas al corriente cada hora, Tilly.

—Sí, inspectora Flynn.

—Y… ¿Poe?

—¿Jefa?

—Por favor, recuerda que la inspectora Lee no es tu enemiga. No conviertas esto en una guerra de territorios.

—¿Cuándo he hecho yo algo así?

91

Mathers contestó al primer tono.

—¿Qué pasa, Poe?

—Tilly y yo acabamos de pasar Luton.

—¿Está seguro de que su caso está conectado con el mío?

—Totalmente. No sé por qué, pero lo sé.

—Y el hecho de que la inspectora Flynn le haya dejado llevarse a Tilly debe de significar que ella piensa lo mismo que usted.

—Exacto.

—No, ella… —empezó a decir Tilly.

—¿Qué pasa, comisaria? —interrumpió Poe. Tampoco tenía sentido anunciar a bombo y platillo que, a veces, eran una panda descontrolada.

—Tengo noticias —dijo Mathers—. Acabo de decirle a la inspectora Flynn que la notificación azul de la Interpol ha dado en la diana.

—Ah, ¿sí? ¿Dónde?

—En Japón.

—¿Japón?

—Concretamente, en la isla de Iriomote.

Poe miró a Bradshaw.

—Es una de las islas Yaeyama, Poe —dijo ella—. Está a mil novecientos kilómetros de las islas principales de Japón, y a solo trescientos de Taiwán. El noventa por ciento de la isla está cubierto de selva y manglares.

—¿Y qué han encontrado? —quiso saber Poe, preguntándose por enésima vez cómo Bradshaw sabía ese tipo de cosas.

—Nos ha llamado la policía nacional japonesa —dijo Mathers—. La policía local recibió un aviso para acudir a un almacén de munición abandonado que se construyó para defenderse de la invasión americana. Un ciudadano británico llevaba a un grupo de turistas en una ruta por la selva y les fue a enseñar uno. Aparentemente era algo que solía hacer, para hacerles creer que habían descubierto algo que nadie había visto en mucho tiempo.

—¿Y ya no estaba abandonado?

—No. En lugar del búnker vacío encontraron un hospital improvisado. Diez camas, todas ellas cubiertas con tiendas de aislamiento. Una versión casera de la tienda de aislamiento en la que se aisló a Karen Royal-Cross.

—¿Qué más?

—En cada cama había un cadáver encadenado —añadió bajando la voz—. Parece que habían sido sometidos a experimentos médicos. Las pruebas indican que los diez eran chinos Han, no japoneses.

—Para que nadie los echara de menos en la isla…

—Exacto.

—¿Sabemos qué clase de experimentos eran?

—Verá, habían dejado las puertas abiertas a propósito para que pudieran entrar los animales de la selva. No quedaba mucho de las víctimas.

—Pero…

—Hicieron un análisis toxicológico de su pelo, que básicamente era todo lo que quedaba de los pobres, y resulta que todos fueron envenenados.

Poe se estremeció.

—¿Con qué?

—Cuatro de ellos con hioscina y otros cuatro con tetrodotoxina.

—El veneno de la mandrágora y el del pez globo —dijo Poe—. Beck estaba probando dosis.

—Sí.

—¿Y las otras dos víctimas?

—No hace falta que se lo diga —dijo Mathers.

—¿Ricina?

—Exacto.

—Solo le hicieron falta dos sujetos, porque no tiene antídoto.

—Esa es la misma conclusión a la que hemos llegado, sí.

—Entonces es él…

—Lo es. Tenía razón, Poe. No se ha vuelto un asesino brillante así, de repente: lo ha hecho a base de práctica. Probando dosis, observando los resultados.

—Y se está desensibilizando para matar.

—Maldito loco —dijo Mathers.

—Y así tendría acceso más fácil al pez globo —dijo Poe—. Nunca creí que lo comprara en Londres. Alguien se acordaría de él. Pero Tilly dice que en Japón todavía hay diez mil restaurantes que lo sirven.

—Ya he reducido el número de agentes investigando el club de cenas privado. —Mathers hizo una pausa—. Estoy pensando en hablar de ello en una rueda de prensa. ¿Qué le parece?

—Ahora mismo podemos contenerlo, comisaria. Si le quitamos su estatus de famoso, se convertirá en un perdedor impredecible con un arma capaz de matar a decenas de personas. Yo me pensaría mucho lo de dar una rueda de prensa.

Mathers no contestó. A Poe le gustaba eso de ella: no se aferraba a sus ideas. Tomaba las decisiones, pero solo cuando tenía toda la información necesaria.

—Trasladaré su comentario a mi superior —dijo finalmente—. Pero hasta ahora esta investigación ha sido una humillación tras otra: las advertencias antes de actuar, la debacle de Chance's Park, que la prensa sacara punta a propósito a esa foto de Tilly y usted en Low Newton. Puede que no quieran esperar.

—Usted decide —dijo Poe.

—¿Douglas Salt sigue a salvo?

—Sí. Todo el mundo está allí. La jefa se asegurará de que no le pase nada.

—Manténgame al corriente, ¿de acuerdo?

—Sí.

—Y dígame si hace falta presionar a alguien.

—Espero que no sea necesario. Mientras tanto, si sus chicos tienen hambre, hay un cabrito que se va a echar a perder.

—Ya no —dijo Mathers—. La inspectora Flynn llamó al ayuntamiento para que fueran a recogerlo y deshacerse de él.

—¡Si me costó más de doscientas libras!

—Creo que les dijo que era un perro muerto.

La línea se cortó.

Poe torció el gesto; Bradshaw soltó una risilla.

Poe tenía dos llamadas más que hacer antes de salir hacia el norte. La primera era fácil. Tenía que hablar con la abogada de Estelle Doyle, Ania Kierczynska. Bradshaw marcó el número por él. Saltó directamente el buzón de voz.

—Ania, soy Poe. Llámeme cuando oiga este mensaje, por favor. Necesito que solicitemos una sesión a puerta cerrada para pedir la libertad bajo fianza de Estelle.

Solicitar una sesión a puerta cerrada consistía en pedir que un magistrado del Tribunal de la Corona considerase otorgar la libertad condicional sin pasar por un juzgado. El abogado del acusado tenía que rellenar un formulario de dos hojas y entregarlo veinticuatro horas antes de la sesión. Entonces el juez lo consideraba en su despacho. Para que una solicitud a puerta cerrada tuviera éxito, tenía que haberse producido un cambio importante en las circunstancias. Poe le

explicó por encima lo del aceite de linaza y los hilos rojos y blancos de algodón hallados en el piso del Botánico.

Sonaba poco consistente, incluso para él. Pero esperaba tener algo más convincente para cuando Ania se reuniera con el juez. Colgó con la esperanza de que Kierczynska creyera lo bastante en él como para hacer lo que le pedía.

—Ahora viene la llamada chunga —dijo.

Buscó en su lista de contactos, encontró el que buscaba y apretó el botón de llamada.

—¿Qué coño quiere ahora, Poe? —preguntó la inspectora Tai-young Lee.

92

La conversación con la inspectora Lee resultó inesperadamente fácil. Poe le contó su teoría y, para su sorpresa, ella se mostró dispuesta a que la pusiera a prueba. Quizá demasiado dispuesta.

—Explíquemelo otra vez —le pidió—. Para que me quede claro y pueda contárselo al jefe adjunto.

Poe volvió a explicar la secuencia de los acontecimientos. Que Henning Stahl había reconocido a Frederick Beck entre la lista de personas que hicieron un pedido importante de acetona. Que eso los había conducido hasta los apartamentos Alfa y Bravo. También le explicó que los dos hilillos incrustados en la moqueta de Bravo olían a aceite de linaza, y que uno de sus agentes le había contado que notó un olor a bate de críquet en el despacho de Elcid Doyle.

—O sea, que estoy al teléfono a las cuatro la mañana por culpa de Bowness…

—Lo siento.

—Y ahora dígame otra vez qué es lo que cree que significa todo esto —continuó Lee.

—Aún debo esperar a que me lo confirmen, pero estoy seguro de que Elcid Doyle tenía escopetas. Que las estaba limpiando, o acababa de terminar de limpiarlas, cuando lo asesinaron.

—De ahí la transferencia forense de los hilos del despacho de Elcid Doyle en Northumberland al apartamento en el norte de Londres, ¿no?

—Exacto.

—Y ahora se pregunta qué ha sido de las escopetas…

—Sí —contestó Poe—. En las pruebas que ustedes recabaron, no se menciona ninguna escopeta.

—Porque no encontramos ninguna.

—Lo cual no tiene sentido. Usted misma vio su despacho: era un apasionado de las aves de caza, tenía el coto de caza del urogallo más grande del norte de Inglaterra y sabemos que su despacho olía a aceite de linaza. No tardarán en confirmármelo, pero créame: Elcid Doyle tenía escopetas.

Lee no contestó de inmediato.

—Vale, me interesa —dijo.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Porque Elcid Doyle sí tenía licencia de escopetas y, por tanto, es raro que no tuviera ninguna en casa. Y aunque solo sea por evitarme una emboscada en los tribunales, haremos otro

registro de la propiedad con un perro especializado en armas distinto al de la última vez.

—¿Por qué distinto? —dijo Poe. Él sabía que habían registrado la casa con un pastor belga *malinois* por si el asesino estaba oculto en alguna parte; lo que no sabía era que también habían registrado Highwood con un perro especializado en detección de armas de fuego.

—Un labrador. Solo ladró en el despacho de Elcid, lo cual no es de extrañar. Hasta yo olí que lo habían matado con un arma de fuego.

—¿La que no lograron encontrar?

—Esa misma.

La ausencia del arma seguía siendo una laguna fundamental en los argumentos de la acusación. Elcid Doyle fue asesinado con un arma de pequeño calibre y, teniendo en cuenta que la fiscalía de la Corona planeaba decir que las huellas sobre la nieve demostraban que Estelle no salió de la casa, el hecho de no tener el arma resultaba un problema. Tampoco era imposible de justificar, porque Estelle tenía residuos de disparo en las manos y no había más sospechosos, pero Poe sabía que estarían preocupados.

—La fiscalía planea decir que la arrojó por una ventana a un arroyo de truchas que se la llevó —dijo Lee.

—¿El arroyo? —dijo Poe—. ¿Ese que está a más de sesenta metros de la casa?

—Desde el piso de arriba sería posible.

—Si eres un atleta olímpico, sí.

—Voy a dejarle entrar en la casa otra vez —dijo—. Aproveche la oportunidad, Poe.

Suspiró. Lee tenía razón. Lo importante eran las escopetas desaparecidas, no la explicación imposible de la fiscalía.

—Gracias, inspectora —dijo—. ¿Le puedo hacer una pregunta?

—A no ser que tenga que ver con nuestra estrategia con el tribunal. Porque ya le he contado demasiado.

Poe lo dudaba. Era evidente que a Lee le gustaba tan poco como a él que la fiscalía planeara decir que Estelle Doyle había conseguido arrojar una pistola a más de sesenta metros de distancia.

—¿Por qué me está ayudando tanto? —preguntó Poe—. He sido un poco cabrón con usted y…

—¿Un poco?

—Vale, muy cabrón. Lo que quiero decir es que no he hecho nada para garantizar ninguna cooperación.

—Soy policía, Poe. Usted también lo es. En el fondo se trata de averiguar qué pasó realmente en esa casa. Todo lo demás son tonterías.

De repente, a Poe se le ocurrió algo.

—Ha dicho que sabe con certeza que Elcid Doyle tenía licencia de escopetas, ¿no?

—¿Cómo?

—Cuando le he preguntado que por qué le interesaba mi teoría, ha dicho que ya ha confirmado que Elcid Doyle tenía licencia de escopetas.

—¿Y?

—¿Por qué lo comprobó? —Poe pensó en su pregunta, y llegó a la conclusión de que ya sabía la respuesta—. No la habrá llamado la inspectora Flynn, ¿verdad?

—Sí, lo ha hecho —dijo Lee—. Le preocupaba que le costara a usted explicarse.

93

La inspectora jefa Tai-young Lee se encontró con ellos en Highwood a las siete de la mañana. Nada más ver a Poe le preguntó:

—¿Cuánto tiempo hace que no duerme? Tiene los ojos como las pelotas de un perro de carreras.

Poe soltó una carcajada.

—Lleva demasiado tiempo en Newcastle, inspectora —dijo.

—Bailey no tardará en llegar.

—¿Bailey?

—El perro policía —contestó Lee—. El rastreador de armas de fuego que vamos a usar hoy.

—¡Ah, qué mono!

—Tilly, es un perro de trabajo —dijo Poe—. Así que no le des chuches.

—No lo haré, Poe.

—Y si hay algo en concreto que tengamos que buscar, dígalo ahora —le pidió Lee—. Bailey también rastrea drogas.

—No sé a qué se refiere con eso, inspectora —apuntó Bradshaw—, pero ninguno de los dos consumimos drogas, si es eso lo que quiere decir. Poe ni siquiera toma medicamentos cuando debería. Le recetaron codeína para un absceso que tiene en un diente y encontré la receta sin usar hace un par de semanas en un libro que se estaba leyendo. Había escrito una lista de sus salchichas favoritas en el dorso.

—Gracias, Tilly —dijo Poe.

—Bueno —prosiguió Lee—. ¿Entramos? Podemos echar un vistazo antes de que llegue Bailey.

Bailey era un cocker spaniel. Llevaba un abrigo azul roano y, como todos los spaniels, tenía energía a destajo. Meneaba la cola con tal fuerza que le temblaba la mitad del cuerpo.

—¿Puedo acariciarlo? —dijo Bradshaw al adiestrador.

—Si no le importa que la mate a lametazos…

—No le importa, no —contestó Poe.

Dos minutos después, Bradshaw se incorporó y dijo:

—Ahora tengo dos perros favoritos, Poe. ¿Crees que podríamos entrenar a Edgar para que rastree armas?

—¿Armas? Ni de broma. Pero *shawarmas*, seguro.

La única habitación donde Bailey detectó un rastro de armas de fuego fue el despacho de Elcid Doyle. El spaniel no mostró interés por ninguna otra estancia de la casa.

—¿Convencido de que no hay armas en la casa, sargento? —preguntó la inspectora Lee después de que Bailey y su adiestrador se hubieran marchado.

—A un perro no se le puede engañar —admitió Poe.

Estaba decepcionado. No sabía qué era lo que quería encontrar, solo que quería encontrar algo. Si Elcid Doyle en efecto estaba limpiando sus escopetas cuando lo mataron, el asesino tendría que estar dentro de la casa. La fiscalía podría convencer a un jurado especialmente estúpido de que alguien era capaz de arrojar una pistola a más de sesenta metros, pero las escopetas eran largas y pesadas. Él tenía bastante fuerza en el tronco superior, pero no se veía capaz de llegar mucho más de treinta metros. Sin embargo, el olfato de Bailey era cien veces más sensible que el de un ser humano: a él no se le habría pasado nada. Las escopetas no estaban dentro de la casa. La conexión entre el asesinato de Elcid Doyle y el Botánico parecía muy débil.

De pronto sonó su teléfono. Era Ania Kierczynska.

—Disculpe, inspectora, tengo que cogerlo —dijo, apartándose—. Ania, gracias por llamar. Iba a pedirle que solicitara una vista a puerta cerrada, pero la pista que estamos siguiendo no ha dado los frutos que esperaba.

—Ojalá me lo hubiera dicho hace diez minutos —contestó ella—. Acabo de mandar la solicitud por correo.

—¿No puede cancelarla?

—A ver si consigo dar con el alguacil antes de que el juez empiece a revisar su bandeja de entrada.

—Lo siento. ¿Y puede decirle a Estelle que no me rindo?

—Lo haré. Y recuerde que quiere verlo.

—Puede que no sea muy acertado ahora mismo. La comisaria de Londres sigue bajo lupa.

—De acuerdo, se lo diré. Quería información sobre las escopetas de Elcid, ¿verdad?

—Simplemente confirmación de que tenía alguna —contestó Poe—. Pero la inspectora Lee ya lo ha comprobado en la base de datos de licencias de armas. Sí tenía.

—Sí, nosotros le ayudamos a contratar el seguro. Tenía un par de superpuestas J. Purdey & Sons con incrustaciones de oro, aunque no sé lo que significa eso.

—Que los cañones están colocados uno encima del otro, en vez de estar en paralelo.

—A mí eso no me dice nada, pero según la póliza del seguro esas dos escopetas valen cien mil libras.

—Pues será mejor que les diga que han desaparecido.

—¿En serio? Deberían estar ahí.

—Un perro rastreador acaba de registrar toda la casa y no las ha encontrado.

—¿Y no están en la caja fuerte para armas?

Poe frunció el ceño.

—¿Qué caja fuerte? —preguntó.

94

Poe no podía creer lo que acababa de ver. Siguiendo las indicaciones de Ania, había tirado de una de las librerías del despacho de Elcid, creyendo que podía tratarse de una broma. Sin embargo, para su sorpresa, después de tirar ligeramente, no más que para abrir la puerta de una nevera, la librería se separó de la pared. Estaba sujeta por bisagras gruesas y tenía ruedas bajo la estantería inferior. La soltó y se cerró muy despacio. Estaba montada de manera que se cerraba automáticamente. Volvió a abrirla y miró detrás. Había un imán pegado en la parte posterior de la librería, lo cual explicaba la resistencia que ofreció al abrirla. Se quedó mirando el suelo. Ahora que sabía lo que buscaba, vio que las marcas en las baldosas eran de las ruedas. Elcid la habría abierto muchas veces a lo largo de los años.

Poe dejó que se cerrara. Dio un paso atrás y se quedó mirándola. Era imposible notar que en realidad era una puerta oculta. Un trabajo excepcional.

—¿Es una broma? —dijo—. Una puerta secreta. ¿Qué es esto? ¿Un episodio de *Scooby Doo?* ¿Deberíamos estar buscando un carcelero malo?

—No es tan raro como crees, Poe —dijo Bradshaw—. Se llaman puertas Murphy y hay varias empresas especializadas en ellas en el Reino Unido, tres de ellas a menos de ochenta kilómetros de aquí.

Pero Poe ya no estaba escuchando porque, por sorprendente que fuera la puerta oculta, a él le interesaba mucho más lo que había detrás.

Era una caja fuerte de armas.

Salvo que no era una caja fuerte, sino una cámara acorazada. La estrecha puerta tenía un grueso marco reforzado de acero pintado de color verde oscuro. Parecía impenetrable. Tenía un pomo y un teclado mecánico. Poe se puso unos guantes de látex e intentó abrirla. Estaba cerrada con llave. Necesitaba el código o la ayuda de un cerrajero.

—Me temo que no ha habido suerte con la compañía de cajas fuertes —dijo Tai-young Lee, volviendo al despacho.

—¿Por qué no? —preguntó Poe.

—Este modelo de puerta está obsoleto. Se ofrecen a enviarnos un ingeniero retirado si nosotros le pagamos el avión y el hotel, pero tardaría al menos una semana en llegar.

—¿Tanto? Sé que la empresa es alemana, pero están en Hanover, y Tilly dice que hay vuelos regulares a Londres. Podría estar aquí dentro de diez horas.

—Al parecer vive en una cabaña en la Selva Negra. No vuelve hasta la semana que viene y está ilocalizable.

—¿Y no podemos llamar a algún cerrajero local? ¿O a alguien que la abra a martillazos?

—Esta puerta tiene cinco centímetros de grosor, Poe —contestó Lee—. Está hecha a prueba de balas y explosivos. La mujer con la que he hablado dice que no se puede cortar ni con una broca de corona de diamante.

—Pues entonces, con un mazo.

95

A la difunta esposa de Elcid Doyle no le gustaban las armas. Presionó a su marido para que las guardara en su despacho. Durante un tiempo, le bastó con que las tuviera en una caja fuerte tradicional, poco más que un archivador robusto. Sin embargo, cuando se compró las escopetas J. Purdey & Sons, la compañía de seguros insistió en instalar una más segura.

En vez de comprar una caja fea, el propietario de una empresa alemana, que también era viejo compañero de cacerías, le sugirió hacerse una cámara acorazada oculta a medida.

Los alemanes retiraron una librería y tiraron el muro ganando espacio al armario de ventilación del cuarto de baño del despacho. El armario quedó más pequeño y reforzaron el lateral de la cámara acorazada con paneles de acero interconectados. Luego instalaron una puerta propia de un banco. A continuación volvieron a colocar la librería original como puerta secreta. Una vez terminada, la cámara acorazada, que tenía las dimensiones de una cabina de teléfonos, valía dos millones de libras.

—No puedo creer que se nos haya pasado hasta ahora —dijo Lee.

—Tampoco sabían que estaban buscándola —contestó Poe—. Ania dijo que nunca fue un secreto, pero hicieron tan buen trabajo que es normal que no la descubrieran de manera casual.

—Y supongo que los perros ladraban por la caja fuerte, no por el olor de los residuos del arma que mató a Elcid.

—Probablemente ladraban por las dos cosas —dijo Poe asintiendo.

Aún no había acabado la partida…

—Ania —dijo Poe—, no sabemos la combinación de la puerta de la cámara acorazada.

—¿No la tenía apuntada Elcid?

—Si la tenía, no la encontramos.

—Esta tarde tengo que ir a ver a Estelle. Le preguntaré si ella sabe cuál es.

Poe frunció el ceño. Eso significaba perder un tiempo que no tenían.

—¿No me dijo que usted llevaba la cuenta de Doyle porque el socio ejecutivo era muy mayor o algo así? —preguntó.

—Sí —contestó Ania—. El señor Howey.

—¿Es posible que él se encargara de la instalación de la cámara acorazada?

—Sí, haría de enlace con la compañía de seguros, para cerciorarse de que cumplía con sus expectativas. Y quizá negociara una reducción de la prima de Elcid.

—¿Puede preguntarle si conoce la combinación?

—Voy a ver si ha venido.

—Gracias, Ania.

—Pero antes tengo que darle una mala noticia.

—Bueno, ya tocaba —dijo Poe.

—Muy gracioso. No he conseguido dar con el alguacil y el juez ya ha leído nuestra solicitud de una sesión a puerta cerrada. Nos recibe mañana a las nueve de la mañana.

En cuanto Ania colgó, Poe les explicó a Bradshaw y a Lee el tema de la solicitud de una vista a puerta cerrada con el juez.

Bradshaw miró su reloj.

—Tenemos menos de veinticuatro horas —señaló.

—Tic tac… —dijo Lee.

96

Ania llamó a los diez minutos. No eran buenas noticias, pero tampoco malas.

—El señor Howey no sabe cuál es la combinación, Poe —dijo—. Pero sí me ha dicho que Elcid tenía miedo de perder la memoria. Al parecer, su padre tuvo alzhéimer de inicio precoz. Howey dice que, si la combinación no está escrita en algún sitio, tiene que haber algo en el despacho que usara para acordarse.

—¿Como qué?

—Me temo que eso es todo lo que sé.

—Lo que tenemos aquí es un rompecabezas —dijo Poe.

Bradshaw y Lee lo miraron intrigadas.

—No solo eso, es un rompecabezas *numérico* —continuó. Tenemos un teclado que va del cero al nueve. Con el asterisco y la almohadilla, Elcid podía dar a doce botones.

Poe miró a Bradshaw con gesto esperanzado.

—¿Qué? —dijo ella.

—Venga, resuélvelo.

—Que resuelva, ¿qué?

—La combinación de la cámara acorazada.

Bradshaw se quedó boquiabierta.

—¡Eres bobo, Poe! ¡Yo no puedo resolver eso!

—¿Por qué no?

—Porque, aunque fuera un código de cuatro dígitos, hay diez mil combinaciones posibles. Y, si era de seis, habrá más de un millón.

—Seguro que no son tantas… —dijo Poe.

Bradshaw suspiró.

—¿Sabías que, si mezclas bien una baraja de cartas, matemáticamente, la probabilidad de que salgan en el mismo orden es casi nula?

—Pero ¿no me soltaste un discurso la semana pasada porque el PIN de mi teléfono era uno-dos-tres-cuatro?

—Sí.

—Y dijiste que mucha gente tiene ese PIN.

—Bueno, dije que muchos idiotas tienen ese PIN. Algo más del diez por ciento.

—Pues ahí lo tienes.

—¿Qué es lo que tengo?

—Ania ha dicho que Elcid tuvo que usar algo fácil de recordar…

—Yo creo que ha dicho que debería haber algo en el despacho que le ayudara a acordarse.

—Sí, pero no lo hay.

Bradshaw hizo una pausa.

—Pues nada, lo intentaré —dijo.

97

Cree que Tilly es capaz de sacarlo? —le preguntó Tai-young Lee.

—Si ella no es capaz, es que es imposible —contestó Poe.

Poe había llevado una silla de otra habitación y estaba sentado detrás del escritorio de Elcid. La policía científica tenía el sillón en el que murió. Lee estaba en el sillón que había junto a la chimenea. Bradshaw había colocado un taburete delante del teclado de la cámara acorazada y estaba probando metódicamente una lista de combinaciones posibles.

—Y, si al final conseguimos abrirla, ¿qué? —dijo Lee—. O están dentro las escopetas o no. Tampoco veo de qué nos pueden servir.

Tenía sentido. ¿Cómo podía ayudarlos la cámara acorazada?

—Es lo único que nos queda —dijo Poe, por fin—. Si la dejamos cerrada, a Estelle le caerá cadena perpetua.

—¿Por qué está tan seguro de que no lo hizo ella?

—¿Por qué está usted tan segura de que lo hizo?

—Porque las pruebas lo sustentan.

—No todas. Algunas son contradictorias.

—Ningún caso es perfecto, y lo sabe. Siempre hay preguntas que quedan sin contestar.

—Como, por ejemplo, ¿cómo es posible que alguien tire un arma a más de sesenta metros de distancia?

—Sí, como esa.

Lee dio un trago a una botella de agua. Se la ofreció a Poe, que sacudió la cabeza.

—A ver —dijo Lee—, ¿qué es lo que está pasando aquí realmente?

—Ha llegado el momento de poner las cartas sobre la mesa, ¿o qué?

Lee miró hacia Bradshaw, que estaba murmurando.

—Parece que tenemos tiempo —dijo—. Sea sincero: ¿está intentando exonerar a la profesora Doyle o simplemente quiere sembrar dudas razonables sobre el caso?

—¿Usted qué cree?

—Según he oído, es usted el último policía honrado. Que sigue las pruebas adondequiera que le lleven, cueste lo que cueste.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Los dos sabemos que el Botánico no estuvo en este despacho. ¿Qué motivo podía tener? Lo único que ha hecho aquí es fastidiarme y avergonzar a la comisaria Mathers, Poe.

—Vaya, gracias —dijo Poe.

—¿Qué?

—Fue usted quien filtró esa foto en la que salimos Tilly y yo visitando a Estelle en Low Newton, ¿verdad? Tampoco la culpo, la verdad: si alguien estuviera interfiriendo en mi caso, haría lo que hiciera falta para quitarlo de en medio.

—¿Sigue con eso? —dijo Lee—. Ya le dije que no tuvimos nada que ver con ese tema.

Poe no dijo nada.

—En serio, Poe, no fuimos nosotros. Y créame, lo he comprobado. La científica analizó todos los teléfonos del agente Bowness y estaban limpios. No hizo ninguna foto. Y aunque lo hubiera hecho, no habríamos obstaculizado una investigación importante en Londres solo para quitárnoslo de encima.

—Entonces ¿quién demonios lo hizo? Dice que usted no fue: vale, la creo. Pero no tiene sentido que no fuera usted.

—No, no lo tiene —dijo—. A no ser que…

—¿Qué?

—A ver, sígame el rollo. No puedo creer que vaya a decir esto, pero el Botánico debía de saber que quienquiera que dirigiese la investigación en Londres llamaría a la SCAS en algún momento. Están especializados en atrapar asesinos en serie y en los últimos años se han labrado bastante buena fama. Han cogido a varios de los gordos.

Poe se inclinó hacia delante.

—Sí —dijo.

—Y cualquiera que lea los titulares sabrá que usted, Tilly y la inspectora Flynn son la fuerza propulsora de la SCAS.

—Hay muchos héroes desconocidos en la unidad. Tilly, por ejemplo, trabaja con un grupo de…

—¡Exacto! —interrumpió Lee—. Porque cualquiera que sepa leer más allá de los titulares sabrá con quién les gusta trabajar. La Gente Topo de Tilly, como los llaman, la comisaria Nightingale…

—Y Estelle Doyle. —Poe terminó la frase.

—¿Y si alguien quiere trastocar al Dream Team? Por usar una frase de mi padre, que era fanático del béisbol: ¿y si alguien quiere dejar en el banquillo a una de sus estrellas?

Poe asintió. Tenía sentido. Bastante. Había más patólogos forenses. El que Mathers estaba utilizando parecía muy bueno, aunque tampoco era Estelle Doyle. Pero, si el Botánico realmente quisiera trastocar a la SCAS, habría sido mucho más eficaz dejar en el banquillo a Bradshaw.

—Entonces ¿me cree ahora? —preguntó Poe.

—No es que no le crea. Sigo teniendo los mismos problemas que usted con este caso.

Bradshaw se levantó, haciendo caer el taburete. El ruido del golpe de la madera contra la piedra interrumpió la conversación.

—Perdón —dijo.

—¿Cómo vas? —dijo Poe.

—He probado doscientas de las combinaciones más utilizadas de cuatro y seis dígitos, y ninguna era la que usaba Elcid Doyle.

Poe también se puso en pie.

—Venga, vamos a echar otro vistazo al despacho. A ver si encontramos lo que Elcid Doyle usaba como recordatorio. Si no, tendremos que esperar a que Ania vaya a visitar a Estelle esta tarde.

Bradshaw miró su reloj.

—No nos queda mucho tiempo, Poe.

—Pues vamos a ello. Doyle era una persona mayor preocupada por el alzhéimer Será algo obvio.

98

Pues no es nada obvio —dijo Poe—. Sabía que no lo sería. Bradshaw dejó la mirada en blanco. Estaba a cuatro patas mirando los libros de la estantería inferior de la puerta secreta. Tai-young Lee estaba subida a la escalera de la librería, sacando y volviendo a meter libros en el estante superior. Poe ya no creía que la combinación estuviera metida entre las páginas de algún libro. Estaba sentado detrás del escritorio de Elcid Doyle.

—¿Está cómodo, Poe? —preguntó Lee—. ¿Le traigo una tacita de té, o algo?

—Elcid Doyle se pasaba el día entre su escritorio y el sillón de la chimenea —dijo—. Si hay algo en este despacho que le recordara la combinación, tendría que verse desde aquí —señaló la chimenea—, o desde allí.

—Pero ya hemos mirado, y no hay nada.

—Entonces es que le estamos dando demasiadas vueltas. Tilly, tú sabes de números PIN: aparte de los más predecibles, que ya has probado, ¿qué otros suele usar la gente?

—Su fecha de cumpleaños —contestó al instante—. Pero ya he probado con la de Elcid, con la de Estelle y con la de su difunta esposa.

—¿Qué más usa la gente?

—El año de nacimiento. Y también los he probado.

—¿Qué más?

—Aniversarios.

—¿Cuándo se casó?

—El 9 de junio de 1977.

—¿La has probado?

—Sí, Poe.

—¿Y qué hay de la fecha en que murió su mujer?

—¿La fecha en que murió? Qué retorcido, Poe…

—Tú pruébala.

—Ya lo he hecho.

—Eres un monstruo —dijo Poe.

—Yo creo que vamos por buen camino —dijo Lee, bajándose de la escalera—. Sigue, Tilly. ¿Qué otros números usa la gente?

—Dos-cinco-ocho-cero.

—¿Por qué?

—Porque vistos de arriba abajo, aparecen en fila en un teléfono o un teclado. Y ya lo he probado.

—¿Alguno más?

—La siguiente serie de números que suele utilizar la gente son fechas que significan algo para ellos, y que no son ninguno de los que ya hemos dicho.

Poe se quedó pensándolo.

—La fecha en la que compré Herdwick Croft, por ejemplo —dijo.

—El día que aprobé el carné de conducir —añadió Lee—. El día que mis padres llegaron al Reino Unido.

—Cosas así, sí —dijo Bradshaw—. Pero, si no sabemos lo que Elcid Doyle tenía en la cabeza, es imposible descubrir qué significaba mucho para él.

Poe se reclinó en la silla y exhaló con fuerza. La respuesta tenía que estar delante de sus narices y sería evidente, estaba seguro de ello. Volvió a mirar a su alrededor, tratando de verlo a través de los ojos de Elcid. Él se pasaba los días de espaldas a la ventana, pero no estaría mirando sus libros. Estaban puestos con el lomo hacia afuera, y desde el escritorio, Poe no alcanzaba a leer ninguno de los títulos. Y tampoco eran los cuadros: ya los había mirado con detenimiento y ninguno tenía un número. Simplemente eran cuadros de aves de caza británicas. Faisanes, perdices y agachadizas. Becadas, Patos. Muchos urogallos.

De hecho, ahora que veía la colección en conjunto, no cuadro por cuadro, notó que más de la mitad de ellos eran de urogallos. Estaba claro que le encantaba esa ave.

Estudió los cuadros con gesto pensativo. ¿Tenía razón Ania? ¿Dejó Elcid algo evidente para acordarse? Algo escondido a plena vista…

—Prueba uno-dos-cero-ocho, Tilly —dijo suavemente.

Bradshaw frunció el ceño, sin preguntar por qué. Introdujo la combinación. Se oyó un clic.

Bradshaw y Lee lo miraron asombradas.

—Pero ¿cómo?… —preguntó Lee.

—El Glorioso Doce —respondió Poe—. El 12 de agosto. El comienzo de la temporada de caza del urogallo en el Reino Unido. El día más importante en el calendario de caza. Elcid Doyle sí tenía algo para refrescar su memoria en el despacho: sus cuadros y su pasión por el urogallo.

Lee se puso unos guantes de látex.

Levantó la manivela, abrió la cámara acorazada y dio un paso atrás. Los tres se asomaron al interior.

—Maldita sea —dijo Poe finalmente.

99

Se escondió en la maldita cámara acorazada, jefa! —exclamó Poe al teléfono.

—Estás de coña… —contestó Flynn—¿Qué es esto, un episodio de *Scooby Doo*?

—¡Ja, ja! ¡Es lo mismo que dije yo! Yo creo que debió de mandar el mensaje a Estelle desde el móvil de Elcid, invitándola a cenar. Probablemente tenía planeado matarlo justo antes de que ella llegara para que no hubiera discrepancia cronológica entre la hora a la que Estelle salió del trabajo y el tiempo que llevaba muerto su padre. Por desgracia para él, cuando lo mató ya había empezado a nevar, y no podía salir de la casa sin dejar huellas. Así que no le quedó otra que esconderse antes de que llegara Estelle. Se encerró en la cámara acorazada y la puerta se cerró. Está diseñada para mantenerse en la posición cerrada, como una salida de incendios, que se cierra después de pasar.

—¿Y el olor del cadáver de Elcid confundió al perro?

—Eso creemos, sí.

Poe estaba fuera de la casa, protegiendo el teléfono del fresco viento del este. La policía científica estaba dentro, registrando la cámara acorazada, mientras Bradshaw lo redactaba todo en una declaración que Poe firmaría para el juez en la sesión a puerta cerrada a la mañana siguiente. Poe creía que ahora ya tenían suficiente para que Doyle saliera en libertad condicional.

—¿Es muy grande? —preguntó Flynn.

—Como una cabina telefónica. No tan alta. Lo suficientemente grande como para estar de pie o sentarte con las rodillas abrazadas contra el pecho, pero demasiado pequeña para estirar las piernas.

—¿Y las escopetas?

—Lo que hay en la cámara encaja con lo que dice la licencia de escopetas de Elcid. No falta nada. Aparte del soporte para armas, está llena de cartuchos de escopeta, cartucheras y el kit de limpieza de Elcid. Rollos de parches de tela. Un montón de hilos sueltos en el suelo. Probablemente fue allí donde se le quedaron pegados a los zapatos.

—¿Estaba ahí dentro el arma del crimen? —preguntó Flynn.

—No. Eso sigue sin aparecer.

—¿Cuánto tiempo crees que estuvo ahí escondido?

—Al menos dos días —contestó Poe—. La científica estuvo veinticuatro horas en el despacho una vez levantaron el cadáver. Después de eso, solo había un agente de uniforme en la puerta de

entrada. Beck debió de esperar hasta que no se oía nada, y salir por la ventana del cuarto de baño del despacho. Da a la parte trasera de la casa y eso explicaría por qué no estaba echado el pestillo cuando entramos nosotros.

El interior de la cámara acorazada apestaba. Un olor agrio a sudor rancio. Orina concentrada. Heces. Poe se preguntaba por qué no intentó limpiarlo Beck, pero al instante comprendió que no podía arriesgarse a que lo descubrieran. Una vez abriera la puerta, tenía que salir de la casa. Y no pudo rociarla con lejía o prenderle fuego, porque eso habría delatado que era una trampa para Estelle. Puede que Beck pensara que la cámara seguiría cerrada hasta mucho después de que acabara todo.

—Si estaba cerrada, ¿cómo demonios salió?

—También tiene un pomo por dentro. Aparentemente, la mayoría de las cámaras acorazadas tienen uno. Es un dispositivo de seguridad por si te quedas encerrado por accidente. Como las puertas de las cámaras frigoríficas en las fábricas de envasado de carne.

—¿Tú crees que hay suficientes pruebas ahí dentro?

—La científica ya ha enviado muestras para analizar el ADN.

—¿Y estás seguro de que se trata de Frederick Beck?

Poe le explicó la conversación con Tai-young Lee sobre la foto filtrada de la cárcel.

—Me da la sensación de que ya no cree que fuera Estelle, jefa —dijo—. Probablemente Beck estaba vigilando Low Newton para ver quién iba a visitarla. Cuando nos vio a Tilly y a mí, no le gustó. Creemos que fue él quien filtró la foto. No quería que Estelle quedara en libertad.

—Estelle es buena, Poe, pero no es la única forense con la que trabajamos.

—Sé que la teoría no tiene sentido del todo, pero es más convincente que nada de lo que tenemos hasta ahora.

—Supongo que no tardaremos en saberlo. ¿Qué vais a hacer ahora?

—Tilly está redactando una declaración para pedir la condicional durante la sesión de mañana. En cuanto esté lista, se la llevará a la abogada de Estelle. A que le eche un vistazo. Y después ya veremos.

—Vale.

—¿Qué tal Douglas Salt? —preguntó Poe.

—Un coñazo. Amenaza con echarnos cada diez minutos. Pero no lo hará, lleva mucha ventaja en la votación. Yo creo que ya ha pillado que está en peligro de verdad.

—Si un tío está tan volcado en su causa como para esconderse en una cámara acorazada con un montón de polis con el culo peludo a medio metro de él, sí, creo que tiene un problema.

—Pero eso no se lo vamos a decir…

—No, será mejor que no —dijo Poe—. ¿Y qué hay de Fiona Musgrave, la mujer que sacó la historia sobre Beck? ¿Está a salvo?

—Está en custodia preventiva, pero no creemos que corra peligro.

—¿Por qué no?

—Porque no es una gilipollas.

—Ya.

—¿Me llamas luego?

—Sí —dijo Poe—. Una cosa más: ¿me vas a contar qué pasó con mi cabrito asado? Mathers dice que hiciste que se lo llevaran, que dijiste que era un perro muerto.

—Estaba atrayendo ratas, Poe.

Tai-young Lee salió de la casa y le hizo un gesto para que entrara. Parecía preocupada.

—Tengo que irme, jefa —dijo antes de colgar—. ¿Qué pasa?

—Tenemos un problema —contestó la inspectora jefa.

100

La fiscalía dice que no ha cambiado nada —dijo Tai-young Lee—. No lo suficiente como para que apoyen su solicitud de la sesión a puerta cerrada.

—Tenemos pruebas contundentes de que el asesino se escondió en la cámara acorazada —dijo Poe, exasperado—. ¿Qué más quieren?

—Su solicitud dice que quien mató a Elcid fue Frederick Beck, no la profesora Doyle.

—Así es.

—Pues la fiscalía no va a respaldar la libertad bajo fianza hasta que tengan pruebas irrefutables de que la persona que se escondió en la cámara acorazada era Frederick Beck. Y los resultados del test de ADN tardarán treinta y seis horas. La nueva postura de la fiscalía es que la profesora Doyle aprovechó que se había producido un robo, sin darse cuenta de que el ladrón seguía en el domicilio. Y mató a su padre asumiendo que la autoría se le atribuiría al ladrón.

—Eso es ridículo.

—Lo es —dijo Lee—, pero ese no es el problema.

—Ah, ¿no?

—El verdadero problema es el positivo en residuos de pólvora. La fiscalía no puede aprobar la libertad bajo fianza hasta que se explique eso. Si no, corren el riesgo de contradecirse delante del juez. Consiguieron la prisión preventiva para la señorita Doyle basándose en una serie de hechos. Apoyar su libertad bajo fianza es admitir que el test de residuos de disparo era irrelevante.

—O sea, es para guardar las apariencias…

—No, se trata de anticiparse a lo que dirá el juez mañana.

—¿Y no están dispuestos a aceptar la posibilidad de que fuera un falso positivo? ¿Que pudiera quedársele al tocar las pastillas de freno cuando cambió el neumático pinchado?

—Pero sabemos que no era de las pastillas de freno, Poe —contestó—. Las analizamos y la composición química no es la misma.

—Esas pruebas son interpretables.

—Y eso es un argumento posible ante un jurado, pero no una prueba nueva que presentar en una sesión a puerta cerrada con el juez.

Poe suspiró.

—Yo estoy de acuerdo con usted y no creo que la profesora Doyle matara a su padre —dijo Lee—, pero esos residuos de disparo no llegaron a sus manos a través de las pastillas de freno

del coche.

—¿Qué me está diciendo? ¿Que no mató a su padre, pero sí disparó el arma que lo mató? Eso no tiene ningún sentido.

—No, no lo tiene —dijo Lee—, pero, si quiere que la profesora Doyle salga en libertad condicional mañana, tiene dieciocho horas para encontrar otra explicación.

Poe la miró fijamente.

—Pues eso es lo que haré —contestó.

101

La contaminación cruzada es una estrategia de defensa legítima, Poe —dijo Tai-young Lee—. Pero, insisto, no se trata de una prueba nueva. No puede presentarla en una sesión a puerta cerrada para solicitar la condicional.

Poe hizo una mueca de fastidio. Tenía razón, evidentemente, pero por ahora era lo único que se le ocurría. Como la científica seguía analizando la cámara acorazada, se fueron a la sala de estar de Elcid para intentar explicar cómo llegó el residuo de disparo a las manos de Doyle. Lee y él parecían estar en un bucle. Cada vez que él especulaba acerca de cómo había podido ocurrir, Lee tumbaba su hipótesis o decía que tampoco era información nueva y en todo caso sería un argumento para plantear ante el tribunal, no en una sesión a puerta cerrada.

La última teoría que Lee le había tirado abajo era que los residuos se transfirieron de los grilletes utilizados para inmovilizarla después de ser detenida. Poe decía que, si los habían utilizado recientemente con alguien que hubiera usado una pistola, podía haber contaminación cruzada. En ese caso, los residuos hallados en sus manos no serían del arma que mató a su padre, sino de otra distinta. Lee dijo que eso no era posible porque le metieron las manos en bolsas antes de ponerle los grilletes. Poe contestó que también se cometen errores de vez en cuando. Y entonces ella le recordó que ese era un argumento para plantear al jurado, no al juez en su despacho.

Y así, una y otra vez.

—Estás muy callada, Tilly —señaló Poe.

—Estoy leyendo un artículo del FBI sobre los residuos de disparo con arma de fuego, como lo llaman en Estados Unidos, Poe —dijo Bradshaw—. ¿Sabías que los fuegos artificiales, la soldadura, la copia de llaves, incluso algunos tipos de papel dan falsos positivos?

—Ya, es que es poco fiable.

—Y eso es antes de meterte en la contaminación cruzada que se produce en los asientos traseros de los coches patrulla, en las celdas de detención, en las salas de interrogatorio, incluso con los agentes de policía.

—Pero nada de eso es información nueva, y lo plantearemos todo en el juicio.

—Lo siento, Poe. No tengo nada con qué ayudarte.

Poe frunció el ceño.

—¿Sabe? —le dijo a la inspectora—. Esto es una gilipollez. Si tenía residuos de disparo en las manos…

—Que así es… —dijo Lee.

— … es porque algo pasó. Y eso significa que tendríamos que averiguarlo. El hecho de que no lo hayamos hecho todavía significa que debemos planteárnoslo de otro modo.

—¿Qué sugiere?

—¿Usted veía *Crimewatch*?

—Claro.

Crimewatch era una serie de la BBC que fue emitida desde 1984 hasta 2017. Fue uno de los programas informativos más importantes de la televisión británica, que se hacía en colaboración entre el público y la policía. Cada episodio presentaba tres o cuatro casos. En los sesenta minutos de emisión había entrevistas con policías, familiares de la víctima y testigos. Se mostraban pruebas como informes policiales sobre individuos. Y la línea de teléfono de *Crimewatch* se mantenía abierta hasta medianoche del día siguiente. En los años de emisión, cincuenta y siete asesinos, cincuenta y tres violadores y dieciocho pedófilos fueron detenidos como resultado directo del programa.

—¿Y cuál era la herramienta más efectiva que tenían?

Lee asintió.

—Quiere hacer una reconstrucción.

Poe se volvió hacia Bradshaw.

—Tilly, ¿te apetece ser un cadáver?

102

Una vez más, por favor —pidió Poe.

Tai-young Lee gruñó, pero volvió a salir de la sala.

—¿Estás bien, Tilly?

—Sí, Poe.

Estaban en la sala de estar. Era de un tamaño parecido al del despacho de Elcid Doyle. Al igual que este, daba al sur y las paredes se encontraban cubiertas de librerías. No tenía cuarto de baño privado ni una cámara acorazada, pero era lo más parecido que había. Estuvieron diez minutos distribuyendo los muebles para que se asemejara lo más posible. Todo lo que sobraba lo iban dejando fuera. Pusieron una mesa de comedor como escritorio y colocaron una mesa baja y un sillón donde estaría la chimenea. Había un aparador demasiado pasado para moverlo, así que Poe le dijo a Bradshaw y a Lee que fingieran que no estaba allí.

No era perfecto, pero tampoco estaba mal.

Lee ya había entrado tres veces y había hecho todo lo que se detallaba en la declaración de Doyle, pero Poe aún no había visto nada que justificase la presencia de residuos de disparo en sus manos.

Para el cuarto intento, Poe se colocó en otra esquina de la habitación, para ver si notaba algo distinto. Bradshaw comprobó su tableta y se dejó caer en la silla de escritorio improvisada en la misma postura en la que hallaron a Elcid Doyle. Hasta cerró los ojos y sacó la lengua.

—Estamos listos, inspectora —dijo Poe, alzando la voz—. Pero ahora no se olvide de colgar el abrigo antes de entrar en la sala.

—Que le den, Poe —le oyó murmurar.

—¿Cómo?

—He dicho que voy a colgar el abrigo.

Pasados unos segundos, Lee abrió la puerta de la sala y dijo:

—¿Papá? —A continuación se acercó a Bradshaw.

—Más rápido —dijo Poe—. Cuando dijo «¿Papá?», ella creía que estaba dormido, pero ahora ya piensa que ha sufrido un infarto.

Lee corrió hasta donde estaba Bradshaw, se arrodilló e hizo una pausa: Poe la había introducido porque creían que Estelle necesitaría unos segundos para dar sentido a lo que estaba

viendo antes de estirar la mano izquierda para comprobar si tenía pulso. Luego se levantó, sacó su teléfono del bolsillo trasero del pantalón e hizo como si marcara el 112.

—A partir de este momento, ella dice que no tocó nada —dijo Poe—. Que se quedó esperando junto a su padre hasta que llegó la policía. ¿Es correcto, Tilly?

—Sí, Poe.

—¿Has grabado la reconstrucción?

—Las tengo todas.

—Pues echémosles un vistazo.

Se juntaron alrededor de la mesa y vieron el último vídeo. A pesar del nuevo ángulo de visión, Poe no vio nada que pudiera explicar los residuos de disparo en las manos de Doyle.

—Veamos otra vez las fotos de la detención —dijo.

Bradshaw las abrió en su tableta. Dejó que Poe las fuera pasando una por una. Ya las había visto cientos de veces: Doyle vestida con vaqueros negros y una blusa más negra aún; Doyle con el traje de papel que le dieron al quitarle la ropa; un primer plano de su rostro y otro de sus manos, dentro y fuera de la bolsa.

—Espere, lleva unos vaqueros muy ceñidos —señaló Lee.

—Salvo cuando está trabajando en una autopsia, siempre viste como si tocara con Siouxsie and the Banshees —dijo Poe—. Si no son vaqueros, lleva faldas ceñidas y medias de rejilla. Yo estoy seguro de que lo hace para ponerme nervioso.

—No era un comentario sobre su estilo, Poe. Unos vaqueros tan ceñidos son muy incómodos. Intente meterse algo grande en esos bolsillos. Es como tener un tumor en el culo.

—Por eso prefiero los pantalones cargo, inspectora Taiyoung Lee —dijo Bradshaw—. Tienen bolsillos grandes para poder meter cables, cargadores y el teléfono. Poe dice que voy descuidada, pero mira quién habla. Un día vino a trabajar con un cordel en vez de un cinturón.

—Era cordel para empaquetar. Y tenía el cinturón manchado de sangre.

Lee sacudió la cabeza.

—Ya basta —dijo—. Lo que quiero decir es que quizá no llevara el móvil en el bolsillo de atrás.

—En la chaqueta no lo llevaba, porque la colgó en cuanto entró en la casa. ¿Llevaba bolso?

—No, pero sí una funda para el portátil. La analizamos por si llevaba la pistola ahí dentro.

—¿Puedes abrir la foto en la tableta, Tilly? —preguntó Poe.

Así lo hizo Bradshaw.

Era negra y fina, con un tirador de piel falsa, bolsillos con cremallera y un forro de neopreno a prueba de golpes.

—A ver qué llevaba dentro —dijo Poe.

La foto estaba tomada sobre una mesa blanca de la policía científica. No había nada destacable

entre los contenidos. Un llavero, lápices USB, un cargador y la cinta para colgar la bolsa del hombro. Un pequeño neceser de maquillaje, y el portátil, un MacBook Air de color rosa.

—De acuerdo —dijo Poe—. El bolsillo grande lo usaría para meter todo aquello que no necesitaba tener a mano siempre, como los cables y la cinta del hombro, y el más pequeño sería para el móvil, las llaves, probablemente para el maquillaje también.

—O sea, que cogió el móvil de su bolsa, no del bolsillo —dijo Lee.

Poe asintió.

—Vamos a hacerlo otra vez —dijo—. Pero ahora tiene que llevar algo parecido a la funda. Tilly, ¿tienes algo que podamos usar?

—Una funda de portátil, Poe. No es del mismo tamaño, pero el diseño es parecido.

—Genial. Y tenemos que llenarle el bolsillo del móvil con lo mismo que llevaba ella.

Bradshaw les dejó sus llaves y Poe puso su teléfono móvil, porque Lee no quería que le rayaran la pantalla y el de Poe parecía como si lo guardara metido en gravilla. Usaron el estuche de Bradshaw a modo de neceser de maquillaje.

—Desde el principio —ordenó Poe.

—Se moría por decirlo, ¿eh, Poe? —dijo Lee.

—Llámeme John Sturges.

—¿Quién? —preguntaron Bradshaw y Lee al unísono.

—¿*Conspiración de silencio*? ¿*La gran evasión*? ¿*Estación polar Zebra*?

Bradshaw y Lee se miraron confundidas. Lee se encogió de hombros.

—*La gran evasión* me suena —dijo.

—Me decepcionan las dos —dijo Poe.

103

Tai-young Lee salió de la habitación, se dio la vuelta y entró de nuevo. Repitió lo mismo que había hecho ya cuatro veces, pero en esta ocasión, en lugar de meter la mano en el bolsillo trasero de su pantalón para coger el móvil de Poe, rebuscó en la bolsa del portátil hasta encontrarlo.

Lo sacó y dijo:

—¡Mierda!

—¿Qué?

Les mostró uno de sus dedos.

—Este esmalte me ha durado toda la semana y, para una noche que tengo una cita, me lo he desconchado con las llaves de Tilly.

Poe esperó un momento. No entendía por qué una policía querría llevar las uñas pintadas, pero también sabía que era mejor no decir nada.

—Perdón —se disculpó Lee—. ¿Por dónde íbamos?

—Iba a llamar a la policía.

Lee hizo como que apretaba varios botones y se llevó el teléfono a la oreja. A continuación lo soltó y se encogió de hombros.

—No veo ninguna diferencia —dijo.

—Es que no la hay —dijo Poe—. Pero al menos lo hemos intentado.

Fueron a la cocina y Poe preparó un té.

—Lo siento, Tilly —dijo—. Parece que Elcid no era muy moderno. No hay tés de frutas.

Bradshaw levantó su botella de agua.

—Con esto estoy bien, Poe.

—¿Leche y azúcar, inspectora?

Lee no contestó. Estaba mirando su uña mellada con el ceño fruncido.

—¿Inspectora? —insistió Poe.

—¿Sabe lo que cuesta ser policía y al mismo tiempo una buena hija coreana, Poe?

—¿Mucho?

—Imposible. Mi padre quiere que me busque un trabajo de verdad, como médico o contable, y mi madre quiere que me case y vaya guapa todo el día. Y esta noche había accedido a quedar con

el hijo de una amiga suya. Hasta me eligió el color del esmalte. Dijo que era alegre sin llegar a parecer una *maechunbu* cualquiera…

—No hablo co…

—Una mujer de la calle, Poe. Una prostituta. Mi madre tiene opiniones bastante firmes sobre los colores que son aceptables. —Estiró las manos. Tenía las uñas de un tono rosa discreto. La uña desconchada resaltaba como la última hoja de un árbol—. Y ahora me las voy a tener que pintar todas otra vez —continuó—. Si no lo hago, mi madre se enfadará. Eso significa que necesitaré una hora más de lo que creía esta noche. Muchas gracias, Poe.

Poe contuvo la respiración. Y Bradshaw lo notó.

—¿Qué pasa? —dijo, levantándose.

—Enséñame otra vez la foto de las manos de Estelle, Tilly —pidió con tono urgente—. La que no me terminaba de cuadrar.

Bradshaw desbloqueó su tableta y fue pasando las pruebas reveladas por la defensa hasta encontrar la que buscaba. Le dio la tableta a Poe.

Las manos de Estelle eran pálidas y largas, como las de una pianista de música clásica. Sus uñas eran de color rojo sangre. Movió los dedos para ampliarla y empezó a mirarlas una por una.

Respiró aliviado.

Giró la tableta para que Lee y Bradshaw vieran la pantalla.

—Las uñas de Estelle. El esmalte está perfecto.

—¿Y?

—Usted se ha desconchado una sacando el teléfono de la bolsa del portátil. ¿Les parecen estas las uñas de alguien que acaba de cambiar una rueda?

104

Está diciendo que no tuvo un pinchazo? —preguntó Taiyoung Lee.

—No —contestó Poe—. Lo que estoy diciendo es que esas no son las manos de la persona que la cambió.

—Puede que sean uñas de gel.

Poe miró a Bradshaw, que se encogió de hombros.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Un esmalte hecho con base de gel que se seca con una lámpara de rayos UVA —dijo Lee—. Es más resistente que el esmalte normal. Supongo que sería posible cambiar una rueda sin dañarlo.

Poe se quedó pensando. Probablemente tenía razón, pero no había entendido lo que él quería decir.

—Bueno, supongamos que tiene razón —dijo—. Pero, al descubrir que tenía una rueda pinchada en el aparcamiento del hospital, la cambió ella misma y luego vino hasta aquí. No paró en ningún sitio y tampoco pidió ayuda.

—Eso es lo que decía su declaración —dijo Lee.

—Vale. Puedo aceptar que existe un esmalte superresistente y que es posible que Estelle lo use, pero lo que no estoy dispuesto a aceptar es que cambiara una rueda sin siquiera mancharse con un poquito de grasa o suciedad.

—Estoy de acuerdo. Entonces volvemos a mi pregunta: ¿quiere decir que no tuvo un pinchazo?

—No lo sé —dijo Poe—. Pero hay un modo bastante fácil de averiguarlo.

El coche de Doyle seguía en el garaje de la policía que había usado la científica para buscar el arma del crimen. Al día siguiente debía ser trasladado al aparcamiento de vehículos intervenidos. Lee hizo los trámites para que les dejaran verlo.

Poe no sabía qué coche tenía Doyle, pero dudaba que fuera un modelo convencional.

Y tenía razón.

Los condujeron hasta un MGB Roadster vintage. El técnico de la científica les dijo que era un modelo de 1974, una edición poco habitual con una pintura azul violeta llamada aconita. Ruedas

de alambre, cromados pulidos e interior de cuero. Elegante, pequeño y sexy. Seguro que rugía cuando estaba enfadado y ronroneaba cuando no lo estaba. Si Doyle fuera un coche, sería un MGB Roadster de 1974.

—No está cerrado con llave —dijo el técnico de la científica.

Poe se enfundó unos guantes y abrió el maletero.

—Bueno, está claro que tenía una rueda pinchada —dijo.

Doyle no se había molestado en meter la rueda dañada en la funda de la de repuesto. Simplemente la había tirado en el maletero para que la arreglaran más adelante.

—¿Y por qué iba a decir que no le ayudaron a cambiarla, si lo hicieron? —preguntó Lee—. Dudo que fuera para no parecerle una inútil, sargento.

Poe no contestó. Estaba mirando entre los contenidos del maletero en busca de algo, cualquier cosa que pudiera proporcionarles una explicación. Cogió el gato y lo dejó en el suelo del garaje. Entonces se miró los guantes: tenían grasa. Se los mostró a Lee y a Bradshaw.

—Y lo que he hecho ha sido sacarlo del maletero…

A continuación siguió sacando cosas y dejándolas junto al gato: una botella de Coca-Cola llena de líquido refrigerante, un envase con aceite de motor, un kit de primeros auxilios y una bolsa llena de bujías y fusibles. Doyle también llevaba una chaqueta impermeable y unas botas de agua en el maletero. Poe las puso en el suelo con todo lo demás. Lo único que quedaba era una caja de pañuelos de papel. Nada más cogerlos, se dio cuenta de su error. Eran guantes azules de los que usa el personal médico y de enfermería. Cuando estaba a punto de soltarlos en el suelo junto al gato, algo le hizo parar.

¿Por qué estaban en el maletero? Sabía que algunos médicos llevaban un maletín con material médico para emergencias, pero Doyle no parecía de esa clase de profesionales. Entonces ¿por qué tenía una caja de guantes desechables? Además, ni siquiera eran nuevos; estaban arrugados, como si ya los hubiera usado. Volvió a revisar los contenidos del maletero.

Aceite.

Líquido refrigerante.

Bujías.

Fusibles.

Doyle adoraba ese coche, pero daba la impresión de que necesitaba mucho cuidado y atención. Probablemente requiriera reparaciones *ad hoc* para tenerlo a punto, de ahí que llevase piezas de repuesto en el maletero. Los guantes desechables serían para protegerse las manos cuando tenía que hacerle algo al coche. Era una de las ventajas de ser médico. Seguramente se pusiera unos para cambiar la rueda: por eso tenía las manos limpias.

Y Frederick Beck se había esmerado mucho en hacer que pareciera culpable.

—¿Podemos analizar el interior de los guantes, por favor? —le preguntó en voz baja a Lee.

—¿Qué buscamos?
—Residuos de disparo.

105

Apoyará ahora la fiscalía nuestra solicitud en la vista a puerta cerrada? —preguntó Poe.

—Si no lo hacen, detendré a su abogado por interferir en una investigación —contestó Lee.

Poe sonrió, dando por hecho que bromeaba. Lee no le devolvió la sonrisa.

La policía científica había tomado muestras del interior de todos los guantes desechables que había en el maletero del coche de Doyle y el análisis había dado positivo en todos ellos.

—¿Cree que el asesino disparó la pistola y luego se puso los guantes para dejar los residuos de disparo? —preguntó Lee.

—O eso o se los puso del revés para disparar. Luego les dio la vuelta otra vez y los volvió a meter en la caja. Había dieciséis, así que, si asumimos que llevaba un guante en cada mano, solo necesitaría disparar el arma ocho veces. Supongo que tenía la intención de dejar el arma más adelante en algún sitio que hiciera a Estelle parecer culpable.

—O sea, que forzó su maletero, vio algo que podía usar y ¿qué?, ¿los robó? ¿Y luego los volvió a meter una vez tenían residuos de disparo?

—Quizá no le hiciera falta robarlos —dijo Poe—. Estos guantes se pueden adquirir en cualquier sitio. Yo creo que simplemente se compró unos y luego se fue a un lugar apartado. Disparó el arma unas cuantas veces, después forzó el coche otra vez y cambió los guantes por los de Estelle. Estos automóviles no tienen mecanismos de seguridad sofisticados como los de hoy. Un coche como este se abre con llave.

—Y el día del asesinato se aseguró de que la profesora Doyle tuviera una rueda pinchada —dijo Lee—. Tal vez le rajó el neumático con una navaja o con un destornillador afilado. El agujero tenía que ser lo bastante grande como para que ella se diera cuenta de que la rueda estaba pinchada. La profesora Doyle se pondría los guantes para cambiarla, manchándose las manos sin querer de residuos de disparo.

—Yo creo que eso es exactamente lo que pasó.

—¿Quién demonios es ese tío? —se preguntó Lee.

106

La sesión a puerta cerrada para solicitar la libertad condicional fue una mera formalidad. El juez hizo varias preguntas incisivas a Poe y a Ania Kierczynska, pero las más punzantes fueron dirigidas a Tai-young Lee y al abogado de la fiscalía. Preguntó por qué no se retiraban los cargos por asesinato, pero el abogado de la fiscalía no cedía y dijo que querían esperar a que se confirmara que el ADN hallado en la cámara acorazada era de Frederick Beck. Lee le lanzó una mirada asesina; no quería formar parte de su numerito para guardar las apariencias.

—Voy a ordenar la puesta en libertad inmediata y bajo fianza de la profesora Doyle —dijo el juez—. Tengo entendido que tiene domicilio en Newcastle, ¿es así?

—Sí, señoría —contestó Ania.

—Pues esa dirección constará en la fianza y, visto que la fiscalía de la Corona se niega a retirar los cargos por asesinato, pediré que lleve monitorización electrónica.

—Seguro que no le importará llevar una pulserita, señoría.

—No —dijo Poe. El juez lo miró por encima de sus gafas de lectura—. Señoría —añadió.

—Sargento Poe, es una oferta generosa. Solo tendrá que permanecer en el domicilio de nueve de la noche a seis de la mañana. Puede salir a trabajar, a pasear, a comer…

—Señoría, eso es una sentencia de muerte.

Poe estuvo cinco minutos explicando a grandes rasgos que Frederick Beck había logrado sortear todas las medidas de seguridad tomadas hasta el momento.

—¿Tiene alguna sugerencia alternativa?

—Pues sí, la tengo —contestó.

Ania Kierczynska fue la única que pudo entrar en la cárcel de Low Newton al ir a buscar a Doyle. Había que hacer algo de papeleo, pero Poe se puso a gritar al alcaide hasta que este prometió acelerarlo. Nada más salir del despacho del juez, Poe y Bradshaw fueron al centro de Newcastle para comprar algo de ropa, cosas de aseo y un móvil nuevo para Doyle. Poe no quería que volviera a su piso, por si Beck había estado allí, y nada de lo que tenía Bradshaw les valía. No fue fácil comprar. Poe nunca había caído en que las tallas de ropa femenina son más complejas que S, M y L, y Bradshaw compraba toda su ropa por internet. Al final, la hizo entrar

en una boutique que tenía un maniquí vestido con medias de rejilla y un corsé en el escaparate, y le dijo que comprase ropa por valor de quinientas libras.

Después le entregó a Ania unos vaqueros de color azul marino, una camiseta negra con un diseño colorido de una calavera de azúcar en la parte delantera, unas deportivas Converse, calcetines y ropa interior. Esperaba que fueran de la talla correcta.

Tenían que salir de viaje.

Siguiendo su sugerencia, el juez había puesto a Doyle en libertad bajo fianza a cargo de Poe. Hasta que la fiscalía retirase los cargos de manera oficial, Doyle tendría que estar dondequiera que estuviera él.

—¿Cree usted que accederá? —preguntó el juez.

—Yo creo que sí —contestó Poe.

—Seguro —añadió Bradshaw.

—Muy bien. Por la presente dejo en libertad bajo fianza a la profesora Doyle a cargo del sargento Poe. Deberá comunicar a la policía local la dirección en la que se aloja y aceptar controles ordinarios y extraordinarios. ¿De acuerdo?

—Sí, señoría —dijo Poe.

Eran las tres y diez de la tarde cuando Ania y Doyle salieron finalmente por las puertas de la cárcel. Poe vio aliviado que la ropa que habían comprado le quedaba bien. Los pantalones eran un poco grandotes y la camiseta le iba un poco justa, pero no se les había dado mal.

Ania acompañó a Doyle hasta el coche de Poe, se despidió con un abrazo y volvió a la prisión. Tenía que ver a otro cliente. Poe se bajó del vehículo y le abrió la puerta trasera. Ella se metió sin mirarlo. Parecía cansada, como si su batería estuviera descargada. Poe dudaba que hubiese dormido más de dos horas desde que estaba en prisión preventiva.

Arrancó el motor y ajustó el retrovisor para poder verla.

—Estelle, ¿te ha explicado Ania que estás en libertad condicional a mi cargo?

Doyle asintió.

—Tenemos que volver a Londres —continuó—. Ese caso del que te hablé está conectado de algún modo con el asesinato de tu padre.

—Me lo ha dicho Ania —dijo ella, con voz grave y monótona.

Bajó la cabeza y empezó a llorar.

Poe y Bradshaw se miraron, sin saber qué hacer. Poe le pasó su pañuelo.

—Está limpio —dijo—. Bueno, más o menos.

—Gracias, Poe.

Doyle se secó las lágrimas y, aunque sus ojos seguían húmedos, Poe vio en ellos la resolución que esperaba. La cárcel no había acabado con ella. Le dio una bolsa de papel marrón.

—Debes de tener hambre —dijo—. Tilly y yo hemos parado en ese italiano que te gusta en Newcastle. Hay *crostini* y galletas de esas que están duras como una piedra. Le dijimos al gerente que eran para ti y no nos quiso cobrar. Dice que todos te echan de menos.

Doyle miró en el interior de la bolsa.

—No tengo palabras para agradecéroslo —dijo con un susurro.

Pero esta vez no lloraba.

107

Sabía que habías encontrado algo, Poe —dijo Doyle—. Cuando el alcaide vino a verme, estaba furioso. Solo tú puedes cabrear tanto a alguien. No puedes imaginar el alivio que sentí.

—Esta mañana ha dicho que no había nadie para tramitar tu salida y Poe se le ha puesto a chillar hasta que lo ha hecho personalmente —dijo Bradshaw.

—Gracias, Poe. No sé si habría sobrevivido una noche más ahí dentro; no, después de que Ania me dijera que ya me habían concedido la libertad bajo fianza.

—No ha parado de trabajar en tu caso, Estelle —dijo Bradshaw—. Hasta cuando no debía.

—No es propio de él, Tilly.

—Incluso intentó forzar el candado en la verja de casa de tu padre, hasta que vio que no sabía. Y luego pensaba treparla, pero la inspectora Tai-young Lee lo pilló y le dijo que iba a detenerlo por entrar en una escena del crimen. Entonces Poe respondió que la arrestaría a ella por ocultar pruebas, pero que no lo haría si nos dejaba entrar en vuestra casa solariega.

Doyle la miró sonriendo. La inocencia de Bradshaw era un auténtico bálsamo. —Veo que habéis estado ocupados.

Poe la miró por el retrovisor.

—¿No creerías que te íbamos a dejar ahí dentro?

—¿Qué más ha hecho Poe, Tilly? —preguntó Doyle.

—Muchas cosas, Estelle. También dijo que ahora eres lady Doyle, pero que no tenemos que hacerte una reverencia porque no te gustará.

—O sea, que ya te has enterado…

—Soy detective —dijo él.

—¿Y?

—Y ¿qué?

—¿Qué te parece?

—Pues me pregunto por qué creías que me iba a decepcionar.

—Tú odias los privilegios, Poe.

—Odio que se abuse de los privilegios, Estelle. Y por lo que he ido descubriendo, tu padre era una persona decente. Y sé que tú lo eres.

Doyle dejó salir una larga respiración que Poe no sabía que estuviera conteniendo. Por algún motivo, aquel breve intercambio había sido importante para ella. Se preguntaba por qué.

—Incluso cuando estábamos en casa de Douglas Salt —dijo Bradshaw—, Poe seguía con el expediente de tu caso, no el del suyo.

—¿Douglas Salt? —preguntó Doyle.

—Presuntamente la siguiente víctima del Botánico —dijo Poe—. He reunido un grupo de gente rara, a ver si logramos lo que nadie ha conseguido y sobrevive.

—¿Recibiste mi mensaje? ¿Sabías que quería verte?

—Sí. Pero esa foto de Tilly y mía visitándote en la cárcel salió en primera página. Tuvimos que quedarnos en Londres. ¿Qué querías?

—Leí los informes de las autopsias que me enviaste a través de Ania. Gracias. Me vino bien pensar en algo que no fuera mi padre y mi situación.

—¿Encontraste algo?

—No, el forense hizo un buen trabajo. Yo no habría hecho nada distinto.

—Bueno, era por si acaso.

—Pero me hizo pensar…

—¿En qué?

—En ti, Poe.

—¿En mí?

—Sí, en ti. Me sorprendo pensando en ti a menudo, pero esta vez me sorprendí pensando en tu mente.

Poe miró rápidamente a Bradshaw.

—Te lo dije: quiere que done mi cerebro a la ciencia —murmuró.

—Muy gracioso, Poe —dijo Doyle—. Pero me dijiste que el caso del Botánico es el más complejo en el que has trabajado nunca. Que, a pesar de todas las medidas de seguridad, parece capaz de atravesar las paredes y llegar hasta sus víctimas.

—Poe dice que tiene que ser magia negra —dijo Bradshaw—, pero yo creo que la respuesta es científica.

—Y, como de costumbre, eres la voz de la razón, Tilly. Porque Poe se olvida de una cosa en todo esto.

—¿De qué cosa, Estelle? —preguntó Bradshaw.

—De que tiene la mejor mente policial con la que yo me he cruzado nunca —contestó—. Y eso significa que si el Botánico tuviera un modo extraño de sortearle, a estas alturas ya lo habríamos descubierto.

—Me halagas —dijo Poe.

—Es un hecho, Poe, y al igual que Tilly, yo me baso en los hechos. Así que eso me hizo preguntarme cómo podría yo envenenar a alguien bajo tu protección.

—Y tienes una teoría, ¿verdad?

—Sí.

Se la explicó.

Poe le hizo varias preguntas.

Ella las contestó.

Bradshaw planteó varias preguntas mejores. Doyle también las respondió.

Poe miró el navegador. Aún les quedaba una hora de viaje hasta casa de Salt y, si Doyle tenía razón, hasta el último segundo importaba. Buscó a Flynn entre sus contactos recientes y apretó el botón de llamada.

Contestó al instante.

—Jefa, tenemos un problema…

Dos minutos más tarde, Flynn colgó. Miró a Salt, que estaba atiborrándose con algo de la nevera. Todo lo que contenía era seguro, pero, si Doyle estaba en lo cierto, lo habían estado planteando desde un ángulo completamente equivocado.

Se aclaró la garganta.

—Era el sargento Poe, señor Salt —dijo—. Tiene noticias.

Salt levantó la vista de lo que estaba comiendo.

—¿Sí?

—Ya no cree que el Botánico esté intentando matarle.

Salt se incorporó.

—¡Lo sabía! —dijo, alzando un puño—. Es imposible que ese capullo pueda sortear tanta seguridad. Ya le dije al sargento que es un sistema puntero y que el Botánico acabaría teniendo que buscarse un objetivo más fácil.

Flynn trató de mantenerse inexpresiva.

Salt dejó de sonreír.

—¿De qué se trata? —preguntó.

—Poe no cree que el Botánico esté intentando matarle, señor Salt —contestó—. Cree que ya lo ha hecho.

108

La comisaria Mathers recibió a Poe a la entrada del Royal Free Hospital de Londres, el mismo sitio donde había muerto Karen Royal-Cross. Ya conocían el edificio y podían utilizar el sistema de vigilancia de la unidad de enfermedades infecciosas. Viviera o no Douglas Salt, su cuerpo se había convertido en una escena del crimen. Necesitaban tratarlo como tal, y eso significaba que, a partir de ahora, todo tendría que grabarse en vídeo.

—¿Dónde está? —preguntó Poe.

—Lo han metido a toda prisa en una camilla y se lo han llevado a la unidad de infecciosos. El doctor Mukherjee no ha llegado todavía, así que la asesora de anestesiología le explicará al señor Salt lo que queremos hacer.

—¿La operación la va a hacer Mukherjee?

—Antes era cirujano y lo conocemos.

—¿Y qué dice Salt?

—Está aterrorizado. No piensa acceder a nada hasta que hable con usted.

—Pues vamos —dijo Poe.

Una vez la anestesista hubo terminado de explicar el procedimiento, Salt tragó saliva.

—Suena serio.

La anestesista se encogió de hombros.

—No voy a endulzárselo, señor Salt; una operación de urgencia como esta es de lo más peligroso que hacemos. Si dispusiéramos de más tiempo, podríamos hacerlo más seguro, pero tengo entendido que esperar supondría más riesgo todavía.

—¿Y no hay otro modo?

La anestesista miró a Poe en busca de una respuesta.

—Si estamos en lo cierto, no lo hay —dijo.

—¿Está seguro?

—Es una teoría. Nada más.

—¿Qué haría usted en mi situación?

—Es un problema binario, señor Salt —contestó Poe—. O el Botánico ya le ha matado o no. Si lo ha hecho, esta es la única posibilidad que le queda. Si no lo ha hecho, va a someterse a una

operación que le cambiará la vida para nada.

—¿Entonces?

—Supongo que depende de lo afortunado que se sienta.

—¿Y bien? —preguntó Mathers cuando Poe salió de la sala de preoperatorio.

—Están preparándole el ano de Schrödinger, comisaria —contestó Poe.

—Muy bien —contestó ella—. ¿Y qué demonios quiere decir eso del «ano de Schrödinger»?

—Vamos a buscar un sitio para hablar: Estelle se lo explicará mejor que yo.

El despacho de Mukherjee seguía vacío, así que se metieron allí. Era un espacio básicamente funcional con pocos adornos. Muebles de fábrica y manuales de medicina. Una foto de su familia parecía ser el único objeto personal que tenía.

Poe y Flynn se sentaron en el borde de la mesa, Mathers cogió la silla y Bradshaw se sentó en el suelo. Henning Stahl encontró sitio en un rincón y abrió su cuaderno. Doyle se puso delante de una pizarra. Había cogido varios objetos.

—¿Les ha contado Poe lo que pienso?

—A grandes rasgos —contestó Mathers—. No ha entrado en la parte científica.

—Qué sorpresa —dijo Doyle sonriendo—. Lo primero que hay que saber es que el Botánico tampoco ha inventado nada nuevo, lo único que ha hecho ha sido adaptar algo que ya existe.

—¿Y qué es?

Cogió un rotulador e hizo un dibujo rápido del aparato digestivo humano. La garganta, el esófago, el estómago y los intestinos grueso y delgado.

—¿Qué saben de los sistemas de liberación modificada en fármacos?

109

Doyle sacó un blíster de pastillas y levantó algo pequeño y blanco.

—Esto es un comprimido estándar de paracetamol —dijo—. No es más que polvo comprimido. Una pastilla dura con una cobertura lisa.

Abrió otro blíster de pastillas. Esta vez, los comprimidos eran azules y blancos, del tamaño de una gominola y en forma de judía.

—También paracetamol —dijo—. En este caso el polvo va suelto dentro de una cápsula dura. La parte exterior está compuesta por dos mitades. La azul encaja en la blanca de forma que se cierra. Dentro se puede meter cualquier sustancia intragable. Algunos están diseñados para contener líquido. Lo que tienen en común es que ambos son fármacos de liberación inmediata. Eso significa que se disuelven en el estómago en cuestión de segundos una vez se han tragado. Es un modo seguro y fiable de hacer que la medicación llegue a donde tiene que llegar. Todos los aquí presentes hemos tomado fármacos de liberación inmediata.

Doyle señaló el estómago en su dibujo.

—Ahora bien —prosiguió—, no siempre es una ventaja que un fármaco se disuelva en el estómago. Puede provocar náuseas, por ejemplo, o, dado que el intestino delgado es la parte idónea del organismo para absorber nutrientes, puede ser preferible que el comprimido evite el estómago. Para ello tenemos los medicamentos de liberación modificada que he mencionado antes. ¿Me sigue todo el mundo?

Todos asintieron. Bradshaw lo hizo sin levantar la vista de su ordenador. No paraba de escribir. Poe supuso que seguía investigando lo que Doyle les había contado en el coche.

—Hay muchas variantes de los sistemas de liberación modificada de fármacos. Por ejemplo, con los calmantes opiáceos, es preferible utilizar una variante de liberación prolongada. De ese modo, el paciente recibe la dosis a lo largo de un día, en vez de un solo chute. Hay sistemas de liberación por pulsos que permiten que se disuelvan distintos fármacos en diferentes momentos. Esto puede ser útil en tratamientos complejos cuando el éxito de un fármaco depende de que otro ya esté en el organismo.

—Suena complicado —dijo Flynn.

—Sí, pero no lo es —contestó Poe—. Hace años que existen estos comprimidos. Pero ahora mismo no nos interesan ni los fármacos de liberación prolongada ni por pulsos, nos interesa la liberación retardada.

—¿Retardada?

Doyle asintió.

—Son fármacos diseñados con un órgano concreto como diana, o para que funcionen solo cuando los niveles de azúcar en sangre están en un punto determinado.

—¿Y cómo funcionan? —preguntó Flynn.

—La ciencia no para de avanzar, pero ahora mismo, el mecanismo activo, por ejemplo, el paracetamol, se recubre con una barrera. Por lo general, polímeros naturales o sintéticos. A veces es quitina, aunque, como ya he dicho, es un campo en constante desarrollo. En cualquier caso, una vez se disuelve esa barrera, la sustancia, en este caso, el veneno, se libera. Hasta ese momento está completamente contenido. Y la bondad de este sistema es que la velocidad a la que se disuelve la barrera se puede retrasar todo lo que uno quiera. No hay razón médica para que una barrera dure más de veinticuatro horas, pero tampoco hay razón científica para que no dure más. En teoría podría durar para siempre.

—O sea, como las mulas de droga que se tragan condones llenos de cocaína… —dijo Flynn.

—La teoría es la misma —continuó Doyle—. Evidentemente, un condón que se disuelve es, como diría Poe, tan útil como un guardabarros en una tortuga. Los narcotraficantes no quieren que se libere la cocaína dentro de sus mulas pasado cierto tiempo.

—Entonces mi pregunta es —dijo Flynn—. Si nuestras víctimas se tragaron algo recubierto por una barrera que no se disuelve en tres semanas, ¿por qué no lo cagaron como si fuera un grano de maíz?

—Una descripción muy elocuente, inspectora Flynn. ¿Cómo consigue el Botánico que el veneno permanezca dentro del organismo de la víctima el tiempo suficiente como para que la barrera se disuelva?

—Usted sabe cómo, claro —dijo Mathers.

Doyle asintió.

—Tengo una teoría.

110

Un alimento puede tardar veinticuatro horas en llegar desde la boca hasta el ano —dijo Doyle —. Es un trayecto de nueve inhóspitos metros. Y, si la inspectora Flynn está en lo cierto, a no ser que algo evite que el veneno recubierto de una barrera se libere, lo hará. Por un proceso llamado peristalsis, que básicamente consiste en una serie de contracciones musculares, el sistema digestivo procesa todo lo que recibe. Los científicos que necesitaban que una pastilla permaneciera dentro del organismo más tiempo del que permitiría la peristalsis tuvieron que desarrollar comprimidos capaces de evitar que el sistema digestivo hiciera aquello para lo que está diseñado.

Doyle llenó de agua un matraz de vidrio transparente. Soltó la pastilla de paracetamol blanca y la cápsula azul y blanca dentro. Removió el agua con un bolígrafo. Pasados unos instantes, la pastilla empezó a disolverse y se hundió en el fondo del matraz. Unos segundos después, la cápsula empezó a romperse.

—Como era de esperar, el fármaco de liberación inmediata ha hecho lo que debía. Si este matraz fuera un estómago, el fármaco ya podría ser absorbido por el organismo.

A continuación sacó de su bolsillo otro blíster. Cogió una pastilla en forma de disco y la mostró a los presentes.

—Lo he conseguido en la farmacia del hospital. Es clortenoxicam, un antiinflamatorio —dijo —. Ahora vean lo que sucede.

Llenó otro matraz y metió en él el comprimido. No pasó nada. Ni se disolvió ni se hundió. Simplemente se quedó flotando en la superficie como un barquito de pesca.

—Este es un sistema de liberación específicamente diseñado para flotar en el estómago —dijo —. Se utiliza para fármacos que tienen que ser absorbidos por el estómago, o fármacos que no funcionan bien en los intestinos.

—¿Flota? —dijo Flynn.

—Así es. Tienen una densidad menor que los jugos gástricos y están diseñados para flotar hasta que se disuelva la barrera que recubre el fármaco. Llevan mucho tiempo en el mercado y cada vez son más sofisticados.

—O sea, que es como una pelota de ping-pong en un retrete. Por mucho que tires de la cadena, la pelota sigue ahí.

—Exacto. Ahora imaginen que esa pelota de ping-pong contiene algo capaz de dañar el retrete. Hasta que la pelota se degrade o empiece a tener filtraciones, permanece en la taza, completamente inofensiva. Y no es ciencia ficción: los científicos del MIT acaban de diseñar una cápsula que se desdobla como una estrella de un tamaño perfecto para evitar el hueco de dos centímetros que conduce al tracto intestinal. Creen que puede permanecer en el estómago hasta un mes.

—¿Qué es el MIT? —preguntó Poe.

—Son las siglas del Massachusetts Institute of Technology, Poe —contestó Bradshaw—. Una universidad de investigación financiada con fondos privados en Estados Unidos. Veintiséis premios Turing, ocho medallas Fields y cuarenta y un astronautas han formado parte del MIT.

—Cerebritos —dijo Poe—. Y yo fui a Kendal College con Stephen Machalepis. Se hizo bastante famoso.

—¿Qué hizo?

—Mordió a un perro de la reina.

Flynn soltó una risilla.

—A veces cuesta mantenerlo concentrado, Estelle —dijo refiriéndose a Poe antes de volver a centrarse en el tema—. Pero, si está flotando en el estómago de Salt, ¿por qué no le metemos una cámara por la garganta? Si está ahí dentro, ¿por qué no lo sacamos como si fuera una de esas máquinas con garras de los recreativos?

—Por dos motivos, inspectora —contestó Doyle—. Primero porque ha comido hace poco, de modo que las probabilidades de que el cirujano pueda ver el comprimido son mínimas. Y segundo porque, aunque lo viera, recuperarlo a través del esófago sería tremendamente peligroso. A pesar de que el instrumental endoscópico cuenta ahora con accesorios para agarrar cosas, yo creo que el riesgo sería demasiado elevado. Si estoy en lo cierto, aunque no sé cómo se puede hacer, el Botánico utiliza una barrera que se degrada a lo largo de un periodo de tiempo concreto. Al principio sería relativamente gruesa, pero, a estas alturas, tendrá la integridad estructural de un cruasán demasiado hecho. El accesorio endoscópico no sería capaz de recuperar el comprimido sin perforar la barrera. Y si se perfora la barrera, el comprimido libera su contenido.

—Y por eso están preparando a Salt para la operación.

—El doctor Mukherjee le va a hacer un corte vertical en la cavidad abdominal, atravesando piel, grasa, músculos, aponeurosis (los tendones que conectan los músculos con lo que mueve el músculo) y el peritoneo. Apartará un par de cosas para abrirle el estómago. Igual que haría si tuvieran que quitarle los ganglios linfáticos del estómago. Una vez dentro, utilizará una cucharilla quirúrgica para sacar los contenidos.

111

La anestesista asomó la cabeza por la puerta de la consulta de Mukherjee.

—La operación de Douglas Salt empezará dentro de media hora —dijo—. Si tienen que prepararse, háganlo ahora. Una vez haya empezado el doctor Mukherjee no dejará entrar a nadie más en el quirófano.

—Gracias —dijo Mathers mientras se levantaba—. Tengo que poner una cámara en el quirófano porque la operación formará parte de las pruebas si esto acaba en juicio. Eso significa que también podrán verla en directo.

Una vez se hubo ido, Flynn comentó:

—Supongo que creemos que el Botánico ha encontrado la manera de sustituir la medicación que tomaban nuestras víctimas por los comprimidos que iba fabricando. Si no recuerdo mal, todos ellos tomaban algo.

—Kane Hunt tenía disfunción eréctil y le daban sildenafil —dijo Bradshaw—. Harrison Cummings tomaba estatinas para su enfermedad cardiovascular hereditaria; Karen Royal-Cross, un inhibidor de lipasa para tratar su problema de peso, y Douglas Salt tenía la tensión alta. Tomaba amlodipina a diario para controlarla.

—¿Y sería muy difícil, Estelle? —preguntó Poe.

—¿Cambiarles la medicación? Ese es vuestro terreno, no el mío.

—No, quiero decir si es muy difícil fabricar esos comprimidos de veneno. ¿Deberíamos ponernos a buscar en laboratorios farmacéuticos, o se puede hacer en un garaje?

—¿Tú crees que los narcotraficantes alquilan laboratorios por horas para fabricar éxtasis?

—Supongo que no.

—¿O que las empresas de investigación independientes van a GlaxoSmithKline cuando necesitan un lote pequeño y sencillo de un fármaco experimental? Claro que no. Fabrican los comprimidos ellos mismos.

—Explícame el proceso.

—Es muy sencillo —dijo ella—. Cualquier persona que tenga quinientas libras y acceso a YouTube puede hacerlo. Para hacer pastillas, necesitas una plantilla, pero se pueden comprar en cualquier compañía de suministros de laboratorio.

—¿Cómo son?

—Como una cubitera, pero con compartimentos del tamaño de una pastilla. Mezclas el fármaco para que quede una pasta, lo untas sobre la plantilla con una espátula y luego las sacas con el artilugio que viene con ella. Dejas que se sequen doce horas y ya está. Como imaginarás, las cápsulas son aún más fáciles. Se venden desmontadas, así que lo único que hay que hacer es llenar de polvos una de las mitades y cerrarla con la otra. Están diseñadas para cerrarse sin adhesivo.

Henning Stahl se aclaró la garganta. Todos lo miraron. Poe había olvidado que estaba allí. Flynn no quería dejarlo en casa de Salt, y por eso se lo había llevado al hospital. Se había quedado sentado en un rincón y prácticamente había desaparecido. Poe sospechaba que esa capacidad de ser el convidado de piedra era precisamente lo que le convertía en un periodista tan eficaz. Lo veía todo y no olvidaba nada. Y siempre estaba escribiendo en su cuaderno.

—Y, por supuesto, ya sabemos que Frederick Beck conocía la técnica —dijo.

Doyle se quedó desconcertada.

—Pero ¿sabéis quién es el Botánico? —preguntó.

—Mierda —dijo Poe—. Quería hablarte de él de camino hacia aquí, para ver si tú sabías por qué va a por ti, pero tu teoría sobre los comprimidos envenenados trastocó un poco mi agenda. Y desde entonces no hemos parado.

—¿Freddie Beck mató a mi padre?

—Creemos que… —Poe hizo una pausa—. Espera, ¿cómo que «Freddie»? —dijo.

112

Lo conoces? —preguntó Poe.

Doyle asintió.

—Desde hace tiempo —dijo—. Lo bastante como para saber que prefiere que le llamen Frederick que Fred, y que odia Freddie.

—¿Dónde lo conociste?

—En conferencias, sobre todo. Siempre competíamos por financiación en el mismo momento. Le admiraba, pero me caía igual de mal que a todo el mundo. Estaba muy obsesionado con la investigación del síndrome adquirido de Breeg-Bart. No le importaba nada más.

—Eso encaja con el perfil que sacó Tilly —dijo Poe—. Llegó a la conclusión de que Beck dedicó su vida a curar a su mujer. Después de que ese artículo de periódico le impidiera seguir con su investigación, fue como si todo el mundo estuviera conspirando para matarla. Cuando murió la mujer, entró en un ciclo de destrucción. Se convirtió en el narcisista al que nos enfrentamos ahora. Y también explica que decidiera reunirse con Henning Stahl en Chance's Park en vez de en un sitio más adecuado. Él sabría que ese día había una carrera para recaudar fondos para Breeg-Bart.

—Me gustaría ver el perfil.

—Tilly te lo impri…

—Ya está el enlace para ver en directo la operación de Douglas Salt —interrumpió Bradshaw, señalando la imagen en su ordenador.

Bradshaw y Flynn estaban sentadas delante del portátil, Henning Stahl, Poe y Doyle seguían de pie. Todos tenían una buena visión.

Mathers era la única persona ajena al personal médico en el quirófano. La habían dejado entrar para montar las cámaras. Una de ellas estaba justo encima de la barriga pálida y afeitada de Salt. Otra mostraba el quirófano entero. Poe calculó que habría unas veinte personas en total. El doctor Mukherjee no quería arriesgarse.

—¿Tenemos sonido, Tilly? —preguntó Poe.

Bradshaw asintió y movió el ratón sobre una barra de sonido al pie de la pantalla. El doctor Mukherjee fue el primero en hablar.

—Voy a hacer la incisión en la línea media —dijo. Y así lo hizo.

Bradshaw palideció.

—Creo que voy a imprimir ese perfil —dijo.

113

Después de haber presenciado un sinfín de autopsias, Poe conocía los órganos que componen el abdomen, pero nunca se había parado a pensar en cómo encajaban dentro de una persona viva. No era tan ingenuo como para pensar que el interior de un cuerpo humano era como se ve en los libros de anatomía infantiles, órganos perfectamente organizados y separados por espacios, pero tampoco esperaba que fuera aquel revoltijo. Cuando Mukherjee abrió finalmente la cavidad abdominal de Salt con las tijeras quirúrgicas, lo único que se veía era sangre, tejidos, grasa y restos flotantes. Todo era rojo y muy parecido. En ese momento pensó que la cirugía abdominal se parecía bastante a hacer una morcilla.

Bradshaw volvió a entrar en el despacho. Llevaba un documento.

—¿Qué tienes ahí, Tilly?

—El perfil de Frederick Beck. ¿Quieres que me quede por si Estelle Doyle tiene alguna…? ¡Ay, cielos! Pero ¿cómo va a meterlo todo ahí dentro otra vez el doctor Mukherjee?

Lo que decía Bradshaw tenía sentido. El abdomen de Salt parecía una maleta que acababa de estallar.

—Es un rompecabezas que ha hecho mil veces, Tilly —contestó Doyle.

—El señor Salt estará bastante dolorido mañana.

—Esperemos —dijo Poe.

Doyle y Bradshaw lo miraron.

—A ver, si le duele, es que está vivo —explicó él—. Y también porque es un capullo.

—¿Te quedas, Tilly? —preguntó Doyle—. Puedo hacerte un resumen de lo que ha pasado. El doctor Mukherjee no tardará en acceder al estómago.

—No, gracias, Estelle. He estado previendo lo que puede necesitar Poe a partir de ahora y tengo un programa en marcha. Se llama RipplePlace y espero los resultados en aproximadamente noventa segundos.

—¿Y qué es?

—Es un algoritmo de búsqueda y fusión que ordena los datos clave en orden lexicográfico —contestó, sin más aclaración.

Dicho eso, salió de la consulta. Doyle se quedó mirando la puerta, fascinada.

—Creo que es mi persona favorita en el mundo —dijo.

Poe asintió.

—¿Has entendido algo de lo que ha dicho? —preguntó Poe.
—Ni una palabra.

114

Dentro de cinco minutos, el doctor Mukherjee accederá al estómago —dijo Doyle—. Están preparando todas las esponjas para recoger el vertido de líquido estomacal.

—¡Qué asco! —dijo Poe.

—La verdad es que es precioso.

—Me temo que estoy con Poe, Estelle —dijo Flynn—. Es asqueroso.

Doyle sonrió.

Una enfermera de quirófano sacó unas pinzas. Otra la cuchara quirúrgica que Mukherjee utilizaría para vaciar el estómago. Eso le recordó a Poe algo que quería preguntarle a Doyle.

—¿Qué hay del empaquetado de los comprimidos? —dijo—. Si el Botánico ha estado engañando a las víctimas para que se tomen la medicación equivocada, tendrán que estar en envases profesionales. Si siempre coges la Viagra de un blíster y de repente viene en paquetito marrón, yo creo que te plantearías tomártela. Por muy cachondo que estés.

—Meter comprimidos en blísteres es todavía más fácil que hacer los comprimidos, Poe —dijo Doyle—. Las máquinas manuales de empaquetado de blíster no cuestan ni veinte libras. Son como prensas para pantalones en miniatura. Y venden hojas de envase de blísteres vacías de todas las formas y tamaños que se pueda necesitar. Redondas, en forma de rombo, de cápsula…, lo que sea. Metes los comprimidos en las burbujas vacías, y luego pones la lámina en la máquina, junto con el papel de aluminio de temple suave que viene en el pack de blísteres vacíos. Bajas la manivela de la máquina y aplica calor y presión a la vez. El calor calienta el recubrimiento de laca y la presión lo sella al blíster.

—Pero no tendría los nombres que aparecen sobre la parte de aluminio.

—… A no ser que tenga acceso a una máquina que los imprima al mismo tiempo. Pero no creo que ese sea el problema.

—Ah. Entonces ¿cuál es?

—El problema sería la caja de medicamentos y el prospecto, y la etiqueta del farmacéutico con los datos personales del paciente. Si metes un blíster de aspecto profesional en la caja de medicamentos adecuada, nadie se dará cuenta de que el aluminio no lleva nada escrito. En cuanto averigües cómo consigue meter la medicación adulterada en la caja de siempre, ya lo tienes.

—De acuerdo —dijo Poe—. Supongamos que es capaz de hacer todo eso, que ha conseguido hackear el sistema de salud público, o algo igual de improbable, y que tiene un sistema a prueba

de tontos para hacer que su medicación parezca la de ellos. Aun así sigue habiendo un obstáculo enorme.

—¿Cuál?

—¿Cómo se la hace llegar?

—Supongo que por correo.

—No vale —dijo Poe—. Supongamos que recibes tu medicación habitual por correo, y que este tipo te lo mete en el buzón. ¿Qué pasa cuando te llegan tus verdaderas medicinas? Beck es bueno, pero no creo que haya encontrado un modo fiable de interceptar el correo. Ni una de sus víctimas mencionó que les llegaran medicamentos duplicados, y vivían por todo Londres, así que sabemos que tampoco está parando a los carteros en la puerta de sus casas.

—Suena a problema para detectives —dijo Doyle—. Pero no creo que debáis poneros a discutirlo ahora mismo.

—¿Por qué no?

Asintió mirando el portátil.

—El estómago está abierto.

115

El doctor Mukherjee vació el estómago de Salt como si fuera un plato de sopa innovador. No comprobaba lo que iba sacando; no estaba ahí para eso. Simplemente cogía una cucharada y la transfería a una riñonera quirúrgica de acero inoxidable. No extraía mucho y tampoco parecía tener prisa. Poe reconocía a un cirujano excepcional en cuanto lo veía.

—Esa materia pulposa que hay en el estómago se llama quimo —dijo Doyle—. Es una mezcla de jugos gástricos y alimentos parcialmente digeridos.

—Parece papilla de avena al curri —contestó Poe.

—Si hubiéramos podido esperar a que el quimo pasara por el esfínter pilórico hasta el intestino delgado, lo único que quedaría en el estómago serían jugos gástricos —continuó Doyle —. Y habría sido mucho más fácil recuperar el comprimido.

—Si es que está ahí… —dijo Flynn.

—Si no lo está, le estamos condenando a una vida de anemia, diarrea y fragilidad ósea para nada.

Parecía nerviosa.

—Yo no me preocuparía por eso, Estelle —dijo Poe—. Si no está ahí, tampoco le queda mucho de vida. Beck acabará matándolo.

Mukherjee sacó una cucharada de algo largo y filamentoso. Se acercó la cuchara a la nariz y lo olió.

—¿Ha comido cabra este hombre?

Poe frunció el ceño.

—¿Cuánto va a durar esto? —preguntó.

—El estómago no es como el interior de un globo, Poe —contestó Doyle—. Es un órgano en forma de J, y aunque el doctor Mukherjee ya ha revisado la mayor parte, está recubierto de rugae, rugosidades. Es perfectamente posible que el comprimido se haya quedado alojado en la mucosa que protege la pared estomacal. No podemos estar seguros hasta que lo vacíe y le haya lavado y comprobado ese revestimiento. Puede tardar.

En ese preciso instante, Mathers se apartó del estómago de Salt, miró hacia una de las cámaras y dijo:

—¡Lo tenemos!

116

Cómo está? —preguntó Poe a Mukherjee.

—No volverá a comer un plato copioso, pero está vivo —contestó.

El comprimido era redondo, del tamaño de un paracetamol estándar, y estaba amarillo por los jugos gástricos. El doctor Mukherjee ya lo había estudiado a través del microscopio del quirófano para confirmar que estaba intacto. Ahora se encontraba en el laboratorio del hospital. Doyle quería ir a examinarlo personalmente, pero Poe insistió en que se quedara junto a él.

—Deberías haberme dejado ir —dijo Doyle—. Me habría asegurado de que lo analizan adecuadamente.

—Tu presencia ahí no aporta nada. El laboratorio va a meterlo en su máquina de cromatografía de gases por espectometría de masas y, como tú misma dijiste, «hasta un tonto puede hacer eso».

Estaban en el despacho de Mukherjee. Flynn y Bradshaw habían desaparecido.

—Supongo que lo haréis público, ¿no? —preguntó Doyle.

—Yo no lo haría.

—¿Por qué no?

—Porque Beck se adaptará. Hemos salvado a Salt porque tuvimos preaviso y tú averiguaste el método con el que estaba administrándoselo. Si deja de darnos preaviso, ya no habrá cirugías de urgencia en el último minuto, solo una procesión interminable de capullos muertos. Tenemos que averiguar cómo consigue hacer llegar sus comprimidos adulterados a manos de las víctimas sin que sospechen algo. Así es como le pararemos.

Mathers dio unos golpecitos en la puerta y entró.

—Poe, nos reunimos en una de las salas de juntas del hospital —dijo—. Y lo siento, pero han decidido hacerlo público. Trasladé tu preocupación de que Beck cambie su *modus operandi*, pero mi comandante cree que hay que advertir a la ciudadanía. Concienciar a la gente, sobre todo a las personas con mala imagen pública, a que tengan especial cuidado cuando tomen medicamentos.

Doyle miró a Poe.

Este se encogió de hombros.

—Yo no soy más que un sargento —dijo—. Es decisión suya.

117

Toxicología ha confirmado que el comprimido que encontraron flotando en el estómago de Salt contenía ricina —dijo Mathers ante una sala de juntas a rebosar.

Estaba abarrotada de inspectores y policías uniformados de la Policía Metropolitana. Poe estaba con Doyle y Henning Stahl. Flynn y Bradshaw seguían sin aparecer. Intentó enviarles un mensaje, pero no había recibido respuesta.

El comandante de Mathers acababa de terminar su rueda de prensa, unas declaraciones preparadas previamente acerca de la metodología de Beck y solicitando información. Y, para consternación de Poe, también había comentado que la investigación estaba relacionada con otro caso de Northumberland. No entró en detalles, pero tampoco hacía falta. Beck lo estaría viendo y ahora sabría que se había acabado el ardid para inculpar a Doyle. Poe tomó nota mental de no perderla de vista.

Mathers levantó uno de los paquetes de blísteres que había utilizado Doyle en su demostración.

—La profesora Doyle dice que meter pastillas en un blíster no es complicado ni requiere mucho tiempo, y sabemos que Frederick Beck está capacitado para fabricar los venenos y las barreras de liberación retardada. También sospechamos que ha realizado ensayos con seres humanos en Japón. Suponemos que así es como calculó cuánto tarda en disolverse la barrera del comprimido—. Hizo una pausa para beber agua—. Lo que no sabemos es cómo consigue meter su medicación adulterada en cajas que no les resultan sospechosas a las víctimas. No sabemos cómo conoce la medicación que toman ni cómo se la hace llegar mientras desvía la medicación auténtica que se les prescribe. ¿Alguna pregunta hasta el momento?

—¿Todos tienen el mismo médico de cabecera? —preguntó un sargento de uniforme.

—Las víctimas viven a kilómetros de distancia unas de otras. No solo tenían médicos distintos; hasta que Karen Royal-Cross y Douglas Salt fueron tratados en la unidad de enfermedades infecciosas, ninguno de ellos había pasado por el mismo hospital.

El mismo sargento dijo:

—Quizá las envía por correo.

—Pero eso no explica qué ocurre cuando llega su verdadera medicación. Ninguno de ellos denunció haber recibido duplicados.

Hubo varias preguntas más sin respuesta, y a continuación Mathers cogió un rotulador y empezó a repartir tareas sobre la pizarra.

—Greg, no creemos que tenga nada que ver con los médicos de cabecera, pero vuelve a comprobarlo, ¿de acuerdo?

Un inspector de aspecto fresco asintió y anotó algo en su libreta.

—Chloe, ahora ya sabemos que las víctimas están ingiriendo el veneno un par de semanas antes de lo que creíamos, así que pon a tu equipo a revisar las cámaras de seguridad otra vez. No sé lo que estamos buscando, pero supongo que lo sabréis cuando lo veáis.

Una policía de pelo cano y aspecto serio se puso en pie y salió de la sala. Antes de que la puerta se cerrara, entraron Flynn y Bradshaw. Esta buscó a Poe con la mirada, pero la sala estaba demasiado llena. Fueron rápidamente hacia delante. Flynn susurró algo al oído de Mathers.

—¿Está segura? —dijo Mathers.

—Tilly sí.

—Pues será mejor que se lo cuente a todos.

Flynn se volvió hacia el resto de la sala.

—Creemos saber cómo lo hace —dijo.

118

Farmacia Temple Express —dijo Bradshaw, señalando el monitor de la pared donde acababa de proyectar la pantalla de su ordenador—. Tienen contratado un servicio de receta electrónica con el sistema de salud público.

—¿Es privada? —preguntó Mathers.

—Sí, comisaria Mathers —contestó Bradshaw—. El cliente pide su medicación a través de la web de la farmacia y Temple solicita la receta al médico de cabecera del paciente. Ellos cogen de su almacén la medicación que aparece en la receta, y luego la entregan por medio de su flota de camionetas. Las recetas de dispensación renovable se solicitan automáticamente. Todas nuestras víctimas, incluido Douglas Salt, estaban registrados en su sistema.

—Pero hemos comprobado los historiales de los médicos de cabecera —dijo Mathers—. Lo habríamos visto.

—Y lo hicimos —dijo Flynn—, pero como no pensábamos que el veneno estuviera en la medicación, tampoco indagamos demasiado. Y se nos pasó por alto porque, en los últimos años, Temple Express ha estado absorbiendo a la competencia. Salvo contadas excepciones, ha comprado todas las farmacias privadas que tenían contrato con la sanidad pública. Simplifican las empresas que van adquiriendo, centralizando servicios como recursos humanos y nóminas, pero manteniendo el nombre original de la farmacia. Por ese motivo parecía que las víctimas iban a farmacias distintas.

—En realidad son todas compañías subsidiarias de Temple…

—Exacto. Ellos son la empresa matriz bajo la cual funciona el resto. Y uno de sus puntos fuertes es la discreción garantizada. Todos sus medicamentos se entregan en paquetes discretos. Para un famoso que sufra una enfermedad embarazosa, debe de ser importante. Por ejemplo, sabemos que Kane Hunt intentaba ocultar su impotencia por todos los medios.

—La inspectora Flynn me ha explicado lo que es, pero sigo sin entenderlo —añadió Bradshaw, arrugando la frente—. La disfunción eréctil es un problema habitual, especialmente en los hombres mayores de cuarenta años. Lo puede provocar el estrés, el abuso del alcohol o problemas de salud subyacentes. No es nada vergonzoso. Si Poe me contara que no puede mantener una buena erección, le aconsejaría beber menos y dormir más. Si aun así fuera incapaz de tener relaciones sexuales con penetración, le diría que fuera a su médico de cabecera. Cosa que, conociéndole, probablemente no haría.

—Ay, Dios… —susurró Poe.

Bradshaw volvió a buscarlo entre la sala llena de gente, pero estaba muy al fondo y ella era miope. Se encogió tanto que tocaba el asiento de delante con los pies.

Doyle levantó la mano.

—Está aquí, Tilly —dijo alzando la voz con una enorme sonrisa.

Bradshaw se puso de puntillas y lo vio:

—¡Hola, Poe! —le saludó—. Justo estaba hablando de ti. ¿Lo has oído?

Poe clavó la mirada en el suelo, con la cara ardiendo. Empezaron a extenderse las risillas entre los policías, uno hasta se rio abiertamente. Otro dijo:

—Deberíamos llamarle sargento Palo —desatando las carcajadas.

—¿Qué? —dijo Bradshaw.

—Esto es oro —dijo Henning Stahl, escribiendo furiosamente en su cuaderno—. Oro puro.

—Vale —dijo Flynn—. Por muy divertido que sea todo esto, todavía no hemos terminado. Creemos que Beck se infiltró en la farmacia de Temple Express y buscó posibles víctimas en su base de datos. Elige gente que necesita recetas de dispensación renovable de medicamentos que se toman a diario, y fabrica comprimidos de aspecto exactamente igual, pero uno de ellos lleva su veneno. Sustituye el blíster de la víctima por el suyo y hace que se lo entreguen igual que siempre. Espera a que soliciten otra vez el medicamento y entonces hace el numerito de los poemas y las flores, y lanza la advertencia. Para entonces sabe con certeza que el comprimido envenenado ya estará flotando en su estómago. Básicamente se tragan una bomba de relojería activada.

—Y solo él sabe para cuándo ha programado la mecha —dijo Mathers.

—Sí.

—Pero Kane Hunt no tomaba su medicación a diario. ¿Cómo encaja eso?

—El sistema de salud pública prescribe un máximo de ocho sildenafiles al mes —contestó Flynn—. Y Kane Hunt pedía todos los que se permitían. Creemos que se los tomaba para masturbarse.

Mathers asintió.

—Todo esto tiene sentido —dijo—. Voy a hacer que pidan una orden judicial. A ver si conseguimos una lista de empleados.

—Ya la hemos revisado, comisaria.

—¿Cómo?

—Tilly dice que lo hizo legalmente —dijo Flynn—, pero será mejor que no pregunte por ahora. Tenemos una lista de los empleados que tienen acceso al almacén de seguridad y de todos los participantes en el proceso de distribución. La haremos circular luego, pero hemos acotado la

lista a los varones entre cuarenta y sesenta años que se han incorporado a la empresa en los últimos dieciocho meses.

—¿Cuántos nombres tienen?

—Solo tres. Robin Barker es limpiador en el almacén, así que potencialmente tiene acceso, y Paul Burdis es un farmacéutico cualificado y rellena las recetas. El tercero es un tal Christopher Goodson. Es uno de sus repartidores a tiempo parcial.

—Supongo que Paul Burdis les parecerá el sospechoso con más papeletas, ¿no?

—La verdad es que no —contestó Flynn—. Para dispensar la medicación, Beck tendría que falsificar un título de Farmacia y esperar que Temple no comprobara si estaba registrado en el Colegio de Farmacéuticos.

—Entonces ¿el limpiador?

—Es posible, comisaria.

—Pero no lo creen…

—Beck necesitaría intimidad cada vez que sustituyera la medicación de la víctima por la que él fabricaba. Temple funciona las veinticuatro horas, así que no creo que un limpiador tenga tanta libertad.

—Eso nos deja al conductor.

—Que sí tenía la intimidad necesaria para sustituir la medicación. Simplemente podría llevársela a casa al acabar su turno, cambiar los blísteres y entregar su medicación al día siguiente. No tendría que preocuparse de duplicados. Y tendría acceso a la base de datos de clientes para comprobar su dirección e instrucciones de entrega.

—¿Tienen alguna foto actualizada suya en Temple?

—Me temo que no, comisaria —contestó Flynn—. Como no tratan directamente con los clientes, los conductores no tienen que llevar identificación con foto.

—Pero harían una fotocopia de su carné de conducir, ¿no?

—Sí, pero la foto es vieja y de mala calidad. Sí figura una dirección.

—Es probable que sea falsa, pero lo comprobaremos —dijo Mathers—. Excelente trabajo, inspectora Flynn. ¿Alguien tiene algo que añadir?

Poe hundió la cabeza entre las manos y gimió suavemente. Mathers lo vio.

—¿Algún problema, sargento Poe?

—Esto podría haber terminado mañana mismo —dijo—. Podríamos haber vigilado el centro de distribución de Temple y haber arrestado a Beck cuando se presentara para su turno. Pero por esa maldita rueda de prensa, ahora sabe que estamos cerca. Sospecho que no vamos a saber nada más de él hasta que tenga un plan completamente nuevo.

Mathers no contestó. Pero era evidente que había tocado nervio. Un agente de uniforme entró en la sala, se dirigió hacia el frente y entregó una nota a Mathers.

—Pues parece que se equivoca, sargento —dijo la comisaria—. Frederick Beck está al teléfono. Quiere hablar con usted.

119

Qué quiere, *Freddie*? —preguntó Poe.

—Je, je, muy bueno, sargento. Lo noto tenso…

—Le he preguntado qué quiere.

—Llamo para dar la enhorabuena.

—¿A mí?

—A todos ustedes, sargento, a todos. Han acabado la primera fase un poco antes de lo que esperaba. En las simulaciones que he hecho no descubrían mi metodología hasta haber matado a seis personas.

Mathers movió los labios sin llegar a articular sonido:

—¿Primera fase?

Poe se encogió de hombros. Dudaba que Beck hubiera planeado una segunda fase, pero no tardaría en pensar algo. Podía dejar de avisarles, o peor aún, empezar a intercambiar cajas de medicamentos de venta libre en farmacias centrales. Si compraba una caja de analgésicos normales y se la llevaba a casa para cambiar los blísteres, luego podría regresar a la semana o al mes, y volver a colocarla en la misma estantería. Y una campaña así sería imparable.

Beck llenó el breve silencio.

—A estas alturas supongo que también habrán deducido mi método de distribución. Y no espero que me crea, pero le aseguro que la farmacia de Temple Express y yo ya no trabajamos juntos.

—Es bueno saberlo —dijo secamente Poe—. ¿Algo más?

—Supongo que la profesora Doyle fue quien derribó la primera ficha del dominó. Es brillante. Por desgracia, por eso he tenido que dejarla un tiempo apartada. Si está escuchando, profesora, siento lo de su padre. Era necesario, pero no resultó agradable. Era un buen hombre y no sentí ningún placer con su muerte.

Poe sacudió la cabeza al tiempo que miraba a Doyle, advirtiéndole de que no dijera nada.

—Se lo diré, Freddie —dijo—. ¿Alguna cosa más? Hace tiempo que no como nada.

—Usted siempre tan bromista, sargento. No, nada más. Solo quería mantener el contacto.

—Adiós, Freddie.

Cuando estaba a punto de colgar, Beck dijo:

—Ah, sargento…

—¿Sí?
—Tengo ganas de conocerle.
Poe colgó.

120

De qué demonios iba todo eso? —preguntó Poe.

—Quería presumir —contestó Mathers.

—Pero no lo ha hecho.

—¿El qué?

—Presumir.

—Entonces puede que le guste oír su propia voz. Tu perfil dice que le mueve la sed de venganza por su difunta mujer, pero también afirma que es un narcisista.

—Todos los asesinos en serie son narcisistas. Pero no todos llaman para charlar, especialmente cuando su plan se está desmoronando.

—Quizá quería hacernos saber que está teniendo imprevistos.

—¿Por qué iba a tenerlos? Sobre el papel, el asesinato era casi perfecto. Para cuando advertía a sus víctimas, ellas ya habían ingerido el comprimido. Y cuando morían, cualquier prueba ya estaba digerida. Evidentemente, ahora tendrá que adaptarse, pero no tenía por qué decírnoslo: es lo que esperábamos que hiciera.

—No estoy segura de si te sigo, Poe —dijo Flynn.

—¿Has notado cómo ha desviado la conversación hacia Estelle?

—No me sorprende: ella es quien lo ha resuelto.

—Pero solo porque le hice llegar a la cárcel una copia del expediente del caso.

—¿Y qué?

—Pues que creo que él solo «suponía» que Estelle fue quien lo dedujo, pero que es imposible que lo supiera. Como dice todo el mundo, por muy brillante que sea, no es la única forense con la que trabajamos. Yo no creo que le importe si fue ella o no.

—¿Le daba igual?

—No, creo que me ha preguntado si fue Estelle porque quiere que pensemos que por eso le tendió una trampa.

—¿Y no es así?

—Yo creo que eso era para confundirnos.

—Entonces, si lo que teme no es su habilidad como forense, ¿cómo encaja la profesora Doyle en todo esto? —preguntó Mathers.

—No lo sé —contestó Poe—. Pero ella lo conoce. Puede que sepa algo que él no quiere que sepamos.

—No lo creo —dijo Estelle.

—¿Has podido leer el perfil que hizo Tilly? —preguntó Flynn.

—Aún no. Me lo acaban de dar.

—Que alguien le traiga a esta mujer una lámpara, una silla cómoda y una jarra de café —pidió Poe.

121

Estelle Doyle sabe que no confío mucho en el perfil que hice de Frederick Doyle, ¿verdad, Poe? —dijo Bradshaw.

—Se lo he dicho, Tilly.

—Si hubiera tenido más tiempo, lo habría hecho mucho mejor.

—También se lo he dicho.

—Y sus antiguos compañeros se mostraron sorprendentemente reacios a hablar con nosotros.

—Es probable que no quieran recibir una flor prensada en el buzón.

—Lo único que digo es que el perfil de sus características mentales, emocionales y de personalidad está basado en datos incompletos. Es decir, sabemos que es un asesino organizado, no caótico, pero hasta la Unidad de Análisis de Comportamiento del FBI lo habría deducido.

—No eres muy fan de ellos, ¿eh?

—Y como no había pisado el Reino Unido desde hace varios años, no teníamos fuentes de información como para recabar datos estadísticamente relevantes. Y tampoco pudimos usar la homología forense porque, hasta ahora, no ha habido ningún delincuente como él y…

—Ya lo sabe, Tilly.

—¿Sí?

—Bueno, no se lo dije con esas palabras exactamente, pero entendió lo que quería decir.

—¿Qué palabras usaste, Poe?

—Le dije: «Tilly dice que es una mierda, pero que es lo mejor que puede sacar por ahora».

—¡Yo nunca hubiera usado esa palabra, Poe!

—También lo sabe.

—Si tuviera un día más, estoy segura de que podría mejorarlo —dijo Bradshaw, mordiéndose el labio.

—Podrás revisarlo en cuanto lo haya visto Estelle, Tilly. Ella lo conoce. Seguro que tiene algo que añadir.

—Voy a hablar con ella.

—Siéntate, Tilly.

—Pero ¿por qué, Poe? Debería estar ahí por si le surge alguna pregunta…

—Estoy de acuerdo.

—Entonces ¿por qué no me dejas ir con ella?

Poe señaló hacia el largo pasillo. Doyle venía corriendo por él.

—Porque parece que ella ya viene a buscarnos a nosotros.

122

Este perfil está mal —dijo Doyle.

—¡Te lo dije, Poe! —exclamó Bradshaw—. No tenía datos suficientes…

—Tranquilízate, Tilly —dijo Poe. Se volvió a Doyle y le preguntó—: ¿Todo o solo parte de él?

—Para empezar, Tilly, si tenemos en cuenta la información de que disponíais para trabajar, esto —dijo, levantando el perfil— es de una tremenda precisión.

—¿Pero nos hemos equivocado en algo?

—Más bien, os habéis dejado fuera algo que no podíais saber.

—¿Algo importante?

—Algo que cambia totalmente el perfil psicológico de Freddie.

—Freddie Beck era un tipo quisquilloso y presuntuoso —dijo Doyle—, pero su experiencia farmacéutica explotando NCE era inigualable.

—¿NCE? —preguntó Mathers.

—Nuevas entidades químicas. Se obtienen por medio de la síntesis química o aislando productos naturales. Aparte del veneno animal, que ha avanzado a pasos agigantados últimamente, hay cuatro productos naturales principales que se utilizan en medicina: los hongos, las bacterias, los productos marinos y la especialidad de Freddie, los botánicos.

Poe, Bradshaw, Flynn, Mathers y Doyle se habían sentado a una mesa en un rincón de la cafetería de personal del hospital. Todos bebían café o té. A pesar de lo tarde que era, Poe había convencido al cocinero de que le preparara un sándwich de beicon. Pan blanco, nada de salsa, mucha mantequilla y mucha pimienta. Perfecto. Bradshaw hacía una mueca cada vez que le daba un mordisco.

—El perfil de Tilly da en el clavo en que le podía su ego —dijo Doyle—. Para él, no hay nada peor que el anonimato. Ahora bien, en el campo de la investigación farmacéutica, tener un poco de ego tampoco es malo. Algunos de los mejores científicos del mundo son personas muy motivadas pero horribles: arrogantes, machistas y competitivas. Desprecian y tratan mal a sus compañeros.

—El perfil de Tilly dice que Beck era todas esas cosas —dijo Flynn.

—Lo era. Una vez le pidieron comparecer ante el Comité para Productos Medicinales para Consumo Humano de la Agencia Europea del Medicamento porque se negaba a compartir el mérito de una investigación. Una mujer había escrito el artículo con él, y eliminó su nombre en la página inicial. Minimizó su papel en la investigación, casi como si hubiera sido una mera ayudante.

—¿Y qué pasó?

—La empresa para la que trabajaban la presionó para que retirase la queja —contestó Doyle —. Adujeron que las peleas internas no daban buena imagen. Lo que no se dijo fue que Frederick les había amenazado con marcharse si lo obligaban a compartir el mérito. Pagaron una bonificación de seis cifras a la mujer y le dijeron que cerrara el pico.

—¿Tanto peso tenía Beck? —preguntó Poe.

—La enfermedad de la neurona motora es un mercado que mueve miles de millones y, aunque la especialidad de Frederick, el síndrome adquirido de Breeg-Bart, es un campo relativamente pequeño, la compañía que lance el primer fármaco eficaz ganará cientos de millones al año. Cuando Frederick amenazó con irse, no les quedó otra: insistir en que la mujer recibiera el crédito que merecía o proteger su inversión. Para una empresa con accionistas, no había elección posible.

—Si era una estrella tan importante, ¿por qué no trabajaba en una de las enfermedades más conocidas de la neurona motora? —preguntó Mathers—. ¿Es cierto que sacrificó su carrera para volcarse en encontrar una cura para su mujer?

—Estamos llegando al quid de la cuestión —contestó Doyle—. Él era líder de su campo porque se negaba a jugar en el campo de otros, y tampoco dejaba que los demás se metieran en el suyo.

—Prefería ser un pez grande en un estanque que un pez pequeño en el mar…

—Exacto. Eligió trabajar con el síndrome adquirido de BreegBart para ser el experto reconocido en la materia. No le interesaba formar parte de un gran impulso de investigación, no quería estar en un equipo. Quería que si alguien mencionaba Breeg-Bart, fuera en el contexto que fuese, tuvieran que decir su nombre en la misma frase.

Poe frunció el ceño.

—Pero eligió centrarse en Breeg-Bart por Melanie, su mujer, ¿no? —dijo él.

—Explícame la secuencia de los acontecimientos según la ves tú, Poe —pidió Doyle.

—¿Qué parte?

Doyle abrió el perfil.

—Página ocho —dijo—. Conoce a su mujer y después descubren que tiene Breeg-Bart. La historia de amor con la que se obsesionó la prensa.

Poe había leído el perfil de cabo a rabo y no necesitaba que le refrescasen la memoria.

—Triste historia —dijo—. Se conocieron cuando él era ayudante de investigación en un hospital universitario y ella era una paciente. Creo que ella se había desmayado en una salida nocturna. La conoció cuando le iban a dar de alta y se enamoraron. Se casaron a los seis meses, creo. A ella le diagnosticaron Breeg-Bart dos años más tarde y, a partir de ese momento, Beck volcó sus esfuerzos y toda su experiencia en esa enfermedad.

Doyle asintió. Volvió a levantar el perfil.

—Desde luego, eso es lo que dice aquí —contestó.

—Se convirtió en una especie de defensor de una causa perdida —prosiguió Poe—. Y, aunque estoy seguro de que se aprovechó de la enfermedad de su mujer para conseguir más fondos, tampoco me extraña. El perfil dice que no era fácil como compañero de trabajo, pero en su situación nadie lo sería. Cuando publicaron el artículo que hundió su reputación y su carrera, y murió su mujer al poco tiempo, debió de caer por un precipicio que ya tenía cerca. Se convirtió en lo que es hoy: un psicópata sin motivos para vivir. Pero, antes de ser un asesino en serie, ¿no era simplemente un marido intentando ayudar a su mujer?

—Si esa fuese toda la información que tuviera, yo habría llegado a la misma conclusión, sí.

—Pero has dicho que sabes cosas que nosotros no podíamos saber…

Doyle asintió.

—¿Te sorprendería si te digo que Frederick Beck nunca quiso a su mujer? —dijo—. ¿Y que, lejos de ser el marido destrozado que todo el mundo pensaba que era, se casó con ella porque tenía síndrome adquirido de Breeg-Bart?

—No, eso no es correcto, Estelle —dijo Bradshaw, negando con la cabeza—. La diagnosticaron dos años después de casarse. Y él no empezó a investigar hasta después del diagnóstico.

—No fue ninguna coincidencia que aceptara ese trabajo en el hospital universitario, Tilly —dijo Doyle—. A nivel profesional, no tenía sentido: la investigación puntera se lleva a cabo en el sector privado, no en lo público. No: él ya había elegido el campo en que quería trabajar; simplemente no se lo dijo a nadie.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Poe.

—Lo que quiero decir es que cogió un trabajo en ese hospital para buscarse una esposa. Una esposa que tuviera una serie de síntomas muy concretos. El hecho de trabajar en el centro le daba acceso a los resultados de las pruebas de todos los pacientes. Yo creo que para entonces ya sabía cuáles eran los síntomas iniciales de Breeg-Bart, y eligió a Melanie porque ella los tenía todos. Nunca la quiso, no era más que un accesorio para él. Alguien que le ayudó a enmarcar su historia. ¿Sobre qué querría escribir un periódico? ¿Sobre una investigación exitosa y aburrida, o sobre el científico genial, desesperado por salvar a su mujer moribunda?

—Eso es muy frío —dijo Poe.

—Yo no digo que no le cogiera cariño —dijo Doyle—. Probablemente, igual que un vivisector se encariña con un macaco Rhesus.

—¿Cómo sabes todo esto? —preguntó Poe.

—Me lo contó su mujer en un evento —contestó—. Ella había bebido mucho y Frederick llevaba toda la noche ignorándola. Se desahogó conmigo. Me dijo que cuando la investigación no iba bien o no le daban una subvención que había solicitado, lo pagaba con ella. Que se le había escapado un par de veces el verdadero motivo de haberse casado con ella.

—¿Y crees que Beck sabe que lo sabes?

—Es posible. Desde luego, nos vio hablando, porque vino muy cabreado. Pero no sé si Melanie le contó algo.

—Por eso intentó inculpar a Estelle —dijo Poe—. Está obsesionado con su imagen pública y aún no sabe que hemos encontrado el sitio donde hacía los experimentos en Japón. La única amenaza para la imagen que está intentando alimentar es la historia de que se casó con su mujer porque sabía que acabaría enfermando. En su mente, Estelle es una amenaza para su reputación.

—Por eso ha intentado desviar la atención —dijo Mathers—. Tratando de hacernos creer que le tendió una trampa por otro motivo. Podríamos neutralizarlo publicando las imágenes que nos han enviado de Japón. Arruinar su reputación como medida preventiva…

—Sí, deberíamos —dijo Poe—. Mientras siga siendo el chico de oro del público, tiene algo que proteger. Ahora mismo debe de estar buscando la forma de matar a Estelle.

—No podéis hacerlo —dijo Doyle—. Aparte de la información sobre su matrimonio, el resto del perfil está clavado. Si le destrozáis ahora, es capaz de hacer cualquier cosa. Poe me ha dicho que ha adaptado un nebulizador insecticida para hacer algo que podría matar a decenas de personas.

—Tiene razón —dijo Mathers—. No podemos publicar esa información. Y eso significa que la profesora Doyle tiene que quedar en custodia preventiva. Ahora que sabemos cuál es su método, debería estar a salvo.

—No es cierto —dijo Poe—. Conocemos uno de sus métodos. Pero ¿quién sabe qué se le ocurrirá ahora a ese loco? Por usar una frase de mi época en antiterrorismo: a él solo le hace falta tener suerte una vez; nosotros la necesitamos siempre.

—Podemos protegerla, profesora Doyle —insistió Mathers.

—No, no pueden —dijo Poe—. Pero yo, sí.

123

Todo va a ir bien, Estelle —dijo Poe—. Tilly está procesando la foto de Beck con un programa de envejecimiento que ha diseñado. Puede ver más allá de la barba y las gafas, así que cree que sacaremos algo útil. La comisaria Mathers hará circular su retrato en cuanto termine Tilly. Beck no tendrá tiempo para preocuparse por ti; estará demasiado ocupado escondiéndose.

—No estoy preocupada, Poe —dijo Doyle.

—¿No?

—No. Eres temerario, pero no cuando se trata de la seguridad de los demás.

Poe puso el intermitente y pasó a un camión que estaba adelantando a otro más pequeño. Uno de los dos llevaba colchones y eso le recordó que no había dormido en veinticuatro horas. Probablemente no debería estar conduciendo, pero tenía que sacar a Doyle de Londres. Quería tener la ventaja de jugar en casa durante la cacería que estaba a punto de comenzar por todo el país.

—Y sé que yo te importo —añadió ella con voz suave.

Poe mantuvo la mirada clavada en la carretera, agarrando el volante con más fuerza de la necesaria.

—Sí —dijo al fin.

El silencio se hizo insoportable. Poe encendió el navegador, a pesar de que iba hacia el norte por la M6, una carretera que había cogido un sinfín de veces. ¿Dónde estaba Bradshaw cuando la necesitaba? No había silencio incómodo que ella no pudiera empeorar con una frase inoportuna o una pregunta demasiado personal. En ese momento le habría parecido perfecto otro comentario sobre la disfunción eréctil.

—¿Has ido de compras, Poe? —dijo Doyle por fin, señalando por encima de su hombro con el pulgar.

Poe miró por el retrovisor y vio las bolsas en el asiento trasero. Suspiró aliviado. Por fin había algo no controvertido de lo que hablar.

—La ropa que llevas no es todo lo que compramos —dijo—. Compramos muchas cosas porque no queríamos que tuvieras que pasar por casa.

—Qué considerados —dijo ella. Se estiró hacia detrás y cogió una bolsa. Miró la etiqueta—. Esta marca es cara, Poe. ¿Cuánto te debo?

—No te preocupes.

—Aquí hay más de seis bolsas.

—He dicho que no te preocupes. Lo reclamaré como parte de los gastos.

Doyle abrió la bolsa en su regazo y echó un vistazo a lo que había dentro. Poe la miró de reojo, intentando adivinar cómo reaccionaba al ver lo que Bradshaw había elegido. Esperaba que no fuese demasiado raro. Doyle sonrió, y lo tomó como buena señal.

Metió la mano en la bolsa y sacó una prenda ligera.

—¿Esto es lo que crees que llevo, Poe? ¿Bragas rojas abiertas en la entrepierna?

—Joder… —refunfuñó él.

—¿No les quedaban de las comestibles?

—Mira, yo solo le di quinientas libras a Tilly y le pedí que comprara cosas que te pudieran gustar.

—Este no es mi estilo.

—Lo siento —murmuró Poe—. Debería haberlo comprobado.

—Sí, deberías —dijo ella sonriendo—. Yo solo llevo lencería erótica negra.

Poe volvió a clavar los ojos en la carretera.

124

Creía que vivías en una cabaña de pastor diminuta —dijo Doyle bostezando—. Esto es una granja, Poe.

—No vivo aquí. Hemos venido a recoger mi arma secreta.

—Ah, ¿sí?

—Ya va siendo hora de que conozcas a Edgar. Lleva un par de semanas mezclándose con las ovejas de mi vecina, así que su olor bastará para mantener alejado a Beck. Por si no es suficiente, el muy cabrón es tan cotilla que, a nada que alguien se acerque a un kilómetro y pico de Herdwick Croft, se pone a ladrar como loco.

Eran las cuatro de la madrugada y llevaban toda la noche conduciendo, con una única parada para tomar café. Poe estaba muerto, pero sabía que no dormiría en breve. Ya estaba nervioso por la cafeína y ahora empezaba a cuestionar su decisión de llevarse a Doyle del escudo protector de la Policía Metropolitana de Londres.

Herdwick Croft estaba verdaderamente aislada. Rodeada por la ondulante Shap Fell, era como una isla. De día se podía ver a cualquier persona acercándose desde varios kilómetros de distancia y de noche estaba tan tranquilo que Edgar lo oía todo. Sin embargo, Poe era un solo hombre, y siendo realistas, ¿cuánto tiempo se podían quedar ahí? Si Beck se ocultaba y decidía esperar a que pasara la tormenta pública, podrían estar allí indefinidamente. Y Poe conocía a Doyle lo suficiente como para saber que no lo aceptaría.

Estaba rumiándolo cuando la puerta de la granja se abrió y el patio se inundó de luz. La silueta de Victoria Hume apareció enmarcada en el umbral. Tenía dos tazas en la mano. Antes de que pudiera hacerles un gesto para que entraran, una bola de hígado y pelo blanco pasó a su lado a toda velocidad. Edgar estaba tan entusiasmado que se olvidó de coger aire, y soltó un aullido agudo y continuado de júbilo. Casi derriba a Poe al subirse a su cintura. Poe se arrodilló para dejar que el spaniel le babeara la cara. A continuación, el perro empezó a correr a su alrededor ladrando de forma desenfrenada y moviendo la cola como un palo vibrando.

—Menudo recibimiento, Poe —dijo Doyle—. ¿No me vas a presentar?

—Claro. Edgar, esta es Estelle: viene a vivir con nosotros unos días.

El spaniel se acercó cautelosamente a la mano que le tendía Doyle. Después de olerla varias veces, la lamió con suavidad. Luego empezó a dar vueltas otra vez.

—Creo que le gustas —afirmó Poe.

Estuvieron tomando el té en la cocina de Victoria mientras discutían la logística de cómo convertir Herdwick Croft en una casa a prueba de Frederick Beck. Victoria se comprometió a llevarles provisiones cada semana; ya había cargado el generador al máximo y también había llenado la nevera. También prometió trasladar todas las ovejas que pudiera al lado de la montaña donde vivía Poe. Tener que abrirse paso entre mil ovejas podía ser razón suficiente para que Beck se replanteara ir a por Doyle de noche.

—Si quieres, te puedo dejar una escopeta… —sugirió Victoria.

—Gracias, pero no —contestó Poe—. No tengo licencia, y lo último que necesito es que Estelle se quede sola en casa porque me hayan detenido.

—Es verdad —contestó—. Pero me aseguraré de llevarla conmigo cada vez que salga. Si ese tipo intenta cualquier cosa aquí arriba, le vuelo la cabeza.

Poe no quería dejar el coche en el hotel Shap Wells, por si Beck intentaba manipularlo, así que Victoria accedió a llevarlos hasta su *quad* y dejaron el BMW en la granja.

Atravesaron Shap Fell a toda velocidad. Doyle iba sentada detrás de él, agarrada a su pecho, mientras Edgar corría a su lado. Después de tres kilómetros de baches paró el *quad* delante de su casa.

—Bienvenida a Herdwick Croft —dijo—. No es gran cosa, pero a mí me gusta.

125

Que entre Edgar primero —dijo Poe, abriendo el cerrojo de la puerta—. Si alguien ha estado aquí, él nos lo hará saber.

Un ladrido emocionado les confirmó que estaban a salvo. Le siguieron adentro.

—Voy a encender la estufa de leña para que tengamos agua caliente —dijo—. En breve podrás ducharte. Debería haber toallas limpias en el baño. Ahora hablamos de cómo vamos a dormir.

Doyle no contestó. Seguía observando el espacio diáfano que comprendía toda la planta baja de Herdwick Croft. Lo miraba con los ojos muy abiertos. Poe nunca había sentido vergüenza de su casa, y tampoco la sentía ahora, pero quería que le gustara a Doyle.

—Es el sitio más seguro que conozco —dijo—, pero si no te gusta, podemos replanteárnoslo después de dormir un poco.

—¿Que si me gusta? —dijo ella sonriendo—. Es absolutamente perfecta, Poe.

Mientras Doyle se duchaba, Poe preparó el desayuno. No recordaba la última vez que había comido algo decente. Probablemente el vietnamita al que fue con Flynn mientras buscaban a Henning Stahl. Desde entonces, solo lo había hecho a la carrera. Parecía que Victoria Hume había llenado el frigorífico con todo lo que vendía el carnicero prácticamente. Salchichas de Cumberland, beicon, muslos de pollo, brochetas de cordero, morcilla. Un par de empanadas de Ullswater. Cogió dos huevos y los echó en un cuenco. Luego los batió con un poco de leche y una pizca de sal y pimienta. En cuanto oyó que se apagaba la ducha, calentó la sartén y añadió un poco de aceite. Mientras se hacía la tortilla, cogió queso y unas cebolletas. Para cuando la dobló, Doyle ya estaba abajo. Llevaba vaqueros negros y una de sus camisetas de The Clash. Estaba vieja y desgastada, era probable que la hubiera lavado más de cincuenta veces ya. Le quedaba mejor a ella, pensó.

—No te importa, ¿verdad? —preguntó Estelle.

—En absoluto —contestó Poe—. ¿Te encuentras mejor?

—Mucho. La presión del agua es tremenda. Buen chorro.

—Sale directa del suelo. ¿Tienes hambre? He preparado una tortilla para los dos. No te importa que esté demasiado hecha, ¿verdad? Sé cómo se empieza, pero nunca he aprendido

cuándo hay que parar.

—¿Me estás preguntando cómo me gustan los huevos por la mañana, Poe?

Poe miró ostentosamente su reloj.

—Estás perdiendo cualidades, Estelle. Llevamos cuarenta minutos aquí y es tu primer juego de palabras.

—Lo siento.

—Nada, está bien. Mantienes el tipo bastante bien.

—Quieres decir, ¿para alguien que ha salido de la cárcel hace veinticuatro horas y descubre que un asesino en serie va a por ella?

—Quiero decir, para alguien que acaba de perder a su padre —dijo Poe en tono suave—. Con todo esto, se nos ha pasado algo importante.

—¿Qué, Poe?

—No has tenido un duelo. Da igual lo estrecha que fuera vuestra relación, él era tu padre. Por eso me gustaría que nos sentáramos a desayunar y tomar café. Y luego quiero que me hables de él. Qué clase de hombre era. Qué historias te contó sobre su juventud. Cómo fue crecer en Highwood.

—No sé si estoy preparada aún, Poe.

—Por favor, Estelle. Hazlo por mí.

Ella ladeó la cabeza y apretó los labios.

—¿De qué va esto, Poe?

Él murmuró algo que Doyle no entendió.

—No te he oído —dijo.

—He dicho «Tu padre está muerto y es mi culpa».

—¿Tuya? Pero ¿cómo demonios va a ser culpa tuya?

—Si no te hubiera llevado todos nuestros casos, Beck no sabría que trabajábamos juntos. No habría tenido motivo para quitarte de en medio.

—Poe, eres un detective brillante y yo una patóloga brillante, y los dos vivimos en el norte —dijo—. En algún momento tendríamos que coincidir.

—Pero esa no era la única razón por la que recurría siempre a ti —añadió suavemente—. Te llevaba casos aun cuando no lo necesitaba. Casos muy por debajo de tu nivel.

—¿Y por qué?

Poe no contestó.

—Poe —dijo ella—, ¿por qué no parabas de traerme casos?

—Porque me gusta trabajar contigo —dijo.

—Ay, pobre —se rio ella—. ¿Cuánto tiempo llevas preocupado por esto?

—Desde que nos contaste lo de la mujer de Beck.

—Bueno, pues si es así, yo también maté a mi padre.

—No entiendo. ¿Cómo…?

—¿No se te ha ocurrido, Poe, que yo acepto tus casos, los que dices que están por debajo de mi nivel, porque me gusta trabajar contigo?

—Ya, pero si hubiera sido un poco más profes…

—Poe, ¿disparaste a mi padre?

—Eso no tie…

—No te culpo —dijo Doyle—. Y tampoco me culpo a mí misma. El único a quien culpo es a Frederick Beck. Y es la última vez que te oigo decir que te sientes responsable. ¿Queda claro?

—Sí. Gracias, Estelle.

—De nada —dijo ella—. Ahora ¿podemos comer? Cuando terminemos, haré lo que me pides y te hablaré de mi padre. No siempre nos llevamos bien: él quería que fuera la señora de la casa y yo quería estudiar la muerte. Pero nunca nos aburrimos.

126

Qué te parece, Poe? —preguntó Estelle.

—¿El qué?

—Lo privilegiada que fue mi infancia. Yo no pedí nacer en una familia de aristócratas, pero sería hipócrita fingir que no me ha ayudado profesionalmente. Sabía que iría a la universidad antes de hacer los exámenes de acceso. Mis contratos en hospitales universitarios se acordaron teniendo en mente el favor que les debería mi padre. Y, aunque soy muy buena en mi campo, sé perfectamente que mi pasión y mi talento solo pudieron desarrollarse porque la influencia aparente de mi familia derribó cualquier obstáculo.

—No tienes que disculparte por nada, Estelle —dijo Poe—. Y deja de infravalorarte. Eres igual que Tilly: tienes una mente única en tu generación dentro de tu campo. Habrías acabado siendo la mejor patóloga del país con independencia de tu educación.

El desayuno había terminado, la tortilla había caído.

Edgar, que intuía un nuevo objetivo, permaneció sentado a los pies de Doyle durante todo el desayuno, contemplando su plato como el buen estafador que era.

—Me crie rodeada de perros de caza —le dijo ella en cierto momento—. ¿Crees que eres el primer spaniel que me suplica? —Luego pinchó un trozo de tortilla con el tenedor, se lo metió en la boca y dijo—: Qué rica…

Edgar gimió y se fue encorvado hasta Poe, que le dio un buen trozo.

—No me extraña que siempre me quede con hambre —dijo quejándose.

Desayunaron afuera. La temperatura apenas superaba los cero grados, pero el sol bajo de invierno bañaba Shap Fell con una luz pálida y la vista compensaba el frío con creces. Doyle estaba envuelta en uno de los viejos abrigos del ejército de Poe. Tal y como les prometió, Victoria había abierto las puertas del muro que separaba sus tierras y uno de sus border collies se dedicó a mordisquear los talones de su rebaño para que se esparcieran alrededor Herdwick Croft como bolas de nieve sobre fieltro.

Doyle bostezó.

—Puede que me eche una siesta, si no te importa —dijo.

—Acuéstate tú en la cama —le indicó Poe—. Tengo varias llamadas que hacer y luego me echaré en el sofá. Si Beck viene, será de noche.

127

Cómo va eso? —preguntó Poe en cuanto contestó Flynn.

—Tilly te ha mandado un correo.

—Aquí arriba no tengo mucha cobertura. En cuanto terminemos, iré a donde voy siempre para descargármelo todo.

—¿Y Estelle?

—Dormida.

—Bien —dijo Flynn—. Ha sufrido mucho y dudo que haya pegado ojo en la cárcel. No olvides que tú también tienes que descansar. ¿Estás seguro de que no quieres que te mande un equipo de vigilancia? Serán discre… ¡No lo sé, Tilly! —Poe sonrió escuchando de lejos la discusión que se desarrollaba en Londres—. Tilly quiere saber si la ropa que le comprasteis a Estelle está bien —dijo con un suspiro.

—Ah, sí, eso. Dile que, si en el futuro quiere unas bragas abiertas en la entrepierna, que use su propia tarjeta de crédito.

—¿Perdona?

Poe le explicó lo que había pasado. Flynn estuvo cinco minutos riéndose.

—Sí, sí —dijo Poe—. A ti no te han quitado quinientas libras. Ahora ya no puedo reclamar el recibo. En menos de un día lo sabría toda la unidad. En fin, ¿cómo va eso?

—El programa de envejecimiento de Tilly sacó un retrato que le gusta, y Mathers lo ha hecho circular. Saldrá dentro de un rato en las noticias, pero hemos llegado tarde para los periódicos de la mañana.

—¿Y la farmacia de Temple Express?

—Fuimos en cuanto os marchasteis. Sacamos al médico de la cama y nos dejó echar un vistazo a todo. Teníamos razón: era Christopher Goodson.

—¿El repartidor?

—Sí. Cuando le enseñamos el retrato que hizo el programa, confirmó que era él. Dijo que es un empleado modélico. Bastante reservado. No socializaba fuera del trabajo, pero tampoco era tan raro como para que sus compañeros hablaran de él.

—¿Tenían su dirección?

—Como sospechábamos, una falsa.

—¿Y Mathers ha puesto vigilancia en Temple Express?

—Por si acaso. Pero no va a volver.

—Esa rueda de prensa fue un desastre —dijo Poe—. Es exactamente lo que pasa cuando los de arriba se implican en las decisiones operativas.

—Tienes que entender a Mathers, Poe.

—Y la entiendo: la culpa es del comandante. Si hubiera mantenido la calma un día más, ya tendríamos a Beck. Se habría presentado a su turno, y nosotros lo estaríamos esperando. *Game over*.

—Mathers lo sabe. Y su comandante también. Cuando todo esto termine habrá una investigación y, como tú le recomendaste que esperaran, lo puso por escrito. Él no le hizo caso y ahora tiene el email para demostrarlo.

Poe gruñó de satisfacción. Por lo menos pagaría el responsable del desastre.

—Bueno, te dejo —dijo Poe—. Voy a echarme unas horas en el sofá, para estar fresco antes del turno de la noche.

—Quiero que me informes cada dos horas, Poe.

128

Poe despertó a Doyle alrededor de las cinco de la tarde para comer: patatas asadas, chuletas de cordero y unas hojas hervidas que pensó que eran kale pero resultaron ser espinacas. Ella bajó con aspecto adormilado, pero se despertó en cuanto le puso una cerveza fría en las manos.

—Me temo que no tengo vino —dijo Poe.

Ella chocó su botella con la de él y dijo:

—Esto es exactamente lo que necesito.

Comieron rápido y en silencio, dejando que Edgar les rogara hasta darle el trozo de grasa de las chuletas que dejaban.

—¿Has dormido algo? —dijo ella.

—Unas horitas, hace un rato —contestó—. Lo suficiente para no quedarme dormido esta noche.

—Crees que va a venir, ¿no?

Poe consideró cautelosamente la respuesta.

—La verdad es que no —dijo—. Hace un rato sacaron un retrato suyo bastante preciso en las noticias y mañana por la mañana saldrá en primera página de todos los periódicos. Yo creo que se va a esconder en algún sitio hasta que pase todo. Seguro que intentará buscar el momento de venir a por ti, pero no creo que llegue a hacerlo.

—¿No?

—No creo que Frederick Beck se haya dado cuenta de lo famoso que está a punto de hacerse.

Acabada la cena, salieron a dar un paseo con Edgar, y Poe le enseñó sus tierras.

—Son solo unas hectáreas, nada que ver con los terrenos de tu padre —dijo. Al instante se dio cuenta de su falta de tacto y se disculpó.

Ella le quitó importancia.

—Era el mayor terrateniente particular del norte del país —señaló—. Supongo que eso significa que ahora lo soy yo.

Poe preparó un té nada más volver a Herdwick Croft y se lo bebieron mientras contemplaban el corazón encendido de la estufa de leña. Algo estaba ocurriendo entre ellos, aunque Poe no sabía qué. Llevaban una hora charlando como amigos, como lo que eran, si bien el ambiente

había cambiado de repente. De un modo sutil, pero lo suficiente como para que Edgar se diera cuenta. El spaniel empezó a gemir. Poe estiró el brazo y comenzó a jugar con sus orejas.

Doyle bostezó. A Poe le pareció forzado.

—Creo que me voy a ir a la cama —dijo ella, mirándole directamente.

—Vale —respondió él.

—¿Qué vas a hacer?

—Esta bola de pelo y yo nos quedamos a vigilar la puerta.

—¿No tendrás frío?

—Dejaré la estufa encendida.

Doyle suspiró y estiró los brazos como diciendo «me rindo».

—Te veo mañana —dijo.

Y, sin decir una palabra más, se fue.

Edgar se quedó mirando las escaleras vacías y luego a Poe. Parecía decepcionado con él.

—Ya —dijo Poe.

Volvió a mirar la puerta, con los ojos velados, y una máscara de calma cubriendo su rostro. La tensión en su mandíbula era el único indicio de la batalla interna que acababa de ganar.

129

Pasada la medianoche, Poe oyó que Doyle se levantaba y, como nadie había dormido nunca en su cama, malinterpretó los pasos. Creía que iba al cuarto de baño, así que cuando de pronto dijo «Poe» se asustó.

Doyle estaba en lo alto de la escalera. Aún llevaba su vieja camiseta de The Clash, pero tenía las piernas desnudas. Eran largas, pálidas y tonificadas, y recordó que hacía esgrima en su tiempo libre. No sabía gran cosa de ese deporte, pero imaginaba que cuando uno llegaba al nivel de Doyle, había que estar en forma y ser flexible.

—¿Qué ocurre? —preguntó él—. ¿No puedes dormir?

—Ven a la cama —dijo ella, con voz ronca—. No quiero estar sola esta noche.

Poe se aclaró la garganta, intentando no mirarla.

—No puedo, Estelle. Acabas de pasar por una experiencia traumática. Estás en pleno duelo. No estaría bien.

—¿Es que no tengo voluntad? —contestó ella. Sonreía, al notar que estaba venciendo la resistencia de Poe—. ¿Acaso no soy dueña de mi mente?

—Lo eres.

—¿Quieres venir a la cama?

—Claro que quiero.

—Pues entonces sube esta maldita escalera. Nunca va a haber un momento perfecto, Poe, y la vida es demasiado corta como para preocuparse por todo. Deja que Edgar sea nuestros ojos y nuestros oídos esta noche.

Poe no contestó.

—Venga, Washington —dijo ella—. Ven a la cama. Los dos lo necesitamos.

Y, sin mirar atrás, volvió al dormitorio.

Poe se quedó mirando dolorido el espacio que acababa de dejar, notando cómo caían derribadas todas sus reservas. Miró a Edgar, tumbado en el sofá a su lado, con la cabeza apoyada sobre las pezuñas. El spaniel lo estaba mirando.

—¿Crees que puedes hacer el turno solo, colega?

Edgar gimió y golpeó los cojines con la cola. Poe se puso en pie.

—Pues venga —dijo.

130

Un mes más tarde, Industrias Chapin-Hag

La predictibilidad mató a esa gente», pensó Frederick Beck, observando a su objetivo.

Sus rutinas, sus pasiones, sus apetitos. Un hombre meticuloso puede estudiar a una persona y conocerla mejor que a sí mismo.

Así fue como supo que Kane Hunt seguiría recurriendo al sildenafil a pesar de la amenaza de muerte. Su impotencia le hacía predecible.

Y Harrison Cummings, con la tranquilidad de saber que, por muy detestable que fuera su comportamiento, el país lo protegería en cuanto pidiera auxilio. Su arrogancia le hacía sentirse a salvo.

Y Karen Royal-Cross, con esa soporífera falta de originalidad en su visión del mundo. Podría haberle enviado una botella con una etiqueta de «Veneno letal» y lo único que habría hecho habría sido tuitear «*fake news*» antes de meterse otra pastilla en esa barrigota.

Pero la gente como él lo veía todo.

Aquello que querían que todo el mundo viera y los secretos que guardaban en sus rincones más ocultos. Para un hombre meticuloso, eran como fruta que cuelga de las ramas bajas. Estaba ahí, lista para ser cogida cuando quisiera. Y aunque no había previsto lo pronto que descubrirían su método, tampoco pasaba nada: el fracaso es parte fundamental del descubrimiento científico.

Así pues, se adaptaría y volvería más fuerte. Esta vez, nada de advertencias. Esta vez, solo muerte. Deslizándose lentamente por el país; despiadada, inevitablemente. El retrato que habían distribuido era bastante bueno, pero él ya estaba preparado para quedar expuesto: se había afeitado la barba, llevaba lentillas de color para ocultar sus ojos y tenía el pelo teñido de otro color. Las inyecciones de toxina botulínica en la frente y el contorno de los ojos le hacían parecer diez años más joven que el hombre al que buscaban.

Hacía un mes de su intento fallido de matar a Douglas Salt. Ya era hora de empezar de nuevo.

Pero antes alguien tenía que morir. Un don nadie. Un desecho de la vida. Bill Hershaw era una víctima de la casualidad, más que de la planificación, pero, por desgracia, se encontraba entre él y su próximo objetivo. Lo de esta noche era un proyecto de vanidad, un riesgo innecesario, pero sabía que, si no saciaba su ansia, lo siguiente apenas le daría placer.

Bill era un vigilante de seguridad, poco más que un guardia nocturno. Beck llevaba dos semanas observándolo y su rutina no había cambiado. Era predecible.

Llegaba al trabajo cinco minutos exactos antes de que comenzara su turno y se iba doce horas después, cinco minutos exactos después de acabar el turno. Cada dos horas se tomaba un descanso para fumar y recorría las instalaciones cada treinta minutos. Cenaba a medianoche, siempre un sándwich con patatas fritas, y hasta que llegaba ese momento hacía el crucigrama del *Daily Express*. Después hundía la cara en una novela barata; aparentemente le gustaban los escritores americanos de novela negra, y aparte de sus rondas y de mirar de vez en cuando los monitores de las cámaras de videovigilancia, apenas levantaba la vista.

«Lo sé todo de ti, Bill», pensó Beck. Sé que te dieron de baja en el ejército después de lesionarte la espalda y sé que vives solo. Una vida triste y sosa.

Él también vivía solo, pero era por elección propia. En realidad, todos los grandes hombres estaban solos, aunque estuvieran casados. Era una maldición y una bendición. A él no le había gustado estar casado. Le fastidiaba el tiempo que le robaba. Sentía lástima de Melanie por cómo lo miraba, buscando algún indicio de que era más que un medio para un fin. ¿La había utilizado? Por supuesto que sí. La había seleccionado. Aparte de su arma secreta en el despiadado negocio de la financiación para la investigación médica, Melanie había sido un tesoro escondido de sangre y líquido raquídeo. No había necesitado la aprobación de los órganos reguladores para adquirir muestras, puesto que tenía una donante viva en su propia cama.

Eso sí, tampoco la odiaba. Y le dio la mejor vida que podía tener. Eso es lo que no entendía esa patóloga cabrona. Las vio hablando aquella noche. Melanie sabía que no debía mezclarse con la gente, pero estaban en la barra, cuchicheando como mujeres de pescadores. Luego, cuando volvieron a la habitación del hotel, ella le juró que no habían hablado de él, pero veía la mentira en cuanto la tenía delante.

No podía arriesgarse a que esa patóloga pusiera todo en peligro. No podía permitir que arruinara la reputación que se estaba labrando. Si Robin Hood se hubiera casado con lady Marian para tener ventaja táctica, ahora habría otra estatua delante del castillo de Nottingham. Visto en perspectiva, debería haber matado a la patóloga y se habría acabado el problema. Podía haber hecho que pareciera algo natural. Pero prefirió que siguiera viva, sabiendo que estaba recibiendo su castigo por interferir en su matrimonio. Un castigo que la acompañaría toda su vida. Ella defendería su inocencia por todos los medios, claro, pero sería demasiado tarde. Sería otra niña rica que mató a su padre. Esa idea le causaba placer. Pero ahora ella estaba libre y se estaba inmiscuyendo en sus planes.

Después de esta noche centraría toda su atención en Estelle Doyle.

131

Bill Hershaw dobló la bolsa vacía de patatas fritas hasta formar un triángulo pequeño como siempre hacía y la tiró en la papelera que había debajo de la mesa. Llevaba cuatro años trabajando en Industrias Chapin-Hag. Cuatro años sentado en aquella garita, comiendo sus sándwiches secos y leyendo sus novelas de bolsillo intrascendentes. Un hombre simple haciendo un trabajo simple. «No lo voy a matar —pensó Beck—. Lo voy a sacrificar».

Bill era un hombre robusto; no estaba gordo, pero le faltaba poco. Si la naturaleza siguiera su curso, moriría de un ataque al corazón a los cincuenta años. O quizá cuando acabara la noche, si todo iba según los planes de Beck. Bill tenía una barba gruesa y gafas aún más gruesas. Beck le había investigado tanto que hasta sabía las dioptrías que tenía: cuatro veinticinco en el ojo izquierdo y cuatro en el derecho. Estaba más ciego que un murciélago. Llevaba un estúpido uniforme de vigilante y nunca se quitaba la gorra, ni siquiera cuando salía a fumar.

Beck pensó que el mejor momento sería media hora después de la cena de Bill. Si en algún momento le golpeaba el cansancio, sería entonces. A las seis de la mañana, antes de que llegaran los primeros empleados, también habría funcionado, pero Beck tenía menos excusas para estar allí a esa hora. A las doce y media sería uno de tantos científicos obsesivos que vuelven al laboratorio para comprobar su trabajo. Bill no lo reconocería, claro, pero Industrias Chapin-Hag tenía contratos internacionales y tampoco era extraño ver a empleados entrando en las instalaciones fuera del horario de trabajo. No había conseguido agenciarse un pase de verdad, sin embargo sabía qué decir para engañar a Bill.

Y si no lo lograba, simplemente esperaría a que estuviera muerto.

Beck se encaminó hacia la puerta de entrada —que básicamente era una pared de vidrio, aunque quizá fuera más resistente de lo que parecía— con la confianza de que él se sabía capaz de engañar a gente como Bill. Si aparentas ser alguien con derecho a estar en un sitio, lo más probable es que nadie te pare.

Bill alzó la vista de su novela y le vio acercarse. Se puso en pie y salió a su encuentro en la puerta. Apretó el botón del portero automático y preguntó:

—¿Puedo ayudarle, caballero?

—Eso espero —dijo Beck—. Hoy he estado trabajando con el proyecto de la proteína AS9 y tengo que comprobar unos números y asegurarme de que está bien el informe que se presenta a la junta mañana.

—Es muy tarde.

—Yo prefiero pensar que es temprano.

Bill no contestó. Tal vez no era tan tonto como parecía.

—La ciencia nunca duerme… —Beck se inclinó para leer la placa de identificación de Bill— … Bill. Ya sabrá que esta proteína nos tiene bastante emocionados. Creíamos que la AS9 solo se encontraba en pacientes que heredan la enfermedad, pero este descubrimiento demuestra que el hecho de que no forme acumulaciones disruptivas en las neuronas motoras de pacientes que no las heredan no significa que no sean disruptivas.

Y así es como se aturde a un idiota.

—¿Tiene identificación, caballero?

—Formo parte del comité de supervisión —contestó Beck—. No llevamos acreditaciones formales, pero si quiere, le enseño mi carné de conducir.

—Se supone que debería ver un documento oficial.

El idiota no cedía.

—De acuerdo —dijo Beck con un suspiro y torciendo el gesto—. El presidente está informado de que iba a venir. Por favor, llámelo. Él se lo confirmará.

—Es casi la una de la madrugada. No creo que deba despertar al presidente.

—Eso es cosa suya, Bill, pero tengo que comprobar esos números.

Bill frunció el ceño mientras ponderaba la situación. Pasados unos segundos, lo dejó pasar, tal y como Beck sabía que haría. A la gente excepcionalmente sustituible le aterra llamar la atención de aquellos que podrían quitárselos de encima como a un camarero pesado.

—Tendrá que firmar.

—Por supuesto. ¿Qué está leyendo?

—¿Perdón?

—Estaba leyendo una novela —dijo Beck—. Me suena la cubierta.

—*Una catedral privada*. Es de James Lee Burke.

—Ah, sí. Uno de la saga de Dave Robicheaux. Buen libro.

—¿Lo ha leído?

—Sí.

No lo había leído. Tan solo se había fijado en lo que Bill estaba leyendo la noche anterior, pensando que hoy seguiría con la misma novela. Luego se había metido en una revista digital conocida de novela negra y había buscado una crítica en profundidad. Este tipo de detalles eran lo que le hacían destacar entre la multitud. Y por eso nunca lo cogerían.

Era demasiado meticuloso.

Siguió a Bill hasta su garita y escribió el nombre que ponía en su carné de conducir falso en el registro de entrada. Luego se metió la mano en el bolsillo y sacó una caja de aspecto exquisito.

—¿Puedo ofrecerle un poco de *torrone*, Bill? —dijo abriendo la tapa—. Se hace con miel, azúcar y clara de huevo, y me lo traen de Italia. —Entonces hizo una pausa y añadió—: Es dulce hasta pararte el corazón.

Bill cogió un trocito y asintió en señal de agradecimiento. Lo dejó sobre su novela de James Lee Burke, dejando un rastro de polvillo de azúcar glas.

—Gracias, caballero. Me lo comeré después del descanso para fumar.

—Gracias por su ayuda, Bill.

—¿Sabe adónde tiene que ir?

—Me vale con cualquier ordenador —dijo—. Está todo en la nube.

—De acuerdo, caballero. Hasta luego.

«Hasta nunca», pensó Beck. La atropina en el *torrone* no tardará en entrar en tu sistema sanguíneo. Para cuando esté listo para irme, ya estarás muerto.

Según lo que decían los artículos que había leído, el descubrimiento sobre la proteína AS9 había sido pura casualidad. Era evidente que no entendían lo que significaba.

Él sí.

Industrias Chapin-Hag creía que habían publicado un dato interesante sobre una proteína sin interés. Lo que no sabían, porque no podían saberlo, era que la proteína AS9 era clave para desbloquear la biología molecular del síndrome adquirido de Breeg-Bart. No era la fórmula mágica que llevaba buscando toda su carrea, pero sí el anteproyecto para crearla.

Su plan consistía en descargar el trabajo de investigación y escribir un artículo sobre sus posibles aplicaciones. Lo publicaría con su nombre. Ya nunca podría regresar a su antiguo mundo, pero, aun así, le aclamarían por el descubrimiento. Y él no lo consideraba un robo. Si alguien no comprendía el valor de algo, era responsabilidad de quien sí lo sabía quitárselo de las manos.

Buscó la sala de servidores y se sentó ante un monitor. Movió el ratón y la pantalla cobró vida. En lugar de ver la pantalla de log-in que esperaba, y para la que se había preparado, se abrió directamente el escritorio. Ni siquiera habían intentado proteger su investigación. Encontró la carpeta que buscaba, metió un lápiz USB en uno de los puertos y arrastró la carpeta para que empezara a descargarse. La barra de progreso indicaba que tardaría menos de un minuto. Se quedó tamborileando los dedos sobre el teclado, preguntándose si Bill estaría muerto ya.

Una suave campanilla lo avisó de que la carpeta se había descargado correctamente. La seleccionó dentro de su lápiz USB, clicó abrir con la parte derecha del ratón. Ya era suyo y quería echarle un vistazo.

Frunció el ceño.

La carpeta no tenía sentido. En vez de un índice de archivos y subcarpetas, bien ordenandos en proyectos y listados cronológicamente, solo había un documento de Word. Tal vez era el resumen de la investigación. Probablemente no había visto la carpeta principal. Abrió el documento y lo leyó.

No tardó mucho.

Dese la vuelta

—¿Qué demonios…? —dijo Beck.

La puerta de la sala de servidores se abrió de pronto y la luz del pasillo inundó el espacio como los focos de un escenario. La silueta de Bill estaba iluminada en el umbral. Se apoyó contra el marco.

—¡No he terminado! —exclamó Beck.

Bill no dijo nada.

—Lo siento, Bill —continuó—, voy a tener que pedirle que se vaya. Lo que estoy haciendo es confidencial y no puede estar aquí.

Pero Bill no hizo ademán de moverse. Se quedó apoyado en el marco de la puerta, contemplándolo tranquilamente a través de sus gafas de culo de vaso. Algo iba mal. Una sensación de terror se apoderó de Beck, como si alguien le hubiera metido un carámbano por la espalda.

—Bill, si no quiere perder su trabajo, se está equivocando…

Beck se quedó a media frase al ver que Bill se quitaba la gorra y las gafas.

—Me llamo Washington Poe, Frederick —dijo, frotándose los ojos—. Creo que ya hemos hablado por teléfono alguna vez.

132

Un mes antes

Pues venga —dijo Poe.

Miró las escaleras vacías. Estaba nervioso. Aparte de la amistad con Bradshaw, Flynn y Victoria, prefería mantener a la gente a cierta distancia. No dejar que nadie se acercara demasiado. Había cultivado una existencia solitaria y, a pesar de que a veces se sentía solo, le resultaba refrescantemente sencilla. Pero entonces apareció Bradshaw, la trastocó, y él trastocó la suya. La barrera que se había construido era inútil ante su cándida inocencia y su lealtad incondicional. Bradshaw le demostró que había otra manera de vivir. Que tener amigos estaba bien. Que confiar en los demás estaba bien. Que ser feliz estaba bien.

Y ahora, Estelle Doyle lo esperaba arriba. Una mujer preciosa, una mujer brillante. Una mujer que le gustaba. Una mujer a la que, según parecía, también le gustaba él.

Tal vez estaría bien subir las escaleras y ver qué pasaba.

—Venga —dijo otra vez.

Se detuvo a media escalera y se volvió de nuevo hacia Edgar.

—Si oyes algo, tienes mi permiso para volverte loco, colega.

Edgar gimió y golpeó el sofá con la cola.

Poe llegó a lo alto de la escalera y llamó a la puerta.

—Es tu dormitorio, Poe —dijo Doyle. Su voz sonaba suave, como si entendiera lo mucho que le había costado llegar hasta allí—. No hace falta que llames.

Poe esperó un segundo y entró.

—Hola —dijo.

—Hola.

—Dudo que Beck vaya a intentar algo esta noche, pero si lo hace, tengo una sartén de hierro abajo. Si le das un golpe en la cabeza con eso, es hombre muerto.

Sabía que estaba diciendo tonterías.

—¿Poe? —dijo Doyle sonriendo.

—¿Sí?

—Cállate.

133

Poe subió las escaleras con dos tazas de café. Se había despertado antes de lo habitual, así que sacó a Edgar a correr un poco mientras Doyle seguía durmiendo. Abrió la puerta del dormitorio con la cadera. Ella ya estaba incorporada en la cama, con el teléfono en la mano, y oyó un sonido que indicaba que acababa de mandar un mensaje.

Arqueó las cejas.

—Solo estaba informando a Tilly de que no tiene por qué preocuparse por la disfunción eréctil —dijo.

Poe se quedó boquiabierto.

—Tranquilo, Poe —dijo riendo—. Estaba escribiendo a mi director para decirle que ya he salido de la cárcel y que estoy bien.

—¿Y es verdad?

—¿El qué?

—Que estás bien.

Doyle se estiró para cogerle una de las tazas. El edredón se le cayó del hombro, pero no hizo ademán de cubrirse.

—Creo que ya lo sabes —contestó. Bebió un sorbo de café e hizo una mueca al quemarse. Dio unas palmaditas a su lado—. Métete. Tenemos que hablar.

—Ah, ¿sí?

—Sí, pero tomémonos esto antes.

—Está muy caliente.

—Sí, ¿verdad? Al menos veinte minutillos hasta que se pueda beber. ¿Qué podemos hacer para aprovechar el tiempo?

Esta vez fue Poe quien sonrió.

No hubo incomodidad después. Nada de torpeza. Tenía la sensación de que era lo correcto, y pensó que tal vez lo era porque se sentía bien. Quizá Doyle llevaba tiempo planeándolo, o quizá no. Le daba igual. Ahora sabía que él lo estaba deseando desde hacía mucho.

—Has dicho que tenemos que hablar —dijo él.

—Sí. —Apuró su café y dejó la taza sobre la mesilla—. Quiero saber cuál es tu plan.

—¿Mi plan?

—Sí, Poe, tu plan.

—Eh… no lo sé. No quería ser presuntuoso, pero pensé que estaría bien dar un paseo hasta el pueblo y desayunar algo. Estirar las piernas.

—No estoy hablando de nosotros, tonto —dijo ella riendo—. Quiero saber cuál es tu plan con Frederick Beck. Eres proactivo, Poe, no reactivo. Tú no eres de los que se queda esperando.

—Puede que no tuviera a nadie con quien esperar.

Ella no pudo evitar sonrojarse y sonrió.

—Ya —dijo—. Pero, aun así, creo que deberíamos dejar que Poe sea Poe.

—¿Lo has estado pensando?

—Claro.

—¿Y?

Doyle estiró el brazo y le acarició la barbilla. Con mucha suavidad giró su rostro para quedar cara a cara.

—¿Cuánto tardarías en dejarte crecer la barba?

134

Un mes y diez minutos después

Me llamo Washington Poe, Frederick —dijo Poe, frotándose los ojos—. Creo que ya hemos hablado por teléfono alguna vez.

Beck se lo quedó mirando, horrorizado.

—O sea, que era una trampa —dijo.

—Me temo que sí.

—Entonces creo que le he infravalorado. El descubrimiento sobre la proteína parecía demasiado oportuno, pero no me saltó ninguna alarma cuando hice mis comprobaciones.

—Ha sido un trabajo de equipo.

Beck suspiró.

—¿Sabe lo que vale un cuerpo humano, sargento? —preguntó—. No una vida, estoy hablando del cuerpo en sí. En concreto, el valor combinado de los componentes elementales que forman el organismo más avanzado en la historia del universo. El oxígeno, el carbono, el hidrógeno y el nitrógeno. El hierro y el zinc. Las trazas de oro, uranio y radio que todos llevamos dentro.

—No tengo ni idea —dijo Poe.

—Ciento veintidós libras, dependiendo de cómo estén los mercados de futuros.

—Fascinante.

—Solo lo digo por si cree que alguien como yo, que sabe exactamente cuánto vale un diente humano, no tendría un plan de contingencia para este tipo de situación.

—Ya no le quedan más cartas por jugar, Frederick —dijo Poe—. El edificio está rodeado. Aunque pudiera deshacerse de mí, no podrá escapar de toda la policía armada que hay ahí fuera. No sin llevarse unos cuantos balazos en el pecho. Que, por cierto, ¿cuánto valor añadirían las balas al cuerpo humano?

Beck no contestó. En su lugar metió la mano en el bolsillo de su abrigo y sacó un espray rojo.

—Supongo que sabe lo que es esto —dijo—. Dejé las instrucciones para que las encontraran.

—Es un nebulizador de insecticida reutilizado. Si aprieta la boquilla, descargará lo que haya metido dentro en un chorro continuado.

—Y usted que creía que no me quedaba ninguna carta… A mí me da que tengo todos los ases.

—¿Qué es lo que quiere, Frederick?

—Quiero saber cómo ha conseguido traerme hasta esta sala.

—Si se lo digo, ¿soltará ese nebulizador?
—Lo haré.

135

Un mes antes

Cuánto tardarías en dejarte crecer la barba? —preguntó Doyle.

—¿La barba? —repitió Poe.

Asintió.

—No vamos a coger a Frederick Beck tratando de anticiparnos a él. Lleva años planeando esto y es muy inteligente.

—Entonces ¿cómo podemos cogerlo?

—Por su ego —dijo ella—. Lo usaremos en su contra.

Poe se incorporó.

—¿Qué has pensado?

—Tenemos muy poco margen. Ahora mismo, Frederick está reagrupándose. Hemos levantado el velo y hemos revelado su truco al mundo. Estará planeando cómo volver a atraer la imaginación del público. Eso significa que tenemos un mes, tal vez seis semanas, en las que estará centrado en demasiadas cosas al mismo tiempo.

Poe asintió. Doyle tenía razón. Ahora mismo, Beck tenía presión por varios frentes. Estaba al máximo de sus capacidades. Huyendo de una caza internacional. Planeando una nueva campaña mientras intentaba que el público siguiera enganchado. Preguntándose cómo mantener en secreto la verdad de su matrimonio ahora que Doyle ya no estaba en la cárcel. Henning Stahl tenía que encajar en sus planes de alguna manera. Poe aún no sabía cómo, pero Beck tuvo que elegirlo por una razón.

—Tú quieres darme otra preocupación, ¿eh? —dijo.

—Tilly dijo algo que me dio una idea —admitió Doyle—. Me contó aquella vez que apretaste un montón de teclas al azar en su portátil. Sobrecargaste la CPU y la bloqueaste.

—No paro de decirle a todo el mundo que solo pasó una vez y que el ordenador era muy viejo.

—Ella dice que no habría sido capaz de repetir lo que hiciste, ni siquiera en condiciones de laboratorio.

Poe se aclaró la garganta y miró su reloj.

—Has dicho que solo tenemos un mes, ¿no?

—Perdona —dijo ella riéndose.

—Dime, ¿con qué quieres bloquear su mente?

—¿Qué es lo que más le importa a Frederick Beck?

—Ser el centro de atención —respondió él, sin dudar—. Su carrera no tenía como meta desarrollar los mejores fármacos; él quería estatus. Y dudo que le importe lo que hicieran sus víctimas: solo quiere que el público lo adore. Su campaña de asesinatos quería recuperar lo que perdió cuando le arrebataron su carrera.

—¿Y qué es lo único que podría hacerle salir de su escondite, dondequiera que esté?

—No sé. Venganza, quizá. Que yo salga en televisión y le haga salir.

—Venganza no. La venganza puede esperar. Tendría que ser algo limitado por el tiempo.

Poe se quedó pensándolo unos minutos, pero no se le ocurría nada que estuviera limitado por el tiempo.

—Aparte de un descubrimiento importante para el síndrome adquirido de Breeg-Bart —dijo —, me cuesta pensar en algo que pueda importarle tanto como para parar.

Doyle se quedó mirándolo, con los ojos brillando.

—Estás de coña… —dijo.

—No —contestó—. Solo tenemos que resolver el misterio de Breeg-Bart y dejar que su ego haga el resto.

136

Muy astutos —dijo Beck cuando Poe terminó.

—Evidentemente no podíamos hacer un anuncio importante —dijo Poe—. Si lo hubiéramos hecho, se lo habría olido. Tenía que ser sutil, algo que solo unos pocos científicos entendieran.

—¿Así que se inventaron algo sobre la proteína AS9?

—La profesora Doyle sabe que siempre ha creído que la comunidad científica se equivocaba en su suposición sobre la disrupción en pacientes no herederos.

—¿Entiende algo de lo que acaba de decir, sargento?

—No me hace falta. Trabajo con gente que sí lo entiende.

—¿Fue la profesora Doyle quien escribió el artículo?

—Lo escribió de manera que respaldara su hipótesis, pero hizo que pareciera como si Industrias Chapin-Hag no entendiera realmente lo que habían encontrado.

—¿Y qué hay del proceso de revisión por parte de la comunidad médica? —preguntó Beck—. Ese tipo de artículos no se publican en revistas médicas sin pasar antes por un riguroso filtro.

—Ya, creíamos que eso le convencería —dijo Poe—. Y esa parte fue fácil. Lo único que hicimos fue pedírselo educadamente. Les dijimos que era una trampa.

«O eso es lo que les diremos», pensó Poe. Bradshaw había colado el artículo en un par de revistas médicas secundarias metiéndose en su sistema. Después de la edición y antes de que estas fueran a imprenta. Se ofreció a hacer lo mismo con las revistas importantes, pero Doyle dijo que las menos conocidas serían más convincentes. Encajarían mejor con lo que intentaban conseguir: un laboratorio pequeño que no entendía la importancia de su hallazgo.

—¿Y qué hay de este sitio? ¿También se lo pidieron educadamente?

—La profesora Doyle conoce al propietario. Trabajaban juntos y le pidió usar las instalaciones fuera del horario de trabajo.

—¿Y Bill Hershaw?

—Una de las leyendas de mi compañera —dijo Poe—. Siempre tiene una docena de ellos activos. Tienen perfiles en redes sociales, historial laboral y médico, dirección y tarjetas de crédito. Lo suficiente para construir una identidad convincente en un par de días. Lo apañó para que Bill llevara cuatro años trabajando en Chapin-Hag. Un día antes de publicarse los artículos en esas revistas empecé a hacer el turno de noche con mi barba, mis gafas de culo de vaso y mi gorra.

—Supongo que creerá que ya han ganado, ¿verdad sargento?

—Esto no es un puto juego —saltó Poe—. Han muerto varias personas.

—Malas personas.

—Y también buenas personas.

—¿Lo dice por el padre de la señorita Doyle? Me temo que fue un sacrificio necesario, pero el coste del progreso humano siempre se ha pagado con sangre. ¿Sabía que los mejores dibujos anatómicos del mundo se encuentran en el *Atlas Pernkopf*? Aún lo utilizan los cirujanos de hoy en día y lo escribió un médico nazi. Diseccionaba cadáveres de prisioneros ejecutados y equipos de artistas creaban las imágenes.

—Todo eso me da igual —dijo Poe—. Es hora de irnos. Ya tendrá su momento ante un tribunal. Aunque, si me deja que le dé un consejo, Freddie: cuando se ponga ante un jurado, no se compare con un nazi. En este país todavía no nos terminan de gustar.

—¿Dispuesto para empezar a negociar?

—No pienso negociar, Frederick.

—Claro que sí —dijo Beck. Agitó el nebulizador para recordarle lo que tenía en la mano—. Quiero un coche y usted se viene conmigo hasta que me sienta a salvo—. Se metió la mano que tenía libre en el bolsillo y sacó unos grilletes de plástico. Ya estaban preparados. Los tiró al suelo —. Póngaselos, haga el favor.

—Va a ser que no.

—¿No?

Beck puso el pulgar sobre la boquilla del nebulizador, miró a Poe fijamente a los ojos y dijo:

—¿Y ahora?

—Adelante —dijo Poe.

—¿Perdón?

—Ya me ha oído.

—¿Sabe lo que es esto?

—Sus instrucciones estaban muy claras.

—O sea, que sabe que, si aprieto la boquilla, soltará todo el contenido en cuestión de segundos. No podré detenerlo. Esto no tiene marcha atrás.

—¡Deje de rajar y apriete la puta boquilla! —ordenó Poe.

137

Y qué hay de su nebulizador? —preguntó Poe—. ¿El que tiene ricina aerosolizada? En cuanto se vea arrinconado, lo utilizará para huir.

—Estará vacío —contestó Doyle.

—¿Vacío? ¿Cómo va a estar vacío?

—He visto las instrucciones, Poe. Es un farol.

—Por ahora no nos ha soltado ninguno.

—Esto sí lo es.

—¿Crees que tiene miedo a morir?

—Casi seguro, pero esa no es la razón de que esté vacío. Ese nebulizador está mal hecho. No hay más que ver cómo hizo los agujeros y los selló después. Sin olvidar que está reutilizando una boquilla de un solo uso. Así es imposible que sea un dispositivo fiable. No podría llevarlo en una bolsa ni en el bolsillo. Con solo darle un buen golpe, ¡pam! Sería el próximo premio Darwin.

Poe se rio. Bradshaw le había comprado un libro de los Premios Darwin por su cumpleaños. Estaba lleno de historias de gente que murió haciendo una estupidez. Su favorita era la de un terrorista que no puso sellos suficientes en su carta bomba. La devolvieron al remitente y el terrorista en potencia estaba tan emocionado por haber recibido una carta que la abrió.

—Si le digo que es un farol y está cargado, seré yo quien gane el próximo Darwin —dijo Poe.

—Confía en mí. Estará vacío.

138

No me ponga a prueba, sargento! —saltó Beck, apretando ligeramente la boquilla con el pulgar.

—Espere —dijo Poe.

Beck sonrió.

Poe sacó su teléfono del bolsillo y lo levantó para que Beck pudiera verlo.

—Hola, Estelle —saludó.

—¿Has terminado ya, Poe? —dijo la voz metálica y lejana de Doyle a través del altavoz.

—Casi.

—Bien. Porque tu barba me está provocando un sarpullido.

—¿Has oído lo que Freddie tiene que decir?

—Sí.

—Es bastante convincente.

—Es un farol.

—¡No es un farol! —exclamó Beck, con espumilla brotando de la comisura de sus labios—. ¡Y cuelgue ese teléfono!

—Un momento, por favor, Freddie —dijo Poe—. ¿Estás segura, Estelle?

Doyle esperó, pero no mucho.

—Lo bastante como para apostar la vida del hombre al que quiero.

—Se lo advierto, cuelgue ese…

—¡Cállese! —saltó Poe—. Esto es importante.

Luego volvió a dirigirse a Doyle.

—Ah, ¿sí?

—Desde hace tiempo.

—¿Quién más lo sabe?

—Tilly lo dedujo. Y puede que se lo haya dicho a Stephanie.

—Caray.

—Venga, tampoco nos pasemos. Yo no soy Kristin Scott Thomas, tú no eres Hugh Grant y esto no es *Cuatro bodas y un funeral*. Si no sientes lo mismo, ya encontraremos la manera de…

—Sí —dijo él.

—Sí ¿qué?

—Siento lo mismo por ti.

Aparte de su padre, Poe no creía haberle dicho que le quería a nadie, y no iba a empezar a hacerlo ahora, no delante del hombre que había matado a su padre.

—Bueno, pues muy bien —dijo ella. Poe creyó oír un suspiro de alivio—. Deberíamos hablarlo.

—Lo haremos, te lo prometo —dijo Poe—. Ahora mismo tengo un tipo delante que dice tener un arma de destrucción masiva en la mano.

—No tardes.

Poe volvió a meterse el teléfono en el bolsillo. Lo dejó encendido para que Doyle supiera que estaba bien.

Beck sonrió.

—Qué bonito —dijo—. Realmente conmovedor. Qué pena que no vaya a volver a verla.

—Ese espray está vacío, Frederick. —Poe se sacó unos grilletes del bolsillo. De los de verdad, no de plástico como los que le había tirado Beck—. Por favor, démelo para que pueda esposarle.

—Y también tengo mi…

—No diga que todavía tiene el arma con la que mató al padre de Estelle, porque los dos sabemos que no la tiene. La gente como usted no va por ahí con un arma. Está en alguna alcantarilla en algún lugar de Northumberland. —Poe dio un paso adelante—. Si no me da ese espray ahora mismo, Freddie, se lo quitaré, y le advierto que no lo haré con delicadeza.

Beck lo miró y supo que Poe no bromeaba. Le tendió el espray en la palma de la mano, como le daría un terrón de azúcar a un caballo. Poe lo cogió y lo dejó sobre la mesa. A continuación esposó a Beck por la espalda y le vació los bolsillos. El equipo de Mathers lo metería en bolsas de pruebas en cuanto entrara.

—Venga —dijo Poe—. Ya va siendo hora de que conozca a algunos de mis compañeros. Me temo que a partir de ahora solo beberá vino de retrete.

Poe escoltó a Beck hasta la entrada del edificio. Allí los esperaba Mathers, que se llevó al detenido a un furgón de policía que estaba esperando. Antes de que lo metieran, se dio la vuelta y gritó:

—Ahora ya soy inmortal, sargento.

—Es posible, Frederick —contestó—. A no ser, claro, que descubramos que llevó a cabo experimentos con seres humanos para prepararse para todo esto. Y, por cierto, varios policías del cuerpo nacional japonés vienen a verlo. Quieren hablar de unos chinos Han que han encontrado muertos. Me pregunto cómo le sentará eso a su público incondicional…

—¡Cabrón! —chilló Beck antes de que lo metieran a la fuerza en el furgón.

Mathers se acercó a Poe. Le dio una palmada en la espalda y se estrecharon la mano. Se quedaron observando a Beck partir en un convoy con las luces de policía encendidas.

—No puedo creer que haya funcionado —dijo ella.

—¿Necesita que preste declaración?

—Puede esperar, Poe. Hay una señorita esperándole ahí para hablar con usted. Ha dicho algo de *Cuatro bodas y un funeral*, pero no he entendido a qué se refería. Creo que usted sí.

Poe miró hacia donde señalaba Mathers. Doyle estaba en el asiento trasero de un coche sin distintivos. Bradshaw se encontraba a su lado. Henning Stahl y Flynn iban en la parte delantera. Todos lo miraban a él. Bradshaw sonrió y levantó los dos pulgares. Henning Stahl tomaba apuntes. Doyle estaba igual que él, nerviosa.

—¿Lo ha oído? —preguntó.

—Pusimos micros en la sala de servidores —dijo Mathers—. Fue mi única condición cuando la inspectora Flynn me propuso todo esto. No se lo dijimos porque queríamos que pareciera natural.

—Me alegro de que confíe tanto en nosotros.

—Me parecía una locura —dijo Mathers.

—Entonces ¿por qué…?

—Porque a veces hace falta una locura.

Volvieron a estrecharse la mano y se despidieron. Poe fue hacia el coche que le esperaba.

—Ah, Poe… —dijo Mathers.

Se volvió.

—¿Comisaria?

—No la cague.

Sonrió.

—No lo haré —contestó.

139

Nueve meses después

La canción se coló en los sueños de Poe. Era todo percusión, bajo, y la voz de una mujer cantando acerca de batidos. No tenía nada que ver con lo que Poe solía escuchar. ¿Dónde estaban las guitarras, los *riffs* chirriantes y las letras sin sentido?

Despertó con un golpecito en las costillas. Doyle lo miraba, fascinada.

—Menudo tono de llamada más animado.

—¿Cómo? —dijo él, incorporándose. Estiró el brazo hacia atrás y le dio un puñetazo a la almohada. Se reclinó sobre ella.

—Tu teléfono; estaba sonando.

—Ah, era eso. Creía que había despertado en Los Ángeles.

—Harlem.

—¿Qué?

—Creo que Kelis es de Harlem, no de Los Ángeles.

—¿Quién?

—La cantante.

—Ah —dijo él—. Me lo instaló Tilly. Dijo que estaba harta de escuchar el tono de llamada que viene en el teléfono.

—¿Y esto es lo que elegiste?

—No, le dije que pusiera lo que quisiera, siempre que no fuera molesto.

Doyle arqueó las cejas.

—No sé cómo cambiarlo —admitió Poe—. ¿Cuánto tiempo llevo dormido?

—No mucho.

—¿Qué hora es?

—Las once pasadas.

—¿Y quién coño llama a estas horas?

Se miraron.

—Tilly —dijeron a la vez.

—¿No vas a devolverle la llamada? —preguntó Doyle.

—Estoy muy cómodo —contestó, acurrucándose en la cama. Era enorme, mucho más que su cama de Herdwick Croft. En Highwood, todo era enorme. Parecía que la hubieran construido a

una escala distinta. Todo antiguo, aunque hecho para durar. Daba la sensación de que los ricos seguían siendo ricos porque nunca tenían que comprar nada. En cierto momento se lo comentó a Doyle y ella le recordó que su padre tenía una carpeta de propiedades que valía más de un millón de libras.

Vivían entre Highwood y Herdwick Croft. Cuando no estaba trabajando en un caso, Poe podía ir a cualquier parte, así que solían seguir la agenda de Doyle. Si tenía que hacer autopsias o estaba trabajando en su laboratorio, se quedaban en Highwood. Si estaba dando clase, preferían estar en Herdwick Croft. Se habían instalado en una rutina fácil. Cuando estaban en casa de Poe, exploraban Cumbria y disfrutaban de Shap Fell. Cuando estaban en Northumberland, normalmente se quedaban en casa o iban a tomar algo a Corbridge. La relación acababa de empezar y aún estaban tanteándose, pero, por el momento, era todo cuanto Poe podía desear.

—Poe, llama a Tilly —dijo Doyle—. Sabes que se preocupará si no lo haces.

No hizo falta, porque su teléfono volvió a sonar. Edgar empezó a ladrar. Poe no tenía ni idea de dónde estaba. El spaniel, que se había criado en una casa de dos habitaciones, ahora tenía una inmensa mansión que explorar. Dormía cada noche en una habitación distinta, pero siempre acababa colándose en su dormitorio de madrugada. Le gustaba acurrucarse entre los dos. Poe empezaba a llamarle anticonceptivo.

Cogió el teléfono y apretó el botón de contestar

—Hola, Poe —dijo Bradshaw—. Soy Tilly.

—Ya lo sé, Tilly. Me sale una foto tuya en la pantalla, con tu nombre encima. Además eres la única persona que me llama.

—¿Vais mañana?

—Por desgracia, sí.

—No seas cascarrabias. Henning Stahl es nuestro amigo y ha organizado un evento para promocionar su libro. Recogeré a la inspectora Flynn a las nueve y deberíamos estar en la casa solariega de Estelle sobre el mediodía. Henning Stahl quiere invitarnos a comer después de la presentación. Luego tiene que irse a Edimburgo, pero nosotras nos quedaremos a pasar la noche.

—¿Traéis sacos de dormir?

—Poe… —dijo Doyle con tono de advertencia—. No le tomes el pelo. Sabes que saldrá a comprarse uno.

—Estelle dice que también necesitaréis tienda de campaña.

Bradshaw soltó una risilla.

—Perdona, chaval, pero Estelle y yo nos escribimos regularmente. Sé que tenéis camas preparadas para nosotras.

—¿Y traeréis algo de comer?

—No. La inspectora Flynn me ha prohibido volver a comprar comida. Dice que le fastidié la

operación de vigilancia de Jack el Saltarín.

—¿Que tú la fastidiaste? Fui yo quien se bebió su leche.

—¿Has recibido el libro que nos mandó Henning Stahl?

Poe miró su mesilla de noche. Ahí estaba el libro de Stahl, sin abrir.

—Sí.

—¿Lo vas a leer?

—No pensaba hacerlo.

—¿Y si te pregunta algo sobre él?

Poe volvió a mirar el libro.

—De acuerdo —dijo con un suspiro—. Le echaré un vistazo esta noche.

Una vez hubo colgado Bradshaw, Poe cogió el libro.

—¿Qué tal es? —le preguntó a Doyle.

Stahl había enviado dos copias firmadas a Highwood. Doyle casi había terminado de leer la suya.

—Sorprendentemente bien escrito —contestó—. Es un poco sensacionalista y ha simplificado parte de los contenidos científicos. Y, por lo que me contaste, quita mucho hierro a su estado cuando lo fuisteis a buscar.

—Tenía un gato muerto en la cocina. ¿Eso no lo pone?

Poe cogió sus gafas de leer y buscó la foto de Stahl en la solapa interior.

—Tiene buen aspecto, ¿verdad? —dijo Doyle.

—Sí. Aunque supongo que varios contratos editoriales de seis cifras, vender los derechos para el cine y los rumores de premios importantes le estarán ayudando a mantenerse alejado del alcohol.

—Sigue tomando Antabús.

—¿Has hablado con él?

—Está en el libro. Página ciento cuarenta. Dice que seguirá tomándolo mientras viva.

Poe miró la cubierta. Era sobria y discreta; en ella solo aparecía el título y un diagrama científico de un pétalo de flor.

Las pesadillas que mereces: a la caza del Botánico, por Henning Stahl.

—No puedo creer que lo usara —dijo Poe refunfuñando—. Fue una estupidez que dije.

Poe pasó directamente al índice, y fue deslizando el dedo hasta llegar a la P, con la esperanza de haberse librado.

Ni de coña.

Poe, Washington (sargento, Agencia Nacional del Crimen),
5-19, 23, 45, 67, 78-83, 101, 105, 139, 145, 157-158, 198,

204, 237, 256, 283-285, 301, 329, 385, 390-398, 402, 404,
408, 410-413
cabra marroquí, 302
disfunción eréctil, 357
moda, compras, 25
muerte de Karen Royal-Cross, 185
operación encubierta, 386
papel en Chance’s Park, 234
pruebas jurídicas, 400
reacción a veredicto de culpabilidad, 414
titulares sensacionalistas, 217

—Maldita sea —dijo Poe, mostrando el índice a Doyle—. ¿Has visto esto?

—Sí, la página trescientos cincuenta y siete es especialmente graciosa.

—¿Sales tú?

—Sí.

—¿Y por qué no estás enfadada?

—El asesinato de mi padre se trata con delicadeza y, al fin y al cabo, es buena publicidad para el laboratorio.

—Menuda capitalista estás hecha —dijo él.

Ella le guiñó un ojo.

Poe tiró el libro, asqueado. Al caer al suelo se abrió por la mitad, justo donde estaba el pliego de las fotografías.

—Voy a echar un vistazo a las fotos —dijo—. Si me pregunta algo, le diré que no he tenido tiempo de leerlo tranquilamente.

—Tengo rotuladores en mi antiguo cuarto si quieres dibujarle un bigote.

Poe no contestó.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—¿Tienes la lupa a mano? La que usamos para hacer ese puzle en el que cada pieza es un cuadro y todas juntas forman la *Mona Lisa*.

—¿El fotomosaico? Creo que sí. ¿Por qué?

Pero Poe ya tenía la mirada clavada en una de las fotos. Doyle se levantó de la cama y fue a buscar la lupa. Se la pasó y él la cogió sin decir palabra. Era la foto del piso de Frederick Beck donde tenía el equipo científico.

Finalmente alzó la vista del libro.

—Lo siento, Estelle —dijo—. Esta noche voy a tener que trabajar.

140

Forum Books se encontraba en una antigua capilla metodista en Corbridge. Era un edificio protegido y cuidadosamente renovado, cuyo carácter e historia seguían intactos, tanto por fuera como por dentro. Poe había ido a la tienda varias veces últimamente, le gustaba su curioso interior, los carteles pintados a mano en las paredes, las estanterías hechas con viejos bancos de iglesia.

La presentación de Henning Stahl estaba terminando. El propietario de la librería le había dicho que las veladas con autores seguían siempre el mismo formato: una lectura, una conversación planificada moderada por un empleado, y luego preguntas de los oyentes.

Poe, Doyle y Bradshaw estaban sentados en medio de los cincuenta asistentes. Stahl y el empleado de la librearía estaban subidos a una tarima que servía de rincón de lectura y, en noches como aquella, de espacio para conferencias.

—Creo que quedan unos minutos para preguntas del público —dijo el empleado—. ¿Hay algo que yo no haya mencionado y que deseen saber?

—No sean tímidos —dijo Stahl—. No muerdo.

Una risa educada se extendió entre los asistentes. Stahl empezó a contestar preguntas sobre el miedo que pasó en Chance's Park, qué sentía ante la posibilidad de ser un autor galardonado y qué planes tenía para el futuro.

—Descansar —contestó a la última.

El empleado miró su reloj y dijo:

—Creo que no hay tiempo para más, así que, si no hay más preguntas, pondremos punto final a la velada. El señor Stahl ha accedido amablemente a quedarse a firmar libros, así que, si les queda alguna pregunta, aún tienen tiempo para hacérsela.

Poe levantó la mano.

—Yo tengo una pregunta —dijo.

—Hola, Poe —dijo Stahl—. ¿Tilly y Estelle siguen manteniéndote a raya?

—Hacen lo que pueden, Henning.

—Creía que venía Stephanie.

—Me ha pedido que la disculpe —dijo Poe—. Le ha surgido algo que no podía esperar.

—¿Tenía una pregunta? —dijo el empleado.

—Sí —contestó Poe—. Es sobre la foto de la página doscientos dieciséis.

Stahl abrió el libro que había usado para la lectura y buscó la página.

—Ya la tengo —dijo.

—Es la foto que hizo con su teléfono móvil. La que sacó antes de que la policía científica registrara los apartamentos en el norte de Londres. Le dejamos hacer una, y luego se la enviamos a Tilly. La comisaria Mathers hizo que la borraran de su teléfono y, cuando terminó el juicio, Tilly se la envió por correo.

—Así es. Y eso demuestra que este caso fue un auténtico trabajo en equipo. Todo el mundo arrimó el hombro desde el primer momento. Mi nombre es el que aparece en la portada, pero en realidad este libro nos pertenece a todos.

—No ha hecho ninguna pregunta, sargento —dijo el empleado de la librería.

—Ah, ¿no? —dijo Poe—. Disculpe. Mi pregunta es la siguiente: ¿por qué hay un deshidratador en esta foto, Henning?

—No sé si le entiendo.

—Si mira la mesa en primer plano, se ve claramente un deshidratador gris. Parece una de esas nuevas freidoras.

Stahl frunció el ceño.

—Es lo que Frederick Beck utilizaba para secar los pétalos de flor —dijo—. Suponía que ya lo sabía, sargento. Creo que lo menciono un par de páginas más adelante. Me parece que ya comentamos por qué Beck había usado un aparato de alta tecnología cuando podría haberlo hecho con una prensa de flores. Puede que me equivoque. Tal vez lo hablé con otra persona.

—No me ha entendido, Henning —dijo Poe—. No le pregunto para qué sirve; le pregunto por qué está en su foto.

—No le sigo.

—¿No? Pues intentaré ser más claro. Antes de que se le permitiera hacer una foto de la escena del crimen, la comisaria Mathers y yo sacamos este deshidratador del apartamento. Queríamos guardarnos algo para evitar la reacción de gente rarita y elegimos ese aparato. Como usted mismo dice, cualquiera habría imaginado que lo hacía con una prensa de flores, no con un deshidratador.

—No estoy seguro de…

—Cuando hizo su foto, el deshidratador ya estaba en la parte trasera de una furgoneta de la policía científica —dijo Poe—. La foto que aparece en la página doscientos dieciséis se sacó antes de que llegáramos nosotros. Usted ya había estado en los apartamentos de Beck. Probablemente la noche que volvió a casa de Douglas Salt en taxi.

Stahl no dijo nada.

—Y, después de ver esta foto, anoche la comisaria Mathers consiguió una orden judicial para registrar su casa.

Stahl se puso en pie con dificultades.

—No se moleste, Henning; lo han hecho esta mañana.

Stahl se sentó, derrotado.

—Y lo que encontró la comisaria resulta muy interesante —continuó Poe—. Un montón de fotos que no debería tener. Un lápiz USB lleno de información que no podía saber. Dibujos, planos, información adicional sobre las víctimas de Beck.

Un ruido al fondo de la librería hizo que Poe se volviera. Eran Flynn, Tai-young Lee y un grupo de policías uniformados. Poe les guiñó el ojo y se volvió hacia Stahl.

—Esto es lo que creo que pasó, Henning —siguió diciendo Poe—. Beck lo eligió a usted, no solo porque no tiene escrúpulos, sino porque había desempeñado un papel fundamental en su caída.

—¡Ya le dije que yo apenas tuve que ver con ese artículo!

—Pero no es así, ¿verdad? Usted no se limitó a investigar en segundo plano, en realidad fue el investigador principal. El único motivo de que su nombre no apareciera en los créditos fue porque el escándalo del hackeo de llamadas acababa de salir y el periódico quería limitar su exposición.

—¿Y? —Stahl se encogió de hombros—. Resté importancia a mi papel en el artículo. En ese momento tenía que disimular mi papel en todo lo que hacía.

—Así es —dijo Poe—. Pero entonces llegamos a Chance's Park. Hay dos cosas de ese día que no se han llegado a explicar: de qué hablaron usted y Beck cuando bloqueó nuestras comunicaciones con su inhibidor de frecuencia, y por qué ningún corredor dijo haber visto a un hombre con máscara.

—Supongo que tendrá una teoría… —dijo Stahl.

—Por supuesto. Yo creo que nadie vio a un hombre enmascarado porque Beck no llevaba máscara. Cuando se sentó enfrente de usted, llevaba una gorra, pero usted le veía la cara perfectamente. Y lo reconoció. No me cabe duda de que expresó su sorpresa, pero nosotros no lo pudimos oír porque nuestras comunicaciones estaban interrumpidas. Yo creo que, en ese preciso momento, Beck le hizo una oferta. Contar su historia como él quería y llevarse más tajada que ningún otro periodista de la historia. No solo formaría parte de la investigación, sino también de la campaña de un asesino en serie. Beck le dijo dónde estaba su casa y lo que encontraría allí. Una escena del crimen intacta sobre la que escribir y un USB lleno de información que utilizar. Un libro para usted, un legado para él: los dos salían ganando. Así pues, hizo la foto en la que aparece el deshidratador, sin darse cuenta de que nosotros lo íbamos a quitar antes de dejarle subir, unos días después. Nosotros creíamos que era la primera vez que estaba allí, pero en realidad era la segunda.

—Pero fui yo quien encontró el nombre de Beck en las listas de compradores de acetona —

dijo Stahl.

—Un cínico diría que ya sabía lo que buscaba —dijo Poe—. Necesitaba dar un empujón a la investigación. Imagino que Beck quería lo mismo.

Stahl lo miró con odio.

—Henning, tardaremos semanas en saber el verdadero alcance de su conspiración —prosiguió Poe—, pero sí sé que, si usted nos hubiera dicho quién era Beck nada más salir de Chance's Park, en vez de ponerse a escribir y ocultar la primicia, tal vez le habríamos atrapado antes.

—Eso no lo sabe —dijo Stahl.

—No, no lo sé. Ni tampoco usted.

La inspectora Lee y un sargento de uniforme se acercaron a la tarima, leyeron sus derechos a Stahl y lo esposaron. El sargento se lo llevó entre un público asombrado.

Antes de que llegaran a la salida, Poe dijo alzando la voz:

—Ah, Henning, una cosa más: Douglas Salt tuvo que someterse a una operación que le ha cambiado la vida, y ahora está buscando alguien a quien culpar. Yo que usted guardaría bien todo el dinero que ha sacado de esos contratos editoriales: no tardará en venir a quitarle hasta la camisa.

Stahl intentó revolverse a pesar de los grilletes, pero el sargento era fuerte y corpulento y no se movió un milímetro.

Escupió en el suelo.

—¡Esto no ha acabado, Poe!

—Adiós, Henning —contestó Poe.

Una vez la librería estuvo vacía y Poe hubo terminado de hablar con Lee, Bradshaw preguntó:

—¿Y ahora qué, Poe?

—No sé tú, Tilly —dijo—, pero a mí me vendría bien un trago. Hay una cervecería artesanal enfrente. Invito yo. ¿Te parece?

Doyle entrelazó su brazo con el de Poe y le dio un pícaro beso en la mejilla. Bradshaw y Flynn se miraron y sonrieron.

—Me apetece emborracharme —dijo Doyle—. ¿Podemos comer algo antes de ir a casa? ¿Qué os apetece?

Nadie dijo nada.

—¿A alguien le gusta la cabra? —preguntó Poe por fin.

—Eres asqueroso, Poe —dijo Bradshaw parpadeando.

141

Un mes después

Frederick Beck arrancó un diente de león del campo de la prisión. Lo levantó a la luz y admiró su forma perfecta. Su simetría, su color amarillo intenso, su simplicidad. Un diseño que no había cambiado en milenios. Se metió la flor en el bolsillo antes de que alguien se la quitara. No valía nada, claro, pero el resto de los reclusos tampoco necesitaban excusas para meterse con él.

Miró a través de la valla coronada por una alambrada. Las aberturas entre el alambre eran de poco más de un centímetro y no dejaban ver mucho, pero estaba lo bastante cerca como para ver la parada de autobús junto a la cárcel. Era una de esas que tienen publicidad en el lateral. Llevaba ocho días con un anuncio que decía *Las pesadillas que mereces: a la caza del Botánico*, por Henning Stahl. La estaba arrancando el empleado que pegaba carteles. Beck sonrió. Por sus interminables paseos alrededor del patio de ejercicio, sabía que los anuncios siempre duraban un par de semanas en la parada.

O sea, que Stahl la había cagado. Lo sabía. De hecho, ya contaba con ello. Sabía que su ansia de redimirse le nublaría. Le haría ser descuidado. Él quería que Stahl fuera su primera víctima. Su investigación y su artículo le habían destrozado la vida, convirtiéndolo en un paria en el mundo científico. Pero Poe tenía razón: tampoco tenía sentido matarlo. En ese momento, no. Su alcoholismo le había vuelto suicida; matarlo habría sido una liberación, no un castigo. Beck sonrió mirando el cartel a medio arrancar. Él había devuelto a la vida a Stahl, una vida para perderla.

Justo a tiempo.

Al oír la bocina que indicaba que debía regresar a su celda, volvió a sonreír. Stahl habría recibido el paquete un par de semanas antes. Beck había escrito otro de sus nombres falsos en él y lo había dejado en manos de un abogado de Oldham, diciéndole que se iba del país y necesitaba que enviara un paquete a un amigo suyo dentro de un año. El abogado aceptó su dinero sin decir nada. Tampoco era la solicitud más extraña que había recibido ese día.

Anotó algo en su agenda y prometió a su nuevo cliente que enviaría el paquete al señor Stahl en la fecha especificada.

Mientras Beck admiraba el diente de león, a casi quinientos kilómetros de allí, Henning Stahl, por fin en libertad bajo fianza, abrió la puerta de su nueva casa.

«Maldito Poe», se dijo. Su abogado le había dicho que presentarían cargos y le recomendó que se declarara culpable y cumpliera una condena corta en la cárcel. Stahl fue directo a la nevera y cogió una botella de cerveza. Tenía una allí para demostrar que ya no lo necesitaba.

Pero ¡Dios! Cómo le tentaba ahora…

—No —dijo en voz alta—. He llegado muy lejos.

En vez de bebérsela, fue al armario del cuarto de baño y abrió una caja nueva de Antabús. No era de la marca habitual, pero imaginó que el farmacéutico habría escogido una más barata.

Sacó un comprimido y se lo tomó.

—Todo va a ir bien —dijo.

Agradecimientos

¡Quién lo iba a decir! Te pasas toda la vida profesional queriendo escribir un misterio de habitación cerrada, y al final te vienen dos en el mismo libro. Me lo he pasado en grande escribiendo *El Botánico* y, como de costumbre, he contado con mucha ayuda.

Para empezar, Brian Price, muchísimas gracias por leer un primer borrador, comprobar todo lo científico y por corregirme los errores garrafales. Todo lo que hacía el Botánico es científicamente posible y usaba equipo y técnicas fáciles de conseguir (algunos incluso se venden en Amazon). Aun así, yo cometí algún error y Brian ha sido el faro del saber en mi mar de confusión. Alguna errata también encontró y la corrigió con gran sentido del humor. Gracias por tu ayuda, Brian.

A Roger Lytollis, mi amigo y compañero de establo en Little, Brown, debo darle las gracias por explicarme sin reservas cómo se usa una funda de pene. No sé por qué quería que lo incluyera en los Agradecimientos, pero he sido soldado y estoy acostumbrado a seguir las órdenes…

Karen Royle-Cross, fan por excelencia, merece mi agradecimiento por permitirme usar su nombre versionado para el lamentable personaje de KRC, probablemente la persona más desagradable que he creado nunca. La única condición que me puso fue que aclarara en los Agradecimientos que no tiene nada que ver con su homóloga en la ficción. Y, como es muy fan de Tilly, creo que podemos asumir perfectamente que tiene razón.

Antony Johnston me ayudó a explicar por medio de un lenguaje accesible, cómo construir un inhibidor de frecuencias de radio casero. Te lo agradezco mucho, Antony.

Krystyna, mi editora, merece siempre mi más profundo agradecimiento (y también su ayudante, Christopher Sturtivant). Ella vio algo en lo que escribo, algo que ni yo veía, y siempre le estaré agradecido por facilitarme la carrera que tengo a día de hoy. Sigamos haciendo esto hasta que seamos todavía más viejos y cascarrabias, Krystyna.

Hablando de viejos y cascarrabias, tengo que dar las gracias a mi agente, David Headley. Es broma, él es más joven, más optimista y desde luego tiene más energía que yo. Gracias por todo, David. Cuando mueras, aunque yo creo que vivirás eternamente, pienso hacer que escriban en tu lápida «Tú déjamelo a mí». Y gracias por mostrar toda la paciencia del mundo cuando hay que explicarme algo. En el futuro deberías contárselo a Joanne. Nos ahorrarás unas semanitas a todos…

Las cubiertas de la serie de Poe son tan potentes e inconfundibles que ya las están imitando otros autores y otras editoriales de todo el mundo. Y todo gracias a ti, Sean Garrehy. Es el momento de hacer una reverencia, amigo. En breve nos tomamos esas cervezas.

Muchas gracias a Beth Wright y a Brionee Fenlon por la publicidad y el marketing, respectivamente (ahora ya sé en qué se diferencian), y a todo el equipo de ventas: gracias. Es un auténtico privilegio trabajar con gente tan profesional, entusiasta y simpática. No me cabe duda de que el éxito de las novelas de Poe y Tilly se debe a vosotros, no a mí.

Y, ya que estoy con los libros en sí, tengo que dar las gracias a todos los que han tomado parte en el trabajo de convertir las chorradas semianalfabetas que entrego en algo en lo que la gente invierte parte de sus ingresos. Gracias, Martin Fletcher, por mantener cierta distancia, borrando adverbios sin piedad y por decir cosas como «Muy bonito. Ahora, quítalo» (concretamente me refiero a mi descripción de un rosal en *Verano Negro*). Y ahora le toca a Howard Watson, que es el siguiente en leer el libro. Él es quien recuerda todo lo de las novelas anteriores y se asegura de que no repita los mismos nombres. También revisa frase por frase para cerciorarse de que: a) tienen sentido (cosa extraña); b) los países que menciono existen en realidad (cosa extraña); y c) la línea cronológica funciona (¿qué os parecería que Poe entrara en la policía a los once años? Howard encontró un error en *El show de las marionetas* cuando todo el mundo estaba preocupado por quién cuidaría de Edgar). Gracias, Martin; y gracias, Howard.

A mis correctoras, Rebecca Sheppard y Amanda Keats, heroínas olvidadas en todos mis libros. En mi caso, más que poner orden en mis textos es como intentar poner orden en una jaula de grillos.

Gracias a Joan Deitch por buscar y exterminar todas mis tozudas erratas. Siempre admiraré tu habilidad y tu paciencia.

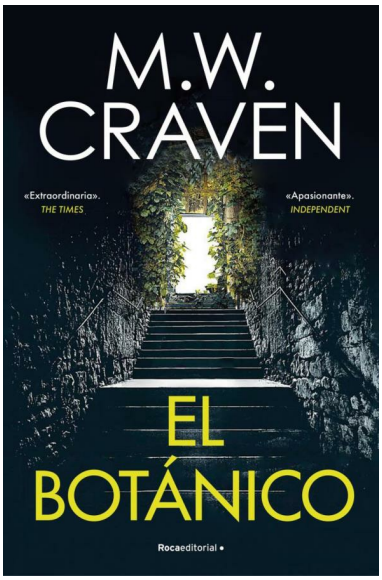
Mi preciosa esposa, Joanne, es mi primera lectora y probablemente la más implacable. Los libros serían peores sin su aportación. Ella es quien me dice cuándo algún personaje habla de manera muy parecida a Poe, o cosas como «él nunca diría eso delante de Tilly». A veces creo que conoce mejor a mis personajes que yo mismo.

Gracias a los lectores de mis primeros borradores, Roger Lytollis (el de la funda de pene) y Angie Morrison. Siempre me pongo nervioso cuando el libro sale de casa por primera vez, pero nunca me defraudáis. Encontráis errores y me hacéis sugerencias. Las novelas siempre son mejores con vuestras aportaciones.

Y, finalmente, mi mayor agradecimiento es para todos los lectores, blogueros, críticos, grupos de Facebook (me refiero a vosotros, UK Crime Book Club), suscriptores de boletines informativos, tuiteros, libreros (aquí me refiero a ti, Fiona Sharpe) y para cualquiera que haya disfrutado, recomendado o comprado un libro de Poe y Tilly.

Mike.

La nueva entrega de la serie protagonizada por Washington Poe, el sargento detective que vive en una solitaria granja en Cumbria.



El sargento detective Washington Poe puede contar a sus amigos con los dedos de una mano, y una de ellos es Estelle Doyle, la mordaz patóloga forense a la que acude cada vez que tiene preguntas sobre algo húmedo y orgánico. Cuando el padre de Estelle aparece muerto en su domicilio con dos tiros en la cabeza, Poe no dudará en acudir en su ayuda. Estelle tiene residuos de pólvora en las manos y sus huellas son las únicas que aparecen entrando a la casa. Mientras tanto, un envenenador al que la prensa ha apodado «el Botánico» envía poemas y flores prensadas a personas famosas.

Poe odia los misterios de crímenes imposibles, pero ahora le toca resolver dos.

Novela nominada a los más prestigiosos premios del género negro: CWA Ian Fleming Steel Dagger 2023; Theakston Old Peculiar; Crimefest E-Dunnit.

M. W. Craven nació en Carlisle pero creció en Newcastle, donde se unió al ejército con tan solo dieciséis años. Pasó los siguientes diez años viajando por el mundo. En 1995 estudió Trabajo social especializado en Criminología. Ahora se dedica en exclusiva a la escritura. Actualmente está casado y vive en Carlisle con su esposa. El show de las marionetas, ganadora del Premio Gold Dagger a la mejor novela del año, es la primera entrega de la serie protagonizada por Washington Poe.



Título original: *The Botanist*

Primera edición: abril de 2024

© 2022, M.W. Craven
© 2024, Roca Editorial de Libros, S. L. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2024, Ana Momplet Chico, por la traducción

Diseño de portada: adaptación de la cubierta original de Sean Garrehy / Penguin Random House Grupo Editorial
Fotografía de la cubierta: ©plainpicture/BY

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19965-55-4

Compuesto en www.acatia.es

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: rocaeditorial
X: @rocaeditorial
Instagram: @rocaeditorial
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

El botánico

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49

Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 75
Capítulo 76

Capítulo 77
Capítulo 78
Capítulo 79
Capítulo 80
Capítulo 81
Capítulo 82
Capítulo 83
Capítulo 84
Capítulo 85
Capítulo 86
Capítulo 87
Capítulo 88
Capítulo 89
Capítulo 90
Capítulo 91
Capítulo 92
Capítulo 93
Capítulo 94
Capítulo 95
Capítulo 96
Capítulo 97
Capítulo 98
Capítulo 99
Capítulo 100
Capítulo 101
Capítulo 102
Capítulo 103

Capítulo 104
Capítulo 105
Capítulo 106
Capítulo 107
Capítulo 108
Capítulo 109
Capítulo 110
Capítulo 111
Capítulo 112
Capítulo 113
Capítulo 114
Capítulo 115
Capítulo 116
Capítulo 117
Capítulo 118
Capítulo 119
Capítulo 120
Capítulo 121
Capítulo 122
Capítulo 123
Capítulo 124
Capítulo 125
Capítulo 126
Capítulo 127
Capítulo 128
Capítulo 129
Capítulo 130

Capítulo 131

Capítulo 132

Capítulo 133

Capítulo 134

Capítulo 135

Capítulo 136

Capítulo 137

Capítulo 138

Capítulo 139

Capítulo 140

Capítulo 141

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre M.W. Craven

Créditos